LA VIDA DIVINA

SRI AUROBINDO

Tomo I
La Realidad Omnipresente y el Universo

Capítulo I - La Aspiración Humana

Ella marcha hacia la meta de quienes pasan más allá, es la primera en la eterna sucesión de alboradas por llegar; Usha se expande poniendo de manifiesto lo que vive, despertando a alguien que ha muerto … ¿Cual es su alcance, cuando armoniza las alboradas que ya brillaron con las que ahora deben refulgir? Desea las antiguas mañanas y las llena de luz; proyectando hacia delante su iluminación, entra en comunicación con el resto de lo que ha de venir.
Kutsa Angirasa – Rig Veda

Son triples aquellos supremos nacimientos de esta fuerza divina que está en el mundo; son verdaderos, son deseables; se desplaza en el Infinito y brilla puro, luminoso y pleno … Lo que es inmortal en los mortales y dotado de la verdad, es un dios, establecido interiormente como una energía, que obra en nuestros poderes divinos … Tórnate espiritualmente elevada, oh Fuerza, atraviesa todos los velos, manifiesta en nosotros las cosas del Dios.
Vamadeva – Rig Veda

La primitiva preocupación del hombre en sus despiertos pensamientos y, como parece, su inevitable y última inquietud, —pues ella sobrevive a los más prolongados periodos de escepticismo y retorna tras cada proscripción—, es asimismo la suprema preocupación que su pensamiento puede considerar. Se manifiesta en la adivinación de Dios, en el impulso hacia la perfección, en la búsqueda de la pura Verdad y clara Bienaventuranza, en el sentido de una secreta inmortalidad. Los antiguos albores del conocimiento humano nos legaron su testimonio de esta constante aspiración; hoy en día vemos una humanidad, -complacida más no satisfecha con el victorioso análisis de las exterioridades de la Naturaleza-, preparándose para retornar a sus primeros anhelos. La primitiva fórmula de la Sabiduría promete ser sus últimos: Dios, Luz, Libertad, Inmortalidad.

Estos persistentes ideales de la especie son, a la vez, la contradicción de su normal experiencia y la afirmación de superiores y más profundas experiencias que resultan anormales para la humanidad y sólo han de lograrse, en su integridad organizada, mediante un revolucionario esfuerzo individual o un evolutivo progreso general. Conocer, poseer y constituir el divino ser en una conciencia animal y egoísta , convertir nuestra sombría u oscura mentalidad física en la plena iluminación supramental, construir paz y dicha auto-existente, allí donde sólo hay tensión por conseguir transitorias satisfacciones ante el asedio del dolor físico y el sufrimiento emocional, establecer una libertad infinita en un mundo que se presenta como un grupo de necesidades mecánicas, descubrir y comprender la vida inmortal en un cuerpo sujeto a la muerte y a constante mutación; todo esto se nos ofrece corno la manifestación de Dios en la Materia y la meta de la Naturaleza en su evolución terrestre. Para el común intelecto material, que cree que su presente organización de la conciencia es el límite de sus posibilidades, la directa contradicción de los irrealizados ideales con el hecho realizado es un argumento final contra su validez. Pero si tomamos una visión más reflexionada del obrar-del-mundo, esa directa contradicción parece más bien una parte del profundísimo método de la Naturaleza y el sello de su completísima aprobación.

Pues todos los problemas de la existencia son en esencia problemas de armonía. Surgen de la percepción de una discordia no-resuelta y de la intuición de un no-descubierto acuerdo o unidad. Reposar contento con una discordia no resuelta, es posible para la parte práctica y más animal del hombre, pero imposible para su mente plenamente despierta, y generalmente incluso sus partes prácticas sólo eluden la necesidad general de armonizar contrarios eludiendo el problema o aceptando un compromiso tosco, utilitario y no-iluminado. Pues esencialmente, toda la Naturaleza busca una armonía, vida y materia en su propia esfera, al igual que la mente en la

organización de sus percepciones. Cuanto mayor es el desorden aparente de los materiales ofrecidos o la aparente diferencia esencial, -hasta de irreconciliable oposición-, de los elementos que han de ser utilizados, más fuerte es el estímulo, y éste lleva a un orden más sutil y pujante que el que puede ser normalmente el resultado de un esfuerzo menos difícil. El acuerdo o combinación de la Vida activa con el material con que se forja la forma, -en el cual el estado de actividad por si misma parece ser la inercia-, es un problema de opuestos que la Naturaleza ha resuelto y busca siempre resolver mejor con mayores complejidades; pues su solución perfecta sería la inmortalidad material del cuerpo animal plenamente organizado que sirve de sostén a la mente. El acuerdo o combinación de la mente consciente y de la voluntad consciente con una forma y una vida en sí mismas no abiertamente conscientes de sí mismas y capaces, cuando más, de una voluntad mecánica o subconsciente, es otro problema de opuestos en el que la Naturaleza ha producido asombrosos resultados y apunta siempre hacia maravillas superiores; y su postrer milagro sería una conciencia animal que ya no marche en busca de la Verdad y la Luz sino que las posea, con la omnipotencia que resultará de la posesión de un conocimiento directo y perfeccionado. Entonces, no sólo es racional en sí mismo el impulso ascendente del hombre hacia la conformidad de opuestos aún más elevados, sino que es también la única finalización lógica de una regla y de un esfuerzo que parecen ser el método fundamental de la Naturaleza y el sentido mismo de sus esfuerzos universales.

Hablamos de la evolución de la Vida en la Materia, de la evolución de la Mente en la Materia; pero evolución es una palabra que solamente señala el fenómeno sin explicarlo. Pues aparentemente no hay razón de por qué la Vida ha de evolucionar de los elementos materiales o la Mente de la forma viviente, a menos que aceptemos la solución Vedántica de que la Vida ya está envuelta en la Materia y la Mente en la Vida porque, en esencia, la Materia es una forma velada de la Vida, la Vida una forma velada de la Conciencia. Parece que entonces hay escasa objeción a un paso más adelante en la serie y la admisión de que la conciencia mental misma puede ser sólo una forma y un velo de estados superiores de Conciencia que están más allá de la Mente. En ese caso, el indomable impulso del hombre hacia Dios, la Luz, la Bienaventuranza, la Libertad y la Inmortalidad, se presenta en su lugar correcto en la cadena, del mismo modo que el imperativo impulso por el que la Naturaleza busca evolucionar más allá de la Mente, parece tan natural, verdadero y justo como el impulso hacia la Mente que la Naturaleza implantó en ciertas formas de Vida. Tal como allí, aquí el impulso existe -más o menos oscurecido en sus diferentes vasos o planos- con una serie siempre ascendente en el poder de su querer-ser; tal como allí, aquí evoluciona gradualmente y obliga a evolucionar plenamente los órganos y facultades necesarios. Así como el impulso hacia la Mente parte de las más sensibles reacciones de la Vida en el metal y en la planta subiendo hasta su plena organización en el hombre, de igual manera en el hombre mismo existe la misma serie ascendente, la preparación, si no es algo más, de una vida superior y divina. El animal es un laboratorio viviente en el que la Naturaleza elaboró al hombre. El hombre mismo bien puede ser un laboratorio pensante y viviente en el cual, con su cooperación consciente, la Naturaleza elaborará al superhombre, al dios. ¿O más bien no diremos que manifestará a Dios? Pues si la evolución es la progresiva manifestación en la Naturaleza de lo que durmió o trabajó en ella desde dentro, envuelto, también es asimismo la abierta realización de lo que ella es secretamente. Entonces no podemos atribuir su lentitud a una etapa dada de su evolución, ni tenemos derecho a condenar cualquier intención que ella ponga de relieve o cualquier esfuerzo que realice para ir más allá, tal como hacen los fanáticos religiosos calificando dicha intención o esfuerzo como perverso y presuntuoso, o los racionalistas, considerando dicha intención o esfuerzo como enfermedad o alucinación. Si es verdad que el Espíritu está envuelto en la Materia y que la Naturaleza aparente es el Dios secreto, entonces la manifestación de lo divino en sí mismo y la realización de Dios, dentro y fuera, son el objetivo supremo y más legítimo del hombre sobre la tierra.

De esa manera, la eterna paradoja y la eterna verdad -de una vida divina en un cuerpo animal, de una inmortal aspiración o realidad que mora un habitáculo mortal, de una única, sola y universal conciencia que se representa en limitadas mentes y divididos egos, de un ser trascendente, indefinible, no sujeto al tiempo ni al espacio, que por si solo, hace posible el tiempo, el espacio y el cosmos, y en todos estos, la verdad superior que es realizable por medio y desde el término inferior- se justifica, tanto ante la reflexiva razón como ante el persistente instinto o intuición de la humanidad. Con frecuencia, se efectuaron intentos, -concretados finalmente en preguntas a menudo reputadas insolubles por el pensamiento lógico-, procurando persuadir al hombre que limitase sus actividades mentales a los problemas prácticos e inmediatos de su existencia material en el universo; más esas evasiones jamás fueron permanentes en su efecto. La humanidad retorna de ellas con un impulso más vehemente de investigación o un hambre más violenta de solución inmediata. Por ese hambre medra el misticismo y

surgen nuevas religiones para sustituir a las antiguas que han sido destruidas o despojadas de significado por un escepticismo que en sí mismo no puede satisfacer, pues, aunque su actividad fue la investigación, a sabiendas no quiso investigar lo suficiente. La tentativa de negar o ahogar una verdad porque aún es oscura en su estructura externa, -y muy a menudo se halla representada por una oscurantista superstición o una fe inculta-, es en sí misma un género de oscurantismo. La voluntad de escapar a la necesidad cósmica de investigar la Verdad, -porque es ardua, difícil de justificar con inmediatos resultados tangibles, lenta en regularizar sus operaciones-, debería haber desembocado en la no aceptación de la verdad de la Naturaleza y en una rebelión contra la secreta y más poderosa voluntad de la gran Madre. Es mejor y más racional aceptar que ella no nos permitirá como especie rechazar dicha Verdad, y la elevará desde la esfera del ciego instinto, de la oscura intuición y esporádica aspiración hasta ubicarla dentro de la luz de la razón y de una voluntad instruida y conscientemente-guiándose-a-sí-misma. Y si existe cualquier luz superior de iluminada intuición o verdad auto-reveladora, que ahora está en el hombre obstruida e inoperante o trabaja con destellos intermitentes, -como detrás de un velo o con ocasionales manifestaciones como las luces del Norte en nuestros claros cielos materiales-, entonces tampoco necesitamos tener miedo a aspirar. Pues es posible que ese sea el próximo estado superior de la conciencia, de la cual la Mente es sólo forma y velo, y a través de los esplendores de esa luz puede estar el sendero de nuestro progresivo auto-engrandecimiento en cualquier estado supremo en que se halle el último lugar de descanso de la humanidad.

Capítulo II - Las Dos Negaciones: 1 La Negación Materialista

Dinamizó la fuerza-consciente (en la austeridad del pensamiento) y llegó a conocer que la Materia es el Brahman. Pues de la Materia nacen todas las existencias; una vez nacidas, por la Materia éstas se incrementan y entran en la Materia en su paso. Luego fue hasta Varuna, su padre, y dijo: “Señor, instrúyeme sobre el Brahman.” Mas su padre le contestó: "Dinamiza (nuevamente) en tí la fuerza consciente; pues la Energía es Brahman.”
Taittiriya Upanishad

La afirmación de una vida divina sobre la tierra y de un sentido inmortal en la existencia mortal puede carecer de fundamento a no ser que reconozcamos no sólo al Espíritu como habitante de esta mansión corporal, el usufructuario de esta vestimenta mutable, sino también que aceptemos a la Materia con que ésta está hecha, como material apropiado y noble con la que El constantemente teje Sus Atuendos, y construye incansablemente la interminable serie de Sus mansiones.

Esto tampoco es suficiente para precavernos contra un retraerse de la vida en el cuerpo, a no ser que, con los Upanishads, percibiendo detrás de sus apariencias la identidad en esencia de estos dos términos extremos de la existencia, podamos decir en el lenguaje mismo de aquellos antiguos escritos: “La Materia también es el Brahman”, y dar su pleno valor a la vigorosa figura con la que el universo físico es descrito como el cuerpo externo del Ser Divino. Tampoco —tan divididos en apariencia son estos dos términos extremos—, consigue esta identificación convencer al intelecto racional si rehusamos reconocer una serie de términos ascendentes (Vida, Mente, Supermente y los grados que vinculan a la Mente con la Supermente) entre Espíritu y Materia. En cualquier otro caso, ambos deben aparecer como irreconciliables oponentes ligados por un infeliz matrimonio y con el divorcio como única solución razonable. Identificarlos, representar a cada uno en los términos del otro, se torna una creación artificial del Pensamiento, opuesta a la lógica de los hechos y sólo posible mediante un irracional misticismo.

Si aseguramos que existe sólo un puro Espíritu y una sustancia o energía mecánicas carentes de inteligencia, llamando Dios al primero y Naturaleza a la segunda, el fin inevitable será que negaremos a Dios o daremos la espalda a la Naturaleza. Tanto para el Pensamiento como para la Vida, una elección se torna imperativa. El Pensamiento viene a negar a Dios como ilusión de la imaginación o a la Naturaleza como ilusión de los sentidos; la Vida llega a asirse de lo inmaterial y huye de si misma con disgusto o cae en un éxtasis de auto-olvido, o bien, puede negar su propia inmortalidad y orientarse lejos de Dios y rumbo al animal. Purusha y Prakriti, la pasivamente luminosa Alma de los Sankhyas y su mecánicamente activa Energía, nada tienen en común, ni siquiera sus opuestos modos de inercia; sus antinomias sólo pueden ser resueltas mediante la cesación de la inertemente dirigida Actividad disolviéndose en el inmutable

Reposo sobre el cual la estéril procesión de sus imágenes ha sido proyectada en vano. El silencioso e inactivo Ser-en-sí de Shankara y su Maya de múltiples nombres y formas son igualmente diferentes e irreconciliables entidades; su rígido antagonismo puede solamente terminar por la disolución de la multitudinaria ilusión en la Verdad única de un Silencio eterno.

El materialista tiene más fácil campo; negando al Espíritu, le es posible llegar a una más convincente y simple aseveración, a un Monismo real, al Monismo de Materia o, incluso, de Fuerza. Más en esta rigidez de criterio le es imposible persistir permanentemente. Él también termina por exponer un incognoscible tan inerte, tan distante del universo conocido como el pasivo Purusha o el silencioso Atman. Esto no tiene propósito alguno salvo el de aplazar –por una vaga concesión- las inexorables exigencias del Pensamiento o el de crear una excusa para rehusar extender los límites de la investigación.

Por lo tanto, en estas estériles contradicciones, la mente humana no puede descansar satisfecha. Debe siempre buscar una afirmación completa; sólo puede hallarla mediante una luminosa reconciliación entre Espíritu y Materia. Para alcanzar esa reconciliación debe atravesar los grados que nuestra conciencia interior nos impone, y-sea por el método objetivo de análisis aplicado a la Vida y a la Mente como a la Materia, o por la síntesis e iluminación subjetivas-, llegar al reposo de la unidad última sin negar la energía de la multiplicidad manifiesta. Sólo con esa completa y universal afirmación pueden armonizarse todos los multiformes y aparentemente contradictorios datos de la existencia, al igual que las múltiples fuerzas en conflicto que gobiernan nuestro pensamiento y nuestra vida pueden descubrir la Verdad central que aquí simbolizan y de variadas formas realizan. Sólo entonces nuestro Pensamiento puede, habiendo alcanzado un centro verdadero, cesando de vagar en círculos, trabajar como el Brahman del Upanishad, fijo y estable aun en su juego y su curso mundial, y nuestra vida, conociendo su objetivo, servirlo con una firme y serena alegría y luz al igual que con una energía rítmicamente discursiva.

Pero una vez que ese ritmo ha sido perturbado, es necesario y útil que el hombre ponga a prueba por separado, en su afirmación extrema, a cada uno de los dos grandes opuestos. Éste es el medio natural de la mente para retornar más perfectamente a la afirmación que perdió. En el camino puede intentar descansar en los grados intermedios, reduciendo todas las cosas a los términos de una original Vida-Energía o de sensación o de Ideas; pero todas estas soluciones excluyentes tienen siempre un aire de irrealidad. Pueden, por un tiempo, satisfacer la razón lógica que sólo trata ideas puras, mas no pueden hacer lo mismo con el sentido de realidad de la mente. Pues la mente sabe que existe algo tras de sí que no es la Idea; sabe, por otra parte, que en su interior hay algo que es más que el Hálito vital. Tanto el Espíritu como la Materia pueden darle, transitoriamente, un sentido de realidad última; no así cualquiera de los principios intermedios. Por lo tanto, debe marchar hacia los dos extremos antes de que pueda regresar fructíferamente al todo. Por su propia naturaleza, el intelecto, -servido por un sentido que sólo puede percibir con claridad las partes de la existencia y por una palabra que, asimismo, sólo puede lograr claridad cuando divide y limita cuidadosamente-, es dirigido, teniendo ante si esta multiplicidad de principios elementales, a buscar la unidad reduciendo rudamente todo a los términos de uno. Para afirmar este uno, intenta prácticamente, desembarazarse de los otros. Para percibir la verdadera fuente de la identidad de éstos sin este proceso excluyente, debe sobrepasarse a sí mismo o debe haber completado el circuito sólo para descubrir que todos se reducen por igual a Eso, el cual escapa a la definición o descripción y que no sólo es real sino también alcanzable. Cualquiera que sea el camino por el que viajemos, Eso es siempre la meta a la que arribamos y sólo podemos eludirla rehusándonos a completar el trayecto.

Por lo tanto, es un buen augurio que después de muchos experimentos y soluciones verbales nos encontremos ahora en presencia de los dos que soportaron solos, durante mucho tiempo, las más rigurosas pruebas de la experiencia, los dos extremos, y que al final de la experiencia ambos tendrían que llegar a un resultado que el instinto universal de la humanidad, -ese oculto juez, centinela y representante del universal Espíritu de la Verdad-, rehúsa aceptar como correcto o satisfactorio. En Europa y en la India, respectivamente, la negación del materialista y el rechazo del asceta procuraron afirmarse como única verdad y dominar el concepto de la Vida. En la India, si el resultado constituyó un gran acervo de los tesoros del Espíritu, -o de algunos de ellos-, también representó una gran bancarrota de la Vida; en Europa, la plenitud de la riqueza y el triunfante dominio de los poderes y posesiones de este mundo progresaron rumbo a una igual bancarrota de todas las cosas del Espíritu. Ni siquiera el Intelecto, -que

buscó la solución de todos los problemas en uno solo de los términos, el de la Materia-, encontró satisfacción en la respuesta que recibió.

Por lo tanto, el tiempo hace madurar y la tendencia mundial se desplaza hacia una nueva y comprehensiva afirmación -que concierne al pensamiento y a la experiencia interna y externa-, y hacia su corolario, una nueva y plena auto-realización en una integral existencia humana para el individuo y para la especie.

Desde la diferencia en las relaciones de Espíritu y Materia hasta el Incognoscible que ambos representan, surge asimismo una diferencia de efectividad en las negaciones materiales y espirituales. La negación del materialista, -aunque más insistente e inmediatamente exitosa, más fácil en su apelación para la generalidad de la humanidad-, es con todo menos duradera, menos efectiva, al final, que el absorbente y peligroso rechazo del asceta. Pues lleva en sí misma su propia cura. Su elemento más poderoso es el Agnosticismo que, admitiendo al Incognoscible detrás de toda manifestación, extiende los límites de lo incognoscible hasta comprehender todo lo que es simplemente desconocido. Su premisa consiste en que los sentidos físicos son nuestros únicos medios de Conocimiento y que la Razón, por lo tanto, incluso en sus vuelos más amplios y vigorosos, no puede escapar más allá de sus dominios; debe ocuparse siempre y únicamente de los hechos que aquellos le proponen o sugieren; y las sugestiones mismas deben siempre mantenerse ligadas a sus orígenes; no podemos ir más allá, no podemos usarlas como un puente que nos conduzca a un ámbito donde entren en juego facultades más poderosas y menos limitadas, y haya de instituirse otro género de investigación.

Una premisa tan arbitraria declara en sí misma su propia sentencia de insuficiencia. Sólo puede ser mantenida ignorando o descartando todo el vasto campo de evidencia y experiencia que la contradice, -negando o minimizando nobles y útiles facultades, activas consciente u oscuramente, o en el peor de los casos, latentes en todos los seres humanos-, rehusando investigar los fenómenos suprafísicos, excepto si son manifestados en relación con la materia y sus movimientos y concebidos como una actividad subordinada de las fuerzas materiales. Tan pronto empezamos a investigar las operaciones de la Mente y de la Supermente, -en sí mismas y sin partir del prejuicio de ver en ellas sólo un subordinado término de la Materia-, entramos en contacto con una masa de fenómenos que escapan por entero a la rígida influencia, al limitador dogmatismo de la fórmula materialista. La premisa del Agnosticismo materialista desaparece en el momento que admitimos, -tal como nuestra amplia experiencia nos compele a reconocer-, que en el universo hay realidades cognoscibles más allá del alcance de los sentidos, y en el hombre poderes y facultades, que determinan más bien que son determinados por los órganos materiales a través de los cuales se mantienen en contacto con el mundo de los sentidos, -esa envoltura externa de nuestra verdadera y completa existencia-. Estamos prontos para una gran afirmación y una indagación siempre-desarrollándose.

Pero antes, es bueno que reconozcamos la enorme e indispensable utilidad del breve período del Materialismo racionalista por el que ha pasado la humanidad. Pues a ese vasto campo de evidencia y experiencia que ahora empieza a reabrir sus puertas para nosotros, sólo puede ingresarse con seguridad cuando el intelecto ha sido rigurosamente preparado para una clara austeridad; intentado ese campo por mentes inmaduras, se presta a peligrosas distorsiones y confusas imaginaciones, pues en el pasado quedó incrustado un real núcleo de verdad, pero que se cubrió de una costra tal de pervertidas supersticiones y dogmas contrarios a la razón, que se torna imposible todo avance en el verdadero conocimiento. Llegó a ser necesario, durante un tiempo, efectuar una limpieza a fondo de la verdad y de su disfraz, en orden a clarificar el camino para un nuevo punto de partida y un más seguro avance. La tendencia racionalista del Materialismo prestó este gran servicio a la humanidad.

Las facultades que trascienden los sentidos, por el hecho mismo de estar inmersas en la Materia, -destinadas a trabajar en un cuerpo físico, con el arnés puesto para tirar de un carro sobre el que también actúan los deseos emocionales y los impulsos nerviosos-, están expuestas a un funcionamiento mixto en el que corren el riesgo de iluminar lo confuso en vez de clarificar la verdad. Este funcionamiento mixto resulta especialmente peligroso cuando los hombres de mentes indisciplinadas y sensibilidades impuras intentan remontarse hacia los dominios superiores de la experiencia espiritual. ¡En qué regiones de nubes insustanciales y niebla semibrillante o de tinieblas visitadas por destellos más cegadores que iluminadores, no se pierden por esa aventura prematura y temeraria! Una aventura ciertamente necesaria dado el camino que la Naturaleza escoge para efectuar su avance ─ pues ella se divierte mientras trabaja— pero todavía, prematura y temeraria, para la Razón.

Es necesario, por lo tanto, que avanzando el Conocimiento, debería aportar como base a la Razón un intelecto claro, puro y disciplinado. Es necesario, también, que ella corrigiera a veces sus errores mediante un retorno, -conteniendo, restringiendo el hecho sensorial-, a las realidades concretas del mundo físico. Tocar la Tierra es siempre revitalizador para el hijo de la Tierra, aun cuando busque un Conocimiento suprafísico. Asimismo puede decirse que lo suprafísico solo puede ser dominado completamente ─ hasta las cimas que siempre podemos alcanzar-- si mantenemos firmemente los pies en lo físico. "La Tierra es Su base" , dice el Upanishad cuando representa al Ser-en-sí que se manifiesta en el universo. Y es un hecho cierto que cuanto más ampliamos y asegurarnos nuestro conocimiento del mundo físico, más ampliamos y aseguramos nuestro fundamento para conseguir el conocimiento superior, incluso el supremo, el del Brahmavidya.

Por lo tanto, al emerger del período materialista del Conocimiento humano debemos tener cuidado de no condenar temerariamente lo que dejamos o descartamos, aunque sea una partícula de sus logros, antes que podamos disponer de percepciones y poderes, bien aferrados y seguros para que ocupen su lugar. Más bien observaremos con respeto y admiración la obra realizada por el Ateísmo en pro de lo Divino y rendir tributo a los servicios que el Agnosticismo prestó al preparar el ilimitable incremento del conocimiento. En nuestro mundo, el error es continuamente sirviente y explorador de la Verdad; pues el error es en realidad una media verdad que tropieza debido a sus limitaciones, a menudo es la Verdad que usa disfraz para llegar, sin que la adviertan, a su meta. Estaría bien si el error pudiera ser siempre, -como lo fue en el gran período que abandonamos-, el sirviente fiel, severo, consciente, honrado, luminoso dentro de sus limites, una media verdad y no una inquieta y presuntuosa aberración.

Cierto género de Agnosticismo es la verdad final de todo conocimiento. Pues cuando llegamos al final de cualquier sendero, el universo parece tan sólo un símbolo o apariencia de una Realidad incognoscible que se traslada aquí introduciéndose en diferentes sistemas de valores, de valores psíquicos, de valores vitales y de los sentidos, de valores intelectuales, ideales y espirituales. Cuanto más real se torna Eso, es captado de forma más evidente permaneciendo siempre más allá del pensamiento definidor y de la expresión en que se formula. "La mente no llega allí, el lenguaje tampoco." Y, así como es posible exagerar, con los Ilusionistas, la irrealidad de la apariencia, de igual modo es posible exagerar la incognoscibilidad de lo Incognoscible. Cuando hablamos de Eso como incognoscible, realmente significamos que Eso escapa al poder de captación de nuestro pensamiento y nuestro lenguaje, instrumentos estos que proceden siempre por el sentido de diferenciación y se expresan por medio de la definición (resaltando diferencias, aislando características); pero si no es cognoscible por el pensamiento, Eso es alcanzable mediante un esfuerzo supremo de la conciencia. Incluso existe un género de Conocimiento que es uno con la Identidad y por el cual, en un sentido, Eso puede ser conocido. Ciertamente, ese Conocimiento no puede ser reproducido exitosamente en los términos de pensamiento y lenguaje, pero cuando lo hemos alcanzado, el resultado es una revalorización de Eso en los símbolos de nuestra conciencia cósmica, no sólo en uno sino en todos los tipos (rangos) de símbolos, lo cual culmina en una revolución de nuestro ser interno y, a través de lo interno, de nuestra vida externa. Más aún, hay también una clase de Conocimiento a través del cual Eso se revela por sí mismo en todos estos nombres y formas de la existencia fenoménica, la cual sólo oculta Eso a la ordinaria inteligencia. Éste es superior al anterior, pero no es el más alto proceso del Conocimiento que podemos alcanzar pasando los límites de la fórmula materialista y escrutando Vida, Mente y Supermente en los fenómenos que son característicos de ellas y no simplemente en aquellos movimientos subordinados por los cuales se vinculan por sí mismas a la Materia.

El Desconocido no es el Incognoscible ; no necesita permanecer desconocido para nosotros, a no ser que escojamos la ignorancia o persistamos en nuestras primeras limitaciones. Pues a todas las cosas que no son incognoscibles, a todas las cosas del Universo, les corresponde en él, facultades por las que pueden tomar conocimiento de ellas, y en el hombre, el microcosmos, estas facultades son siempre existentes y, en cierta etapa, capaces de desarrollo. Podemos elegir no desarrollarlas; donde están parcialmente desarrolladas, podemos desanimarlas y atrofiarlas. Pero, fundamentalmente, todo conocimiento posible es conocimiento accesible al poder de la humanidad. Y desde que en el hombre existe el impulso inalienable de la Naturaleza en pro de la auto-realización, no puede prevalecer la pugna del intelecto por limitar y acotar la acción de nuestras capacidades dentro de un área determinada. Cuando hemos experimentado con la Materia y comprendido sus secretas posibilidades, el conocimiento mismo -que encontró conveniente aquella temporaria limitación de

facultades-, debe gritarnos, como los Guardianes Védicos: "Persiste ahora y empuja hacia adelante también en otros campos"

Si el Materialismo moderno fuera simplemente una ignorante aceptación de la vida material, el avance se demoraría en forma indefinida. Pero dado que su alma misma es la búsqueda del Conocimiento, será incapaz de dar la voz de alto; en el momento en que alcance las barreras de la sensación-conocimiento y del razonamiento a partir de la sensación-conocimiento, su misma prisa lo llevará más allá, y la rapidez y seguridad con que abarcó al universo visible es sólo un adelanto de la energía y éxito que esperamos que se repita en la conquista de lo que está más allá, una vez que se dé el paso para cruzar esa barrera. Ya vemos ese avance en sus oscuros comienzos.

No sólo en su única concepción final, sino en las grandes líneas generales resulta que el Conocimiento, por cualquier sendero seguido, tiende a llegar a ser uno. Nada puede ser más notable y sugestivo que el nivel alcanzado en el cual la Ciencia moderna confirma en el dominio de la Materia los conceptos e incluso las muchas fórmulas del lenguaje a las que se llegó por un método muy diferente, en el Vedanta, -el original Vedanta, no el de las escuelas de filosofía metafísica, sino el de los Upanishades-. Y estos, por otra parte, a menudo revelan su pleno significado, sus contenidos más ricos, sólo cuando son vistos a la nueva luz esparcida por los descubrimientos de la Ciencia moderna, por ejemplo, la expresión Vedántica que describe cosas en el Cosmos como una semilla preparada por la Energía universal en multitudinarias formas6. Especialmente significativa es la dirección de la Ciencia hacia un Monismo que es compatible con la multiplicidad, hacia la idea Védica de una esencia con sus muchas transformaciones. Incluso aunque se siga insistiendo en la apariencia dualista de Materia y Fuerza , esta distinción realmente no puede permanecer en el camino de este Monismo. Para ello, se hará evidente que la Materia esencial es una cosa no-existente a los sentidos y sólo, como el Pradhana de los Sankhyas, una conceptual forma de sustancia; y de hecho, cada vez más firmemente, es rebasado con creces el punto donde sólo una distinción arbitraria en el pensamiento divide la forma de la sustancia de la forma de energía.

La Materia se expresa a sí misma, eventualmente, como una formulación de alguna Fuerza desconocida. La Vida también, de forma que el misterio incomprendido, comienza a revelarse por sí mismo como una obscura energía de sensibilidad encarcelada en su formulación material; y cuando la divisora ignorancia sea curada de aquello que nos da la sensación de un abismo entre la Vida y la Materia, es difícil de suponer que Mente, Vida y Materia sean consideradas como algo más que una misma Energía tres veces formulada, el triple mundo de los videntes Védicos. Tampoco podrá durar el concepto de una Fuerza bruta material como la madre de la Mente. La Energía que crea el mundo no puede ser nada más que una Voluntad, y esa Voluntad es sólo conciencia que se aplica por sí misma a un trabajo y un resultado.

¿Qué es ese trabajo y ese resultado sino una auto-involución de la Conciencia en la forma y una auto-evolución externa de la forma para revelar, para hacer presente alguna poderosa posibilidad en el universo que ha creado? ¿Y cómo es su Voluntad en el Hombre si no una voluntad a la Vida interminable, al Conocimiento ilimitado, al Poder sin trabas? La ciencia misma comienza a soñar con la conquista física de la muerte, expresando una sed insaciable por el conocimiento, queriendo realizar algo así como una omnipotencia terrestre para la humanidad. El Espacio y el Tiempo se contraen en sus obras hacia el punto de fuga* , pugnando de cien modos distintos para hacer del hombre el amo de las circunstancias aligerandole los grilletes de la causalidad. La idea de límitación, de lo imposible comienza a crecer desvaidamente y, en cambio, parece que cualquier cosa que el hombre desee con constancia, él debe al final ser capaz de hacerla; pues la conciencia en la especie tarde o temprano encuentra el medio. No es en el individuo donde esta omnipotencia se ha de manifestar, sino que ha de ser la colectiva Voluntad de la humanidad quien ha de llevarlo a cabo con el individuo como el medio adecuado. Y aún más, cuando miramos más profundamente, no es cualquier consciente Voluntad de la colectividad, sino un superconsciente Poder que emplea al individuo como el centro y el medio, y a la colectividad como condición y campo. ¿Que es esto, sino Dios en el hombre, la Identidad infinita, la Unidad multitudinaria, el Omnisciente, el Omnipotente, quién habiendo hecho al hombre a Su propia imagen, con el ego como un centro de funcionamiento, con la especie, el colectivo Narayana7, the vi ´svam¯anava8, como molde y circunscripción, procurando expresar en ellos alguna imagen de la unidad, la omnisciencia, la omnipotencia que son la autoconcepción del Divino? " Aquello que es inmortal en los mortales es Dios y fue establecido interiormente como una energía obrando en nuestros poderes divinos"9. Es a ese enorme impulso cósmico al que el mundo moderno, sin conocer suficientemente su

propio objetivo, aún sirve en todas sus actividades y labores subconscientemente para realizarlo.

Pero hay siempre un límite y un impedimento, -el límite del campo material en el Conocimiento, el impedimento de la maquinaria material en el Poder-. Pero aquí también la última tendencia es sumamente significativa de un futuro más libre. Podemos observar como los puestos avanzados del Conocimiento científico vienen cada vez más a asentarse sobre las fronteras que dividen lo material de lo inmaterial, así también los logros más altos de la Ciencia práctica son los que tienden a simplificar y reducir al punto de fuga la maquinaria por la cual los mayores efectos son producidos. La telegrafía inalámbrica es el signo exterior de la Naturaleza y el pretexto para una nueva orientación. Los medios físicos sensibles para la transmisión intermedia de la fuerza física son eliminados; sólo son conservados en los puntos de impulsión y recepción. Tarde o temprano aún estos deben desaparecer; ya que cuando las leyes y las fuerzas de la suprafísica sean estudiadas desde el punto de partida correcto, infaliblemente será encontrado el medio para que la Mente directamente pueda aprovecharse de la energía física manejándola velozmente con exactitud conforme a su mandato. Allí, una vez que nos atrevamos a reconocerlo, están las puertas que se abren sobre las enormes vistas del futuro.

Aún incluso si tuviéramos el conocimiento pleno y el control de los mundos inmediatamente encima de la Materia, todavía habría una limitación y todavía un más allá. El último nudo de nuestra esclavitud es ese punto donde lo interno pugna por la unidad con lo externo, la maquinaria del ego mismo llega a ser sutilizada al punto de fuga y la ley de nuestra acción es, por fin, unidad abrazando y poseyendo la multiplicidad, y nunca más, como ahora, multiplicidad luchando hacia alguna figura de unidad. Allí está el trono central del Conocimiento cósmico contemplando su dominio más amplio; allí el Imperio de uno mismo con el Imperio del mundo de uno; allí la vida en el eternamente consumado Ser y la realización de Su naturaleza divina en nuestra existencia humana.

Capítulo III - Las Dos Negaciones: 2 El rechazo del asceta

Todo esto es el Brahman; este Atma es el Brahman y el Atma es cuádruple.
Más allá de toda relación, exento de futuro, impensable, en el que todo está inmóvil.
Mandukya Upanishad

Y aún existe un más allá.

Pues del otro lado de la conciencia cósmica existe, asequible para nosotros, una conciencia todavía más trascendente, --- trascendente no sólo del Ego, sino del Cosmos mismo--- contra la cual el universo parece proyectarse como un diminuto cuadro en un inconmensurable fondo. Eso soporta la actividad universal, —o tal vez sólo la tolera; Eso abarca la vida con Su vastedad— o también la rechaza desde Su infinitud.

Si el materialista está justificado en su punto de vista de insistir en la Materia como realidad en el mundo relativo como única cosa de la que, en cierto sentido, podemos estar seguros, y en el Más Allá como

totalmente incognoscible, si no inexistente, un sueño de la mente, una abstracción del Pensamiento divorciado de la realidad, de igual manera lo está el Sannyasin; enamorado de ese Más Allá, justificado en su punto de vista de insistir en el puro Espíritu como realidad, en la cosa única libre de mutación, nacimiento, muerte, y lo relativo como creación de la mente y los sentidos, un sueño, una abstracción en sentido contrario de la Mentalidad que se aparte del Conocimiento puro y eterno.

¿Qué justificación, lógica o experimental, puede proponerse en apoyo de un extremo que no se halle con una lógica igualmente convincente y una experiencia igualmente válida en el otro extremo? El mundo de la Materia se afirma en la experiencia de las sensaciones físicas, las que, puesto que son incapaces de percibir algo inmaterial o no organizado como burda Materia, nos persuadirían de que lo suprasensible es irreal. Este vulgar o rústico error de nuestros órganos corporales no cobra validez por ser promovido en el dominio del razonamiento filosófico. Obviamente, su pretensión es infundada. Incluso en el mundo de la Materia hay existencias de las cuales los sentidos

físicos son incapaces de tomar conocimiento. Incluso la negación de lo Suprasensible como si fuese necesariamente una ilusión o una alucinación depende de esta constante asociación sensual de lo real con lo materialmente perceptible, que en sí mismo es una alucinación. Dando por sentado cuanto se propone probar, se torna en argumento de círculo vicioso y no puede tener validez para el razonamiento imparcial.

No sólo existen realidades físicas que son Suprasensibles, sino también, si la evidencia y la experiencia son del todo una prueba de verdad, existen sensaciones que son Suprafísicas y no sólo pueden tomar conocimiento de las realidades del mundo material sin el auxilio de los órganos sensorios corporales, sino que pueden ponernos en contacto con otras realidades suprafísicas y pertenecientes a otro mundo incluido, vale decir, en una organización de experiencias conscientes que dependen de algún otro principio que la burda Materia con la que parecen estar hechos nuestros soles y tierras.

Constantemente cohonestada por la experiencia y creencia humanas desde los orígenes del pensamiento, esta verdad, ahora que ya no existe la necesidad de una exclusiva preocupación por los secretos del mundo material, empiezan a justificarla las recién nacidas formas de la investigación científica. Las crecientes experiencias de las cuales sólo las más obvias y explícitas se colocan bajo la denominación de telepatía con sus fenómenos afines, no pueden ser negadas sino por mentes enclaustradas en la brillante experiencia del pasado, por intelectos limitados, a pesar de su agudeza a través de la limitación de su campo de su experiencia e investigación, o por quienes confunden iluminación y razón con fiel repetición de fórmulas legadas por el pasado siglo y celosa conservación de dogmas intelectuales muertos o agonizantes.

Es cierto que la vislumbre de las realidades suprafísicas adquiridas mediante una investigación metódica ha sido imperfecta y todavía está mal afirmada; pues los métodos usados son aún burdos y defectuosos. Pero estos redescubiertos sentidos sutiles fueron hallados, al menos, como verdaderos testigos de los hechos físicos más allá del alcance de los órganos corporales. Por ende no se justifica reconocerlos como falsos testigos cuando testimonian sobre hechos suprafísicos más allá del dominio de la organización material de la conciencia. Como toda evidencia, como la evidencia de los sentidos físicos mismos, su testimonio ha de ser controlado, escudriñado y ordenado por la razón, correctamente traducido y correctamente referido, y determinados su campo, leyes y procesos. Pero la verdad de los grandes alcances de la experiencia cuyos objetos existen en una sustancia más sutil y se perciben con instrumentos más sutiles que los de la burda Materia física, exige al fin igual convalidación que la verdad del universo material. Los mundos más allá existen: tienen su ritmo universal, sus grandes lineamientos y conformaciones, sus leyes auto-existentes y energías poderosas, sus justos y luminosos medios de conocimiento. Y aquí, en nuestra existencia física y en nuestro cuerpo físico, ejercen sus influencias; también aquí organizan sus medios de manifestación y comisionan a sus mensajeros y testigos.

Pero los mundos sólo son estructuras de nuestra experiencia, los sentidos, sólo instrumentos de experiencia y conveniencias. La conciencia es el gran hecho subyacente, el testigo universal para la cual el mundo es un campo y los sentidos, instrumentos. A ese testigo, los mundos y sus objetos apelan en pro de su realidad y de uno o muchos mundos, pues de lo Físico al igual que de lo Suprafísico no tenemos otra evidencia que existan. Se ha argüido que ésta no es una relación peculiar de la constitución de la humanidad y su perspectiva de un mundo objetivo, sino la naturaleza misma de su existencia; toda la existencia fenoménica consiste en una conciencia observadora y una objetividad activa, y la Acción no puede proceder sin el Testigo porque el Universo sólo existe en o para la conciencia que observa y carece de realidad independiente. Se ha argüido, en respuesta, que el Universo material disfruta una auto-existencia eterna; estaba aquí antes que apareciesen la vida y la mente: sobrevivirá luego que éstas hayan desaparecido y ya no perturben con sus efímeros anhelos y limitados pensamientos el ritmo eterno e inconsciente de los soles. La diferencia, tan metafísica en apariencia, es sin embargo de máximo significado práctico, pues determina la visión integral del hombre hacia la vida, la meta que asignará a sus esfuerzos y el campo en el que circunscribirá sus energías. Pues eso hace surgir la cuestión de la realidad de la existencia cósmica y, lo que es más importante todavía, la cuestión del valor de la vida humana.

Si llevamos mucho más adelante la conclusión materialista, llegamos a una insignificancia e irrealidad en la vida del individuo y la raza que nos deja, lógicamente, la opción entre un esfuerzo fervoroso del individuo para arrebatar cuanto pueda de una existencia efímera, "vivir su vida", como se dice, o un desapasionado y sin-objetivo servicio de la raza y del individuo, sabiendo bien que lo último es una efímera ficción de

la mentalidad nerviosa y lo primero sólo una forma colectiva de vida un tanto más larga, del mismo regular espasmo nervioso de la Materia. Trabajamos o disfrutamos bajo el impulso de una energía material que nos engaña con la breve ilusión de la vida o con la más noble ilusión de un objetivo ético y de una consumación mental. El Materialismo, al igual que el Monismo espiritual, llega a un Maya que es y no es; es, puesto que está presente, compeliendo; no es, puesto que es fenoménico y transitorio en sus obras. En el otro extremo, si acentuamos demasiado la irrealidad del mundo objetivo, llegamos por un camino diferente a conclusiones similares aunque más incisivas todavía: el carácter ficticio del Ego individual, la irrealidad y carencia de propósitos de la existencia humana, el retorno al No-Ser y el irrelacionado Absoluto como único escape racional de la maraña ininteligible de la vida fenoménica.

Y con todo la cuestión no puede resolverse mediante lógica que argumente sobre datos de nuestra ordinaria existencia física; pues en esos datos siempre hay una grieta de la experiencia que deja inconclusa toda argumentación. Normalmente, no tenemos ninguna experiencia definitiva de una mente cósmica o súper cósmica ligada a la vida del cuerpo individual, ni, por otra parte, ningún límite firme de experiencia que nos justifique en la suposición de que nuestro yo subjetivo realmente depende de la estructura física y no puede sobrevivir ni agrandarse más allá del cuerpo físico. Sólo mediante una extensión del campo de nuestra conciencia o un inesperado incremento de nuestros instrumentos del conocimiento puede dirimirse la antigua disputa.

La extensión de nuestra conciencia, para ser satisfactoria, debe necesariamente consistir en alagar interiormente al individuo dentro de la existencia cósmica. Pues el Testigo, si existe, no es la corporizada mente individual nacida en el mundo, sino esa Conciencia Cósmica que abarca al universo y parece una Inteligencia inmanente en todas sus obras ante la que el mundo subsiste eterna y realmente como Su propia existencia activa o de la que nace y en la que desaparece por un acto del conocimiento o por un acto del poder consciente. El Testigo de la existencia cósmica y su Señor no es la Mente organizada, sino la que calma y eterna, anida por igual en la tierra viviente y en el cuerpo humano viviente, y para la cual la mente y los sentidos son instrumentos dispensables. La posibilidad de una conciencia cósmica de la humanidad tiende a admitirse lentamente en la moderna Psicología, como la posibilidad de más elásticos instrumentos del conocimiento, aunque todavía clasificada (aun cuando se admite su valor y poder) como una alucinación. En la psicología del Oriente siempre se la reconoció como realidad y objetivo de nuestro progreso subjetivo. La esencia del pasaje por encima de esta meta consiste en sobrepasar los límites que nos impone el Ego-sentido y, al menos en participar al máximo de una identificación con el auto-conocimiento que anida secretamente en la vida y en todo lo que nos parece inanimado.

Al ingresar en esa Conciencia, podemos continuar morando, como Eso, bajo la existencia universal. Entonces tomamos conciencia —pues todos nuestros términos de conciencia e incluso nuestra experiencia sensitiva empiezan a cambiar—, de la Materia como una sola existencia y de los cuerpos como sus conformaciones en las que la existencia única se separa físicamente en el cuerpo físico de sí misma en todos los demás y nuevamente mediante medios físicos establece comunicación entre estos multitudinarios puntos de su ser. Tanto la Mente como la Vida las experimentamos de manera similar, como la misma existencia única en su multiplicidad, separándose y reuniéndose en cada dominio por medios apropiados a ese movimiento. Y si escogemos, podemos avanzar más, después de atravesar muchas etapas ligadas, y tomar conocimiento de una Supermente cuya operación universal es la clave de todas las actividades menores. No tomamos una simple conciencia de esta existencia cósmica, sino que conscientes de Eso, lo recibimos en la sensación, pero también entramos en Eso con la comprensión. En Eso vivimos como lo hicimos antes en el Ego-sentido, activos, en mayor y menor contacto, más unificados todavía con otras mentes, otras vidas, otros cuerpos que el organismo al que llamamos nosotros mismos, produciendo efectos no sólo en nuestro ser moral y mental, y en el ser subjetivo de otros, sino incluso en el mundo físico y sus sucesos por medios más próximos a lo divino que aquellos posibles para nuestra capacidad egoísta.

Esta conciencia cósmica, con una realidad mayor que la física, resulta entonces real al hombre que tomó contacto con ella y vive en ella; real en sí misma, real en sus efectos y obras. Y así como es real para el mundo que es su propia expresión total, de igual manera el mundo es real para ella; pero no como existencia independiente. Pues en esa experiencia superior y no obstaculizada, percibimos que conciencia y ser no difieren una del otro, pues todo ser es una conciencia suprema, toda conciencia es auto-existencia, eterna en sí misma, real en sus obras, ni sueño ni evolución. El mundo es real precisamente porque existe sólo en la conciencia; pues es una Energía Consciente única con el Ser que la crea. Es la existencia de la forma material en su propio derecho

aparte de la auto iluminada energía la que asume la forma, que sería una contradicción de la verdad de las cosas, una fantasmagoría, una pesadilla, una falsedad imposible.

Mas este Ser Consciente que es la verdad de la Supermente infinita, es más que el Universo y vive independientemente en Su propio inexpresable infinito al igual que en las armonías cósmicas. El mundo vive por Eso; Eso no vive por el mundo. Y así como podemos ingresar en la conciencia cósmica y ser Uno con toda la existencia cósmica, de igual manera podemos ingresar en la conciencia que trasciende al mundo y convertirnos en superiores a toda la existencia cósmica. Entonces surge la cuestión que se nos ocurrió en primer término, sobre si esta trascendencia es también, necesariamente, un rechazo. ¿Qué relación tiene este universo con el Más Allá?

Pues en las puertas de lo Trascendente está ese mero y perfecto Espíritu descripto en los Upanishads, luminoso, puro, sosteniendo al mundo pero inactivo en él, sin fibras de energía, sin imperfección de dualidad, sin marca de división, único, idéntico, libre de toda apariencia de relación y de multiplicidad, el puro Atma de los Adwaitins , el inactivo Brahman, el Silencio Trascendente. Y la Mente, cuando pasa de repente esas puertas, sin transiciones intermedias, recibe una sensación de la irrealidad del mundo y la realidad única del Silencio que es una de las más poderosas y convincentes experiencias de la que es capaz la mente humana. Aquí, en la percepción de este puro Atma o del No-Ser detrás de él, tenemos el punto de arranque para una segunda negación, — paralela al otro polo del materialista, pero más completa, más final, más peligrosa en sus efectos sobre los individuos y las colectividades que oyen su potente reclamo en pro del yermo—, el rechazo del asceta.

Es esta rebelión del Espíritu contra la Materia la que durante dos mil años —desde que el Budismo alteró el equilibrio del antiguo mundo Ario—, dominó cada vez más la mente hindú. Y no es la sensación de la ilusión cósmica la totalidad del pensamiento hindú; existen otras afirmaciones filosóficas, otras aspiraciones religiosas. Tampoco faltó por parte de las filosofías más extremas algún intento de ajuste entre ambos términos. Pero todos han vivido a la sombra del gran Rechazo y la conclusión de la vida es para todos la vestidura del asceta. La concepción general de la existencia fue saturada por la teoría budista de la cadena del karma y por la consiguiente antinomia de esclavitud y liberación, esclavitud por nacimiento, liberación por cese del nacimiento. Por lo tanto, todas las voces se unen en un gran consenso de que en este mundo de dualidades no puede existir nuestro reino celestial, sino más allá, en las beatitudes del eterno Vrindavan o la elevada bienaventuranza de

Brahmaloka más allá de todas las manifestaciones en algún inefable Nirvana a donde toda la experiencia separada se pierde en la indistinta unidad de la Existencia indefinible. Y a través de muchos siglos, un gran ejército de brillantes testigos, santos y maestros, nombres sagrados para el cuerpo hindú y dominantes en la imaginación hindú, rindieron siempre el mismo testimonio y acrecentaron siempre la misma sublime y distante apelación: la renuncia es el sendero único del conocimiento, la aceptación de la vida física, es el acto del ignorante, el cese del nacimiento, es el correcto uso del nacimiento humano, el reclamo del Espíritu es el receso de la Materia.

Para una edad exenta de simpatía para con el espíritu ascético —y en todo el resto del mundo parecería que la hora del anacoreta ya pasó a está desapareciendo —es fácil atribuir esta gran tendencia a la frustración de la energía vital de una antigua raza exhausta de agobios, con su otrora compartido avance común desfalleciente por su multilateral contribución a la suma del esfuerzo humano y del conocimiento humano. Pero hemos visto que eso corresponde a una verdad de la existencia, un estado de realización consciente que está en la cima de nuestras posibilidades. En la práctica también el espíritu ascético es un elemento indispensable de la perfección humana y ni su afirmación separada puede evitarse mientras la raza no libere al fin su intelecto y hábitos vitales de la sujeción a un siempre insistente animalismo.

Buscamos ciertamente una mayor y más completa afirmación. Percibimos que en el ascético ideal hindú la gran formula Vedántica: "Uno sin segundo", no ha sido leída lo suficiente a la luz de esa otra fórmula igualmente imperativa: "Todo esto es el Brahman". La apasionada aspiración del hombre hacia lo Divino no se relacionó lo suficiente con el movimiento descendente de lo Divino que se asoma hacia abajo para abarcar eternamente Su manifestación. Su significado en la Materia no fue bien entendido como Su Verdad en el Espíritu. La Realidad que el Sannyasin busca ha sido captada en su plena elevación, pero no, como los antiguos Vedantas, en su plena extensión y comprehensión. Pero en nuestra más completa afirmación no debemos minimizar la parte del puro impulso espiritual. Así como hemos visto en cuán gran proporción el Materialismo ha servido a los fines de lo Divino, de igual manera debemos

reconocer el servicio mayor aun prestado por el Ascetismo a la Vida. Preservaremos las verdades de la Ciencia material y sus utilidades reales en la armonía final, aunque muchas o todas sus formas existentes hayan de romperse o dejarse de lado. Un escrúpulo mayor aun de perservación correcta debe guiarnos en nuestro trato con el legado (aunque en realidad disminuido y desvalorizado) del pasado Ario.

Capítulo IV - La Realidad Omnipresente

Si uno Lo conoce como Brahman el No-Ser, deviene meramente no-existente. Si uno conoce que Brahman Es, entonces es conocido como lo real en la existencia.
Taittiriya Upanishad1

Entonces, puesto que admitimos el reclamo del Espíritu puro para que manifieste en nosotros su absoluta libertad, y el reclamo de la Materia universal para que sea molde y condición de nuestra manifestación, hemos de descubrir una verdad que pueda enteramente reconciliar a estos antagonistas y dar a ambos su correspondiente porción en la Vida y su correspondiente justificación en el Pensamiento, sin privarles de ninguno de sus derechos, sin negar la soberana verdad de la que extraen una fuerza tan constante –a pesar de incluir sus errores, incluso la parcialidad de sus exageraciones-. Pues en cualquier parte que exista una afirmación extrema que formule tan poderosa apelación a la mente humana, podemos estar seguros de que nos hallamos en presencia no de un mero error, superstición o alucinación, sino de algún hecho soberano, disfrazado, que exige nuestra fidelidad y tomará venganza si lo negamos o excluimos. Aquí reside la dificultad de una solución satisfactoria y el origen de esa carencia de finalidad que persigue todo mero compromiso entre Espíritu y Materia. Un compromiso es un regateo, una transacción de intereses entre dos poderes en conflicto; no es una verdadera reconciliación. La verdadera reconciliación procede siempre de una mutua comprehensión que conduce a una suerte de íntima unidad. Es por lo tanto a través de la máxima unificación posible de Espíritu y Materia que llegaremos mejor a su reconciliadora verdad y, de esa manera, a una más sólida base para iniciar una práctica reconciliadora en la vida interior del individuo y su existencia externa.

Ya hemos hallado en la conciencia cósmica un lugar de encuentro en el que la Materia deviene real al Espíritu, el Espíritu deviene real a la Materia. Pues en la conciencia cósmica, Mente y Vida son intermediarios y nunca más, como lo parecen en la común mentalidad egoísta, agentes de separación, fomentadores de una disputa artificial entre los principios positivo y negativo de la misma Realidad incognoscible. Alcanzando la Mente cósmica de la conciencia, iluminada por un conocimiento que percibe al mismo tiempo la verdad de la Unidad y la verdad de la Multiplicidad y aprovecha las fórmulas de su interacción, descubre sus propias discordancias explicadas y reconciliadas a un mismo tiempo por la divina Armonía; satisfecha, acepta convertirse en el agente de esa suprema unión entre Dios y la Vida, hacia la cual tendemos. La Materia se revela al pensamiento comprensivo y a los sutilizados sentidos como la figura y cuerpo del espíritu, --el Espíritu en su extensión auto-formadora--. El Espíritu se revela a través de los mismos verificadores agentes, como el alma, la verdad, la esencia de la Materia. Ambos se admiten y se confiesan mutuamente como divino, real y esencialmente uno. La Mente y la Vida se revelan en esa iluminación al mismo tiempo, como figuras e instrumentos del supremo Ser Consciente por el que Eso Se extiende y Se aloja en la forma material y en esa forma Se revela a Sus múltiples centros de conciencia. La Mente alcanza su auto-cumplimiento cuando se convierte en un puro espejo de la Verdad del Ser que se expresa en los símbolos del universo; la Vida, cuando conscientemente presta sus energías para la perfecta auto-configuración de lo Divino en las formas y actividades siempre nuevas de la existencia universal.

A la luz de esta concepción podemos percibir la posibilidad de una vida divina para el hombre en el mundo que, al mismo tiempo, justificará la Ciencia, revelando un sentido de la vida y un objetivo inteligible para la evolución cósmica y terrestre, y realizará, mediante la transfiguración del alma humana en la divina, el gran sueño ideal de todas las religiones elevadas.

¿Pero, y qué con respecto a ese silencioso Ser-en-sí, inactivo, puro, auto-existente, auto-dichoso, que se nos presenta como la duradera justificación del asceta? Aquí también la armonía -y no la irreconciliable oposición- debe ser la iluminadora verdad. El Brahman silencioso y el activo no son diferentes, opuestas e irreconciliables entidades, una negando, la otra afirmando una ilusión cósmica; son un solo Brahman en dos

aspectos, positivo y negativo, y cada uno es necesario para el otro. Es fuera de este Silencio que la Palabra que crea los mundos procede por siempre; pues la Palabra expresa lo que está auto-escondido en el Silencio. Se trata de una pasividad eterna que torna posible la libertad y omnipotencia perfectas de una eterna actividad divina en innumerables sistemas cósmicos. Pues las creaciones de esa actividad obtienen sus energías y su ilimitable potencia de variación y armonía, del imparcial sostén del Ser inmutable, y su consentimiento a esta infinita fecundidad de su propia Naturaleza dinámica.

El hombre, asimismo, se torna perfecto sólo cuando ha descubierto dentro de sí esa calma y pasividad absolutas del Brahman, y gracias a ello soporta una libre e inextinguible actividad con la misma tolerancia divina y la misma beatitud divina. Quienes dentro de sí poseyeron la Calma pueden percibir siempre, manando de su silencio, la perenne provisión de energías que operan en el universo. Por lo tanto, la verdad del Silencio no consiste en decir que es propio de su naturaleza un rechazo de la actividad cósmica. La aparente incompatibilidad de los dos estados es un error de la Mente limitada que, -acostumbrada a las agudas oposiciones de la afirmación y la negación, que pasan, de repente, de un polo al otro-, es incapaz de concebir una conciencia comprehensiva, lo suficientemente vasta y fuerte, como para incluir a ambos en un simultáneo abrazo. El Silencio no rechaza al mundo, lo sostiene. O más bien, sostiene con igual imparcialidad la actividad y el retiro de la actividad y aprueba también la reconciliación por la que el alma queda libre, incluso cuando se entrega a la acción.

Pero todavía existe el retiro absoluto, existe el No-Ser. Del No-Ser, dice la antigua Escritura, apareció el Ser2. Entonces debe con seguridad hundirse nuevamente dentro del No-Ser. Si la indistinta Existencia infinita permite todas las posibilidades de diferenciación y múltiple realización, ¿el No-Ser, al menos, como estado originario y única realidad constante, no niega y rechaza toda posibilidad de un universo real? El Nihil de ciertas escuelas budistas sería entonces la verdadera solución ascética; el Ser-en-sí, igual que el ego, sería sólo una formación ideática de una ilusoria conciencia fenoménica.

Pero nuevamente descubrimos que nos descarrían las palabras, nos engañan las agudas oposiciones de nuestra mentalidad limitada con su afición a dar relevancia a las distinciones verbales -como si representaran a la perfección las verdades últimas- y a su interpretación de nuestras experiencias supramentales dándoles el sentido de aquellas intolerantes distinciones. No-Ser es sólo una palabra. Cuando examinamos el hecho que representa, ya no podemos estar seguros de que la no-existencia absoluta tenga mejores posibilidades que el Ser-en-sí infinito, de ser más que una formación de ideas urdida por la mente. Por esta Nada entendemos en realidad algo que está más allá del último término al cual podemos reducir nuestra más pura concepción y nuestra más abstracta o sutil experiencia del ser real, tal como lo conocemos o concebimos en este Universo. Entonces, esta Nada es algo más allá de la concepción positiva. Erigimos una ficción de la nada en orden a superar, -por el método de la total exclusión, excluyendo-, todo lo que podemos conocer y conscientemente existe. En realidad cuando examinamos de cerca al Nihil de ciertas filosofías, empezamos a percibir que se trata de un cero, el cual es Todo, o de un indefinible Infinito, el cual, aparece a la mente como un vacío, pues la mente sólo capta construcciones finitas, pero de hecho es la única Existencia cierta3.

Y cuando decimos que del No-Ser apareció el Ser, percibimos que hablamos en términos de Tiempo acerca de lo que está más allá del Tiempo. ¿Pues cuál fue esa portentosa fecha en la historia de la Nada eterna en la que el Ser nació de ella o cuándo llegará esa otra fecha igualmente formidable en la que un todo irreal se interne en el perpetuo vacío? Sat y Asat, si han de afirmarse ambos, deben concebirse como obtenidos simultáneamente. Se admiten mutuamente, incluso en su rechazo a mezclarse. Ambos, dado que hablamos en términos de Tiempo, son eternos. ¿Y quién persuadirá al Ser eterno de que realmente no existe y que sólo existe el No-Ser eterno? ¿En esa negación de toda experiencia cómo descubriremos la solución que explica toda experiencia?

El puro Ser es la afirmación que formula el Incognoscible sobre Sí Mismo como libre basamento de toda la existencia cósmica. Damos el nombre de No-Ser a una afirmación contraria de Su libertad, con respecto a toda existencia cósmica, -libertad, vale decir, referida a todos los términos positivos de la existencia real en los cuales la conciencia puede formularse en el universo, incluso los más abstractos y los más trascendentes-. No los niega como real expresión de Sí, sino que niega Su limitación mediante todos o cualquier tipo de expresión. El No-Ser admite al Ser, así como el Silencio admite la

Actividad. Mediante esta negación y afirmación simultáneas, que mutuamente no se destruyen, sino que se complementan mutuamente como todos los contrarios, el conocimiento simultáneo del Auto-Ser consciente como una realidad y el Incognoscible más allá corno la misma Realidad llega a ser realizable para la despierta alma humana. De esa manera fue posible para Buda alcanzar el estado del Nirvana y también actuar pujantemente en el mundo, impersonal en su conciencia interior, en su acción la más poderosa personalidad que sepamos haya vivido y producido resultados sobre la tierra.

Cuando sopesamos estas cosas, empezamos a percibir cuán débiles en su auto-afirmativa violencia y cuán confusas en su engañosa diferenciación son las palabras que usamos. Empezamos a percibir también, que las limitaciones que imponemos al Brahman surgen de la estrechez de la experiencia en la mente individual, que se concentra en un solo aspecto del Incognoscible y se empecina en negar o despreciar el resto. Tendemos siempre a traducir demasiado rígidamente lo que podemos concebir o conocer del Absoluto en los términos de nuestra propia relatividad particular. Afirmamos el Uno e Idéntico discriminando apasionadamente y haciendo valer el egoísmo de nuestras propias opiniones v experiencias parciales contra las opiniones y experiencias parciales de los demás. Es más prudente aguardar, aprender, crecer, y, -dado que estamos obligados, por causa de nuestra auto-perfección, a hablar de estas cosas que el habla humana no puede expresar-, buscar la más amplia, la más flexible, la más universal afirmación posible, fundando en ella la máxima y más comprehensiva armonía.

Reconocemos, entonces, que es posible para la conciencia del individuo entrar en un estado en el que la existencia relativa parece disolverse y el Ser-en-sí, una concepción inadecuada. Es posible entrar en un Silencio más allá del Silencio. Pero esto no es el total de nuestra última experiencia, ni la simple y omni-excluyente verdad. Pues descubrimos que este Nirvana, esta auto-extinción, a la par que brinda una paz y libertad absolutas al alma en el interior, coincide en la práctica con una acción en el exterior exenta-de-deseo pero efectiva. Esta posibilidad de una impersonalidad enteramente inmóvil y de un Calmo vacío interior, cumpliendo exteriormente la labor de las verdades eternas (Amor, Verdad y Rectitud) fue tal vez la real esencia de la doctrina de Buda, -esta superioridad con respecto al ego, a la cadena de trabajos personales y a la identificación con la forma y la idea mutables-, no el insignificante ideal de un escape de la aflicción y el sufrimiento del nacimiento físico. De cualquier modo, así como el hombre perfecto combinaría en sí silencio y actividad, de igual manera también el alma completamente consciente retornaría a la absoluta libertad del No-Ser sin perder, por tanto, su papel activo sobre la Existencia y el universo. Reproduciría así perpetuamente, en sí misma, el eterno milagro de la Existencia divina, en el universo, más allá de éste e incluso, como si estuviera más allá de sí misma. La experiencia opuesta solo podría ser una concentración de la mentalidad del individuo sobre la No-existencia con el resultado de un olvidado y personal retiro de una actividad cósmica que prosigue todavía y siempre en la conciencia del Ser Eterno.

Así, tras reconciliar Espíritu y Materia en la conciencia cósmica, percibimos la reconciliación, en la conciencia trascendental, de la final afirmación de todo y su negación. Descubrimos que todas las afirmaciones son aseveraciones de estado o actividad en el Incognoscible; todas las negaciones correspondientes son aserciones de Su libertad, desde y en ese estado o actividad. El Incognoscible es Algo supremo para nosotros, maravilloso e inefable que continuamente Se formula a nuestra conciencia y continuamente escapa de la formulación que efectuó. No obra como un espíritu malicioso o un caprichoso mago -que nos lleva de una falsedad a una falsedad mayor y, de esa manera, a la negación final de todas las cosas-, sino como si fuese aquí el Sabio que sobrepasa nuestra sabiduría y nos guía de una realidad a otra realidad más profunda y vasta todavía, hasta que encontramos la más profunda y vasta de que somos capaces. El Brahman es una realidad omnipresente, no una causa omnipresente de ilusiones persistentes.

Si de esa manera aceptamos una base positiva de nuestra armonía ---¿y en qué otra puede fundarse la armonía?— las diversas formulaciones conceptuales del Incognoscible, cada una representando una verdad más allá del concepto, deben ser comprendidas, -en la medida en que sea posible, en su relación mutua y en su efecto sobre la vida-, no separadamente, no exclusivamente, no tan afirmadas como para destruir o disminuir indebidamente todas las otras afirmaciones. El Monismo real, el verdadero Adwaita, es aquel que admite todas las cosas como el Brahman único y no busca escindir Su existencia en dos incompatibles entidades, en una Verdad eterna y en una eterna Falsedad. Brahman y no-Brahman, Ser-en-sí y No-Ser, real e irreal, sin embargo Maya perpetua. Si fuese cierto que sólo existe el Ser-en-sí, debe también ser cierto que todo es el Ser-en-sí. Y si este Ser-en-sí, Dios o Brahman no es un estado

desvalido, no es un poder maniatado, no es una personalidad limitada, sino el auto-consciente Todo; debe existir alguna buena e inherente razón para la manifestación exterior, a cuyo descubrimiento debemos proceder sobre la hipótesis de alguna potencia, alguna sabiduría, alguna verdad de ser en todo lo que se manifiesta. La discordia y el mal aparente del mundo debe ser admitido en su esfera, mas no aceptarse como si fuesen nuestros conquistadores. El más hondo instinto de la humanidad busca siempre y prudentemente la sabiduría como la última palabra de la manifestación universal, no una eterna mofa o ilusión, —busca un bien secreto y finalmente triunfador, no un mal omnicreador e invencible—, una victoria y logro últimos, no el decepcionante escape o repliegue del alma de su gran aventura.

Pues no podemos suponer que la Entidad única esté compelida por algo exterior a Ella o diferente de Ella Misma, puesto que tal cosa no existe. Ni podemos suponer que se someta contra su voluntad a algo parcial dentro de Ella Misma, que sea hostil a su Ser integral, negado por Ella y con todo demasiado fuerte para Ella; pues esto seria únicamente erigir, con otras palabras, la misma contradicción de un Todo y de algo distinto al Todo. Incluso si decimos que el universo existe meramente porque el Ser-en-sí en su absoluta imparcialidad tolera todas las cosas por igual, viendo con indiferencia todas las realidades y todas las posibilidades, con todo existe allí algo que quiere la manifestación y la sostiene, y este algo no puede ser otra cosa que el Todo. Brahman es indivisible en todas las cosas y cualquier cosa que se quiera en el mundo, en última instancia fue querida por Brahman. Es sólo nuestra conciencia relativa, alarmada o desconcertada por los fenómenos del mal, de la ignorancia y del dolor en el cosmos, que busca liberar al Brahman de Su responsabilidad por Si mismo y por sus obras, a través de la erección de algún principio opuesto, Maya o Mara, Demonio consciente o auto-existente principio del mal. Existe un solo Señor y Ser-en-sí y los muchos son únicamente Sus representaciones y creaciones.

Entonces, si el mundo es un sueño, una ilusión o un error, es un sueño originado y querido por el Ser-en-sí en su totalidad y no sólo originado y querido, sino también sostenido y perpetuamente cuidado. Es más, se trata de un sueño existente en una Realidad y la materia que lo compone es esa Realidad, pues el Brahman debe ser el material del mundo al igual que su base y continente. Si el oro con que esta hecho el vaso es real, ¿cómo hemos dé suponer que el vaso mismo es un espejismo? Vemos que estas palabras, sueño, ilusión, son tretas del lenguaje, hábitos de nuestra conciencia relativa; representan cierta verdad, incluso una gran verdad, pero también la representan mal. Así como el No-Ser resulta ser algo distinto de la simple nada, de igual modo el Sueño cósmico, el Universo, resulta ser algo distinto a un mero fantasma y alucinación de la mente. El fenómeno no es fantasmal; el fenómeno es la forma sustancial de una Verdad.

Comenzamos, entonces, con la concepción de una Realidad omnipresente de la cual, ni el No-Ser por un lado ni el universo por el otro, son negaciones que anulen; más bien son estados diferentes de la Realidad, afirmaciones de anverso y reverso. La más alta experiencia de esta Realidad en el universo la muestra siendo no sólo una Existencia consciente, sino también una Inteligencia y Fuerzas supremas y una auto-existente Bienaventuranza; y más allá del universo hay todavía alguna otra existencia incognoscible, alguna total e inefable Bienaventuranza. Por lo tanto, estamos justificados al suponer que incluso las dualidades del universo, -cuando se las interpreta, no como ahora por medio de nuestras concepciones sensorias y parciales, sino a través de nuestras liberadas inteligencia y experiencia-, también serán resueltas dentro de aquellos términos supremos. Mientras todavía trabajamos bajo la presión de las dualidades, esta percepción debe, sin duda, apoyarse constantemente en un acto de fe, mas una fe que la suprema Razón, la más amplia y más paciente reflexión no niegan sino que más bien afirman. Este credo se da ciertamente a la humanidad para sostenerla en su viaje, hasta que llegue a la etapa de la evolución en que la fe se torne en conocimiento y perfecta experiencia, y la Sabiduría se justifique en sus obras.

Capítulo V - El Destino del Individuo

Por la Ignorancia trasponen la Muerte y por el Conocimiento disfrutan la Inmortalidad... Por el No-Nacimiento trasponen la Muerte y por el Nacimiento disfrutan la Inmortalidad Isha Upanishad

Una Realidad omnipresente es la verdad de toda vida y existencia, absoluta o relativa, corpórea o incorpórea, animada o inanimada, inteligente o no-inteligente; y en todas sus infinitamente variantes y constantemente opuestas auto-expresiones, -desde las contradicciones más próximas a nuestra experiencia ordinaria hasta las más lejanas antinomias que se pierden en las orillas de lo Inefable-, la Realidad es una sola y no suma o concurso. Desde ella empiezan todas esas variaciones, consiste en todas esas variaciones, retorna a todas esas variaciones. Todas las afirmaciones se niegan tan sólo para conducir a una más amplia afirmación de la misma Realidad. Todas las antinomias se confrontan una con otra en orden a reconocer una sola Verdad en sus aspectos opuestos y abarcar, a través del conflicto, su Unidad mutua. Brahman es el Alfa y el Omega. Brahman es el Uno detrás del cual nada más existe.

Mas esta unidad es indefinible en su naturaleza. Cuando procuramos considerarla mediante la mente, nos vemos obligados a proceder a través de una infinita serie de concepciones y experiencias. E incluso al final nos vemos compelidos a negar nuestras máximas concepciones, nuestras más comprehensivas experiencias en orden a afirmar que la Realidad excede todas las definiciones. Llegamos a la fórmula de los Sabios védicos, neti neti: "Eso no es esto, Eso no es aquello", no hay experiencia por la que podamos limitarlo, no hay concepto por el cual, Eso pueda ser definido.

Un Incognoscible que se nos presenta en múltiples estados y atributos del ser, en múltiples formas de conciencia, en múltiples actividades de energía, esto es lo que la Mente puede en última instancia decir acerca de la existencia que nosotros mismos somos y que vemos en cuanto se ofrece a nuestro pensamiento y sentidos. Es en y a través de esos estados, de esas formas, de esas actividades, que hemos de aproximarnos y conocer al Incognoscible. Pero si en nuestra prisa por arribar a una Unidad que nuestra mente pueda captar y retener, si en nuestra insistencia en abarcar el Infinito en nuestro abrazo, identificamos a la Realidad con cualquier otro estado definible del ser, aunque sea puro y eterno, con cualquier particular atributo aunque sea general y comprehensivo, con cualquier formulación fija de conciencia aunque enorme en su alcance, con cualquier energía o actividad aunque sea ilimitada en su aplicación, y excluimos todo el resto, entonces nuestros pensamientos pecan contra Su incognoscibilidad y llegan, no a una verdadera unidad, sino a una división de lo Indivisible.

Tan intensamente era percibida esta verdad en los antiguos tiempos, que los Videntes Vedánticos, incluso tras haber llegado a la idea cumbre, la convincente experiencia de Satchidananda como suprema expresión positiva de la Realidad para nuestra conciencia, erigieron en sus especulaciones o propendieron en sus percepciones hacia un Asat, un No-Ser más allá, que no es la existencia última, la pura conciencia, la bienaventuranza infinita de la cual todas nuestras experiencias son la expresión o la deformación. Si de algún modo Es una existencia, una conciencia, una bienaventuranza, está más allá de la más alta y más pura forma positiva de esas cosas que aquí podemos poseer y, por lo tanto, distinta de las que aquí conocemos por esos nombres. El budismo, -un tanto arbitrariamente declarado por los teólogos como doctrina no-Védica, porque rechazó la autoridad de las Escrituras-, a pesar de eso, vuelve a esta concepción esencialmente Vedántica. Sólo la positiva y sintética doctrina de los Upanishads consideró a Sat y Asat (Ser y No-Ser) no como opuestos que se destruyen mutuamente, sino como la antinomia última a través de la cual contemplamos al Incognoscible. Y en las transacciones de nuestra conciencia positiva, incluso la Unidad tiene que arreglar sus cuentas con la Multiplicidad; pues los Muchos son también el Brahman. Es por medio de Vidya, - el Conocimiento de la Unidad -, que conocemos a Dios; sin eso, Avidya, - la conciencia relativa y múltiple -, es noche de tinieblas y un desorden de la Ignorancia. . Y si excluimos el campo de esa Ignorancia, si nos desembarazamos de Avidya como si fuese una cosa no-existente e irreal, entonces el Conocimiento mismo se convierte en una suerte de oscuridad y fuente de imperfección. Llegamos a ser como hombres cegados por una luz, de modo que ya no podemos ver el campo que esa luz ilumina.

Tal es la doctrina, calma, sabía y clara, de nuestros más antiguos sabios. Tenían la paciencia y fortaleza para descubrir y conocer; tenían también la claridad y humildad para admitir la limitación de nuestro conocimiento. Percibieron las fronteras que éste debía atravesar en pos de algo más allá de sí mismo. Fue una tardía impaciencia del corazón y de la mente, una vehemente atracción hacia la bienaventuranza última, o hacia el elevado dominio de la experiencia pura y de la aguda inteligencia, la que buscó al Uno para negar los Muchos y porque recibió el aliento de las alturas desdeñó el secreto de las profundidades o retrocedió ante él. Mas el ojo sensato de la antigua sabiduría percibió que para conocer a Dios realmente, debe conocérselo en todo por

doquier y sin distinciones, considerando y valorando pero sin dejarse dominar por las oposiciones a través de las cuales El resplandece.

Dejaremos de lado las tajantes distinciones de una lógica parcial que declara que, debido a que el Uno es la realidad, los Muchos son una ilusión, y debido a que el Absoluto es Sat, la existencia única, lo relativo es Asat y no-existente. Si en los Muchos perseguimos con insistencia al Uno, es para retornar con la bendición y la revelación del Uno confirmándose a sí mismo en los Muchos.

Hemos de precavernos también contra la excesiva importancia que la Mente atribuye a particulares puntos de vista a los que llega en sus más poderosas expansiones y transiciones. La percepción de la mente espiritualizada de que el universo es un sueño irreal puede no tener más absoluto valor para nosotros que la percepción de la Mente materializada de que Dios y el Más Allá son una idea ilusoria. En un caso, la Mente, - que está habituada solamente a la evidencia de los sentidos y a asociar la realidad con el hecho corpóreo -, ni está acostumbrada a usar otros medios de conocimiento ni es capaz de extender la noción de realidad a una experiencia suprafísica. En el otro caso, la misma mente, pasando más allá de la abrumadora experiencia de una realidad incorpórea, transfiere simplemente la misma incapacidad y el mismo sentido consiguiente de sueño o alucinación a la experiencia de los sentidos. Pero percibimos también la verdad que estas dos concepciones desfiguran. Es cierto que para este mundo de la forma, en el que estamos colocados para nuestra auto-realización, nada es enteramente válido hasta que haya tomado posesión de nuestra conciencia física y se haya manifestado en los niveles inferiores en armonía con su manifestación en las cimas supremas. Es igualmente cierto que la forma y la materia, afirmándose como realidad auto-existente, son una ilusión de la Ignorancia. La forma y la materia pueden tan sólo ser válidas como forma y sustancia de manifestación de lo incorpóreo e inmaterial. En su naturaleza son un acto de la conciencia divina, en su objetivo son la representación de un estado del Espíritu.

En otras palabras, si el Brahman ha entrado en la forma v representa Su ser en la sustancia material, eso sólo puede ser para disfrutar la auto-manifestación en las figuras de la conciencia relativa y fenoménica. El Brahman está en este mundo para representarse en los valores de la Vida. La Vida existe en el Brahman a fin de descubrir al Brahman en sí misma. Por lo tanto, la importancia del hombre en el mundo es que él aporta ese desarrollo de la conciencia gracias al cual, llega a ser posible su transfiguración por medio de un perfecto auto-descubrimiento. Realizar a Dios en la vida es la plenitud vital del hombre. El comienza desde la vitalidad animal y sus actividades, pero su objetivo es la existencia divina.

Pero así como en el Pensamiento, de igual modo en la Vida, la verdadera norma de auto-realización es una progresiva comprehensión. Brahman Se expresa en múltiples formas sucesivas de la conciencia, sucesivas en su relación incluso si coexisten en ser y simultaneidad en el Tiempo, y la Vida en su auto-revelación debe también elevarse hacia áreas siempre-nuevas de su propio Ser. Mas si al pasar de un dominio al otro renunciamos a lo que se nos ha dado de entusiasmo para nuestro nuevo logro; si al alcanzar la vida mental echamos a un lado o minimizamos la vida física que es nuestra base; o si rechazamos lo mental y lo físico en nuestra atracción hacia lo espiritual, no realizamos a Dios integralmente ni satisfacemos las condiciones de Su auto-manifestación. No llegamos a ser perfectos, sino que sólo mudamos el campo de nuestra imperfección o, como mucho, alcanzamos una altura limitada. Por más alto que saltemos, aunque fuera hasta el No-Ser mismo, lo hacemos mal si olvidamos nuestra base. La verdadera divinidad de la naturaleza no es abandonar lo inferior a sí mismo, sino en transfigurarlo a la luz de lo superior que hayamos alcanzado. El Brahman es integral y unifica muchos estados de conciencia a un mismo tiempo; nosotros también, manifestando la naturaleza del Brahman, llegaríamos a ser integrales y omni-abarcantes.

Además de la retracción de la vida física, existe otra exageración del impulso ascético que corrige este ideal de una manifestación integral. El quid de la Vida es la relación entre tres formas generales de conciencia: la individual, la universal y la trascendente o supracósmica. En la distribución ordinaria de las actividades de la vida el individuo se considera a sí mismo, un ser separado incluido en el universo y tanto éste como aquel, dependientes de eso que trasciende igualmente al universo y al individuo. Es a esta Trascendencia a la que corrientemente damos el nombre de Dios, que de esa manera, viene a ser para nuestras concepciones no tanto supracósmico como extracósmico. La disminución y degradación tanto del individuo como del Universo es una consecuencia natural de esta división: el cese tanto del cosmos como del individuo por el logro de la Trascendencia sería lógicamente su conclusión suprema.

La visión integral de la unidad del Brahman obvia estas consecuencias. Así como no necesitamos apartar la vida corporal para alcanzar lo mental y espiritual, de igual manera podemos llegar a un punto de vista, en el que la preservación de las actividades individuales no sea tan incoherente con nuestra comprehensión de la conciencia cósmica o nuestro logro de la trascendente y supracósmica. Pues el Mundo-Trascendente abarca al Universo, es uno con él y no lo excluye; así como el Universo abarca al individuo, es uno con él y no lo excluye. El individuo es un centro de la total conciencia universal, de la que el Universo es forma y definición, el cual está ocupado por la entera inmanencia de lo Informe e Indefinible.

Esta es siempre la verdadera relación, velada a nosotros por nuestra ignorancia o nuestra equivocada conciencia de las cosas. Cuando alcanzamos el conocimiento o la conciencia correctos, nada esencial cambia en la eterna relación, pues sólo la visión interior y exterior son profundamente modificadas desde el centro del individuo y por consiguiente el espíritu y los efectos de su actividad. El individuo es aun necesario para la acción del Trascendente en el universo y esa acción en él no cesa de ser posible por su iluminación. Por el contrario, dado que la manifestación consciente del Trascendente en el individuo es el medio por el que lo colectivo, lo universal va también a llegar a ser consciente de sí mismo, la continuación del individuo iluminado en la acción del mundo es una necesidad imperiosa del juego-del-mundo. Si su inexorable eliminación a través del acto mismo de la iluminación fuera la norma, entonces el mundo estaría condenado a permanecer eternamente en un escenario de irredimible oscuridad, muerte y sufrimiento. Y ese mundo sólo puede ser un cruel "Juicio de Dios" o una ilusión mecánica.

Es así como la filosofía ascética tiende a concebir eso. Pero la salvación individual no puede tener real sentido si la existencia en el cosmos es una ilusión. Según la visión Monística, el alma individual es una con lo Supremo, su sentido de separación una ignorancia, el escape del sentido de separación e identificarse con lo Supremo son su salvación. ¿Mas quién se beneficia con esta huída? No el supremo Ser-en-sí, pues se lo supone siempre e inalienablemente libre, inmóvil silencioso y puro. No el mundo, pues éste permanece constantemente en cautiverio y no se libera con la huída de cualquier alma individual de la Ilusión universal. Es el alma individual misma la que realiza su bien supremo huyendo del pesar y la división hacia la paz y la bienaventuranza. Parecería entonces existir cierto tipo de realidad del alma individual, diferente del mundo y de lo Supremo, en el caso de su liberación e iluminación. Mas para el Ilusionista, el alma individual es una ilusión y no-existente excepto en el inexplicable misterio de Maya. ¡Por lo tanto llegamos a la huida de una ilusoria alma no-existente, de un ilusorio cautiverio no-existente, en un ilusorio mundo no-existente, como el bien supremo al que esa no-existente alma ha de aspirar!. Pues ésta es la última palabra del Conocimiento: "No hay nadie encarcelado, nadie liberado, nadie buscando ser libre". Vidya resulta ser tan parte de lo Fenoménico como Avidya; Maya nos encuentra incluso en nuestra escapada y se ríe de la triunfante lógica que pareció cortar el nudo de su misterio.

Estas cosas, se dice, no pueden explicarse; son el milagro inicial e insoluble. Son para nosotros un hecho práctico y han de aceptarse. Queremos escapar fuera de esta confusión por otra confusión. El alma individual sólo puede cortar el nudo del ego mediante un acto supremo de egoísmo, un exclusivo apego a su propia salvación individual que llega a una absoluta afirmación de su existencia separada en Maya. Somos inducidos a considerar las otras almas como si fueran inventos de nuestra mente y su salvación sin importancia, como si sólo nuestra alma fuera enteramente real y su salvación la única cosa que cuenta. ¡Vengo a considerar mi huída personal del cautiverio como real mientras otras almas que son iguales a mí quedan atrás en el cautiverio!.

Es sólo cuando hacemos a un lado toda irreconciliable antinomia entre el Ser-en-sí y el mundo, que las cosas caen en su sitio por medio de una lógica menos paradójica. Debemos aceptar lo multilateral de la manifestación incluso cuando afirmamos la unidad de lo Manifestado. ¿Y no es ésta, después de todo, la verdad que perseguimos doquiera miremos, a menos que, viendo, prefiramos no ver? ¿No es éste, después de todo, el misterio perfectamente natural y simple del Ser Consciente que no está atado ni por su unidad ni por su multiplicidad? Es "absoluto" en el sentido de ser enteramente libre para incluir y combinar en Su propio modo todos los términos posibles de Su auto-expresión. "No hay nadie encarcelado, nadie liberado, nadie buscando ser libre", pues Eso siempre es una libertad perfecta. Es tan libre que ni siquiera está limitado por su libertad. Puede jugar a estar confinado sin caer en un cautiverio real. Su cadena es una convención auto-impuesta, Su limitación en el ego un dispositivo de transición que Eso

usa para reiterar su trascendencia y universalidad en el esquema del Brahman individual.

El Trascendente, el Supracósmico es absoluto y libre en Sí Mismo más allá del Tiempo y el Espacio, y más allá de los opuestos conceptuales de finito e infinito. Mas en el cosmos utiliza Su libertad de auto-formación, Su Maya, para confeccionar un esquema de Sí Mismo en los complementarios términos de una unidad y la multiplicidad, y esta múltiple unidad la establece en las tres condiciones del subconsciente, el consciente y el superconsciente. Pues realmente vemos que los Muchos materializados en la forma de nuestro universo material empiezan con una unidad subconsciente que se expresa bastante abiertamente en la acción cósmica y la sustancia cósmica, pero de la cual no son por sí mismos conscientes superficialmente. En el consciente el ego llega a ser el punto superficial al que puede emerger el conocimiento de la unidad; pero aplica su percepción de la unidad a la forma individual y su acción superficial y, al fracasar en darse cuenta de todo lo que opera detrás, falla también en comprender que no es sólo uno en sí mismo sino uno con los demás. Esta limitación del "Yo" Universal en el dividido Ego-sentido constituye nuestra imperfecta personalidad individualizada. Pero cuando el ego trasciende la conciencia personal, empieza a incluir y a ser superado por Eso que es para nosotros superconsciente; llega a ser consciente de la unidad cósmica e ingresa en el Ser-en-sí Trascendente que aquí expresa el cosmos mediante una unidad múltiple.

La liberación del alma individual en cada uno de nosotros es, por lo tanto, la clave fundamental de la definidora acción divina; es la primera necesidad divina y el pivote sobre lo que gira todo lo demás. Es el punto de Luz al que la ansiada auto-manifestación completa empieza a emerger en los Muchos. Mas el alma liberada extiende su percepción de la unidad horizontal y verticalmente. Su unidad con el Uno Trascendente es incompleta sin su unidad con los Muchos cósmicos. Y esa unidad lateral se traslada mediante una multiplicación, una reproducción de su propio estado liberado a otros puntos de la Multiplicidad. El alma divina se reproduce en similares almas liberadas así como el animal se reproduce en cuerpos similares. Por lo tanto, aún cuando una sola alma sea liberada, existe tendencia a una extensión e incluso a un estallido de la misma auto-conciencia divina en otras almas individuales de nuestra humanidad terrestre y, —¿quién sabe?— tal vez aun más allá de la conciencia terrestre. ¿Dónde fijaremos el límite de esa extensión? ¿Es del todo una leyenda la que refiere que Buda estuvo en el umbral del Nirvana, del No-Ser, y que su alma regresó y tomó el voto de no hacer el irrevocable cruce mientras existiese sobre la tierra un solo ser no liberado del nudo del sufrimiento, de la esclavitud del ego?

Pero podemos alcanzar lo supremo sin borrarnos de la extensión cósmica. El Brahman preserva siempre Sus dos términos de libertad interior y de conformación exterior, de expresión y de libertad de la expresión. Nosotros también, siendo Eso, podemos alcanzar la misma auto-posesión divina. La armonía de las dos tendencias es la condición de toda vida que apunta a ser realmente divina. La libertad perseguida por exclusión de la cosa superada, conduce por el sendero de la negación al rechazo de lo que Dios ha aceptado. La actividad perseguida por absorción en el acto y la energía, conduce a una afirmación inferior y a la negación de lo Supremo. ¿Pero lo que Dios combina y sintetiza, por qué el hombre insiste en divorciarlo? Ser perfecto como El es perfecto es la condición de Su íntegral logro.

A través de Avidya, la Multiplicidad, está nuestro sendero fuera de la egoísta auto-expresión transicional, en la que predominan la muerte y el sufrimiento; a través de Vidya, la Unidad, que asiente con Avidya en el perfecto sentido de la unidad comprehensiva, incluso en esa multiplicidad disfrutamos integralmente la inmortalidad y la beatitud. Alcanzando al No-Nacido más allá de todo devenir, nos liberamos de este nacimiento y muerte inferiores; aceptando libremente el Devenir como lo Divino, invadimos la mortalidad con la beatitud inmortal y nos convertimos en centros luminosos de su consciente auto-expresión en la humanidad.

Capítulo VI - El Hombre en el Universo

El Alma del hombre, viajera, vaga en este ciclo del Brahman, inmensa, una totalidad de vidas, una totalidad de estados, pensándose diferente del Impulsor del viaje. Aceptada por El, alcanza su meta de la Inmortalidad.
Swëtaswatara Upanishad

La progresiva revelación de una grande, una trascendente, una luminosa Realidad, -- con las multitudinarias relatividades de este mundo que vemos y esos otros mundos que no vemos como medio y material, condición y campo--, parecería entonces ser el significado del universo, ya que tiene significado y objetivo y no se trata de una ilusión sin finalidad ni de un accidente fortuito. Pues el mismo razonamiento que nos permite concluir que el mundo-(existente no es una engañosa treta de la Mente, igualmente justifica la certeza de que no se trata de una ciega y desvalida masa auto-existente de separadas existencias fenoménicas)- adhiriéndose y pugnando entre sí, lo mejor que pueden, en su órbita a través de la eternidad-, ni de una auto-creación y auto-impulsión tremendas de una ignorante Fuerza sin ninguna Inteligencia secreta en su interior sabedora de su punto de partida y de su meta, y guiando su proceso y su movimiento. Una existencia, totalmente auto-conocedora y, por lo tanto, enteramente dueña de sí misma, posee al ser fenoménico en el que está envuelta, se realiza en la forma, se desarrolla en el individuo.

Ese Emerger luminoso es el amanecer que veneraron los antepasados arios. Su cumplida perfección es el más alto escalón de Vishnú penetrando-el-mundo, al que aquéllos contemplaron como si fuese un ojo cuya visión se extendiese en los purísimos cielos de la Mente. Pues existe aún como omni-reveladora y omni-guiadora Verdad de las cosas, que vela sobre el mundo y atrae al hombre mortal, -(primero sin el conocimiento de su mente consciente, mediante la marcha general de la Naturaleza, pero al final conscientemente a través de un despertar y un auto-engrandecimiento progresivos)-, hacia su ascensión divina. La ascensión a la Vida divina es el viaje humano, el Trabajo de trabajos, el Sacrificio aceptable. Solo esto es la tarea real del hombre en el mundo y la justificación de su existencia, sin la cual sería únicamente un insecto arrastrándose entre otros insectos efímeros sobre una superficie insignificante de barro y agua que se formó en medio de las aterradoras inmensidades del universo físico.

Esta Verdad de las cosas que ha de emerger de las fenoménicas contradicciones del mundo, está llamada a ser una Bienaventuranza infinita y Existencia auto-consciente, la misma por doquier, en todas las cosas, en todos los tiempos y más allá del Tiempo, sabedora de su presencia detrás de todos estos fenómenos, por cuyas más intensas vibraciones de actividad o por cuya más grande totalidad, jamás puede expresarse por completo, y de ningún modo resultar limitada por las mismas; pues es auto-existente y para el despliegue de su ser no depende de sus manifestaciones. Estas la representan pero no la agotan; la señalan, pero no la revelan. Sólo es revelada a sí misma dentro de sus formas. La existencia consciente involucionada en la forma llega, en la medida que evoluciona, a conocerse por intuición, por auto-visión, por auto-experiencia. Conociéndose, llega a ser ella misma en el mundo; se conoce a sí misma a través del proceso de llegar a ser ella misma. Dueña, de esa manera, de sí misma interiormente, concede también a sus formas y modos el consciente deleite de Sachchidananda. Este afloramiento de la infinita Bienaventuranza-Existencia-Conciencia en la mente, la vida y el cuerpo, —pues existe independiente de ellos eternamente—, es la transfiguración ansiada y la utilidad de la existencia individual. A través del individuo se manifiesta en sus relaciónes así como por sí misma existe en identidad.

El Incognoscible que se conoce corno Sachchidananda es la afirmación suprema del Vedanta; contiene a todas los demás o bien, dependen de él. Esta es la única experiencia verdadera que permanece cuando todas las apariencias han sido consideradas negativamente mediante la eliminación de sus formas y coberturas, o positivamente por la reducción de sus nombres y formas a la verdad permanente que contienen. Para el cumplimiento del objetivo de la vida o para la trascendencia de la vida, -(y resultando ser la pureza, la calma y la libertad del espíritu nuestro objetivo o impulso, dicha y perfección)-, Sachchidananda es el desconocido, omnipresente e indispensable término por el cual la conciencia humana, sea con conocimiento y sentimiento, sea con sensación y acción, está eternamente buscando.

El Universo y el Individuo son las dos apariencias esenciales en las que el Incognoscible desciende y a través de las cuales ha de ser acercado; aunque otras colectividades intermedias nacen sólo de su interacción. Este descenso de la Realidad suprema es, en su naturaleza, un auto-ocultamiento; y en el descenso existen sucesivos niveles, en el ocultamiento sucesivos velos. Necesariamente, la revelación toma la forma de una ascensión; y necesariamente también la ascensión y la revelación son progresivas. Pues cada nivel sucesivo en el descenso de lo Divino es para el hombre una etapa en ascensión; cada velo que oculta al Dios desconocido se convierte para el amante-de-Dios y el buscador-de-Dios en un instrumento de Su revelación. Fuera del rítmico sueño de la Naturaleza material, -(inconsciente del Alma y de la Idea

que mantiene las ordenadas actividades de su energía incluso en su mudo y poderoso trance material-), el mundo lucha dentro del más veloz, variado y desordenado ritmo de la Vida, afanándose en las orillas de la auto-conciencia. Fuera de la Vida, lucha hacia arriba dentro de la Mente en la que la unidad llega a despertar ante sí misma y su mundo, y en ese despertar el universo consigue la fortaleza requerida para su obra suprema, consigue la individualidad auto-consciente. Pero la Mente asume el trabajo de continuarla, no de completarla. Es una trabajadora de inteligencia aguda pero limitada que toma los confusos materiales ofrecidos por la Vida y, habiéndolos mejorado, adaptado, modificado y clasificado de acuerdo a su poder, los entrega al supremo Artista de nuestra divina humanidad. Ese Artista mora en la supermente; pues la supermente es el superhombre. Por lo tanto, nuestro mundo tiene todavía que trepar más allá de la Mente hasta un principio superior, un estado superior, un dinamismo superior en el que el universo y el individuo toman conocimiento y posesión de eso que ambos son, y en consecuencia, quedan explicados uno al otro, en mutua armonía, unificados

Los desórdenes de la vida y de la mente cesan al discernirse el secreto de un orden más perfecto que el físico, la materia bajo la vida, y la mente contiene en sí misma el contrapeso entre un perfecto equilibrio de tranquilidad y la acción de una inconmensurable energía, pero no posee lo que contiene. Su paz lleva la opaca máscara de una oscura inercia, un sueño de inconciencia o más bien de una conciencia drogada y aprisionada. Manejada por una fuerza que es su yo real pero cuyo sentido no puede captar ni compartir, carece del despierto deleite de sus propias energías armoniosas.

La vida y la mente despiertan al sentido de lo que ansían, en la forma de una ignorancia que pugna y busca y de un deseo perturbado y desconcertado que son los primeros pasos hacia el autoconocimiento y la auto-realización. ¿Pero entonces dónde está el reino de su auto-realización? Les llega por la superación de ellas mismas. Más allá de la vida y de la mente recobramos conscientemente en su divina verdad lo que el equilibrio de la Naturaleza material representó burdamente, una tranquilidad –(que no es inercia ni sellado trance de la conciencia sino la concentración de una fuerza absoluta y de un absoluto auto-conocimiento-, y una acción de inconmensurable energía)- que es también y al mismo tiempo, estremecimiento de inefable bienaventuranza porque aquí, todo acto es la expresión, no de un deseo y esfuerzo ignorante, sino de una paz y auto-dominio absolutos-. En ese logro, nuestra ignorancia se transforma en luz de la cual era un reflejo oscurecido o parcial; nuestros deseos cesan en la plenitud y en la realización prometidas, las cuales, -incluso en sus formas materiales más groseras-, eran una oscura y debilitada aspiración.

El universo y el individuo son necesarios uno al otro en su ascensión. Ciertamente siempre existe el uno para el otro y mutuamente se aprovechan. El Universo es una difusión del divino Todo en el Espacio y Tiempo infinitos, el individuo es su concentración dentro de los límites de Espacio y Tiempo. El Universo busca en la extensión infinita la totalidad divina que siente que es sin comprenderla enteramente; pues en la extensión, la existencia conduce a una suma pluralista de sí misma que no puede ser la primigenia ni la final unidad, sino sólo un decimal recurrente sin fin ni principio. Por lo tanto, crea en sí una concentración auto-consciente del Todo a través de la cual puede aspirar. En el individuo consciente, Prakriti se vuelve para percibir a Purusha, el Mundo busca al Ser-en-sí; habiendo Dios devenido enteramente Naturaleza, la Naturaleza busca progresivamente llegar a ser Dios.

Por otra parte, es por medio del Universo que el individuo está impelido a realizarse. Aquél es no sólo su fundamento, su medio, su campo, el material de la Obra divina, sino que, -dado que la concentración de la Vida universal que él individuo es, tiene lugar dentro de unos límites y no se parece a la intensa unidad del Brahman libre de toda concepción de límite y plazo-, necesariamente debe universalizarse e impersonalizarse a fin de manifestar el Todo divino que es su realidad. Incluso se le reclama que preserve, -aun cuando se extienda más en la universalidad de la conciencia-, un misterioso algo trascendente del cual su sentido de la personalidad le da una representación oscura y egoísta. Por otra parte, él ha equivocado su meta, el problema que se le presentó no ha sido resuelto, la obra divina para la cual aceptó nacer no ha sido hecha.

El Universo viene al individuo como Vida, -(un dinamismo cuyo secreto total ha de dominar y una masa de resultados en colisión, un torbellino de energías potenciales de las que ha de liberar algún orden supremo y alguna armonía aún no realizada)-. Este es, después de todo, el real sentido del progreso del hombre. No es simplemente, una repetición, en términos levemente diferentes, de lo que ya cumplió la Naturaleza física. Ni el ideal de la vida humana puede ser simplemente el animal repetido en una escala

superior de mentalidad. De lo contrario, cualquier sistema u orden que asegurase un tolerable bienestar y una moderada satisfacción mental hubiese estancado nuestro progreso. El animal se satisface con poco forzosamente; los dioses se contentan con sus esplendores. Pero el hombre no puede descansar permanentemente hasta que alcance algún bien supremo. Es el más grande de los seres vivientes porque es él más descontento, porque es él que más siente la presión de las limitaciones. Solo el; quizás, es capaz de ser atrapado por el divino frenesí de un ideal remoto.

Para el Espíritu-Vital, por lo tanto, el individuo en el que centra sus potencialidades es pre-eminentemente el Hombre, el Purusha. Se trata del Hijo del Hombre que es supremamente capaz de ser encarnado por Dios. Este Hombre es el Manu, el pensador, el Manomaya Purusha, persona mental o alma en la mente de los antiguos sabios. No es un mero mamífero superior, sino un alma conceptiva tomando base en el cuerpo animal en la Materia. El es Numen o nombre consciente que acepta y utiliza la forma como un médium , (medio para una realización), a través del cual la Persona puede tratar con la sustancia. La vida animal que emerge de la Materia es sólo el término inferior de su existencia. La vida del pensamiento, del sentimiento, de la voluntad, del impulso consciente, -(esa que llamamos en su totalidad Mente, esa que pugna por controlar la Materia y sus energías vitales y someterlas a la ley de su propia transformación progresiva)-, es el término medio en el que el individuo toma su ubicación efectiva. Pero existe, igualmente, un término supremo del cual la Mente del hombre va en pos, de modo que, tras haberlo hallado pueda afirmarlo en su existencia mental y corporal. Esta afirmación práctica de algo esencialmente superior a su presente yo es la base de la vida divina en el ser humano.

Despierto a un más profundo auto-conocimiento que el de su primera idea mental de sí mismo, el Hombre empieza a concebir alguna fórmula y a percibir alguna apariencia de la cosa que ha de afirmar. Pero se le presenta como si se balanceara entre dos negaciones de sí misma. Si, más allá de sus actuales dotes, percibe o es tocado por el poder, la luz, la bienaventuranza de la infinita existencia auto-consciente y traduce su pensamiento o su experiencia en términos convenientes a su mentalidad, -(Infinito, Omnisciencia, Omnipotencia, Inmortalidad, Libertad, Amor, Beatitud, Dios)-, todavía este sol de su visión parece brillar entre una doble Noche, -(oscuridad abajo y una mayor oscuridad más allá)-. Pues cuando pugna por conocer eso completamente, parece ingresar en algo que ninguno de estos términos ni la suma de ellos puede representarlo en su totalidad. Su mente, al final niega a Dios por un Más Allá, o al menos parece descubrir a Dios que se trasciende a Sí mismo, negándose a su propia concepción. Aquí también, en el mundo, en él mismo, y a su alrededor, es encontrado siempre por los opuestos de su afirmación. La muerte está siempre con él, la limitación inviste su ser y su experiencia, el error, la inconciencia, la debilidad, la inercia, la pena, el dolor, el mal, son constantes opresores de su esfuerzo. Aquí también es conducido a negar a Dios, o al menos el Divino parece negarse u ocultarse en alguna apariencia o resultado que difiere de su realidad verdadera y eterna.

Y los términos de esta negación no son, como esa otra y más remota negación, inconcebibles y, por lo tanto, naturalmente misteriosos, incognoscibles en su mente, sino que parecen ser cognoscibles, conocidos, definidos, -y aun misteriosos-. No sabe qué son, por qué existen, cómo llegaron a ser. Ve sus procesos tal como lo afectan y se le presentan; no puede sondear su realidad esencial.

¿Tal vez son insondables, tal vez son también realmente incognoscibles en su esencia? O, puede ser, que no tengan realidad esencial, -sean una ilusión, Asat, No-Ser-. La Negación superior se nos presenta a veces como Nihil, No-Existencia; esta negación inferior puede ser también, en su esencia, Nihil, no-existencia. Pero así como ya hemos rechazado esta evasión de la dificultad con respecto a la negación superior, de igual manera la descartamos para este Asat inferior. Negar por completo su realidad o buscar un escape de ella como mera ilusión desastrosa, es hacer a un lado el problema y esquivar nuestro trabajo. Para la Vida, estas cosas que parecen negar a Dios, ser los opuestos de Sachchidananda, son reales, incluso si son considerados como temporales. Ellas y sus opuestos, bien, conocimiento, dicha, placer, vida, supervivencia, fuerza, poder, crecimiento, son el material mismo de sus obras.

En verdad es probable que sean el resultado o más bien los acompañantes inseparables, no de una ilusión, sino de una relación equivocada, equivocada porque está fundada en una falsa visión de para qué está el individuo en el universo y por lo tanto una falsa actitud tanto hacia Dios como hacia la Naturaleza, hacia él mismo y su entorno. Debido a que lo que él ha llegado a ser está fuera de armonía tanto con lo que el mundo que habita es como con lo que el mismo debiera ser y lo que va a ser, por lo tanto el hombre está sujeto a estas contradicciones de la secreta Verdad de las cosas.

En ese caso no son el castigo por una caída, sino las condiciones de un progreso. Son los elementos primarios del trabajo que ha de cumplir, el precio que ha de pagar por la corona que confía ganar, el estrecho camino por el que la Naturaleza escapa de la Materia dentro de la conciencia; son al mismo tiempo su rescate y su requisito.

Pues fuera de estas falsas relaciones y con su ayuda ha de hallarse la verdad. Por la Ignorancia hemos de cruzar sobre la muerte. Así, también el Veda habla crípticamente de energías que son como mujeres malas en el impulso, errantes en el sendero, dañando a su Señor, que con todo, aunque falsas e infelices, construyen al fin "esta vasta Verdad", la Verdad que es la Bienaventuranza. Sería, entonces, -(no cuando él haya arrojado el mal en su Naturaleza fuera de él mismo por un acto de cirugía moral, o haya apartado la vida por un retiro detestable, sino cuando él haya convertido la Muerte en una vida más perfecta, haya elevado las pequeñas cosas de la limitación humana hasta dentro de las grandes cosas de la inmensidad divina, haya transformado el sufrimiento en beatitud, convertido el mal en su propia bondad, traducido el error y la falsedad en su verdad secreta)-, que el sacrificio será cumplido, el viaje hecho y el Cielo y la Tierra igualadas se den la mano en la dicha del Supremo.

¿Pero esos contrarios cómo pueden pasar uno al otro? ¿Mediante qué alquimia este plomo de la mortalidad es convertido en ese oro del Ser divino? ¿Es que son contrarios en su esencia? ¿Es que no son manifestaciones de una sola Realidad, idéntica en sustancia? Entonces ciertamente una transmutación divina llega a ser concebible.

Hemos visto que el No-Ser más allá bien puede ser una existencia inconcebible y tal vez una inefable Bienaventuranza. Al menos el Nirvana del Budismo que formuló un más luminoso esfuerzo del hombre por alcanzar y descansar en esta suprema No-Existencia, se representa en la psicología de los liberados todavía sobre la tierra como una impronunciable paz y alegría; su efecto práctico es la extinción de todo sufrimiento a través de la desaparición de toda idea o sensación egoístas y lo más cerca que podemos acercarnos a una concepción positiva de eso, existe una inexpresable Beatitud (si puede aplicarse nombre o denominación alguna a una paz tan vacía de contenido) en la que, incluso la noción de auto-existencia, parece ser deglutida y desaparecer. Se trata de un Sachchidananda al que ya no nos atrevemos a aplicar siquiera los términos supremos de Sat, de Chit ni de Ananda. Pues todos los términos son anulados y toda experiencia cognitiva es superada.

Por otra parte, hemos aventurado sugerir que, dado que todo es una sola Realidad, esta negación inferior también, esta otra contradicción o no-existencia de Sachchidananda no es otra cosa que Sachchidananda mismo. Es capaz de ser concebido por el intelecto, percibido en la visión, incluso recibido a través de las sensaciones tan verazmente como lo que precisamente parece negar, y así ocurriría siempre a nuestra experiencia consciente si las cosas no fueran falsificadas por algún gran error fundamental, alguna posesiva y compulsiva Ignorancia, Maya o Avidya. En este sentido habría que buscar una solución, quizá no una satisfactoria solución metafísica para la mente lógica, —pues estamos en el linde de lo incognoscible, de lo inefable, y esforzando nuestra vista más allá—, sino una suficiente base de experiencia para la práctica de la vida divina.

Para hacer esto debemos animarnos a ir debajo de las claras superficies de las cosas en las que la mente ama habitar, tentar lo vasto y oscuro, penetrar las insondables profundidades de la conciencia e identificarnos con estados del ser que no son los propios. El lenguaje humano es una pobre ayuda en esa búsqueda, pero al menos podemos hallar en él algunos símbolos y figuras, retornar con algunas sugestiones apenas expresables que ayudarán a iluminar el alma y proyectar sobre la mente algún reflejo del inefable designio.

Capítulo VII - El Ego y las Dualidades

El alma, asentada en el mismo árbol de la Naturaleza, está absorta y desengañada porque no es el Señor, mas cuando ve y está en unión con ese otro yo y grandiosidad suyos que es el Señor, su pesar desaparece de ella.
Swetaswatara Upanishad

Si todo es en verdad Sachchidananda, (Existenciaconscienciabienaventuranza), la muerte, el sufrimiento, el mal, la limitación sólo pueden ser las creaciones, positivas en

el efecto práctico, negativas en esencia, de una deformante conciencia, caída, del total y unificador conocimiento de sí, en un error de división y experiencia parcial. Esta es la caída del hombre tipificada en la poética parábola del Génesis hebreo. Esa caída es su desviación de la plena y pura aceptación de Dios y de sí mismo, o más bien de Dios en sí mismo, hacia una divisora conciencia separativa que trae consigo todo el séquito de dualidades, vida y muerte, bien y mal, dicha y dolor, integridad y carencia, el fruto de un ser humano dividido y engañado por su naturaleza. Este es el fruto del arbol de la consciencia separativa del bien y del mal que comieron Adán y Eva, Purusha y Prakriti, el alma tentada por la Naturaleza. La redención llega mediante la recuperación de la Unidad universal en lo individual, y del elemento espiritual en la conciencia humana. Sólo entonces al alma puede permitírsele en la Naturaleza que participe del fruto del árbol de la vida, del arbol del conocimiento y que sea como lo Divino y viva por siempre en su inmortalidad restituida. Pues sólo entonces puede cumplirse la finalidad de su descenso en la conciencia material, cuando el conocimiento de bien y mal, dicha y sufrimiento, vida y muerte se haya cumplido a través de la recuperación, por el alma humana, de un conocimiento superior que reconcilie e identifique estos opuestos en lo universal y transforme sus divisiones en la imagen de la Unidad divina.

Para Sachchidananda, -que se extiende en todas las cosas en su más vasta generalidad e imparcial universalidad-, la muerte, el sufrimiento y la limitación sólo pueden ser, como mucho, términos inversos, sombrías-formas de sus luminosos opuestos. Tal como sentimos estas cosas, son signos de una discordia. Formulan separación donde debería haber unidad, incomprensión donde debería haber comprensión, un intento de llegar a independientes armonías donde debería haber una auto-adaptación del todo orquestal. La totalidad absoluta, -incluso si solo estuviese en un esquema de las vibraciones universales, incluso si sólo fuese una totalidad de la conciencia física sin poseer todo lo que está en movimiento más allá y detrás-, debe ser hasta ese punto una reversión en pro de la armonía y una reconciliación de chocantes opuestos. Por otra parte, al Sachchidananda trascendente de las formas del universo ya no pueden aplicarse justamente los términos duales mismos, incluso así entendidos. La trascendencia transfigura; no reconcilia, sino que más bien transmuta los opuestos en algo que los sobrepasa borrando sus oposiciones.

Al principio, sin embargo, debemos pugnar por relacionar al individuo otra vez con la armonía de la totalidad. Es necesario para nosotros, -de lo contrario el problema no tiene solución-, comprender que los términos con que nuestra actual conciencia interpreta los valores del universo, -aunque prácticamente justificados a los fines de la experiencia y el progreso humanos-, no son los únicos términos por los que es posible interpretarlos y no pueden ser las fórmulas completas, correctas y últimas. Precisamente así como puede haber órganos sensorios o formas de capacidad sensoria que vean el mundo físico de modo distinto y aún mejor, pues lo harían más integralmente, que nuestros órganos sensoriales y nuestras capacidades sensitivas, de igual manera puede haber otras perspectivas mentales y supramentales del universo que sobrepasen la nuestra. Existen estados de la conciencia en los que la Muerte es sólo un cambio en Vida inmortal, el dolor un violento reflujo de las aguas del deleite universal, la limitación un vuelco del Infinito sobre sí mismo, el mal un rodeo del bien en torno de su propia perfección; y esto no sólo en una abstracta concepción, sino también en la visión real y en la experiencia constante y sustancial. Arribar a esos estados de la conciencia puede ser, para el individuo, uno de los más importantes e indispensables pasos de su progreso hacia la auto-perfección.

Ciertamente, los valores prácticos que nos brindan nuestros sentidos y nuestro dualístico sentido-mente pueden mantenerse en su campo y aceptarse como modelo de la vida-experiencia ordinaria hasta que esté lista una mayor armonía en la que puedan ingresar y transformarse sin perder el dominio de las realidades que representan. Agrandar las facultades-sensorias sin tener en cuenta el conocimiento que brindarían los antiguos valores sensorios a su correcta interpretación desde el nuevo punto de vista, podría conducir a serios desórdenes e incapacidades y no adecuarse a la vida práctica ni al uso ordenado y disciplinado de la razón. Igualmente, un agrandamiento de nuestra conciencia mental, fuera de la experiencia de las dualidades propias del ego, dentro de una no-regulada unidad con alguna forma de conciencia total, podría fácilmente producir confusión e incapacidad para la vida activa de la humanidad en el orden establecido de las relatividades del mundo. Ésta, sin duda, es la raíz del mandato impuesto en el Gita al hombre que tiene el conocimiento, no para perturbar la vida-base ni el pensamiento-base de los ignorantes; pues, impulsados por su ejemplo, pero incapaces de comprehender el principio de su acción, perderían su propio sistema de valores sin llegar a un fundamento superior.

Tal desorden e incapacidad puede aceptarse personalmente, y así lo hacen muchas grandes almas, como un pasaje temporal o como el precio que se ha de pagar para el ingreso en una existencia más amplia. Pero la correcta meta del progreso humano debe ser siempre una reinterpretación efectiva y sintética, por la que la ley de esa más amplia existencia, pueda representarse en un nuevo orden de verdades y en una más justa y pujante obra de las facultades sobre la vida-material del universo. Para los sentidos el sol marcha en torno a la tierra; eso fue para ellos el centro de la existencia y las propuestas de la vida están dispuestas sobre la base de esta concepción errónea. La verdad es el opuesto mismo de esa concepción, pero su descubrimiento hubiese sido de escasa utilidad si no existiese una ciencia que convierte a la nueva concepción en el centro de un conocimiento razonado y ordenado prefiriendo sus correctos valores a las percepciones de los sentidos. De igual manera, para la conciencia mental, Dios se desplaza en torno al ego personal y todas Sus obras y caminos son traídos ante el juicio de nuestras egoístas sensaciones, emociones y concepciones, y allí se les dan valores e interpretaciones que, aunque constituyen una perversión e inversión de la verdad de las cosas, con todo son útiles y prácticamente suficientes en un cierto desarrollo de la vida y progreso humanos. Son una tosca sistematización práctica de nuestra experiencia de las cosas, válida en la medida que moramos en un cierto orden de ideas y actividades. Pero no representan el último y supremo estado de la vida y conocimiento humanos. "El sendero es la Verdad y no la falsedad." La verdad no es que Dios se desplace en torno al ego como centro de la existencia y pueda ser juzgado por el ego y su criterio de las dualidades, sino que el Divino es en sí mismo el centro y que la experiencia del individuo sólo encuentra su propia verdad cuando ésta es conocida en los términos de lo universal y lo trascendente. No obstante, sustituir esta concepción por la egoísta sin una adecuada base de conocimiento puede conducir a la substitución de nuevas pero todavía falsas y arbitrarias ideas en lugar de las viejas, y producir un violento desconcierto en vez del establecido desorden de valores correctos. Ese desorden marca a menudo el inicio de nuevas filosofías y religiones, y da comienzo a revoluciones útiles. Mas la verdadera meta sólo se alcanza cuando podemos agrupar en torno a la correcta concepción central un conocimiento razonado y efectivo en el que la vida egoísta redescubrirá todos sus valores transformados y corregidos. Entonces poseeremos ese nuevo orden de verdades que nos posibilitará sustituir una más divina vida por la existencia que ahora llevamos y efectivizar un más divino y pujante uso de nuestras facultades en la vida-material del universo.

Esa vida y poder nuevos del humano integral, deben necesariamente reposar sobre una realización de las grandes verdades que traduzca dentro de nuestro modo de concebir las cosas la naturaleza de la existencia divina. Esto debe suceder a través de una renuncia del ego a su falso punto de permanencia y a sus falsas certezas, a través de su ingreso en una relación y armonía correctas con las totalidades de las que forma parte y con las trascendencias de las que es un descenso, y a través de su perfecta auto-apertura a una verdad y a una ley que exceden sus propias convenciones, una verdad que será su realización y una ley que será su liberación. Su meta debe ser la abolición de aquellos valores que son creaciones de la visión egoísta de las cosas; su cima debe ser la trascendencia de la limitación, de la ignorancia, de la muerte, del sufrimiento y del mal.

La trascendencia, la abolición no son posibles aquí en la tierra y en nuestra vida humana si los términos de esa vida están necesariamente ligados a nuestra actual valoración egoísta. Si la vida es en su naturaleza, un fenómeno individual y no la representación de una existencia universal y el hálito de una poderosa Vida-Espíritu; si las dualidades que son la respuesta del individuo a sus contactos no son meramente una respuesta sino la esencia y condición de todo lo viviente; si la limitación es la inalienable naturaleza de la sustancia con la que están formados nuestra mente y cuerpo; si la desintegración en la muerte es la primera y última condición de toda vida, su fin y su principio; si el placer y el dolor son la inseparable materia dual de toda sensación; si la dicha y el pesar son la luz y sombra necesarias de toda emoción; si la verdad y el error son los dos polos entre los cuales todo conocimiento debe desplazarse eternamente, entonces la trascendencia es sólo asequible mediante el abandono de la vida humana en un Nirvana más allá de toda existencia o mediante el logro de otro mundo, un cielo constituido de modo muy diferente al de este universo material.

No es muy fácil para la rutinaria mente del hombre, siempre apegada a sus asociaciones pasadas y presentes, concebir una existencia todavía humana, pero que radicalmente haya modificado aquellas circunstancias que previamente considerábamos inamovibles. Con respecto a nuestra posible evolución superior estamos en gran medida en la posición del Mono original de la teoría darwiniana. Le hubiera resultado imposible a ese Mono, -que llevaba su arbórea vida instintiva en los

bosques primitivos-, concebir que un día habría sobre la tierra un animal que utilizaría una nueva facultad llamada Razón sobre los materiales de su existencia interna y externa, que dominaría mediante ese poder sus instintos y hábitos, cambiaría las circunstancias de su vida física, construiría casas de piedra, manipularía las fuerzas de la Naturaleza, navegaría los mares, volaría por los aires, desarrollaría códigos de conducta, evolucionaría métodos conscientes para su desarrollo mental y espiritual. Y si esa concepción hubiese sido posible para la mente simiesca, todavía le hubiera resultado difícil imaginar que por cualquier progreso de la Naturaleza o prolongado esfuerzo de la Voluntad y la tendencia, él mismo podría evolucionar hasta ese animal. El hombre, debido a que ha adquirido razón y más aún porque ha satisfecho su poder imaginativo e intuitivo, es capaz de concebir una existencia superior a la suya propia e incluso visionar su elevación personal más allá de su estado actual dentro de esa existencia. Su idea del estado supremo es un absoluto de todo cuanto es positivo, para sus propios conceptos y deseable, para su propia aspiración instintiva, el Conocimiento sin su negativa sombra de error; la Bienaventuranza sin su negación de experimentar sufrimiento; el Poder sin su constante negación por la incapacidad; la pureza y plenitud del ser sin el sentido opuesto del defecto y la limitación. Es así como concibe sus dioses; así es como construye sus cielos. Más no es así como su razón concibe una tierra posible y una humanidad posible. Su sueño de Dios y Cielo es en realidad un sueño de su propia perfección; pero descubre igual dificultad en aceptar su realización práctica aquí en orden a su fin último, tal como el Mono ancestral si se le demandase que creyese en sí mismo como el Hombre futuro. Su imaginación, sus aspiraciones religiosas pueden sostener ese fin ante él; mas cuando su razón se hace valer, rechazando la imaginación y la intuición trascendente, califica eso como una brillante superstición contraria a los hechos sólidos del universo material. Eso se convierte entonces únicamente en su inspirada visión de lo imposible. Todo cuanto es posible es un condicionado, limitado y precario conocimiento, felicidad, poder y bondad.

Aun en el principio de la razón misma existe la afirmación de una Trascendencia; pues el total objetivo y esencia de la razón es la búsqueda del Conocimiento, la búsqueda, vale decir, de la Verdad mediante la eliminación del error. Su criterio, su objetivo, no es el de pasar de un error mayor a uno menor, sino que consiste en una positiva, pre-existente Verdad hacia la cual, a través de las dualidades del correcto conocimiento y del equivocado conocimiento, podemos desplazarnos progresivamente. Si nuestra razón no tiene la misma certeza instintiva con respecto a las otras aspiraciones de la humanidad, es porque le falta la misma esencial iluminación inherente a su propia actividad positiva. Podemos precisamente concebir una realización positiva o absoluta de la felicidad porque el corazón al cual pertenece ese instinto para la felicidad, tiene su propia forma de certeza, es capaz de fe, y porque nuestras mentes pueden prever la eliminación del insatisfecho deseo que es la causa aparente del sufrimiento. ¿Pero cómo concebiremos la eliminación del dolor desde nuestra sensación nerviosa o de la muerte desde la vida del cuerpo? Incluso el rechazo del dolor es un instinto soberano de las sensaciones, el rechazo de la muerte es un dominante reclamo inherente a la esencia de nuestra vitalidad. Mas estas cosas se presentan ante nuestra razón como aspiraciones instintivas, no como potencialidades realizables.

Y la misma ley se ha de mantener en todo. El error de la razón práctica es una excesiva sujeción al hecho aparente al que puede sentir inmediatamente como real y un insuficiente coraje para desarrollar hechos más profundos, desde su potencialidad hasta su lógica conclusión. Lo que hoy es, constituye la realización de una potencialidad anterior; la potencialidad actual es un vislumbre y promesa de la realización futura. Y aquí la potencialidad existe; pues el dominio de los fenómenos depende de un conocimiento de sus causas y procesos y si conocemos las causas del error, del pesar, del dolor, de la muerte, podemos esforzarnos con alguna esperanza hacia su eliminación. Pues el conocimiento es poder y dominio.

De hecho, perseguimos como ideal, tan lejos como podemos, la eliminación de todos estos fenómenos negativos o adversos. Buscamos constantemente minimizar la causa del error, del dolor y del sufrimiento. La ciencia, a medida que aumenta su conocimiento, sueña con regular el nacimiento y con prolongar indefinidamente la vida, o más aún, con alcanzar la entera conquista de la muerte. Pero debido a que visionamos sólo las causas externas y secundarias, sólo podemos pensar en suprimirlas hasta una distancia y no en eliminar las raíces reales de eso contra lo que luchamos. Y de esa manera estamos limitados porque pugnamos hacia percepciones secundarias y no hacia el conocimiento-raíz, porque conocemos los procesos de las cosas pero no su esencia. Así llegamos a una más poderosa manipulación de las circunstancias, y no al control esencial. Pues si pudiéramos aprehender la naturaleza esencial y la causa esencial del error, del sufrimiento y de la muerte, podríamos esperar llegar a un dominio sobre ellos que no sería relativo sino completo. Podríamos esperar

incluso, eliminarlos por completo y justificar el instinto dominante de nuestra naturaleza mediante la conquista de ese bien, bienaventuranza, conocimiento e inmortalidad absolutos que nuestras intuiciones perciben como el último y verdadero estado del ser humano.

El antiguo Vedanta nos presenta esa solución en la concepción y experiencia de Dios Brahman como el único hecho universal y esencial, y en la naturaleza de Brahman como Sachchidananda.

En esta visión, la esencia de toda vida es el movimiento de una existencia universal e inmortal; la esencia de toda sensación y emoción es el despliegue de un deleite universal y auto-existente en el ser; la esencia de todo pensamiento y percepción es la radiación de una verdad universal y omni-penetrante; la esencia de toda actividad es la progresión de un bien universal y auto-actuante.

Mas el despliegue y el movimiento se corporizan en una multiplicidad de formas, una variación de tendencias, un intercambio de energías. La multiplicidad permite la interferencia de un factor determinativo y temporariamente deformativo, el ego individual; y la naturaleza del ego es una auto-limitación de la conciencia mediante una voluntaria ignorancia del resto de su despliegue y su exclusiva absorción en una sola forma, una sola combinación de tendencias, un sólo campo del movimiento de energías. El ego es el factor que determina las reacciones del error, del pesar, del dolor, del mal, de la muerte; pues da valor a estos movimientos que, de otro modo, serían representados en su correcta relación con una sola Existencia, Bienaventuranza, Verdad y Bien. Al recuperar la relación correcta podemos eliminar las reacciones Ego-determinadas, reduciéndolas eventualmente a sus verdaderos valores; y esta recuperación puede efectuarse mediante la correcta participación del individuo en la conciencia de la totalidad y en la conciencia del trascendente que la totalidad representa.

En el último Vedanta se deslizó y llegó a fijarse la idea de que el ego limitado es, no sólo la causa de las dualidades, sino la condición esencial para la existencia del universo. Al desembarazarnos de la ignorancia del ego y sus limitaciones resultantes, eliminamos ciertamente las dualidades, pero junto con ellas eliminamos nuestra existencia en el movimiento cósmico. De esa manera retornariamos a la esencialmente mala e ilusoria naturaleza de la existencia humana y a la incapacidad de todo esfuerzo en pos de la perfección de la vida del mundo. Cuanto podemos buscar aquí es un bien relativo ligado siempre a su opuesto. Mas si nos adherimos a la más grande y profunda idea de que el Ego es sólo una representación intermedia de algo más allá de Sí mismo, escapamos de esta consecuencia y somos capaces de aplicar el Vedanta a la realización de la vida y no sólo a escapar de ésta. La causa y condición esenciales de la existencia universal es el Señor, Ishwara o Purusha, manifestando y habitando formas individuales y universales. El Ego limitado es sólo un fenómeno intermedio de conciencia necesario para una cierta línea de desarrollo. Siguiendo esta línea el individuo puede llegar a lo que está más allá de él mismo, a aquello que él representa, y puede aún continuar representando, no ya como un oscuro y limitado Ego, sino como un centro del Divino y de la conciencia universal abarcando, utilizando y transformando en armonía con la Divinidad todas las determinaciones individuales.

Entonces tenemos la manifestación del divino Ser Consciente en la totalidad de la Naturaleza física como fundamento de la existencia humana en el universo material. Tenemos el emerger de ese Ser Consciente en una involutiva e inevitablemente evolutiva Vida, Mente y Supermente como la condición de nuestras actividades; pues es esta evolución la que ha capacitado al hombre para aparecer en la Materia y es esta evolución la que lo capacitará progresivamente para manifestar a Dios en el cuerpo, - la Encarnación Universal -. Tenemos en una formación egoísta el factor intermedio y decisivo que permite al Uno emerger como el consciente de la Unidad en los Muchos (Múltiple), fuera de esa indeterminada totalidad general, oscura y sin forma, que llamamos el subconsciente, —hrdya samudra, el oceánico corazón de las cosas del Rig Veda. Tenemos a las dualidades de vida y muerte, dicha y pesar, placer y dolor, verdad y error, bien y mal como las primeras formaciones de la conciencia egoísta, el resultado natural e inevitable de su intento de realizar la unidad en una construcción artificial de si misma, excluyente de la verdad, bien, vida y deleite totales del ser en el universo. Tenemos la disolución de esta construcción egoísta mediante la auto-apertura del individuo hacia el universo y Dios como medio de esa suprema realización en la que la vida egoísta es sólo un preludio, así como la vida animal fue sólo un preludio de la humana. Tenemos la realización del Todo en el individuo mediante la transformación del ego limitado en un centro consciente de la unidad y libertad divinas, como el término o logro, al que llega quien lo realiza. Y tenemos el fluir de la Existencia, Verdad, Bien y

Deleite infinitos y absolutos del ser sobre los Muchos, en el mundo, como el resultado divino hacia el cual se desplazan los ciclos de nuestra evolución. Este es el supremo nacimiento que la maternal Naturaleza guarda en su seno; de aquello, pugna por ser liberada.

Capítulo VIII - Los Métodos del Conocimiento Vedántico

Este Yo secreto de todos los seres no es aparente, sino que es visto por medio de la razón suprema, la sutil, por aquellos que tienen la visión sutil.
Katha Upanishad

¿Pero cuál es, entonces, el trabajo de este Sachchidananda en el mundo y mediante qué proceso de las cosas son, las relaciones entre aquél y el ego que lo figura, primero formadas, y después llevadas a su consumación?. Pues de esas relaciones y del proceso que sigan depende la filosofía y práctica totales de una vida divina para el hombre.

Llegamos a la concepción y al conocimiento de una existencia divina por superación de la evidencia de los sentidos y penetrando más allá de las paredes de la mente física. En la medida en que nos confinamos en el sentido-evidencia y en la conciencia física, nada podemos concebir y nada podemos conocer salvo el mundo material y sus fenómenos. Mas ciertas facultades en nosotros capacitan a nuestra mentalidad para llegar a concepciones que podemos ciertamente deducir, -por racionalización o por variación imaginativa-, de los hechos del mundo físico tal como los vemos, pero que no se hallan acreditadas por ningún dato puramente físico ni experiencia física alguna. El primero de estos instrumentos es la razón pura.

La razón humana tiene una doble acción, mixta o dependiente y pura o soberana. La razón acepta una acción mixta cuando se limita al círculo de nuestra experiencia sensible, admite su ley como verdad final y se preocupa solamente del estudio del fenómeno, vale decir, de las apariencias de las cosas en sus relaciones, procesos y utilidades. Esta acción racional es incapaz de conocer lo que es, sólo conoce lo que aparenta ser, carece de plomada con la que poder sondar las profundidades del ser, sólo puede explorar el campo del acontecer. La razón por otra parte, afirma su acción pura, cuando acepta nuestras experiencias sensibles como punto de partida pero rehúsa estar limitada por ellas; mira detrás de las mismas, juzga, trabaja con su propia ley y pugna por arribar a conceptos generales e inalterables que se adhieran, no a las apariencias de las cosas, sino a lo que está detrás de sus apariencias. Puede arribar a su resultado mediante apreciación directa pasando de inmediato de la apariencia a lo que está detrás de ella y en ese caso, el concepto al que se arribó puede parecer resultado de la experiencia sensoria y dependiente de ella aunque en realidad se trate de una percepción de la razón actuando con su propia ley. Mas las percepciones de la razón pura pueden también —y ésta es su más característica acción— usar la experiencia de la que parten como mera excusa y dejarla muy atrás antes de llegar a su resultado, tan lejos que el resultado puede parecer el contrario directo de lo que nuestra experiencia sensoria desea dictarnos. Este movimiento es legítimo e indispensable, debido, no solo a que nuestra experiencia normal únicamente cubre una pequeña parte del hecho universal, sino a que también, dentro de los límites de su propio campo, usa instrumentos que son defectuosos y nos dan falsos pesos y medidas. Nuestra experiencia normal debe ser superada, mantenida a distancia, y su insistencia negada a menudo si hemos de arribar a más adecuadas concepciones de la verdad de las cosas. Corregir los errores del Sentido-mente mediante el uso de la razón es uno de los más valiosos poderes desarrollados por el hombre y la causa principal de su superioridad entre los seres terrestres.

El completo uso de la razón pura nos trae finalmente del conocimiento físico al metafísico. Pero los conceptos del conocimiento metafísico no satisfacen en sí mismos plenamente la demanda de nuestro ser integral. En verdad, son enteramente satisfactorios para la razón pura, porque son la sustancia misma de nuestra existencia. Pero nuestra naturaleza ve las cosas siempre a través de dos ojos, pues los ve dobles, como idea y como hecho, y por lo tanto, todo concepto es incompleto para nosotros, y para una parte de nuestra naturaleza, casi irreal hasta que sucede una experiencia. Pero las verdades que están ahora en cuestión, son de un orden no sujeto a nuestra experiencia normal. Están, en su naturaleza, "más allá de la percepción de los sentidos pero aprehensibles por la percepción de la razón". Por lo tanto, es necesaria alguna

otra facultad de la experiencia por la que pueda ser lograda la demanda de nuestra naturaleza y esto sólo puede llegar, dado que estamos tratando con lo suprafísico, mediante una extensión de la experiencia psicológica.

En cierto sentido, toda nuestra experiencia es psicológica, dado que incluso lo que recibimos mediante los sentidos carece de significado y valor para nosotros hasta que es traducido en los términos del sentido-mente, el Manas de la terminología filosófica hindú. Manas, dicen nuestros filósofos, es el sexto sentido. Más nosotros incluso podemos decir que es el único sentido y que los otros, vista, oído, tacto, olfato, gusto son meramente especializaciones del sentido-mente, el cual, aunque normalmente usa los órganos-sensorios como base de su experiencia, aún los supera y es capaz de una experiencia directa ajustada a su propia acción inherente. El sentido-mente, como resultado de la experiencia psicológica, -al igual que las cogniciones de la razón-, es capaz en el hombre de una doble acción, mixta o dependiente y pura o soberana. Su acción mixta tiene lugar comúnmente cuando la mente busca llegar a ser consciente del mundo externo, del objeto; la acción pura, cuando busca llegar al conocimiento de sí mismo, del sujeto. En la primera actividad, es dependiente de los sentidos, y forma sus percepciones de acuerdo con sus evidencias; en la última, actúa en sí misma y es consciente de las cosas directamente por una suerte de identidad con ellas. De esa manera somos conscientes de nuestras emociones; somos conscientes de la ira, -como agudamente se ha dicho-, porque llegamos a ser la ira. Así somos conscientes de nuestra propia existencia, y aquí, la naturaleza de la experiencia como conocimiento por identidad, se torna aparente. En realidad, toda experiencia es, en su naturaleza secreta, conocimiento por identidad; pero su verdadero carácter se nos oculta pues nos hemos separado del resto del mundo por exclusión, por distinción de nosotros mismos como sujeto y todo lo demás como objeto, y nos vemos compelidos a desarrollar procesos y órganos por los que nuevamente podamos entrar en comunicación con todo cuanto hemos excluido. Hemos de sustituir el conocimiento directo a través de la identidad consciente por un conocimiento indirecto que parece ser causado por contacto físico y simpatía mental. Esta limitación es una creación fundamental del ego y una muestra de la manera en que ha procedido en todo, partiendo de una falsedad original y cubriendo la correcta verdad de las cosas con falsedades contingentes que para nosotros llegan a ser las verdades prácticas de la relación con el mundo exterior.

De esta naturaleza del conocimiento mental y sensorio, -tal como actualmente está organizado en nosotros-, se sigue que no hay necesidad inevitable en nuestras limitaciones existentes. Son el resultado de una evolución en la que la mente se ha acostumbrado a depender de ciertos funcionamientos fisiológicos y de sus reacciones como sus medios normales para entrar en relación con el universo material. Por lo tanto, aunque la regla es que cuando buscamos llegar a ser conscientes del mundo externo, hemos de obrar así, indirectamente a través de los órganos-sensorios, y podemos experimentar solo, tanta parte de la verdad acerca de las cosas y de los hombres como los sentidos nos transmitan, con todo esta regla es meramente la regularidad de un hábito dominante. Es posible para la mente, -y sería natural para ella, si pudiera ser persuadida a liberarse de su consentimiento al dominio de la materia-, tomar conocimiento directo de los objetos de sensación sin el auxilio de los órganos-sensorios. Esto es lo que sucede en experimentos hipnóticos y fenómenos psicológicos afines. Porque nuestra conciencia en vigilia está determinada y limitada por el equilibrio entre la mente y la materia elaborado por la vida en su evolución, este conocimiento directo es comúnmente imposible en nuestro ordinario estado de vigilia y por lo tanto ha de causarse lanzando a la mente en vigilia dentro de un estado de sueño que libere a la mente verdadera o subliminal. La mente es entonces capaz de afirmar su verdadero carácter como el omni-suficiente y único sentido, y libre de aplicar a los objetos de la sensación, su acción pura y soberana en lugar de la mixta y dependiente. No es esta extensión de la facultad realmente imposible sino sólo más difícil en nuestro estado de vigilia, —tal y como es sabido por todo aquel que ha sido capaz de ir lo bastante lejos en ciertos senderos de experimentación psicológica.

La acción soberana del Sentido-mente puede emplearse para desarrollar otros sentidos además de los cinco que ordinariamente usamos. Por ejemplo, es posible desarrollar el poder de apreciar con exactitud, sin medios físicos, el peso de un objeto que sostenemos en nuestras manos. Aquí la sensación de contacto y presión se utiliza meramente como punto de partida, así como los datos del sentido-experiencia son usados por la pura razón, mas no es en realidad el sentido del tacto el que da la medida del peso a la mente; descubre el valor correcto a través de su propia percepción independiente y usa el tacto sólo en orden a entrar en relación con el objeto. Y así como con la pura razón, y de igual manera con el sentido-mente, el sentido-experiencia puede usarse como mero primer punto desde el que se accede a un conocimiento que nada tiene que ver con los órganos-sensorios y a menudo contradice sus evidencias;

tampoco está la extensión de la facultad limitada solo a exterioridades y superficies. Es posible, una vez que hayamos entrado por cualquiera de los sentidos en relación con un objeto externo, aplicar de igual modo el Manas para llegar a ser consciente de los contenidos del objeto, por ejemplo, recibir o percibir los pensamientos o sentimientos de otros sin ayuda de sus manifestaciones orales, gestos, acciones o expresiones faciales, e incluso en contradicción con estos datos siempre parciales y a menudo engañosos. Finalmente, mediante la utilización de los sentidos interiores, —vale decir, de los sentido-poderes, en sí mismos, en su actividad puramente mental o sutil como diferenciada de la física que es sólo una elección, a los fines de la vida externa, de su acción total y general—, podemos ser capaces de tomar conocimiento de sentido-experiencias, de apariencias e imágenes de cosas distintas de las que pertenecen a la organización de nuestro entorno material. Todas estas extensiones de la facultad, -aunque recibidas con vacilación e incredulidad por la mente física, porque son anormales para el esquema habitual de nuestra vida y experiencia ordinarias, difíciles de poner en acción, aún más difíciles de sistematizar, así como de ser capaz de hacer de ellas un conjunto ordenado y útil de instrumentos-, deben con todo admitirse dado que son el invariable resultado de cualquier intento de ampliar el campo de nuestra conciencia superficialmente activa, ya sea mediante algún tipo de no-enseñado esfuerzo y casual efecto desordenado o sea mediante una práctica científica y bien regulada.

Ninguna de esas extensiones, sin embargo, conduce al objetivo que tenemos en mente, la experiencia psicológica de esas verdades que están "más allá de la percepción por el sentido pero aprehensibles mediante las percepciones de la razón", buddhigrá-hyam atíndriyam . Ellas nos dan sólo un más vasto campo de fenómenos, y medios más efectivos para la observación de los fenómenos. La verdad de las cosas siempre escapa más allá de lo sensorio. Sin embargo existe una sana regla inherente a la constitución misma de la existencia universal en el sentido de que donde existan verdades asequibles mediante la razón, debe existir, en algún lugar del organismo poseedor de esa razón, un medio de arribar a ellas o de verificarlas mediante la experiencia. El único medio que hemos dejado en nuestra mentalidad es una extensión de esa forma de conocimiento por identidad que nos da el conocimiento de nuestra propia existencia. En realidad, el conocimiento del contenido de nuestro yo está basado sobre un auto-conocimiento más o menos consciente, más o menos presente en nuestra concepción. O para colocar esto dentro de una fórmula más genérica, el conocimiento del contenido está contenido en el conocimiento del continente. Si entonces podemos extender nuestra facultad del auto-conocimiento mental al conocimiento del Ser-en-sí que está más allá y fuera de nosotros, el Atman o Brahman de los Upanishads, podemos llegar a ser poseedores, en la experiencia, de las verdades que forman el contenido del Atman o Brahman en el universo. Es sobre esta posibilidad que se ha basado el Vedanta hindú. Ha buscado, a través del conocimiento del Ser-en-sí, el conocimiento del universo.

Pero siempre la experiencia mental y los conceptos de la razón han sido sostenidos por ésta, para ser, incluso en lo más alto, un reflejo de las identificaciones mentales y no la suprema identidad auto-existente. Hemos de ir más allá de la mente y la razón. La razón activa de nuestra conciencia en vigilia es sólo una mediadora entre el Todo subconsciente del que provenimos en nuestra evolución hacia arriba y el Todo superconsciente hacia el que estamos impulsados por esa evolución, El subconsciente y el superconsciente son dos diferentes formulaciones del mismo Todo. La palabra maestra del subconsciente es Vida, la palabra maestra del superconsciente es Luz. En el subconsciente, el conocimiento o conciencia está envuelto en la acción, pues la acción es la esencia de la Vida. En el superconsciente la acción reingresa en la Luz y ya nunca más contiene envuelto al conocimiento pues éste está contenido en una conciencia suprema. El conocimiento intuitivo es aquel que es común a ambos, y la base del conocimiento intuitivo es la identidad consciente o efectiva entre aquello que conoce y aquello que es conocido; es aquel estado de la auto-existencia común en el que conocedor y conocido son uno a través del conocimiento. Pero en el subconsciente la intuición se manifiesta en la acción, en la efectividad, y el conocimiento o identidad consciente está enteramente o más o menos oculto en la acción. En el superconsciente, por el contrario, -siendo la Luz la ley y el principio-, la intuición se manifiesta en su verdadera naturaleza como conocimiento emergiendo de la identidad consciente, y la efectividad de la acción es más bien el acompañamiento o necesaria consecuencia y ya no una máscara como el hecho primario. Entre estos dos estados la razón y la mente actúan como intermediarias que capacitan al ser para liberar al conocimiento fuera de su aprisionamiento dentro del acto y prepararlo para reasumir su esencial primacía. Cuando el auto-conocimiento de la mente se aplica, tanto al continente como al contenido, al propio-yo y al otro-yo, se exalta en la luminosa identidad auto-manifiesta, la razón también se convierte en la forma del intuitivo conocimiento auto-luminoso.

Este es el supremo estado posible de nuestro conocimiento cuando la mente se realiza en lo supramental.

Tal es el esquema del conocimiento humano sobre el cual las conclusiones del Vedanta más antiguo fueron construidas. Desarrollar los resultados a que llegaron sobre esta base los sabios antiguos no es mi objeto, pero es necesario pasar brevemente en revisión por algunas de sus conclusiones principales, tan lejos como ellas afecten al problema de la Vida divina con el que solo nosotros, estamos en el presente concernidos. Pues es en aquellas ideas que encontraremos la mejor base previa de eso que buscamos ahora reconstruir y aunque, como pasa con todo conocimiento, la vieja expresión sea sustituida hasta cierto punto por la nueva expresión para satisfacer a una mentalidad posterior y la vieja luz tenga que emerger en la nueva luz como el alba sucede al alba, aún es con el viejo tesoro como nuestro capital inicial o con tanto del mismo como podemos recuperar, que más ventajosamente continuaremos acumulando los beneficios más grandes en nuestro nuevo comercio con el siempre-inmutable y siempre-cambiante Infinito.

Sat Brahman, Existencia pura, indefinible, infinita, absoluta, es el último concepto al que arriba el análisis Vedántico en su criterio del universo, la fundamental Realidad que la experiencia Vedántica descubre detrás de todo el movimiento y formación que constituyen la realidad aparente. Es obvio que cuando planteamos esta concepción, vamos por entero más allá de lo que nuestra conciencia ordinaria, nuestra experiencia normal contiene o representa. Los sentidos y el sentido-mente nada saben acerca de alguna existencia pura o absoluta. Todo lo que nos refiere de ella nuestro sentido-experiencia es forma y movimiento. Las formas existen, pero con una existencia que no es pura, sino siempre mixta, combinada, agregada, relativa. Cuando nos internamos en nosotros mismos, podemos deshacernos de la forma precisa pero no del movimiento, del cambio. La idea de la Materia en el Espacio, la idea de cambio en el Tiempo parecen ser la condición de la existencia. Ciertamente podemos decir, si nos place, que esto es existencia y que la idea de existencia en sí misma corresponde a una realidad no descubrible. A lo más, en el fenómeno del auto-conocimiento o detrás de él, a veces captamos una vislumbre de algo inmóvil e inmutable, algo que percibimos vagamente o imaginamos que somos, más allá de toda vida y muerte, más allá de todo cambio, formación y acción. Aquí está la única puerta en nosotros que a veces se abre al esplendor de una verdad más allá y, antes que se cierre otra vez, deja que un rayo nos toque, una luminosa intimación que, si tenemos fuerza y firmeza, podemos mantener en nuestra fe y convertirla en un punto de partida para otro despliegue de la conciencia, diferente del sentido-mente, para el despliegue de la Intuición.

Pues si examinamos con cuidado, descubriremos que la Intuición es nuestra primera maestra. La Intuición siempre está velada detrás de nuestras operaciones mentales. La Intuición trae al hombre aquellos brillantes mensajes de lo Desconocido que son el principio de su conocimiento superior. La razón solo ingresa después para ver qué provecho puede sacar de la brillante cosecha. La Intuición nos da la idea de algo detrás y más allá de todo lo que conocemos y que parece ser lo que el hombre siempre persigue en contradicción con su razón inferior y toda su experiencia normal, y lo impulsa a formular esa percepción sin forma en las más positivas ideas de Dios, Inmortalidad, Cielo y el resto de ideas por las que pugnamos para expresarlas en la mente. Pues la Intuición es tan fuerte como la Naturaleza misma, de cuya alma ha surgido, y no se preocupa por las contradicciones de la razón o las negaciones de la experiencia. Sabe que es porque es, porque ella misma es de eso y ha venido de eso, y no lo someterá al juicio de lo que meramente llega a acontecer y parecer (lo meramente transitorio y aparente). Lo que la Intuición nos dice no es tanto Existencia sino lo Existente, pues opera desde ese único punto de luz en nosotros que le da su ventaja, que a veces abrió la puerta de nuestro propio auto-conocimiento. El antiguo Veda captó este mensaje de la Intuición y lo formuló en las tres grandes declaraciones de los Upanishads: "Yo soy El", "Tú eres Eso, ¡oh Swetaketu", "Todo esto es el Brahman; este Ser es el Brahman".

Pues la Intuición, por la naturaleza misma de su acción en el hombre, trabajando como lo hace desde detrás del velo, activa principalmente en sus partes menos iluminadas, menos articuladas, y servida delante del velo, en la exigua luz que es nuestra conciencia en vigilia, sólo por instrumentos que son incapaces de asimilar plenamente sus mensajes, es incapaz de brindarnos la verdad en aquella forma ordenada y articulada que nuestra naturaleza exige. Antes que pueda efectuar algún tipo de integración del conocimiento directo en nosotros, tendría que organizarse en nuestro ser superficial y tomar posesión allí de la parte rectora. Más en nuestro ser superficial no está la Intuición, está la Razón, la cual está organizada y nos ayuda a ordenar nuestras percepciones, pensamientos y acciones. Por lo tanto la edad del conocimiento

intuitivo representado por el temprano pensamiento Vedántico de los Upanishads, hubo de ceder su lugar a la edad del conocimiento racional; la Escritura inspirada dejó sitio a la filosofía metafísica, tal como después la filosofía metafísica cedió su lugar a la Ciencia experimental. El pensamiento intuitivo, que es un mensajero del superconsciente y por lo tanto nuestra suprema facultad, fue suplantado por la pura razón que es una suerte de suplente y pertenece a las alturas medias de nuestro ser; la pura razón, a su vez, fue suplantada, durante un tiempo, por la acción mixta de la razón que vive en nuestras llanuras y suaves elevaciones y no puede en su visión exceder el horizonte de la experiencia que la mente física y los sentidos, -o aquellos auxilios que podamos inventar para ellos-, puedan aportarnos. Y este proceso que parece ser un descenso, es en realidad un círculo de progreso. Pues en cada caso la facultad inferior es compelida a absorber tanto como pueda asimilar de lo que la superior ya había dado, e intentar reestablecerlo mediante sus propios métodos. Mediante dicho intento se agranda en su perspectiva y eventualmente llega a una más flexible y amplia auto-acomodación a las facultades superiores. Sin esta sucesión e intento de asimilación separada, nos veríamos obligados a permanecer bajo el dominio exclusivo de una parte de nuestra naturaleza, mientras el resto quedaría deprimido o indebidamente sometido, o separado en su campo y, por lo tanto, pobre en cuanto a su desarrollo. Con esta sucesión y separado intento el equilibrio es ajustado; una más completa armonía de nuestras partes de conocimiento se prepara.

Vemos esta sucesión en los Upanishads y en las filosofías indostánicas subsiguientes. Los sabios del Veda y del Vedanta confiaron por entero en la intuición y en la experiencia espiritual. Es por error que a veces los eruditos hablan de grandes debates o discusiones en el Upanishad. Donde exista la apariencia de una controversia, no es por discusión, por dialéctica ni por el uso del razonamiento lógico del que procede, sino por comparación de intuiciones y experiencias en las que la menos luminosa cede su lugar a la más luminosa, la más estrecha, más defectuosa o menos esencial a la más comprehensiva, más perfecta, más esencial. La pregunta formulada por un sabio a otro es: "¿Qué sabes tú?" no: "¿Qué piensas tú?" ni "¿A qué conclusión ha llegado tu razonamiento?". En ningún lugar de los Upanishads descubrimos huella alguna de razonamiento lógico llamado en apoyo de las verdades del Vedanta. La intuición, parecen haber sostenido los sabios, solo debe ser corregida por una más perfecta intuición; el razonamiento lógico no puede ser su juez.

Y con todo, la razón humana exige su propio método de satisfacción. Por lo tanto, cuando empezó la edad de la especulación racionalista, los filósofos de la India, respetuosos de la herencia del pasado, adoptaron una doble actitud hacia la Verdad que buscaban. Reconocieron en el Sruti, los tempranos resultados de la Intuición, o como prefirieron llamarlo, de la inspirada Revelación, una autoridad superior a la Razón. Pero al mismo tiempo partieron desde la Razón y comprobaron los resultados que ésta les dio, sosteniendo como válidas sólo aquellas conclusiones que eran apoyadas por la suprema autoridad. De ese modo evitaron, hasta cierto punto, el acosador pecado de la metafísica, la tendencia a batallar entre nubes debido a que se trata con palabras como si fuesen hechos imperativos en lugar de símbolos que siempre han de ser cuidadosamente examinados y devueltos constantemente al sentido de lo que representan. Sus especulaciones tendieron al principio a acercar al centro a la más elevada y profunda experiencia, y procedieron con el consentimiento unido de las dos grandes autoridades, Razón e Intuición. No obstante, la tendencia natural de la Razón de hacer valer su propia supremacía triunfó, en efecto, sobre la teoría de su subordinación. De ahí el surgimiento de conflictivas escuelas, cada cual fundada en la teoría del Veda, utilizando sus textos como arma contra las demás. Pues el supremo Conocimiento intuitivo ve las cosas en su totalidad, en su grandeza y detalles sólo lados de la totalidad indivisible; su tendencia se orienta hacia la inmediata síntesis y la unidad del conocimiento. La Razón, por el contrario, procede mediante análisis y división, y ensambla sus hechos para formar un todo; pero en ese ensamblaje así formado existen opuestos, anomalías, lógicas incompatibilidades, y la tendencia natural de la Razón consiste en afirmar algunos y negar otros que estén en conflicto con sus escogidas conclusiones de modo que pueda formar un sistema impecablemente lógico. La unidad del primer conocimiento intuitivo se quebró de esa manera y el ingenio de los lógicos siempre fue capaz de descubrir artificios, métodos de interpretación, modelos de valor variable, por los que los textos inconvenientes de la Escritura pudieran ser anulados en la práctica, adquiriendo una entera libertad para su especulación metafísica.

No obstante, las principales concepciones del más temprano Vedanta permanecieron en partes en los diversos sistemas filosóficos y, de tanto en tanto, se hicieron esfuerzos por recombinarlas dentro de alguna imagen de la antigua universalidad y unidad del pensamiento intuitivo. Y detrás del pensamiento de todo, diversamente presentado,

sobrevivió como la concepción fundamental, Purusha, Atman o Sad Brahman, el puro Existente de los Upanishads, a menudo racionalizado dentro de una idea o estado psicológico, pero todavía por tando algo de su antiguo cargamento de inexpresable realidad. Cuál sea la relación del movimiento del devenir -que es lo que llamamos el mundo-, con esta Unidad absoluta, y cómo el ego –ya sea causa o consecuencia del movimiento-, puede retornar a ese verdadero Ser-en-sí, Divinidad o Realidad declarada por el Vedanta, éstas fueron las cuestiones especulativas y prácticas que siempre ocuparon el pensamiento de la India.

Capítulo IX - El Puro Existente

Uno indivisible que es existencia pura.
Chhandogya Upanishad

Cuando retiramos nuestra mirada fija de sus preocupaciones egoístas con limitados y breves intereses, y contemplamos al mundo con desapasionados y curiosos ojos que sólo buscan la Verdad, nuestro primer resultado es la percepción de una ilimitada energía de existencia infinita, de infinito movimiento, de infinita actividad difundiéndose en el Espacio sin límites, en el Tiempo eterno; una existencia que supera infinitamente nuestro ego o cualquier ego de cualquier colectividad de egos, en cuyo equilibrio los grandiosos productos de eones no son sino el polvo de un momento y en cuya incalculable suma las innumerables miríadas sólo cuentan como un insignificante enjambre. Instintivamente actuamos, sentimos y tejemos nuestros pensamientos vitales como si este estupendo movimiento del mundo trabajase en nuestro derredor, como si fuésemos el centro, y para nuestro beneficio, para nuestra ayuda o para nuestro daño, o como si la justificación de nuestros egoístas anhelos, emociones, ideas, modelos, fueran su propio negocio cuando en realidad, son nuestra propia preocupación principal. Cuando empezamos a ver, percibimos que existe para sí misma, no para nosotros, que tiene sus propios objetivos gigantescos, su idea propia compleja e ilimitada, su propio vasto deseo o deleite, que busca realizar, sus propias normas inmensas y formidables, y mira nuestra insignificancia con una suerte de indulgente e irónica sonrisa. Con todo no nos pasemos al otro extremo y formemos una idea demasiado positiva de nuestra insignificancia. Eso también sería un acto de ignorancia y cerrar nuestros ojos a los grandes hechos del universo.

Pues este ilimitado Movimiento no nos considera sin importancia para él. La Ciencia nos revela cuán minucioso es el cuidado, cuán sagaz es el mecanismo, cuán intensa es la absorción con que se entrega tanto a la ínfima de sus obras como a la máxima. Esta poderosa energía es una madre igual e imparcial, saman Brahma, en el gran término del Gita, y su intensidad y fuerza de movimiento es la misma en la formación y elevación de un sistema de soles que en la organización de la vida de un hormiguero. Es la ilusión del tamaño, de la cantidad, la que nos induce a considerar a uno como grande, al otro como pequeño. Si por el contrario tomamos en consideración no la masa de la cantidad sino la fuerza de la calidad, diremos que la hormiga es mayor que el sistema solar que habita y que el hombre es mas grande que toda la Naturaleza inanimada puesta junta. Pero esto otra vez es la ilusión de la calidad. Cuando miramos detrás y examinamos sólo la intensidad del movimiento, del cual la calidad y la cantidad son aspectos, comprendemos que este Brahman mora por igual en todas las existencias. Por igual participado por todo en su ser, y nos sentimos tentados a decir, por igual distribuido a todos en su energía. Pero esto también es una ilusión de cantidad. El Brahman mora en todos, indivisible, pero como si estuviese dividido y distribuido. Si miramos otra vez con una observadora percepción no dominada por conceptos intelectuales, sino informada por la intuición y y que culmine en el conocimiento por identidad, veremos que nuestra conciencia mental es diferente de la conciencia de esta Energía infinita, la cual es indivisible y da, no una parte igual de sí misma, sino su ser íntegro en un solo y mismo tiempo al sistema solar y al hormiguero. Para el Brahman no hay todo y partes, sino que cada cosa es todo en sí y se beneficia por el todo del Brahman. La calidad y la cantidad difieren, el ser es igual. La forma, manera y resultado de la fuerza de la acción varían infinitamente, pero la energía eterna, primaria e infinita, es la misma en todo. La potencia de la fortaleza que hace al hombre fuerte no es ni una pizca mayor que la potencia de la debilidad que hace al débil. La energía gastada es tan grande en la represión como en la expresión, en la negación como en la afirmación, en el silencio como en el sonido.

Por lo tanto, el primer cálculo que hemos de enmendar es ese, entre este Movimiento infinito, esta energía de la existencia que es el mundo y nosotros mismos. Actualmente llevamos una cuenta falsa. Somos infinitamente importantes para el Todo, pero para nosotros el Todo es insignificante; sólo nosotros somos importantes para nosotros mismos. Este es el signo de la ignorancia original que es la raíz del ego, que sólo puede pensar en sí mismo como centro, como si él fuese el Todo, y de lo que no es él mismo sólo acepta aquello que mentalmente está dispuesto a admitir, aquello a lo que se ve forzado a reconocer por los cambios extremos del entorno. Incluso cuando empieza a filosofar, ¿no afirma que el mundo sólo existe en y por su conciencia? Su propio estado de conciencia o sus modelos mentales son para él la prueba de la realidad; todo lo que esté fuera de su órbita o punto de vista se torna falso o inexistente. Esta auto-suficiencia mental del hombre crea un sistema de falso cómputo que nos impide extraer el valor correcto y pleno de la vida. Existe un sentido en el que estas pretensiones de la mente y el ego humanos reposan sobre una verdad pero esta verdad sólo emerge cuando la mente ha aprendido su ignorancia y el ego se ha sometido al Todo y ha perdido en él su separada auto-afirmación. Reconocer que nosotros, -o más bien los resultados y apariencias que llamamos nosotros mismos-, somos sólo un movimiento parcial de este Movimiento infinito y que es ese infinito el que hemos de conocer, ser conscientemente y realizar fielmente, es el comienzo de la vida verdadera. Reconocer que en nuestros verdaderos seres somos uno con el movimiento total y no menores ni subordinados es el otro lado de la cuenta, y su expresión en la manera de nuestro ser, pensamiento, emoción y acción es necesaria para la culminación de un verdadero o divino vivir.

Para sacar la cuenta hemos de conocer qué es este Todo, esta energía infinita y omnipotente. Y aquí llegamos a una nueva complicación. Pues nos lo afirma la pura razón y parece también que el Vedanta, que, así como somos subordinados y un aspecto de este Movimiento, de igual manera el movimiento es subordinado y un aspecto de algo distinto a sí mismo, de una gran intemporalidad, de Estabilidad inespacial, sthanu, que es inmutable, inextinguible e inagotable, que no actúa aunque contiene toda esta acción, no energía, sino pura existencia. Quienes sólo ven este mundo-energía pueden ciertamente declarar que tal cosa no existe; nuestra idea de una eterna estabilidad, una pura existencia inmutable es una ficción de nuestras concepciones intelectuales que parten desde una falsa idea de lo estable, pues nada hay que sea estable; todo es movimiento y nuestra concepción de lo estable es sólo un artificio de nuestra conciencia mental por la que aseguramos un punto de apoyo para tratar prácticamente con el movimiento. Es fácil demostrar que esto es cierto en el movimiento mismo. Nada hay allí que sea estable. Todo lo que parece ser estacionario es sólo un bloque de movimiento, una formulación de energía que trabaja, afectando de tal modo nuestra conciencia que parece estar quieta, del mismo modo como el planeta nos parece estar quieto; algo así como un tren en el que viajamos que parece estar parado en medio de un paisaje fugaz. ¿Pero es igualmente verdad que subyaciendo a este movimiento, sosteniéndolo, no hay nada que sea inmóvil e inmutable? ¿Es verdad que la existencia sólo consiste en la acción de la energía? ¿O no es más bien, que la energía es un resultado de la Existencia?

Vemos al mismo tiempo que si esa Existencia es como la Energía, debe ser infinita. Ni la razón, ni la experiencia, ni la intuición, ni la imaginación, nos atestiguan la posibilidad de un término final. Todo fin y principio presupone algo más allá del fin o del principio. Un fin absoluto, un principio absoluto, es no sólo una contradicción de términos, sino una contradicción de la esencia de las cosas, una violencia, una ficción. El infinito se impone sobre las apariencias de lo finito por su inextinguible auto-existencia.

Pero esto es infinito con respecto a Tiempo y Espacio, una duración eterna, una extensión interminable. La pura Razón va más allá y, mirando al Tiempo y al Espacio bajo su incolora y austera Luz propia, señala que estas dos son categorías de nuestra conciencia, condiciones bajo las cuales organizamos nuestra percepción del fenómeno. Cuando miramos a la existencia en sí misma, el Tiempo y el Espacio desaparecen. Si existe alguna extensión, no es espacial sino psicológica; y entonces es fácil ver que esta extensión y esta duración sólo son símbolos que representan a la mente algo no traducible en términos intelectuales, una eternidad que nos parece el mismo siempre-nuevo momento omni-contenedor, un infinito que nos parece el omni-penetrante punto omni-contenedor sin magnitud. Y este conflicto de términos tan violento, aunque minuciosamente expresivo de algo que percibimos, demuestra que la mente y el lenguaje traspasaron más allá sus naturales límites y pugnan por expresar una Realidad en la que sus propias convenciones y necesarias oposiciones desaparecen en una identidad inefable.

¿Pero ésta es una observación cierta? ¿No puede ser que el Tiempo y el Espacio de ese modo desaparezcan meramente porque la existencia que estamos contemplando es una ficción del intelecto, un fantástico Nihil creado por el lenguaje, que nosotros pugnamos por erigir en realidad conceptual? Contemplamos otra vez esa Existencia-en-sí-misma y decimos: No. Hay algo detrás del fenómeno no sólo infinito sino indefinible. Podemos decir que en lo Absoluto no hay ningún fenómeno, ninguno de la totalidad de los fenómenos. Incluso si reducimos todos los fenómenos a un solo fenómeno fundamental, universal e irreducible del movimiento o de la energía, obtenemos únicamente un fenómeno indefinible, no lo Absoluto. La concepción misma de movimiento lleva consigo la potencialidad de reposo y se delata como actividad de alguna existencia; la idea misma de la energía en acción lleva consigo la idea de la energía absteniéndose de la acción; y una absoluta energía que no está en acción es existencia simple y puramente Absoluta. Tenemos sólo estas dos alternativas: una pura existencia indefinible o una indefinible energía en acción y, si sólo la última es verdad, sin ninguna causa o base estable, entonces la energía es un resultado y un fenómeno generados por la acción, el movimiento que sólo es. Entonces no tenemos Existencia, o tenemos el Nihil de los budistas con la existencia como solo un atributo de un fenómeno eterno, de la Acción, del Karma, del Movimiento. Esto, -(asevera la pura razón: deja insatisfechas mis percepciones, contradice mi visión fundamental, y por lo tanto no puede ser). Pues nos lleva a un último escalón poniendo un abrupto final de un ascenso que deja toda la escalera sin apoyo, suspendida en el Vacío.

Si esta Existencia indefinible, infinita, intemporal, inespacial Es, necesariamente es un absoluto puro. No puede ser resumida en ninguna cantidad ni cantidades, no puede estar compuesta de ninguna calidad o combinación de calidades. No es un agregado de formas ni un substratum formal de formas. Si todas las formas, cantidades, calidades fueran a desaparecer, Esta permanecería. La Existencia sin cantidad, sin calidad, sin forma es no sólo concebible, sino también la única cosa que podemos concebir detrás de estos fenómenos. Necesariamente, cuando decimos que Es sin ellas, significamos que las excede, que Es algo en lo que pasan de una manera que es como si cesase de ser lo que llamamos forma, calidad, cantidad, y a partir de la Cual, ellas emergen como forma, calidad, cantidad en el movimiento. Ellas no terminan dentro de una forma, una cantidad, una calidad que sería la base de todo lo demás, —pues no hay tal cosa—, sino dentro de algo que no puede definirse con ninguno de estos términos. De ese modo todas las cosas que observamos, son condiciones y apariencias del movimiento, y ocurren dentro de Eso, desde lo que han llegado y allí, en Eso, siguen existiendo, llegando a ser "algo" que ya no podría describirse con los términos que son apropiados para ellas en el movimiento. Por lo tanto, decimos que la pura existencia es un Absoluto y en sí mismo incognoscible por parte de nuestro pensamiento aunque podamos regresar al mismo en una suprema identidad que trascienda los términos del conocimiento. El movimiento, la manifestación, por el contrario, es el campo de lo relativo y aun mediante la definición misma de lo relativo todas las cosas en el movimiento contienen al Absoluto, son contenidas en el Absoluto y son el Absoluto. La relación de los fenómenos de la Naturaleza con el éter fundamental -que es contenido en ellos, los constituye, los contiene y, con todo, es tan diferente de ellos que, entrando en él, ellos cesan de ser lo que ahora son-, es la ilustración dada por el Vedanta como lo que más aproximadamente representa esta identidad en la diferencia entre lo Absoluto y lo relativo.

Necesariamente, cuando hablamos de cosas que pasan dentro de lo que han provenido, estamos usando el lenguaje de nuestra conciencia temporal y debemos precavernos contra sus ilusiones. El emerger del movimiento desde lo Inmutable es un fenómeno eterno y sólo se debe a que no podemos concebirlo en ese sin-inicio, sin-fin, siempre-nuevo momento que es la eternidad de lo Sin-Tiempo, que nuestras nociones y percepciones son obligadas a ubicarlo en una eternidad temporal, de duración sucesiva, a la que se fijan las ideas de un siempre recurrente principio, medio y fin.

Pero todo esto, puede decirse, es sólo válido en la medida que aceptemos los conceptos de la razón pura y permanezcamos sujetos a ella. Mas los conceptos de la razón no tienen fuerza obligatoria. Debemos juzgar la existencia no por lo que mentalmente concebimos, sino por lo que vemos que existe. Y la forma más pura y libre de intuición de la existencia tal como es, no nos muestra nada, salvo movimiento. Dos cosas solas existen: movimiento en el Espacio, movimiento en el Tiempo; el primero objetivo, el último subjetivo. La extensión es real; la duración es real; Espacio y Tiempo son reales. Aunque podamos mirar detrás de la extensión en el Espacio, -(y percibirlo como un fenómeno psicológico, como un intento de la mente para tornar manipulable la existencia, distribuyendo el indivisible todo en un Espacio conceptua)l-, aún no podemos ir detrás del movimiento de la sucesión y cambio del Tiempo. Pues esa es la materia misma de nuestra conciencia. Nosotros somos y el mundo es un movimiento

que continuamente progresa y aumenta por la inclusión de todas las sucesiones del pasado en un presente que se representa ante nosotros como el principio de todas las sucesiones del futuro, -un principio, un presente que siempre nos elude porque no es, pues ha perecido antes de nacer-. Lo que es, es la eterna, indivisible sucesión del Tiempo, llevando en su corriente un progresivo movimiento de la conciencia también indivisible . La duración, pues, -el movimiento eternamente sucesivo y el cambio en el Tiempo-, es el único absoluto. El devenir es el único ser.

En realidad, esta oposición de la introspección intuitiva real del ser con las ficciones conceptuales de la pura Razón es una falacia. Si en verdad la intuición en esta materia se opusiese realmente a la inteligencia, no podríamos con confianza sostener un razonamiento meramente conceptual contra la fundamental introspección intuitiva. Mas esta apelación a la experiencia intuitiva es incompleta. Es sólo válida en la medida en que prosigue, y yerra al detenerse de repente cortando la experiencia integral. En la medida en que la intuición se establece sólo sobre lo que nos acontece, nos vemos como una progresión continua de movimiento y cambio de la conciencia en la eterna sucesión del Tiempo. Somos el río, la llama de la ilustración budista. Más existe una experiencia suprema y una intuición suprema por la que miramos por detrás de nuestro yo superficial y descubrimos que este devenir, mutación, sucesión, son sólo un modo de nuestro ser y que en nosotros existe aquello que no está de ningún modo envuelto en el devenir. No sólo podemos tener la intuición de esto que es estable y eterno en nosotros; no sólo podemos vislumbrarlo en la experiencia detrás del velo de los continuamente fugaces acontecimientos, sino que también podemos retrotraernos a Eso y vivir en Eso enteramente, efectuando de ese modo un cambio íntegro en nuestra vida externa, y en nuestra actitud, y en nuestra acción sobre el movimiento del mundo. Y esta estabilidad, en la que podemos vivir de esa manera, es precisamente la que ya nos dio la Razón pura, aunque puede llegarse a ella sin razonar para nada, sin saber previamente qué es, -es pura existencia, eterna, infinita, indefinible, no afectada por la sucesión del Tiempo, no envuelta en la extensión del Espacio, más allá de la forma, de la cantidad, de la calidad-, Ser-en-sí único y absoluto.

Entonces el puro existente es un hecho y no un mero concepto; es la realidad fundamental. Pero, apresurémonos a añadir, el movimiento, la energía, el devenir, son también un hecho, también una realidad. La intuición suprema y su correspondiente experiencia pueden corregir esta otra realidad, pueden ir más allá, pueden suspenderla pero no abolirla. Por lo tanto, tenemos dos hechos fundamentales de la existencia pura y del mundo-existencia, un hecho del Ser, un hecho del Devenir. Es fácil negar uno u otro; reconocer los hechos de la conciencia y averiguar su relación es la sabiduría verdadera y provechosa.

La estabilidad y el movimiento, debemos recordarlo, son sólo nuestras representaciones psicológicas del Absoluto, tal como son unidad y multitud. El Absoluto está más allá de la estabilidad y del movimiento pues está más allá de la unidad y la multiplicidad. Pero funda su eterno equilibrio en el uno y en lo estable, y gira en torno de sí mismo, infinitamente, inconcebiblemente, pleno de seguridad en lo móvil y multitudinario. El mundo-existencia es la danza extática de Shiva que multiplica el cuerpo del Dios innumerablemente ante la visión: deja esa blanca existencia precisamente donde estaba y como era, siempre es y siempre será; su único objeto absoluto es la dicha de bailar.

Mas cómo no podemos describir ni pensar en el Absoluto en sí mismo, más allá de la estabilidad y el movimiento, más allá de la unidad y la multitud, —y ese no es asunto nuestro— debemos aceptar el hecho doble, admitir a ambos, a Shiva y a Kali , y procurar saber qué es este inmedible Movimiento en el Tiempo y el Espacio, con respecto a esa pura Existencia, intemporal e inespacial, única y estable, a la que son inaplicables la medida y la ausencia-de-medida. Hemos visto lo que la Razón pura, la intuición y la experiencia tienen que decir acerca de la Existencia pura, acerca de Sat; ¿Qué tienen que decir acerca de la Fuerza, acerca del Movimiento, acerca de Shakti?

Y lo primero que tenemos que preguntarnos es si esa Fuerza es simplemente fuerza, simplemente una ininteligente energía del movimiento o si la conciencia que parece emerger fuera, en este mundo material en el que vivimos, no es meramente uno de sus resultados fenoménicos sino más bien su propia naturaleza verdadera y secreta. En términos Vedánticos, ¿la Fuerza es simplemente Prakriti, solamente un movimiento de acción y proceso, o Prakriti es realmente el poder de Chit, en su fuerza natural de auto-conciencia creativa? Todo lo demás gira en torno a este problema esencial.

Capítulo X - La Fuerza Consciente

Contemplaron la auto-fuerza del Ser Divino escondido en lo hondo por su propio modo consciente de trabajar.
Swetaswatara Upanishad

Este es quien está despierto en los que duermen.
Katha Upanishad

Toda la existencia fenoménica se resuelve en Fuerza, en movimiento de energía que asume formas más o menos materiales, más o menos densas o sutiles de auto-presentación a su propia experiencia. En las antiguas imágenes, -cuando el pensamiento humano intentó hacer inteligible y real, este origen y ley del ser-, esta infinita existencia de Fuerza fue representada como un mar, inicialmente sosegado y, por lo tanto, libre de formas; mas la primera perturbación, la primera iniciación de movimiento hizo necesaria la creación de formas y es la semilla del universo.

Materia es la presentación de fuerza que es más fácilmente inteligible para nuestra inteligencia, -moldeada ésta como lo está por contactos con la Materia-, recibiendo la información de una mente envuelta en un cerebro material. El estado elemental de la Fuerza material es, según la visión de los antiguos físicos indios, un estado de pura extensión material en el Espacio cuya peculiar propiedad es vibración que se nos tipifica por el fenómeno del sonido. Mas la vibración en este estado del éter no es suficiente para crear formas. Debe primero existir alguna obstrucción en el fluir del océano de la Fuerza, alguna contracción y expansión, alguna interacción de vibraciones, algún afectar de fuerza sobre fuerza como para crear un principio de relaciones fijas y efectos mutuos. La Fuerza material modificando su primer estado etéreo asume un segundo, llamado en el antiguo lenguaje, aéreo, cuya propiedad especial es el contacto entre fuerza y fuerza, contacto que es la base de todas las relaciones materiales. Todavía no tenemos formas reales sino tan sólo fuerzas variables. Se necesita un principio sustentador. Éste lo proporciona una tercera auto-modificación de la Fuerza primitiva cuyo principio de luz, electricidad, fuego y calor es para nosotros la manifestación característica. Aun entonces, podemos tener formas de fuerza que preservan su carácter propio y acción peculiar, pero no formas estables de la Materia. Un cuarto estado caracterizado por la difusión y por un primer entorno de atracciones y repulsiones permanentes, denominado pintorescamente agua o estado liquido, y un quinto estado de cohesión, llamado tierra o estado sólido, completan los elementos necesarios.

Todas las formas de la Materia que conocemos, todas las cosas físicas hasta las más sutiles, están conformadas mediante la combinación de estos cinco elementos. De ellos también depende toda nuestra experiencia sensible; pues por recepción de la vibración viene el sentido del olfato; por contacto con cosas en un mundo de vibraciones de la Fuerza, el sentido del tacto; por la acción de la luz en las formas ideadas, delineadas, sostenidas por la fuerza de la luz y el fuego y el calor, el sentido de la vista; por el cuarto elemento, el sentido del gusto; por el quinto, el sentido del olfato. Todo es esencialmente respuesta a los contactos vibratorios entre fuerza y fuerza. De este modo los antiguos pensadores construyeron un puente sobre el abismo entre la Fuerza pura y sus modificaciones finales, y satisficieron la dificultad que impide a la ordinaria mente humana comprender cómo todas estas formas que son, para sus sentidos tan reales, sólidas y durables, pueden ser en verdad solamente fenómenos temporarios, y una cosa como la energía pura, -inexistente, intangible y casi increíble para los sentidos-, puede ser la única realidad cósmica permanente.

El problema de la conciencia no está resuelto con esta teoría, pues no explica cómo el contacto de vibraciones de la Fuerza ha de hacer surgir las sensaciones conscientes. Los Sankhyas o pensadores analíticos colocaron, por lo tanto, detrás de estos cinco elementos, dos principios que llamaron Mahat y Ahankara, principios que son realmente inmateriales; pues el primero no es sino el vasto principio cósmico de la Fuerza y el otro el principio divisional del Ego-formación. No obstante, estos dos principios al igual que el principio de la inteligencia, se tornan activos en la conciencia no en virtud de la Fuerza misma, sino en virtud de una inactiva Consciente-Alma o almas, en las que sus actividades se reflejan y, mediante el reflejo, asumen el matiz de la conciencia.

Tal es la explicación de las cosas ofrecida por la escuela de filosofía de la India que más se aproxima a las modernas ideas materialistas y que llevó la idea de una mecánica o

inconsciente Fuerza en la Naturaleza tan lejos como fue posible para la seriamente reflexiva mente india. Cualesquiera sean sus defectos, su principal idea fue tan indiscutible que vino a ser generalmente aceptada. Sin embargo, el fenómeno de la conciencia puede explicarse, -ya sea la Naturaleza un impulso inerte o un principio consciente-, ciertamente como Fuerza; el principio de las cosas es un formativo movimiento de energías, todas las formas nacen del encuentro y mutua adaptación entre fuerzas sin forma, toda sensación y acción es una respuesta de algo en forma de Fuerza a los contactos de otras formas de Fuerza. Este es el mundo tal como lo experimentamos y desde esta experiencia debemos siempre partir.

El análisis físico de la Materia por parte de la Ciencia moderna ha llegado a la misma conclusión general, aunque perduren unas pocas dudas últimas. La intuición y la experiencia confirman esta concordancia de Ciencia y Filosofía. La razón pura halla en ella la satisfacción de sus propias concepciones esenciales. Pues incluso en la visión del mundo como esencialmente un acto de la conciencia, un acto está implícito, y en el acto el movimiento de Fuerza, el despliegue de Energía. Esto también, -cuando examinamos desde dentro nuestra propia experiencia-, prueba ser la naturaleza fundamental del mundo. Todas nuestras actividades son el juego de la triple fuerza de las antiguas filosofías, conocimiento-fuerza, deseo-fuerza, acción-fuerza, y todas ellas prueban ser realmente tres corrientes de un sólo Poder original e idéntico, Adya Shakti. Incluso nuestros estados de reposo son solo un estado de igualdad o de equilibrio del despliegue de su movimiento.

Al admitirse al Movimiento de Fuerza como la naturaleza total del Cosmos, surgen dos cuestiones. En primer lugar, ¿cómo llegó este movimiento a tener lugar en el seno de la existencia? Si suponemos que no sólo es eterno sino también la esencia misma de toda la existencia, no surge la cuestión. Pero nos hemos negado a aceptar esta teoría. Somos conscientes de una existencia que no está compelida por el movimiento. Entonces, ¿cómo este movimiento, ajeno a su reposo eterno, llega a tomar lugar en ella? ¿Por qué causa? ¿Por qué posibilidad? ¿Por qué misterioso impulso?

La respuesta más aceptada por la antigua mente de la India fue la de que la Fuerza es inherente a la Existencia. Shiva y Kali, Brahman y Shakti son uno y no dos separables. La Fuerza inherente a la existencia puede estar en reposo o en movimiento, mas cuando está en reposo, existe sin embargo y no es suprimida, disminuida ni de ningún modo esencialmente alterada. Esta respuesta es tan enteramente racional y acorde con la naturaleza de las cosas que no necesitamos titubear para aceptarla. Pues es imposible, debido a lo contradictorio de la razón, suponer que la Fuerza es una cosa ajena a la única e infinita existencia, y entró en ella desde fuera o era no-existente y surgió en ella en algún punto del Tiempo. Incluso la teoría ilusionista debe admitir que Maya, el poder de auto-ilusión de Brahman, es potencialmente eterna en el Ser eterno y entonces la única cuestión es su manifestación o no-manifestación. El Sankhya también afirma la eterna coexistencia de Prakriti y Purusha, Naturaleza y Alma-Consciente, y los alternativos estados de reposo o equilibrio de Prakriti y de movimiento o perturbación del equilibrio.

Pero dado que de esa manera la Fuerza es inherente a la existencia y que constituye la naturaleza de la Fuerza tener esta doble o alternativa potencialidad de reposo y movimiento, vale decir, de auto-concentración en Fuerza y de auto-difusión en Fuerza, no surge la cuestión respecto al cómo del movimiento, su posibilidad, impulso iniciador o causa impulsora. Pues entonces podemos concebir fácilmente que esta potencialidad debe traducirse como un ritmo alternativo de reposo y movimiento sucediéndose uno al otro en el Tiempo o como una eterna auto-concentración de la Fuerza en la existencia inmutable con un superficial despliegue de movimiento, cambio y formación como el ascenso y caída de las olas en la superficie del océano. Y este despliegue superficial puede ser coexistente con la auto-concentración y en si mismo también eterno, -hablamos necesariamente con imágenes inadecuadas-, o puede empezar y terminar en el Tiempo y resumirse por una suerte de ritmo constante; entonces no es eterno en la continuidad sino eterno en la recurrencia.

Eliminado de esa manera el problema del cómo, se presenta la cuestión del porqué. ¿Por qué debería esta posibilidad de un despliegue de movimiento de la Fuerza trasladarse a todo? ¿Por qué la Fuerza de la existencia no debería permanecer eternamente concentrada en si misma, infinita, libre de toda variación y formación? Esta cuestión tampoco se suscita si damos por sentado que la Existencia es no-consciente y que la conciencia es solo un desarrollo de la energía material que equivocadamente suponemos que es inmaterial. Pues entonces podemos decir simplemente que este ritmo es la naturaleza de la Fuerza en la existencia y absolutamente no hay razón de buscar un porqué, una causa, un motivo inicial o un

propósito final para lo que, en su naturaleza, es eternamente auto-existente. No podemos plantear esa cuestión a la auto-existencia eterna y preguntarle por qué existe o cómo vino a la existencia; ni se lo podemos plantear a la auto-fuerza de la existencia con su naturaleza inherente de impulso del movimiento. Entonces, todo cuanto podemos preguntar se refiere a su manera de auto-manifestación, sus principios de movimiento y formación, su proceso de evolución. Ambas, Existencia y Fuerza son inertes, -inerte estado e inerte impulso-, inconscientes e ininteligentes ambas, allí no puede haber propósito alguno ni meta final en evolución, ni causa original o intención alguna.

Mas el problema se suscita si suponemos o descubrirnos que la Existencia es el Ser consciente. Podemos ciertamente suponer un Ser consciente que está sujeto a su naturaleza de Fuerza, compelido por ella y sin opción con respecto a si se manifestará en el universo o quedará sin manifestar. Tal es el Dios cósmico de los Tántricos y de los Mayavadines que está sujeto a Shakti o Maya, Purusha envuelto en Maya o controlado por Shakti. Pero es obvio que tal Dios no es la suprema Existencia infinita con la que hemos partido. Es solo una formulación del Brabman en el cosmos realizada por el Brahman mismo, que es lógicamente anterior a Shakti o Maya, y la lleva de regreso a su ser trascendental cuando cesa en sus obras. En una existencia consciente que es absoluta, independiente de sus formaciones, no determinada por sus obras, debemos suponer una libertad inherente a manifestar o no manifestar la potencialidad del movimiento. Un Brahman. compelido por Prakriti no es Brahman, sino un Infinito inerte con un contenido activo en él más poderoso que el continente, un consciente contenedor de la Fuerza, de quien su Fuerza es dueña. Si decimos que está compelido por si como Fuerza, por su propia naturaleza, no nos libramos de la contradicción, no evadimos nuestro primer postulado. Tenemos que regresar a una Existencia que es en realidad nada más que Fuerza, Fuerza en reposo o en movimiento, Fuerza absoluta quizás, pero no Ser absoluto.

Es preciso entonces examinar interiormente la relación entre Fuerza y Conciencia. ¿Pero qué queremos decir con el último término? Comúnmente significamos con él nuestra obvia idea primaria de una conciencia mental en vigilia tal como si la poseyese el ser humano durante la mayor parte de su existencia corporal, cuando no está dormido, aturdido o de algún otro modo privado de sus físicos y superficiales métodos de sensación. En este sentido está suficientemente claro que la conciencia es la excepción y no la regla en el orden del universo material. Nosotros mismos no siempre la poseemos. Mas esta vulgar y superficial idea de la naturaleza de la conciencia, aunque todavía impregna nuestros pensamientos y asociaciones ordinarios, debe ahora desaparecer definitivamente del pensar filosófico. Pues sabemos que en nosotros hay algo que es consciente cuando dormimos, cuando estamos aturdidos o drogados o desvanecidos, en todos los estados aparentemente inconscientes de nuestro ser físico. No sólo eso, sino que ahora podemos estar seguros que los antiguos pensadores estaban en lo cierto cuando declaraban que, incluso en nuestro estado de vigilia, lo que llamamos entonces nuestra conciencia es sólo una reducida selección de nuestro entero ser consciente. Es una superficie, pero no la totalidad de nuestra mentalidad. Detrás de ella, más vasta que ella, hay una mente subliminal o subconsciente que es la mayor parte de nosotros mismos, y contiene cimas y profundidades que ningún hombre ha medido ni sondeado todavía. Este conocimiento nos brinda un punto de partida para la verdadera ciencia de la Fuerza y sus obras; nos libra definidamente de estar circunscriptos por lo material y de la ilusión de lo obvio.

El Materialismo insiste ciertamente en que, cualquiera sea la extensión de la conciencia, es un fenómeno material inseparable de nuestros órganos físicos, y no su usuaria sino su resultado. Este planteamiento ortodoxo, sin embargo, ya no puede sostenerse contra la marea del conocimiento en aumento. Sus explicaciones se tornan cada vez más y más inadecuadas y forzadas. Cada vez se hace mas claro que no sólo la capacidad de nuestra conciencia total supera de largo a la de nuestros órganos, los sentidos, los nervios, el cerebro, sino que incluso para nuestro pensamiento y conciencia ordinarios estos órganos son únicamente sus instrumentos habituales y no sus generadores. La conciencia usa al cerebro al cual sus esfuerzos ascendentes han producido, el cerebro no ha producido ni usa a la conciencia. Además hay casos anormales que vienen a probar que nuestros órganos no son instrumentos enteramente indispensables, -que los latidos cardiacos no son absolutamente necesarios para la vida, igual que la respiración, como tampoco lo son las organizadas células cerebrales, para el pensamiento-. Nuestro organismo físico es tan nulo para causar o explicar el pensamiento y la conciencia como la construcción de una máquina para causar a explicar el poder motor del vapor o la electricidad. La fuerza es anterior, no el instrumento físico.

De esto se siguen consecuencias lógicas importantes. En primer lugar, podemos preguntarnos si, -dado que incluso la conciencia mental existe donde vemos inanimación e inercia-, no es posible que también en los objetos materiales esté presente una subconsciente mente universal, aunque incapaz de actuar o comunicarse a sus superficies por falta de órganos. ¿Es el estado material un vacío de conciencia, o no es más bien solo un sueño de la conciencia, -aunque, desde el punto de vista de la evolución, un sueño original y no intermedio-?. Y mediante el sueño, el ejemplo humano nos enseña que significamos no una suspensión de la conciencia, sino su concentración interior, alejada de la consciente respuesta física a los impactos de las cosas externas. ¿Y no corresponde esto a toda existencia que aun no ha desarrollado medios de comunicación externa con el externo mundo físico? ¿No hay un Alma-Consciente, un Purusha que está despierto por siempre, incluso en todo lo que duerme?

Vayamos más adelante. Cuando hablamos de mente subconsciente, expresamos con la frase una cosa que no difiere de la otra mentalidad externa, pero que sólo actúa bajo la superficie, desconocida para el hombre en vigilia, en el mismo sentido que si estuviese hundida a mayor profundidad y con mayor alcance. Pero los fenómenos del yo subliminal exceden con holgura los límites de cualquier definición. Incluye una acción no sólo inmensamente superior en capacidad, sino también de una clase bastante diferente de lo que conocemos como mentalidad de nuestro yo en vigilia. Tenemos, por lo tanto, derecho a suponer que en nosotros hay un superconsciente al igual que un subconsciente, un rango de facultades conscientes y, por ende, una organización de la conciencia que se eleva sobre ese estrato psicológico al que damos el nombre de mentalidad. Y dado que el yo subliminal en nosotros se eleva en la superconciencia por encima de la mentalidad, ¿Es posible que también pueda no hundirse en la subconciencia debajo de la mentalidad? ¿No hay en nosotros y en el mundo formas de conciencia que sean submentales, a las que podemos dar el nombre de conciencia vital y física? En caso afirmativo, debemos también suponer en la planta y en el metal una fuerza a la que podemos dar el nombre de conciencia aunque no sea la mentalidad humana o animal para la cual hemos preservado hasta ahora el monopolio de esa descripción.

Esto no sólo es probable sino que, si consideramos las cosas desapasionadamente, es cierto. En nosotros mismos existe esa conciencia vital que actúa en las células del cuerpo y en las funciones vitales automáticas de modo que vivimos a través de movimientos plenos de propósito y obedecemos atracciones y repulsiones a las que nuestra mente es extraña. En los animales, esta conciencia vital es incluso un factor más importante. En las plantas es intuitivamente evidente. Las búsquedas y contracciones de la planta, su placer y dolor, su sueño y vigilia, y toda esa extraña vida cuya verdad trajo a la luz un científico de la India, con métodos rigurosamente científicos, son todos movimientos de la conciencia pero, por lo que hasta ahora conocemos, no de la mentalidad. Existe entonces una submental, una vital conciencia, que tiene precisamente las mismas reacciones iniciales que la mental, pero es diferente en la constitución de su auto-experiencia, así como lo que es superconsciente es, en la constitución de su auto-experiencia, diferente del ser mental.

¿El alcance de lo que podemos llamar conciencia cesa en la planta, en eso en lo que reconocemos la existencia de una vida sub-animal? En caso afirmativo, debemos entonces suponer que existe una fuerza de vida y conciencia originalmente ajena a la Materia que, con todo, ha entrado dentro de ella, y ocupado Materia —tal vez proveniente de otro mundo . ¿De qué otra parte pudo provenir? Los antiguos pensadores creían en la existencia de esos otros mundos, que tal vez sostienen la vida y la conciencia en el nuestro o incluso la provocan por su presión, mas no la crean mediante su entrada en él mismo. Nada puede evolucionar de la Materia que ya no esté contenido allí.

Mas no hay razón para suponer que la gama de la vida y la conciencia falla y se detiene en lo que nos parece puramente material. El desarrollo de la investigación y del pensamiento reciente parece apuntar a una suerte de oscuro principio de vida y tal vez una suerte de conciencia inerte o suspendida en el metal y en la tierra y en otras formas "inanimadas", o al menos la materia prima de lo que en nosotros llega a ser conciencia puede estar allí. Aun cuando solo en la planta podemos oscuramente reconocer y concebir la cosa que he llamado conciencia vital, la conciencia de la Materia, de la forma inerte, resulta ciertamente difícil para nosotros entenderlo o imaginarlo, y lo que hallamos difícil de entender o imaginar nos consideramos con derecho a negarlo. No obstante, cuando uno ha seguido a tanta profundidad a la conciencia, resulta increíble que pueda existir este súbito abismo en la Naturaleza. El pensamiento tiene derecho a suponer una unidad donde esa unidad está confesada por todas las otras clases de

fenómenos y en una sola clase únicamente, no negada, sino meramente más oculta que las demás. Y si suponemos que la unidad se halla ininterrumpida, entonces arribamos a la existencia de la conciencia en todas las formas de la Fuerza que trabaja en el mundo. Aunque no hubiese consciente o superconsciente Purusha morando en todas las formas, con todo existe en aquellas formas una fuerza consciente del ser de la cual incluso sus otras partes abierta o inertemente participan.

Necesariamente, con ese criterio, la palabra conciencia cambia de significado. Ya no es sinónimo de mentalidad sino que indica una auto-consciente fuerza de la existencia de la que la mentalidad es término medio; debajo de la mentalidad se hunde en los movimientos vitales y materiales que para nosotros son subconscientes; arriba, se eleva en lo supramental que para nosotros es lo superconsciente. Pero en todo está la única y misma cosa organizándose diferentemente. Esta es, una vez más, la concepción india de Chit que, como energía, crea los mundos. Esencialmente, llegamos a esa unidad que la ciencia materialista percibe desde el otro extremo cuando asevera que la Mente no puede ser otra fuerza que la Materia, pero debe ser meramente desarrollo y resultado de la energía material. El pensamiento indio, en su máxima profundidad, afirma, por otra parte, que Mente y Materia son más bien diferentes grados de la misma energía, diferentes organizaciones de una Fuerza consciente de la Existencia.

¿Pero qué derecho tenemos a dar por supuesto que la conciencia sea la descripción justa para esta Fuerza? Pues la conciencia implica algún tipo de inteligencia, intencionalidad, auto-conocimiento, incluso aunque no tomen las formas habituales para nuestra mentalidad. Incluso desde este punto de vista todo apoya más bien que contradice la idea de una universal Fuerza consciente. Vemos, por ejemplo, en el animal, operaciones de una intencionalidad perfecta y de un conocimiento exacto, científicamente minucioso, que están mucho más allá de las capacidades de la mentalidad animal y que el hombre mismo sólo puede adquirir mediante una prolongada educación y aun entonces las usa con mucha menor rapidez y seguridad. Estamos facultados a ver en este hecho general la prueba de una Fuerza consciente que trabaja en el animal y el insecto que es más inteligente, más intencionada, más conocedora de su propósito, sus finalidades, sus medios y sus condiciones, que la suprema mentalidad manifestada en cualquier forma individual sobre la tierra. Y en las operaciones de la Naturaleza inanimada hallamos la misma característica plena de una suprema inteligencia oculta, “oculta en las modalidades de sus propias obras”.

El único argumento contra una fuente consciente e inteligente para esta intencionada obra, este trabajo de la inteligencia, de la selección, de la adaptación y la búsqueda, es ese gran elemento de las operaciones de la Naturaleza al que damos el nombre de derroche. Pero obviamente ésta es una objeción basada en las limitaciones de nuestro humano intelecto que busca imponer su particular racionalidad, bastante buena para los limitados fines humanos, en las operaciones generales del Mundo-Fuerza. Vemos solo parte del propósito de la Naturaleza y todo lo que no sirve a esa parte lo llamamos derroche. Incluso nuestra propia acción humana está llena de un aparente derroche, tan evidente desde el punto de vista individual que con todo, podemos estar seguros, sirve bastante bien para el grande y final propósito de las cosas. Esa parte de su intención que podemos detectar, la Naturaleza consigue hacerla seguramente bastante a pesar de su aparente derroche, tal vez realmente en virtud de ese aparente derroche. Bien podemos confiar en ella en el resto que aún no detectamos.

Para el resto es imposible ignorar el camino del propósito del juego, la dirección de la aparente tendencia ciega, la segura llegada eventual o inmediata al objetivo buscado, que caracterizan a las operaciones del Mundo-Fuerza en el animal, en la planta, en las cosas inanimadas. En la medida en que la Materia fue el Alfa y la Omega para la mente científica, la repugnancia a admitir a la inteligencia como la madre de la inteligencia fue un honesto escrúpulo. Pero ahora esto no es más que una gastada paradoja para afirmar el emerger de la conciencia humana, la inteligencia y el dominio de una ininteligente y ciegamente conductora inconciencia en la que no existieron previamente ni forma ni sustancia de ellas. La conciencia del hombre no puede ser nada más que una forma de la conciencia de la Naturaleza. Está allí en otras envueltas formas debajo de la Mente, emerge en la Mente, ascenderá aun a formas superiores más allá de la Mente. Pues la Fuerza que construye los mundos es una Fuerza consciente, la Existencia que se manifiesta en ellos es el Ser consciente y un emerger perfecto de sus potencialidades en la forma es el único objeto que racionalmente podemos concebir para su manifestación de este mundo de las formas.

Capítulo XI - El Deleite de la Existencia: El Problema

¿Pues quién podría vivir o respirar si no existiese este deleite de la existencia, como el éter en el cual moramos?
Del Deleite todos estos seres nacieron, por el Deleite existen y crecen, por el Deleite retornan.
Taittiriya Upanishad

Aunque aceptemos esta pura Existencia, Sat, este Dios o Brahman, como el principio, fin y contenido absolutos de las cosas, y en Brahman una inherente auto-conciencia inseparable de sus seres proyectándose como fuerza del movimiento de la conciencia que es creadora de fuerzas, formas y mundos, todavía no tendríamos respuesta a la cuestión: ¿Por qué, Brahman, perfecto, absoluto, infinito, que nada necesita, que nada desea, habría de proyectar fuerza de conciencia para crear en sí mismo estos mundos de las formas?" Porque hemos dejado de lado la solución de que está obligado, por su propia naturaleza de Fuerza, a crear, obligado, por su propia potencialidad de movimiento y formación, a mudarse en las formas. Es cierto que tiene esta potencialidad, pero no está limitado, restringido ni compelido por ella; es libre. Si entonces, -siendo libre para desplazarse o permanecer eternamente quieto, para proyectarse en las formas o retener la potencialidad de las formas en sí mismo-, se concede poder de movimiento y formación eso solo puede ser por una razón: por deleite.

Esta Existencia primera, última y eterna, como la ven los Vedantines, no es una mera existencia desnuda, ni una existencia consciente cuya conciencia es burda fuerza o poder; es una existencia consciente cuyo término preciso, tanto del ser como de la conciencia, es la bienaventuranza. Así como en la existencia absoluta no puede existir la nada, ni la noche de la inconciencia, ni la deficiencia, vale decir, ni el fracaso de la Fuerza, -pues si hubiese alguna de estas cosas no sería absoluta-, tampoco puede haber sufrimiento o negación del deleite. El absoluto de la existencia consciente es bienaventuranza ilimitable de la existencia consciente; ambas sólo son frases diferentes para la misma cosa. Toda ilimitabilidad, todo infinito, todo absoluto es puro deleite. Incluso nuestra humanidad relativa tiene esta experiencia de que toda insatisfacción significa límite, obstáculo, -la satisfacción llega por consecución de algo retenido, por traspaso del limite, por la superación del obstáculo-. Esto sucede porque nuestro ser original es el absoluto en plena posesión de su auto-conciencia y auto-poder infinitos e ilimitables; una auto-posesión cuyo otro nombre es auto-deleite. Y en proporción, en cuanto lo relativo accede a esa auto-posesión, se desplaza hacia la satisfacción, accede al deleite.

Sin embargo, el auto-deleite del Brahman no está limitado por la quieta e inmóvil posesión de su auto-ser absoluto. Así como su fuerza de conciencia es capaz de proyectarse en las formas infinitamente con una variación sin fin, de igual modo también su auto-deleite es capaz de movimiento, de variación de revelarse en ese flujo y mutabilidad infinitos de si mismo, representados por innumerables universos rebosantes. Liberar y disfrutar este movimiento y variación infinitos de su auto-deleite es el objeto de su extensivo o creativo despliegue de Fuerza.

En otras palabras, lo que ha proyectado de sí mismo, dentro de las formas es una y trina Existencia-Conciencia-Bienaventuranza, Sachchidananda, cuya conciencia es en su naturaleza una creativa o más bien auto-expresiva Fuerza capaz de infinita variación en fenómeno y forma de su ser auto-consciente y que disfruta interminablemente del deleite de esa variación. De ello, se sigue que todas las cosas que existen son lo que son como términos de esa existencia, términos de esa fuerza consciente, términos de ese deleite de ser. Tal como descubrimos que todas las cosas son formas mutables de un ser inmutable, resultados finitos de una fuerza infinita, de igual modo descubriremos que todas las cosas son variable auto-expresión de un invariable y omni-abarcante deleite de auto-existencia. En todo lo que es, mora la fuerza consciente, y existe y es lo que es en virtud de esa fuerza consciente; de igual modo también en todo lo que es, está el deleite de la existencia y existe y es lo que es en virtud de ese deleite.

Esta antigua teoría Vedántica del origen cósmico se enfrenta de inmediato, en la mente humana, con dos poderosas contradicciones: la conciencia emotiva y sensitiva del dolor y el problema ético del mal. Pues si el mundo es una expresión de Sachchidananda, no sólo de existencia que es fuerza-consciente, -pues eso puede admitirse fácilmente-, sino también de existencia que es también infinito auto-deleite, ¿cómo hemos de explicar la presencia universal del pesar, del sufrimiento, del dolor? Pues este mundo más nos parece mundo de sufrimiento que de deleite de la existencia.

Ciertamente, esa visión del mundo es una exageración, un error de perspectiva. Si lo miramos desapasionadamente y con un solo criterio en orden a una apreciación precisa y no emocional, descubriremos que la suma del placer de la existencia excede con creces la suma del dolor de la existencia, - no obstante las apariencias y casos individuales que pueden argumentar lo contrario -, y que el activo o pasivo, superficial o subyacente placer de la existencia es el estado normal de la naturaleza, mientras que el dolor es un evento contrario que temporariamente suspende o altera ese estado normal. Mas por esa precisa razón la menor suma de dolor nos afecta más intensamente y a menudo se destaca en mayor proporción que una suma superior de placer; justamente porque lo ultimo es normal, no lo atesoramos, difícilmente lo observamos a menos que se intensifique en alguna forma más aguda de goce, en una ola de felicidad, en una cresta de dicha o éxtasis. Son estas más altas cosas que buscamos, lo que llamamos deleite, y la satisfacción normal de la existencia, -que está siempre allí independientemente del suceso y de la causa o propósito particulares-, nos afecta como algo neutro que no es ni placer ni dolor. Esto es así, y se trata de un gran hecho práctico, porque sin ello no existiría el universal y poderoso instinto de auto-conservación, mas no es lo que buscamos y por lo tanto no lo hacemos entrar en nuestro balance de pérdidas y ganancias emocionales y sensitivas. En ese balance sólo asentamos placeres positivos por un lado y malestar y dolor por el otro; el dolor nos afecta con más intensidad porque es anormal para nuestro ser, contrario a nuestra tendencia natural y es experimentado como un ultraje a nuestra existencia, una ofensa y ataque externo contra lo que somos y buscamos ser.

No obstante, la anormalidad del dolor y su suma mayor o menor no afecta a la cuestión filosófica; mayor o menor, su mera presencia constituye el problema total. Siendo todo Sachchidananda, ¿cómo pueden existir el dolor y el sufrimiento? Esto, el problema real, es a menudo confundido por una cuestión falsa que parte desde la idea de un personal Dios extra-cósmico y una cuestión aparte, la dificultad ética.

Sachchidananda, puede razonarse, es Dios, es un Ser consciente que es autor de la existencia; ¿cómo entonces puede Dios haber creado un mundo en él cual Él inflige sufrimiento a Sus criaturas, acepta el dolor, permite el mal? Siendo Dios Todo-Bien, ¿quién creó el dolor y el mal? Si decimos que el dolor es juicio y condena, no resolvemos el problema moral, arribamos a un Dios inmoral o amoral, -un excelente mecánico del mundo tal vez, un astuto psicólogo-, mas no un Dios del Bien y del Amor a quien podamos adorar, sólo un Dios de Poder a cuya ley debemos someternos o cuyos caprichos podemos esperar propiciar. Porque quien inventa la tortura como medio de prueba o reflexión, resulta convicto de crueldad deliberada o de insensibilidad moral y, en caso de que exista una moral, ésta es inferior al supremo instinto de sus propias criaturas. Y si para eludir esta dificultad moral, decimos que el dolor es resultado inevitable y castigo natural del mal moral, -explicación que no se ajustará a los hechos de la vida a menos que admitamos la teoría del Karma y renacimiento por la que el alma sufre ahora por prenatales pecados de otros cuerpos-, aún no eludimos la raíz misma del problema ético, ¿quién creó o por qué o de dónde fue creado ese mal moral que implica el castigo con dolor y sufrimiento? Y viendo que el mal moral es en realidad una forma de enfermedad o ignorancia mentales, ¿quién o qué creó esta ley o inevitable conexión que castiga una enfermedad mental o un acto de ignorancia con un hecho tan terrible, con torturas a menudo tan extremas y monstruosas? La ley inexorable del Karma es irreconciliable con una suprema Deidad moral y personal, y por lo tanto la clara lógica de Buda negó la existencia de cualquier libre y omni-gobernante Dios personal; Buda afirmó que toda personalidad es una creaci6n de la ignorancia y está sujeta al Karma.

En verdad, la dificultad así bruscamente presentada sólo surge si damos por sentada la existencia de un personal Dios extra-cósmico, que en Sí mismo no es el universo, que creó bien y mal, dolor y sufrimiento para Sus criaturas, pero que El mismo está por encima sin que aquéllos le afecten, vigilando, rigiendo, haciendo Su voluntad con un mundo sufriente y en pugna o, si no hace Su voluntad, si permite que el mundo sea gobernado por una ley inexorable, sin Su auxilio, o socorrido ineficientemente, entonces no es Dios, no es omnipotente, no es todo-bien y todo-amor. Con ninguna teoría de un moral Dios extra-cósmico, pueden explicarse el mal y el sufrimiento, -la creación del mal y del sufrimiento-, excepto mediante un insatisfactorio subterfugio que elude la pregunta discutida en vez de contestarla, o un claro o implícito maniqueísmo que prácticamente anula a Dios al procurar justificar sus modos o excusar sus obras. Pero ese Dios no es el Sachchidananda Vedántico. Sachchidananda del Vedanta es una sola existencia sin una segunda; todo lo que es, es El. Entonces, si el mal y el sufrimiento existen, es El quien lleva el mal y el sufrimiento a la criatura en la que El Se ha corporizado. El problema cambia así por completo. La pregunta ya no es cómo llegó Dios a crear para sus criaturas sufrimiento y mal, de los cuales El Mismo estaría

exceptuado y por tanto inmune, sino ¿como la única e infinita Existencia-Conciencia-Bienaventuranza llegó a admitir en sí misma lo que no es bienaventuranza, lo que parece ser su positiva negación?

La mitad de la dificultad moral desaparece, -esa dificultad en su única forma incontestable-. Ya no se suscita ni puede presentarse más. La crueldad hacia los otros, quedando Yo inmune o aun participando de sus sufrimientos mediante subsiguiente arrepentimiento o tardía piedad, es una cosa; auto-infligirse sufrimiento, siendo Yo la única existencia, es una cosa muy distinta. La dificultad ética puede retrotraerse a una forma modificada; siendo el Todo Deleite necesariamente todo-bien y todo-amor, ¿cómo pueden existir en Sachchidananda el mal y el sufrimiento, dado que él no es existencia mecánica, sino ser libre y consciente, libre para condenar y rechazar el mal y el sufrimiento? Hemos de reconocer que la cuestión así formulada es también falsa porque aplica los términos de una afirmación parcial como si pudiesen aplicarse al todo. Pues las ideas del bien y del amor que de esa manera introducimos en el concepto del Todo-Deleite surgen de una dualista y divisional concepción de las cosas; están basadas enteramente en las relaciones entre criatura y criatura y mientras, persistimos en aplicarlas a un problema que parte, por el contrario, de la asunción del Uno que es todo. Primero hemos de ver cómo se presenta el problema y como puede resolverse en su pureza original, sobre la base de la unidad en la diferencia; sólo entonces podemos con seguridad tratar con sus partes y sus desarrollos, tal como en las relaciones entre criatura y criatura lo haríamos sobre la base de su división y dualidad.

Hemos de reconocer, -si enfocamos de esta manera el todo, sin limitarnos por la dificultad humana y al punto de vista humano-, que no vivimos en un mundo ético. La tentativa del pensamiento humano de forzar un significado ético dentro de la totalidad de la Naturaleza es uno de esos actos de caprichosa y obstinada auto-confusión, uno de esos patéticos intentos del ser humano enderezados a leer su limitado y habitual yo humano en todas las cosas y a juzgarlas desde el punto de vista que él personalmente desarrolló; eso es lo que más efectivamente le impide llegar al conocimiento real y a la visión completa. La Naturaleza material no es ética; la ley que la gobierna es una coordinación de hábitos fijos que no tienen conocimiento del bien ni del mal, sino sólo de la fuerza que crea, la fuerza que dispone y preserva, la fuerza que perturba y destruye imparcialmente, no éticamente, sino de acuerdo a la secreta Voluntad en ella, de acuerdo a la muda satisfacción de esa Voluntad en sus propias auto-formaciones y auto-disoluciones. La Naturaleza animal o vital también es no-ética, aunque a medida que progresa pone de relieve el crudo material a partir del cual el animal superior desarrolla el impulso ético. Al tigre porque mata y devora a su presa no lo culpamos más que a la tormenta porque destruya o al fuego porque torture y mate; tampoco la fuerza-consciente en la tormenta, el fuego o el tigre se culpa o se condena a sí misma. Culpa y condenación, o más claramente, auto-culpa y auto-condenación. son el principio de la verdadera ética. Cuando culpamos a los demás sin aplicarnos la misma Ley, no expresamos un verdadero juicio ético, sino que solo aplicamos el lenguaje ético que hemos desarrollado para nosotros en orden a un impulso emocional de repliegue o disgusto por lo que nos desagrada o hiere.

Este repliegue o disgusto es el origen primario de la ética, pero en si mismo no es ético. El miedo del ciervo hacia el tigre, el furor de la criatura fuerte contra su agresor es un repliegue vital del deleite individual de la existencia en relación con lo que la amenaza. Al progresar, la mentalidad se refina a sí misma en repugnancia, desagrado, desaprobación. La desaprobación de lo que nos amenaza y nos hiere, la aprobación de lo que nos halaga y satisface, se refinan en la concepción de bueno y malo para uno mismo, para la comunidad, para los demás ajenos a nosotros, para las otras comunidades y finalmente en la aprobación general del bien, la desaprobación general del mal. Pero, con todo y eso, la naturaleza fundamental de la cosa permanece igual. El hombre desea la auto-expresión, el auto-desarrollo, en otras palabras, el progresivo despliegue en sí mismo de la Fuerza-consciente de la existencia; ese es su deleite fundamental. Cuanto hiere esa auto-expresión, ese auto-desarrollo, esa satisfacción de su progresivo yo, para él es mal; cuanto ayude, confirme, eleve, agrande, ennoblezca, para él es su bien. Solamente, su concepción del auto-desarrollo cambia, se torna más elevada y amplia, empieza a sobrepasar su limitada personalidad, a abarcar a los demás, a abarcarlo todo en su perspectiva.

En otras palabras, la ética es una etapa en la evolución. Lo que es común a todas las etapas es el impulso de Sachchidananda hacia la auto-expresión. Este impulso al principio es no-ético, después infra-ético en el animal, luego, en el animal inteligente incluso anti-ético pues nos permite aprobar el daño hecho a los demás que desaprobamos cuando nos lo hacen a nosotros. A este respecto, el hombre es todavía

ahora sólo semi-ético. Y así como todo lo que está debajo de nosotros es infra-ético, de igual manera puede ser que lo que está por encima de nosotros a lo que eventualmente arribaremos, que es supra-ético, no tenga necesidad de ética. El impulso y actitud éticos, tan omni-importantes para la humanidad, es un medio por el que pugna desde la armonía y universalidad inferiores basadas en la inconciencia e interrumpidas por la Vida en discordias individuales, hacia una armonía y universalidad superiores basadas en la consciente unidad con todas las existencias. Al llegar a esa meta, este medio ya no es necesario ni posible, dado que las cualidades y oposiciones de los que depende se disolverán y desaparecerán con naturalidad en la reconciliación final.

Luego, si el punto de vista ético solo se aplica a un temporario aunque omni-importante pasaje de una universalidad a otra, no podemos aplicarlo a la total solución del problema del universo, y solo podemos admitirlo como un elemento en esa solución. Obrar de modo distinto es correr el peligro de falsificar todos los hechos del universo, todo el significado de la evolución detrás y más allá de nosotros en orden a satisfacer una temporaria perspectiva y una semi-evolucionada visión de la utilidad de las cosas. El mundo tiene tres estratos: infra-ético, ético y supra-ético. Hemos de descubrir lo que es común a todos; pues solo así podemos resolver el problema.

Lo común a todos es, como hemos visto, la satisfacción de la fuerza-consciente de la existencia desarrollándose en las formas y buscando su deleite en ese desarrollo. Evidentemente empezó desde esa satisfacción o deleite de la auto-existencia; pues eso le resulta normal, a eso se adhiere, y lo hace su base; mas busca nuevas formas de si y, en el paso hacia formas superiores, interviene el fenómeno del dolor y el sufrimiento que parece contradecir la naturaleza fundamental de su ser. Este, solo éste, es el problema radical.

¿Cómo lo resolveremos? ¿Diremos que Sachchidananda no es el principio y fin de las cosas, sino que el principio y fin es Nihil, un vacío imparcial, una nada que con todo contiene todas las potencialidades de la existencia o de la no-existencia, de la conciencia o de la no-conciencia, del deleite o del no-deleite? Si preferimos, podemos aceptar esta respuesta; pero aunque procuremos así explicar todo, en realidad no hemos explicado nada, únicamente hemos incluido todo. Una Nada que está llena de potencialidades es la más completa oposición de términos y cosas posible y, por lo tanto hemos únicamente explicado una contradicción menor por medio de una mayor, llevando la auto-contradicción de las cosas a su máximo. Nihil es el vacío, donde no puede haber potencialidades; una imparcial indeterminación de todas las potencialidades es el Caos, y cuanto hemos hecho es poner al Caos en el Vacío sin explicar cómo fue a parar allí. Permítasenos retornar a nuestra concepción original de Sachchidananda, y ver si sobre esta base no es posible una completa solución.

Primero debemos dejarnos claro que así como cuando hablamos de conciencia universal significamos algo diferente de, más esencial y amplio que la conciencia mental en vigilia del ser humano; así también, cuando hablamos de deleite universal de la existencia significamos algo diferente de, más esencial y amplio que el común placer emocional y sensorial de la criatura humana individual. El placer, la dicha y el deleite, tal como el hombre usa las palabras, son movimientos ocasionales y limitados que dependen de ciertas causas habituales, y emergen, como sus opuestos pena y pesar, -que son movimientos igualmente limitados y ocasionales-, de un fondo distinto de ellos mismos. El deleite del ser es universal, ilimitable y auto-existente, no dependiente de causas particulares, el fondo de todos los fondos, del cual emergen el placer, el dolor y otras experiencias más neutras. Cuando el deleite del ser busca realizarse como deleite del devenir, se desplaza en el movimiento de fuerza y toma diferentes formas de movimiento, de las cuales el placer y el dolor son las corrientes positiva y negativa. Subconsciente en la Materia, superconsciente más allá de la Mente, este deleite busca en la Mente y la Vida realizarse mediante el emerger en el devenir, en la creciente auto-conciencia del movimiento. Sus primeros fenómenos son duales o impuros, se desplazan entre los polos del placer y el dolor, pero apuntan a su auto-revelación en la pureza de un supremo deleite del ser que es auto-existente e independiente de objetos y de causas. Así como Sachchidananda se desplaza hacia la realización de la existencia universal en el individuo y hacia la realización de la "conciencia superando-la-forma" en la forma de cuerpo y mente, de igual manera se desplaza hacia la realización del universal deleite, auto-existente y sin-propósito en el flujo de las experiencias y objetos particulares. Esos objetos ahora los buscamos como estimulantes causas de un efímero placer y satisfacción; libres, poseedores de sí, no los buscaremos sino que los poseeremos como reflectores más que como causas de un deleite que existe eternamente.

En el egoísta ser humano, en la persona mental que emerge de la débil cáscara de la materia, el deleite de la existencia es neutro, semi-latente, aún en la sombra del subconsciente, poco más que un oculto terreno al que el deseo cubrió en abundancia de un exuberante cultivo de hierbas venenosas y flores no menos venenosas, los dolores y placeres de nuestra existencia egoísta. Cuando la divina fuerza-consciente que trabaja secretamente en nosotros, haya devorado estos cultivos del deseo, cuando según la imagen del Rig Veda el fuego de Dios haya quemado los retoños de la tierra, aquello que está escondido en las raíces de estos dolores y placeres, su causa y secreto ser, la savia de su deleite emergerá en nuevas formas, no de deseo, sino de satisfacción auto-existente que reemplazará al placer mortal por el éxtasis Inmortal. Y esta transformación es posible porque estos cultivos de sensación y emoción son, en su ser esencial, los dolores no menos que los placeres, ese deleite de la existencia que ellos buscan pero fracasan en revelar, -fracasan por causa de la división, de la ignorancia del yo y del egoísmo-.

Capítulo XII - El Deleite de la Existencia: La Solución

El nombre de Aquello es el Deleite; como Deleite debemos adorarlo e ir en pos de Eso.
Kena Upanishad

En esta concepción de un inalienable deleite subyacente de la existencia, de la cual todas las sensaciones externas o superficiales son un despliegue positivo, negativo o neutro, --olas y espumas de esa infinita hondura--, arribamos a la verdadera solución del problema que examinamos. El ser-en-sí de las cosas es una indivisible existencia infinita; de esa existencia, la naturaleza o el poder esencial, es una imperecedera fuerza infinita del ser auto-consciente; y de esa auto-conciencia, la naturaleza esencial o conocimiento de sí mismo es, nuevamente, un inalienable deleite infinito del ser. En la carencia de forma y en todas las formas, en el conocimiento eterno del ser infinito e indivisible y en las multiformes apariencias de la división finita, esta auto-existencia mantiene perpetuamente su auto-deleite. Así como en la aparente inconciencia de la Materia, nuestra alma, --huyendo de su esclavitud a su propio hábito superficial y modo particular de existencia auto-consciente--, descubre esa infinita Fuerza-Consciente constante, inmóvil, concentrada, así, en la aparente no-sensación de la Materia llega a descubrir y relacionarse con un infinito Deleite consciente, imperturbable, omni-abarcante, extático. Este deleite es su propio deleite, este ser-en-sí es su propio yo en todo; pero para nuestro criterio ordinario del yo y las cosas, que despierta y se desplaza sólo sobre superficies, queda oculto, profundo, subconsciente. Y tal como es en todas las formas, así es en todas las experiencias, ya sean placenteras, dolorosas o neutras. Allí, demasiado oculto, profundo, subconsciente, está lo que capacita y compele a las cosas a permanecer en la existencia. Esto es la razón de esa fijación a la existencia, ese superdominante querer-ser, traducido vitalmente como instinto de auto-conservación, físicamente como lo imperecedero de la materia, mentalmente como el sentido de la inmortalidad que acompaña a la existencia resuelta en formas a través de todas sus fases de auto-desarrollo y del cual, incluso el ocasional impulso de auto-destrucción es solo una forma inversa, una atracción hacia otro estado del ser y un consiguiente repliegue del actual estado del ser. El Deleite es la existencia; el Deleite es el secreto de la creación; el Deleite es la raíz del nacimiento; el Deleite es la causa de permanecer en la existencia; el Deleite es el fin del nacimiento y aquello en lo cual la creación cesa. "De Ananda", dice el Upanishad, "nacieron todas las existencias; por Ananda permanecen en el ser y crecen, hacia Ananda parten".

Cuando vemos los tres aspectos del Ser esencial, --uno en la realidad, trino en nuestra visión mental, separable solo en apariencia, en los fenómenos de la dividida conciencia--, somos capaces de poner en su justo sitio las divergentes formulas de las antiguas filosofías de modo que se unan y sean una sola, cesando en su ancestral controversia. Pues si consideramos el mundo-existencia sólo en sus apariencias y solo en su relación con la Existencia pura, infinita, indivisible e inmutable, estamos facultados a considerarlo, describirlo y comprenderlo como Maya. Maya, en su sentido original, significó una continente y comprehensiva conciencia capaz de abarcar, medir y limitar, y por lo tanto, formadora; es la que delinea, mide, moldea las formas en lo amorfo, profundiza en la psique y parece tomar cognoscible lo Incognoscible, se hace geométrica y parece tornar mensurable lo ilimitado. Más tarde, la palabra pasó, de su original sentido de conocimiento, destreza, inteligencia, a adquirir un sentido peyorativo de astucia, fraude o ilusión que es el usado por los sistemas filosóficos.

El mundo es Maya. El mundo no es irreal en el sentido de carecer de tipo alguno de existencia; pues aunque fuese solo un sueño del Ser-en-sí aún existiría en El como sueño, real para Él en el presente aunque, en última instancia, irreal. Tampoco debemos decir que el mundo es irreal en el sentido que no tiene un género de existencia eterna; pues aunque formas particulares y mundos particulares pueden disolverse o se disuelven físicamente y retornan mentalmente de la conciencia de la manifestación a la no-manifestación, con todo, la Forma en sí misma, el Mundo en si mismo, son eternos. De la no-manifestación vuelven inevitablemente a la manifestación; tienen una recurrencia eterna, cuando no, una persistencia eterna, una inmutabilidad eterna, en suma y fundamento, junto con una eterna mutabilidad en aspecto y aparición. Tampoco tenemos seguridad alguna de que hubo o habrá un periodo en el Tiempo en el que ninguna forma del universo, ningún despliegue del ser, se represente en el eterno Ser-Consciente, sino tan solo una intuitiva percepción de que el mundo que conocemos puede aparecer y aparece desde Eso y retorna dentro de Eso perpetuamente.

El mundo todavía es Maya porque no es la verdad esencial de la existencia infinita, sino solo una creación del ser auto-consciente, —no una creación en el vacío, no una creación en la nada ni fuera de la nada sino en la eterna Verdad y fuera de la eterna Verdad de ese Auto-ser--; su continente, origen y sustancia son la Existencia esencial y real, sus formas son formaciones mutables de Eso para Su propia percepción consciente, determinada por Su propia fuerza-consciente creadora. Son capaces de manifestación, capaces de no-manifestación, capaces de otra-manifestación. Si preferimos, podemos llamarlas, por lo tanto, ilusiones de la conciencia infinita, arrojando de esa manera, audazmente, una sombra de nuestro sentido mental de sujeción al error y a la incapacidad sobre Eso que, siendo mayor que la Mente, está más allá de la sujeción a la falsedad y a la ilusión. Mas viendo que la esencia y sustancia de la Existencia no es una mentira y que todos los errores y deformaciones de nuestra dividida conciencia representan alguna verdad de la indivisible Existencia auto-consciente, solo podemos decir que el mundo no es la verdad esencial de Eso sino la verdad fenoménica de Su libre multiplicidad e infinita mutabilidad superficial, y no la verdad de Su Unidad fundamental e inmutable.

Si, por otra parte, miramos el mundo-existencia solo en relación a la conciencia y a la fuerza de la conciencia, podemos considerarlo, describirlo y comprenderlo como un movimiento de Fuerza que obedece alguna secreta voluntad o alguna necesidad que le está impuesta por la existencia misma de la Conciencia que la posee o contempla. Es entonces el juego de Prakriti, la fuerza Ejecutiva, satisfaciendo a Purusha, el contemplativo y dichoso Ser-Consciente o es el juego de Purusha reflejado en los movimientos de la Fuerza e identificándose con ellos. El mundo, entonces, es la obra de la Madre de las cosas impulsada a repartirse por siempre, dentro de infinitas formas, y ávida de las experiencias que fluyen eternamente.

Si miramos el Mundo-Existencia más bien en su relación con el auto-deleite del ser eternamente existente, podemos considerarlo, describirlo y comprenderlo como Lila, el juego, la alegría del niño, la alegría del poeta, la alegría del actor, la alegría del mecánico del Alma de las cosas, eternamente joven, perpetuamente inextinguible, creándose y recreándose en Sí Mismo, por la pura bienaventuranza de esa auto-creación, de esa auto-representación, —El mismo el juego, El mismo el jugador, El mismo el campo de juego--. Estas tres generalizaciones del juego de la existencia en su relación con el eterno y estable, el inmutable Sachchidananda, partiendo de las tres concepciones de Maya, Prakriti y Lila, y representándose en nuestros sistemas filosóficos como filosofías mutuamente contradictorias, son, en realidad, perfectamente coherentes cada una con las otras, complementarias y necesarias en su totalidad para un criterio integral de la vida y el mundo. El mundo del que somos una parte es en su más obvia apariencia un movimiento de Fuerza; pero esa Fuerza, cuando traspasamos sus apariencias, da muestras de ser un constante y siempre mutable ritmo de conciencia creadora calculando, proyectando en sí misma fuerzas fenoménicas de su propio ser infinito y eterno; y este ritmo es, en su esencia, causa y propósito, un juego del deleite infinito del ser, siempre ocupado en sus propias innumerables auto-representaciones. Esta vista triple o triuna debe ser el punto de partida de toda nuestra comprensión del universo.

Entonces, dado que el eterno e inmutable deleite del ser que se desplaza dentro del infinito y variable deleite del devenir es la raíz de todo el asunto, hemos de concebir un solo indivisible Ser consciente detrás de todas nuestras experiencias, sosteniéndolas mediante su inalienable deleite y efectuando, mediante su movimiento, las variaciones de placer, dolor y neutra indiferencia en nuestra existencia sensitiva. Ese es nuestro ser-en-sí real; el ser mental sujeto a la triple vibración solo puede ser una

representación de nuestro yo real, puesto al frente a los fines de esa experiencia sensitiva de las cosas que es el primer ritmo de nuestra dividida conciencia en su respuesta y reacción a los múltiples contactos del universo. Es una respuesta imperfecta, un ritmo discordante y confuso que prepara y preludia el pleno y unificado juego del Ser consciente en nosotros; no es la verdadera y perfecta sinfonía que puede ser nuestra si podemos entrar una vez en simpatía con el Uno en todas las variaciones y entrar en el mismo tono con el absoluto y universal diapasón.

Si esta opinión es correcta, entonces inevitablemente se imponen ciertas consecuencias. En primer lugar, dado que en nuestras profundidades nosotros mismos somos ese Uno, dado que en la realidad de nuestro ser somos la indivisible Omni-Conciencia y por lo tanto la inalienable Omni-Bienaventuranza, la disposición de nuestra experiencia sensitiva en las tres vibraciones de dolor, placer e indiferencia solo puede ser un superficial ordenamiento creado por la parte limitada de nosotros mismos que está en lo más elevado de nuestra conciencia en vigilia. Detrás debe haber algo en nosotros, --mucho más vasto, más profundo, más verdadero que la conciencia superficial—, que asume deleite imparcialmente en todas las experiencias; es ese deleite que secretamente sostiene al ser mental superficial y lo capacita para perseverar a través de todas las fatigas, sufrimientos y suplicios en el agitado movimiento del Devenir. Eso que llamamos nosotros mismos es solo un trémulo rayo en la superficie; detrás está todo el vasto subconsciente, el vasto superconsciente aprovechándose de todas estas experiencias superficiales e imponiéndolas en su ser-en-sí externo al cual pone de relieve como una suerte de sensitiva cobertura de los contactos del mundo; velado, todavía recibe estos contactos y los asimila dentro de los valores de una experiencia más verdadera, más profunda, más dominante v creadora. De sus profundidades los retorna a la superficie en formas de fuerza, carácter, conocimiento e impulso, cuyas raíces son misteriosas para nosotros, pues nuestra mente se conmueve y estremece en la superficie y no ha aprendido a concentrarse y vivir en las profundidades.

En nuestra vida ordinaria esta verdad se nos oculta, o solo la vislumbramos oscuramente a veces, o la sostenemos y concebimos imperfectamente. Pero si aprendemos a vivir en lo interior, infaliblemente despertamos a esta presencia dentro de nosotros que es nuestro yo real, una presencia profunda, calma, jubilosa y pujante, de la cual el mundo no es el amo, —una presencia que, si no es el Señor Mismo, es la irradiación del Señor interiormente--. Tenemos conocimiento de ella internamente apoyando y auxiliando al aparente y superficial yo, y sonriendo a sus placeres y dolores como al error y la pasión de un niño pequeño. Y si podemos volver dentro de nosotros mismos y nos identificamos, no con nuestra experiencia superficial, sino con esa radiante penumbra de lo Divino, podemos vivir en esa actitud hacia los contactos del mundo y, --permaneciendo en nuestra conciencia total detrás de los placeres y dolores del cuerpo, del ser vital y de la mente--, poseerlos como experiencias cuya naturaleza, que es superficial, no toca ni se impone a nuestro principal y real ser. En los enteramente expresivos términos sánscritos, hay un Anandamaya detrás del Manomaya, un vasto Bienaventuranza-Yo detrás del limitado yo mental, y el último es sólo una sombría imagen y perturbado reflejo del primero. La verdad de nosotros mismos yace dentro y no en la superficie.

Sin embargo, esta triple vibración de placer, dolor e indiferencia, --siendo superficial, siendo ordenación y resultado de nuestra evolución imperfecta--, puede no tener en ella nada de regla absoluta, ni ser necesaria. En nosotros no hay obligación real de devolver a un particular contacto una particular respuesta de placer, dolor o reacción neutra; solo hay una obligación de hábito. Sentimos placer o dolor en contacto particular porque ese es el hábito que formó nuestra naturaleza, porque esa es la constante relación que el receptor estableció con el contacto. Es de nuestra competencia devolver la respuesta absolutamente opuesta; placer donde acostumbramos tener dolor; dolor donde acostumbramos tener placer. Igualmente está dentro de nuestra competencia acostumbrar al ser superficial a devolver, en lugar de las mecánicas reacciones de placer, dolor e indiferencia, esa libre réplica de inalienable deleite que es la experiencia constante del verdadero y vasto Bienaventuranza-Yo que está dentro de nosotros. Y ésta es una conquista mayor, una más profunda y completa auto-posesión que una agradable y desapegada recepción en las honduras de las habituales reacciones de superficie. Pues ya no se trata de una mera aceptación sin sujeción, de una libre aquiescencia en imperfectos valores de experiencia, sino que nos capacita para convertir los valores imperfectos en perfectos, los falsos en verdaderos, —el constante y verdadero deleite del Espíritu en cosas que asumen el lugar de las dualidades experimentadas por el ser mental--.

En las cosas de la mente, esta pura relatividad habitual de las reacciones de placer y dolor no es difícil percibirla. Ciertamente, el ser nervioso en nosotros está acostumbrado a cierta fijeza, a una falsa impresión de lo absoluto en estas cosas. Para él, victoria, buen éxito, honor y buena fortuna de toda índole, son cosas placenteras en si mismas, absolutamente, y deben producir regocijo así como el azúcar ha de tener gusto dulce; derrota, fracaso, contrariedad, desgracia y mala fortuna de toda índole, son cosas desagradables en si mismas, absolutamente, y deben producir pesar así como el ajenjo ha de tener gusto amargo. Variar estas respuestas es para él una huida de los hechos, anormal y enfermiza; pues el ser nervioso es una cosa esclavizada al hábito y en si, es el medio ideado por la naturaleza para fijar la constancia de la reacción, la igualdad de la experiencia y el determinado esquema de las relaciones del hombre con la vida. Por otra parte, el ser mental es libre, pues es el medio que la Naturaleza ideó para conseguir flexibilidad y variación, cambio y progreso; está sujeto solo en la medida que prefiere quedar sujeto, morar en un hábito mental antes que en otro, y tanto como se permite a sí mismo ser dominado por su instrumento nervioso. No está atado a apenarse por la derrota, la desgracia y la pérdida; puede encontrar estas cosas y todas las cosas con una perfecta indiferencia, incluso las puede hallar con una perfecta alegría. Por lo tanto, el hombre descubre que cuando más rehúsa ser dominado por sus nervios y cuerpo, cuando más se aparta de su implicación en sus partes físicas y vitales, mayor es su libertad. Se convierte en dueño de sus propias respuestas a los contactos del mundo, ya no es esclavo de los contactos externos.

Con respecto al placer y dolor físicos, es más difícil aplicar la verdad universal; pues éste es el dominio mismo de los nervios y el cuerpo, el centro y sede de aquello en nosotros cuya naturaleza ha de dominarse mediante el contacto externo y la presión externa. Incluso aquí, sin embargo, tenemos vislumbres de la verdad. La vemos en el hecho de que de acuerdo al hábito, el mismo contacto físico puede ser placentero o doloroso, no sólo para diferentes individuos, sino para el mismo individuo bajo diferentes condiciones o en diferentes etapas de su desarrollo. La vemos en el hecho de que los hombres, en periodos de gran excitación o alta exaltación, quedan físicamente indiferentes al dolor o inconscientes ante él, bajo contactos que ordinariamente infligirían severa tortura o sufrimiento. En muchos casos es solo cuando los nervios se recuperan y recuerdan a la mentalidad su habitual obligación de sufrir, que el sentido del sufrimiento retorna. Pero este retorno a la obligación habitual no es inevitable; es solo habitual. Vemos que en los fenómenos de hipnosis no solo puede al sujeto hipnotizado prohibírsele sentir el dolor de una herida o pinchazo hallándose en el estado anormal, sino que también, con igual buen éxito, puede impedírsele volver a su habitual reacción de sufrir cuando está despierto. La razón de este fenómeno es perfectamente simple; se debe a que el hipnotizador suspende la habitual conciencia en vigilia, que es esclava de los hábitos nerviosos, y es capaz de apelar al subliminal ser mental en las profundidades, al ser mental interior que es dueño, si quiere, de los nervios y el cuerpo. Mas esta libertad del ser mental interior que es efectuada por la hipnosis, --anormalmente, rápidamente, sin verdadera posesión, por una voluntad ajena--, puede igualmente recuperarse normalmente, gradualmente, con verdadera posesión, por parte de la propia voluntad, de modo que se logre parcial o completamente una victoria del ser mental sobre las habituales reacciones nerviosas del cuerpo.

El dolor de la mente y el cuerpo es un recurso de la Naturaleza, vale decir, de la Fuerza en sus obras, enderezado a servir a un definido objetivo de transición en su evolución hacia arriba. El mundo es, desde el punto de vista del individuo, un juego y un choque complejo de multitudinarias fuerzas. En medio de este complejo juego está el individuo como limitado ser construido con un limitado monto de fuerza expuesto a innumerables impactos que pueden herir, lisiar, romper o desintegrar la construcción a la que llama él mismo. El dolor está en la naturaleza del repliegue nervioso y físico ante un contacto peligroso o dañino; es una parte de lo que el Upanishad llama jugupsa, la retracción del ser limitado de aquello que no es él mismo y que no es simpático ni está en armonía con él, su impulso de auto-defensa contra los "otros". Desde este punto de vista es una indicación de la Naturaleza de lo que ha de evitarse o, si no se evita exitosamente, de lo que ha de remediarse. El dolor no tiene existencia en el mundo puramente físico mientras la vida no entra en juego; pues hasta entonces los métodos mecánicos son suficientes. Su oficio empieza cuando la vida con su fragilidad e imperfecta posesión de la Materia entra en escena; crece con el crecimiento de la Mente en la vida. Su oficio prosigue mientras la Mente está atada a la vida y al cuerpo que usa, dependiendo de ellos para su conocimiento y medio de acción, sujeto a sus limitaciones y a los impulsos y objetivos egoístas que nacen de esas limitaciones. Mas en tanto y en cuanto la Mente del hombre se torna capaz de ser libre, no-egoísta, en armonía con todos los otros seres y con el juego de las fuerzas universales, el uso y oficio del sufrimiento disminuye, su razón de ser debe finalmente cesar de ser y sólo puede continuar como

un atavismo de la Naturaleza, un hábito que ha sobrevivido a su utilidad, una persistencia de lo inferior en la aun imperfecta organización de lo superior. Su eventual eliminación debe ser un punto esencial en la predestinada conquista del alma sobre la sujeción a la Materia y a la limitación egoísta de la Mente.

Esta eliminación es posible porque el dolor y el placer son corrientes, uno imperfecto, el otro perverso, pero, con todo, corrientes del deleite de la existencia. La razón de esta imperfección y de esta perversión es la auto-división del ser en su conciencia mediante la medida y limitación de Maya y, en consecuencia, una egoísta y parcelada recepción de los contactos por parte del individuo, en lugar de una recepción universal. Para el alma universal todas las cosas y todos los contactos de las cosas llevan en sí una esencia de deleite mejor descrito por el estético término sánscrito rasa, que significa a la vez savia o esencia de una cosa y su sabor. Es porque no buscamos la esencia de la cosa en su contacto con nosotros, sino que sólo vamos en pos de la manera en la que afecta nuestros deseos y temores, nuestros apetitos y miedos que el pesar y el dolor, el imperfecto y efímero placer o la indiferencia, vale decir, la incapacidad absoluta de captar la esencia, son las formas que toma el Rasa. Si pudiéramos desinteresarnos por entero en la mente y el corazón e imponer ese desapego al ser nervioso, la progresiva eliminación de estas formas imperfectas y perversas del Rasa sería posible y quedaría a nuestro alcance el verdadero sabor esencial del inalienable deleite de la existencia en todas sus variaciones. Alcanzamos algo de esta capacidad de variable pero universal deleite en la recepción estética de las cosas tal como la representan el Arte y la Poesía, de modo que allí disfrutamos del Rasa y saboreamos lo angustioso, lo terrible, incluso lo horrible o repelente ; y la razón obedece a que estamos desapegados, desinteresados, sin pensar en nosotros mismos ni en la auto-defensa (jugupsa), sino solo en la cosa y su esencia. Ciertamente, esta recepción estética de los contactos no es una precisa imagen o reflejo del puro deleite que es supramental y supra-estético; pues lo último eliminaría el pesar, el terror, el horror y el disgusto con sus causas mientras que el primero los admite; pues esto representa parcial e imperfectamente una etapa del deleite progresivo del Alma universal de las cosas en su manifestación y nos admite en una parte de nuestra naturaleza en ese desapego de la sensación egoísta y esa universal actitud a través de la cual el Alma única ve armonía y belleza donde nosotros, seres divididos, experimentamos más bien caos y discordia. La plena liberación puede llegar a nosotros solo mediante una similar liberación en todas nuestras partes, la universal aesthesis, el universal punto de vista del conocimiento, el universal desapego de todas las cosas e incluso la simpatía hacia todo en nuestro ser nervioso y emocional.

Dado que la naturaleza del sufrimiento es un fallo de la fuerza-consciente en nosotros para hacer frente a los impactos de la existencia y un consiguiente repliegue y contracción, y su raíz es una desigualdad de esa fuerza receptiva y posesiva, debida a nuestra auto-limitación por el egoísmo que deriva en ignorancia de nuestro verdadero Yo, de Sachchidananda, la eliminación del sufrimiento primero debe proceder por sustitución del titiksa,--el enfrentamiento, la resistencia y la conquista de todos los impactos de la existencia--, en puesto de jugupsa, --la retracción y contracción--; mediante esta forma de resistir y conquistar procedemos a una igualdad que puede ser, bien una ecuánime indiferencia a todos los contactos o bien una ecuánime alegría en todos los contactos; y esta ecuanimidad debe hallar nuevamente un firme fundamento en la sustitución de la conciencia de Sachchidananda que es Omni-Bienaventuranza en puesto del ego-conciencia que disfruta y sufre. La conciencia de Sachchidananda puede ser trascendente del universo y estar aislada de él, y el sendero a este estado de distante Bienaventuranza es la indiferencia ecuánime; es el sendero del asceta. O la conciencia de Sachchidananda puede ser al mismo tiempo trascendente y universal, y el sendero de este estado de actual y omni-abarcante Bienaventuranza es la sumisión y pérdida del ego en lo universal y la posesión de un ecuánime deleite que todo lo penetra; es el sendero de los antiguos sabios Védicos. Mas la neutralidad ante los imperfectos contactos del placer y los perversos contactos del dolor es el primer resultado directo y natural de la auto-disciplina del alma, y la conversión a ecuánime deleite puede, comúnmente, llegar sólo después. La directa transformación de la triple vibración en Ananda es posible, pero menos fácil para el ser humano.

Tal es entonces la visión del universo que se desprende de la integral afirmación Vedántica. Una infinita e indivisible existencia omni-bienaventurada en su pura auto-conciencia se desplaza fuera de su fundamental pureza y entra en el variado juego de la Fuerza que es la conciencia, dentro del movimiento de Prakriti que es el juego de Maya. El deleite de su existencia está, al principio, auto-concentrado, absorto, subconsciente en la base del universo físico; luego, emerge en una gran masa de movimiento neutro que aún no es lo que llamamos sensación; más tarde, emerge más con el crecimiento de la mente y el ego en la triple vibración de dolor, placer e indiferencia que se originan

por la limitación de la fuerza de la conciencia en la forma y por su exposición a los impactos de la Fuerza universal, que los encuentra ajenos y faltos de armonía con sus propias normas y medidas; finalmente, tiene lugar el consciente emerger del Sachchidananda pleno en sus creaciones por universalidad, por igualdad, por auto-posesión y conquista de la Naturaleza. Este es el curso del movimiento del mundo.

Si entonces se preguntase por qué la Existencia Única debería tener deleite en ese movimiento, la respuesta la hallamos en el hecho de que todas las posibilidades son inherentes a Su infinitud y que el deleite de la existencia —en su mutable devenir, no en su inmutable ser—, se encuentra precisamente en la variable realización de sus posibilidades. Y la posibilidad que se estructuró aquí en el universo de que somos parte, empieza desde el ocultamiento de Sachchidananda en lo que parece ser su propio opuesto y su auto-hallazgo incluso en medio de los términos de ese opuesto. El ser infinito se pierde en la apariencia del no-ser y emerge en la apariencia de un Alma finita; la conciencia infinita se pierde en la apariencia de una vasta inconciencia indeterminada y emerge en la apariencia de una superficial conciencia limitada; la infinita Fuerza auto-sustentadora se pierde en la apariencia de un caos de átomos y emerge en la apariencia del inseguro equilibrio de un mundo; el Deleite infinito se pierde en la apariencia de una insensible Materia y emerge en la apariencia de un discordante ritmo de variado dolor, placer y sentimiento neutro, amor, odio e indiferencia; la unidad infinita se pierde en la apariencia de un caos de multiplicidad y emerge en una discordancia de fuerzas y seres que buscan recobrar la unidad poseyéndose, disolviéndose y devorándose unos a otros. En esta creación ha de emerger el real Sachchidananda. El hombre, el individuo, ha de convertirse en un ser universal y vivir como tal; su limitada conciencia mental ha de ampliarse a la unidad superconsciente en la que cada uno abarca todo; su estrecho corazón ha de aprender el infinito abrazo y sustituir sus lujurias y discordias por el amor universal y su restringido ser vital ha de llegar a ser ecuánime ante el total impacto del universo sobre él y capaz de deleite universal; su mismo ser físico ha de conocerse como entidad no separada sino como una con, --y sosteniendo en sí misma--, el fluir total de la Fuerza indivisible que es todas las cosas; su naturaleza toda ha de reproducir en el individuo la unidad, la armonía, la unicidad-en-todo de la suprema Existencia-Conciencia-Bienaventuranza.

A través de todo este juego la secreta realidad es siempre uno y el mismo deleite de la existencia, el mismo en el deleite del sueño subconsciente antes del emerger del individuo, en el deleite de la lucha y de todas las variedades, vicisitudes, perversiones, conversiones y reversiones del esfuerzo por encontrarse a sí mismo en medio de los laberintos del sueño semi-consciente del cual el individuo es el centro, y en el deleite de la eterna auto-posesión superconsciente dentro de la que el individuo debe despertar y llegar a ser uno con el indivisible Sachchidananda. Este es el juego del Uno, del Señor, del Todo, como se revela a nuestro conocimiento liberado e iluminado, desde el conceptual punto de vista de este universo material.

Capítulo XIII - La Divina Maya

Por los Nombres del Señor y de ella, ellos formaron y midieron la fuerza de la Madre de la Luz; usando poder tras poder de esa Fuerza como una toga los señores de Maya modelaron la Forma en este Ser.
Los amos de Maya formaron todo mediante Su Maya; los Padres que tienen visión divina Lo pusieron dentro como un niño que está por nacer.
Rig Veda

La Existencia que actúa y crea mediante el poder y desde el puro deleite de su ser consciente, es la realidad que somos, el ser-en-sí de todas nuestras modalidades y disposiciones de ánimo, la causa, el objeto y la meta de todo nuestro hacer, devenir y crear. Así como el poeta, el artista o el músico cuando crean realmente no hacen sino desarrollar alguna potencialidad de su no-manifestado yo verdadero en una forma de manifestación, y así como el pensador, el estadista, el ingeniero solo proyectan en la forma de las cosas lo que yace oculto en ellos mismos, era ellos mismos, y es todavía ellos mismos cuando es volcado en la forma, de igual manera es con el mundo y lo Eterno. Toda creación o devenir no es sino esta auto-manifestación. De la simiente evoluciona aquello que está ya en la simiente, pre-existente en el ser, predestinado en su voluntad de devenir, predispuesto en el deleite de devenir. El plasma original contenía en si, como "fuerza de ser", el organismo resultante. Pues es siempre esa

fuerza secreta, repleta, auto-sabedora, la que trabaja bajo su propio impulso irresistible para manifestar la forma de si con la cual está cargada. Sólo el individuo que crea o desarrolla desde sí mismo, efectúa una distinción entre él mismo, la fuerza que trabaja en él y el material en el que trabaja. En realidad la fuerza es él mismo, la conciencia individualizada que instrumentaliza es él mismo, el material que usa es él mismo, la forma resultante es él mismo. En otras palabras, es una sola existencia, una sola fuerza, un solo deleite del ser que se concentra en varios puntos, dice de cada uno "Esto es Yo" y trabaja en eso según un variado juego de auto-fuerza en orden a un variado juego de auto-formación.

Lo que produce es eso mismo y no puede ser otra cosa que eso mismo; estructura un juego, un ritmo, un desarrollo de su propia existencia, fuerza de conciencia y deleite del ser. Por lo tanto, cuanto llega al mundo, no busca sino esto, ser, arribar a una intentada forma, agrandar su auto-existencia en esa forma, desarrollar, manifestar, aumentar, realizar infinitamente la conciencia y el poder que está en eso, tener el deleite de llegar a la manifestación, el deleite de la forma del ser, el deleite del ritmo de la conciencia, el deleite del juego de la fuerza y agrandar y perfeccionar ese deleite por cualquier medio posible, en cualquier dirección, a través de cualquier idea de eso que pueda ser sugerida por la Existencia, la Fuerza-Consciente, el Deleite activo dentro de su ser más profundo.

Y si existe alguna meta, alguna plenitud hacia la cual tienden las cosas, puede ser solamente la plenitud, -en el individuo y en todo lo que los individuos constituyen-, de su auto-existencia, de su poder y conciencia, y de su deleite de ser. Pero tal plenitud no es posible en la conciencia individual concentrada dentro de los límites de la formación individual; la plenitud absoluta no es factible en lo finito pues es ajena a la auto-concepción de lo finito. Por lo tanto, la única meta final posible es el emerger de la conciencia infinita en el individuo; es su recuperación de la verdad de él mismo mediante el auto-conocimiento y la auto-realización, la verdad del Infinito en el ser, el Infinito en la conciencia, el Infinito en el deleite reposeído como su propio Ser-en-sí y la Realidad de la que lo finito es sólo una mascara y un instrumento de variada expresión.

De esa manera, por la naturaleza misma del juego del mundo, -tal como ha sido realizado por Sachchidananda en la vastedad de Su existencia extendida como Espacio y Tiempo-, hemos de concebir primero una involución y auto-absorción del ser consciente dentro de la densidad y la infinita divisibilidad de la sustancia, pues de otro modo no puede haber variación finita; luego, un emerger de la auto-aprisionada fuerza dentro del ser formal, del ser viviente, del ser pensante; y finalmente una liberación del formado ser pensante en la libre realización de sí como el Uno y el Infinito al juego en el mundo y, mediante la liberación, su recuperación de la ilimitada existencia-conciencia-bienaventuranza que aun ahora es secretamente, realmente y eternamente. Este triple movimiento es la clave total del enigma-del-mundo.

Es así cómo la antigua y eterna verdad del Vedanta recibida en sí misma, ilumina, justifica y nos muestra todo el significado de la moderna y fenoménica verdad de la evolución en el universo. Y es solo así que esta moderna verdad de la evolución, --que es la vieja verdad de lo Universal desarrollándose sucesivamente en el Tiempo, vista opacamente a través del estudio de la Fuerza y la Materia--, puede hallar su sentido y justificación plenos, --iluminándose con la Luz de la verdad antigua y eterna, todavía preservada para nosotros en las Escrituras Vedánticas. El pensamiento del mundo ya está contemplando este mutuo auto-descubrimiento y auto-iluminación que representa la fusión del antiguo conocimiento oriental y el nuevo conocimiento occidental.

Mas aunque hayamos descubierto que todas las cosas son Sachchidananda, no todo esta explicado. Conocemos la Realidad del Universo, no conocemos aún el proceso por el cual esa Realidad ha entrado en este fenómeno. Tenemos la llave del enigma, nos falta todavía la cerradura en la que ha de girar. Pues esta Existencia, Fuerza-Consciente, Deleite, no trabaja directamente ni con soberana irresponsabilidad como un mago que construye mundos y universos con el mero mandato de su palabra. Percibimos un proceso, somos conocedores de una Ley

Es cierto que esta Ley cuando la analizamos, parece consistir en un equilibrio del juego de fuerzas y una determinación de ese juego dentro de líneas fijas de trabajo mediante el accidente del desarrollo evolutivo y el hábito de la energía realizada en el pasado. Mas esta aparente y secundaria verdad viene a ser una verdad última para nosotros solo en la medida en que pensamos en la Fuerza aisladamente. Cuando percibimos que la Fuerza es una auto-expresión de la Existencia, estamos obligados a percibir también que esta línea emprendida por la Fuerza corresponde a alguna auto-verdad de esa Existencia que gobierna y determina su constante curva y destino. Y dado que la

conciencia es la naturaleza de la Existencia original y la esencia de su Fuerza, esta verdad debe ser una auto-percepción en el Ser-Consciente y esta determinación de la línea emprendida por la Fuerza debe resultar de un poder de conocimiento auto-directivo inherente a la Conciencia que la capacita para guiar su propia Fuerza inevitablemente junto con la línea lógica de la auto-percepción original. Es entonces un poder auto-determinante en la conciencia universal, una capacidad en auto-conocimiento de la existencia infinita de percibir cierta Verdad en si y dirigir su fuerza de creación junto con la línea de esa Verdad, la cual ha presidido la manifestación cósmica.

¿Pero por qué hemos de interponer cualquier poder o facultad especial entre la Conciencia infinita misma y el resultado de sus trabajos? Este Auto-conocimiento del Infinito ¿no se extenderá libremente creando formas que después sigan en juego mientras no surja el mandato que las haga cesar, —tal como la antigua Revelación Semita nos lo cuenta: "Dijo Dios: Hágase la Luz y la Luz se hizo"--? Pero cuando decimos: "Dijo Dios: Hágase la Luz", damos por sentado el acto de un poder de la conciencia que determina la luz saliendo de todo lo que no es luz; y cuando decimos "y la Luz se hizo" presumimos una facultad directora, un activo poder correspondiendo al original poder perceptivo, que produce el fenómeno, creando la Luz de acuerdo a la línea de la percepción original y le impide ser avasallada por todas las infinitas posibilidades que difieren de ella. La conciencia infinita en su acción infinita solo puede producir resultados infinitos; establecerse sobre una Verdad fija o sobre un orden de verdades, y construir un mundo de conformidad con eso que está fijado, demanda una facultad selectiva del conocimiento comisionado para modelar una apariencia finita de la Realidad infinita.

Los videntes Védicos conocían este poder con el nombre de Maya. Maya representó para ellos el poder de la conciencia infinita para comprehender, contener en sí y medir, vale decir, formar —pues forma es delimitación — el Nombre y la Forma partiendo de la vasta Verdad ilimitable de la existencia infinita. Es mediante Maya que la verdad estática del ser esencial se convierte en ordenada verdad del ser activo, —o, para poner esto en un lenguaje más metafísico, a partir del ser supremo en el que todo es todo, sin barrera de conciencia separativa, emerge el ser fenoménico en el que todo está en cada uno y cada uno está en todo para el juego de existencia con existencia, conciencia con conciencia, fuerza con fuerza, deleite con deleite. Este juego de todo en cada uno y de cada uno en todo, está oculto de nosotros, al principio, por el juego mental o ilusión de Maya que persuade a cada uno de que está en todo pero no todo en el, y que está en todo como un ser separado, no como un ser siempre inseparablemente uno con el resto de la existencia. Después hemos de emerger de este error al juego supramental o la verdad de Maya donde el "cada uno" y el "todo" coexisten en la inseparable unidad de la verdad única y del símbolo múltiple. La inferior, presente y engañosa Maya mental primero ha de ser abarcada, luego vencida; pues es el juego de Dios, con división, oscuridad y limitación, con deseo, contienda y sufrimiento, en el que El Se somete a la Fuerza que ha salido de El Mismo y por la oscuridad de ella, soporta Él mismo ser oscurecido. La otra Maya, ocultada por esta mental, ha de ser sobrepasada, luego abarcada; pues es el juego de Dios de las infinitudes de la existencia, de los esplendores del conocimiento, de las glorias de la fuerza dominada y de los éxtasis de amor ilimitable donde El emerge saliendo de la influencia de la Fuerza, en vez de ello, la sostiene y logra en ella iluminar aquello para lo cual ella salió de El al principio.

Esta distinción entre Maya inferior y superior es el vínculo entre el pensamiento y el Hecho cósmico que las filosofías pesimista e ilusionista niegan o descuidan. Para ellas la Maya mental, o quizás una Sobremente, es la creadora del mundo, y un mundo creado por la Maya mental seria en verdad una inexplicable paradoja y una fija aunque flotante pesadilla de la existencia consciente que no podría clasificarse como ilusión ni como realidad. Hemos de ver que la mente es sólo un término intermedio entre el gobernante conocimiento creador y el alma aprisionada en sus obras. Sachchidananda, --(envuelto por uno de Sus movimientos inferiores en la auto-olvidada absorción de la Fuerza que está perdida bajo la forma de sus propias obras)--, retorna saliendo del auto-olvido a El mismo; la Mente es solo uno de Sus instrumentos en el descenso y el ascenso. Es un instrumento de la creación descendente, no la creadora secreta, --un estado de transición en el ascenso, no nuestra elevada fuente original ni el consumado término de la existencia cósmica--.

Las filosofías que reconocen a la Mente sola como la creadora de los mundos o aceptan un principio original con la Mente como la única mediadora entre ella y las formas del universo, pueden dividirse entre las puramente nouménicas y las idealistas. Las puramente nouménicas reconocen en el cosmos solo la obra de la Mente, del Pensamiento, de la Idea: mas la Idea puede ser puramente arbitraria y no tener relación

esencial con ninguna Verdad real de la existencia; o esa Verdad, si existe, puede considerarse como mero Absoluto alejado de todas las relaciones e irreconciliable con un mundo de relaciones. La interpretación idealista supone una relación entre la Verdad detrás y el fenómeno conceptual enfrente, una relación que no es meramente de antinomia y oposición. El criterio que expongo va más allá en idealismo; ve la Idea creadora como Real-Idea, vale decir, un poder de la Fuerza Consciente expresivo del Ser real, nacido del Ser real y participando de su naturaleza, y no un hijo del Vacío ni un tejedor de ficciones. Es Realidad consciente proyectándose dentro de las formas mutables de su propia sustancia imperecedera e inmutable. El mundo es, por lo tanto, no una figuración conceptual en la Mente universal, sino un nacimiento consciente de aquello que está más allá de la Mente, dentro de las formas de Si. Una Verdad del ser consciente soporta estas formas y se expresa en ellas, y el pensamiento correspondiente a la verdad así expresada reina como Verdad-conciencia supramental que organiza ideas reales en una armonía perfecta antes de plasmarse en el molde mental-vital-material. Mente, Vida y Cuerpo son una conciencia inferior y una expresión parcial que pugna por arribar, en el molde de una variada evolución, a esa superior "expresión de si", ya existente para el Más Allá-de-la-Mente. Lo que está en el Mas Allá de-la-Mente es el Ideal que, en sus propias condiciones, se esfuerza por realizarse.

Desde nuestro punto de vista ascendente podemos decir que lo Real está detrás de todo lo que existe; se expresa "intermediado en un Ideal" qué es una armonizada verdad de si; el Ideal proyecta una realidad fenoménica del variable ser-consciente que, inevitablemente atraído hacia su propia Realidad esencial, procura por último recobrarla enteramente mediante un violento salto o normalmente a través del Ideal que la puso en marcha. Esto es lo que explica la imperfecta realidad de la existencia humana tal como es vista por la Mente, la instintiva aspiración en el ser mental en pro de una perfectibilidad siempre más allá de él, en pro de la escondida armonía del Ideal, y el surgimiento supremo del espíritu más allá del Ideal a lo trascendental. Los hechos mismos de nuestra conciencia, su constitución y su necesidad presuponen ese triple orden; niegan la dual e irreconciliable antitesis de un mero Absoluto y una mera relatividad.

La Mente no es suficiente para explicar la existencia en el universo. La Conciencia infinita primero debe traducirse en la infinita facultad del Conocimiento, o como lo llamamos desde nuestro punto de vista, omnisciencia. Pero la Mente no es una facultad del conocimiento ni un instrumento de la omnisciencia; es una facultad para la búsqueda del conocimiento, para la expresión tanto cuanto convenga en ciertas formas de pensamiento relativo y para utilizarlo en pro de ciertas capacidades de acción. Aun cuando descubre, no posee; sólo mantiene cierto fondo de moneda corriente de Verdad —no la Verdad en si— en el banco de Memoria para emplearlo de acuerdo a sus necesidades. Pues la Mente es la que no conoce, la que procura conocer y la que nunca conoce a no ser como en un cristal oscurecido. Es el poder que interpreta la verdad de la existencia universal para los usos prácticos de cierto orden de cosas; no es el poder que conoce y guía esa existencia y, por lo tanto, no puede ser el poder que la creó o manifestó.

Mas si suponemos una Mente infinita que fuera libre de nuestras limitaciones, ¿al menos bien podría ser la creadora del universo? Pero esa Mente seria algo muy diferente de la definición de la mente tal como la conocemos: seria algo más allá de la mentalidad; seria la Verdad supramental. Una Mente infinita constituida dentro de los términos de la mentalidad como la conocemos, sólo podría crear un caos infinito, un vasto choque de probabilidad, accidente y vicisitud vagando hacia un fin indeterminado después del cual estaría siempre buscando a tientas y aspirando. Una Mente infinita, omnisciente y omnipotente, no sería, de ningún modo, mente en la plenitud del concepto, sino conocimiento supramental.

La Mente, como la conocemos, es un espejo reflector que recibe imágenes o representaciones de una Verdad o Hecho preexistente, externo a ella o, al menos, más vasto que ella. Representa para si, momento tras momento, el fenómeno que es o ha sido. Posee también la facultad de construir en si imágenes posibles, diferentes de las del hecho real que se le presenta; vale decir, representa para sí no solo el fenómeno que ha sido sino también el fenómeno que puede ser: no puede, nótese bien, representar para sí el fenómeno que seguramente será, excepto cuando es una segura repetición de lo que es o ha sido. Por último, tiene la facultad de predecir nuevas modificaciones que busca construir a partir del encuentro de lo que ha sido y lo que puede ser, a partir de la posibilidad cumplida y la incumplida, algo que a veces acierta en construir más o menos exactamente, a veces fracasa en la realización, pero usualmente lo encuentra vertido en distintas formas que las que vaticinó, y aplicado a otros fines que lo deseado o intentado.

Una Mente infinita, de este carácter, posiblemente podría construir un cosmos accidental, de posibilidades en conflicto, y lo podría modelar dentro de algo mutable, algo siempre efímero, algo siempre incierto en su cambio, ni real ni irreal, sin estar poseído de algún fin ni objetivo definidos sino solo una interminable sucesión de objetivos momentáneos que —dado que no existe un superior poder director del conocimiento-- eventualmente no conducen a ninguna parte. El Nihilismo o el Ilusionismo, o alguna filosofía afín, es la única conclusión lógica de ese puro noumenismo . El cosmos así construido seria una representación o reflejo de algo no de sí, sino siempre y hasta el fin una falsa representación, un distorsionado reflejo; toda la existencia cósmica seria una Mente luchando para estructurar plenamente sus imaginaciones, pero sin tener éxito, pues no tienen imperativa base de auto-verdad; subyugadas y llevadas adelante por la corriente de sus propias energías pasadas; sería por siempre, indeterminadamente, empujada hacia adelante sin resultado alguno, o hasta que se destruya o hasta que caiga en eterna quietud. Eso llevado a sus raíces es el Nihilismo y el Ilusionismo, y es la única sabiduría si suponemos que nuestra mentalidad humana, o algo que se le parezca, representa la suprema fuerza cósmica y la concepción original que trabaja en el universo.

Pero tan pronto descubrimos, en el original poder del conocimiento, una fuerza superior a la que está representada por nuestra humana mentalidad, esta concepción del universo se torna insuficiente y, por lo tanto, carente de valor. Tiene su verdad pero no la verdad toda. Es la ley de la apariencia inmediata del universo, pero no de su original verdad y último hecho. Pues percibimos detrás de la acción de Mente, Vida y Cuerpo, algo que no está abarcado por la corriente de la Fuerza sino que la abarca y controla; algo que no nació en un mundo que busca interpretar, sino que ha creado en su ser un mundo del cual tiene la omnisciencia; algo que no trabaja perpetuamente para formar algo más de si mientras se muda en el superdominante surgimiento de pasadas energías que ya no puede controlar, sino que ya tiene en su conciencia una Forma perfecta de sí y aquí está desarrollándola gradualmente. El mundo expresa una Verdad prevista, obedece a una Voluntad predeterminante, realiza una formativa auto-visión original, —es la creciente imagen de una creación divina--.

En la medida que trabajamos solo a través de la mentalidad gobernada por las apariencias, este algo más allá y detrás, y siempre inmanente, puede solo ser una interferencia o una presencia vagamente sentida. Percibimos una ley de progreso cíclico e inferimos una siempre creciente perfección de algo que, en alguna parte, es preconocido. Por doquier vemos la Ley fundada en el auto-ser y, cuando penetramos dentro en lo racional de su proceso, descubrimos que la Ley es la expresión de un conocimiento innato, un conocimiento inherente a la existencia que está expresándose, e implícita en la fuerza que la expresa; y la Ley desarrollada por el Conocimiento, así como nos permite la progresión, implica una meta divinamente vista hacia la que se dirige el movimiento. Vemos también que nuestra razón busca emerger a partir de la impotente deriva de nuestra mentalidad y dominarla, y arribamos a la percepción de que la Razón es solo una mensajera, una representante o una sombra de una conciencia mayor, más allá de ella, que no necesita razonar porque ella es todo y conoce todo lo que es. Y entonces podemos pasar a inferir que esta "Fuente de la Razón" es idéntica con el Conocimiento que actúa como Ley en el mundo. Este Conocimiento determina su propia ley, soberanamente, porque conoce qué ha sido, es y será, y lo conoce porque existe eternamente, y se conoce infinitamente. El Ser que es conciencia infinita, la conciencia infinita que es fuerza omnipotente, cuando hace de un mundo —vale decir, de una armonía de si — su objeto de la conciencia, llega a ser captable por nuestro pensamiento como una existencia cósmica que conoce su propia verdad y realiza en formas eso que conoce.

Pero es solo cuando cesamos de razonar y profundizamos en nosotros mismos, dentro de ese secreto donde la actividad de la mente esta aquietada, que esa otra conciencia llega realmente a sernos manifiesta, —aunque imperfectamente debido a nuestro prolongado hábito de reacción mental y limitación mental--. Entonces podemos conocer con seguridad, en una creciente iluminación, eso que habíamos concebido inciertamente mediante la pálida y trémula luz de la Razón. El Conocimiento aguarda asentado más allá de la mente y del razonamiento intelectual, entronizado en la vastedad luminosa de la auto-visión ilimitable.

Capítulo XIV - La Supermente como Creador

Todas las cosas son auto-despliegues del Divino Conocimiento.

Vishnu Purana

Un principio de Voluntad y Conocimiento activos, superior a la Mente y creador de los mundos, es entonces el poder intermediario y el estado del ser entre esa auto-posesión del Uno y este fluir de los Muchos. Este principio no es enteramente ajeno a nosotros; no pertenece exclusiva e incomunicablemente a un Ser que por entero difiere de nosotros mismos o a un estado de la existencia desde el que somos misteriosamente proyectados en el nacimiento, pero también rechazados e incapaces de retomar. Si nos parece que está en las alturas muy por encima de nosotros con todo sus alturas son las de nuestro ser, y accesibles a nuestro paso. No solo podemos inferir y vislumbrar esa Verdad sino que también somos capaces de comprenderla. Mediante una progresiva expansión o una súbita auto-trascendencia luminosa podemos escalar esas cimas en inolvidables momentos, o morar en ellas durante horas, o días, de máxima experiencia supra-humana. Cuando descendemos nuevamente, hay puertas de comunicación que pueden dejarse siempre abiertas o reabrirse incluso aunque constantemente se cierren. Pero morar allí permanentemente, en esta última y suprema cima del ser creado y creador es, al fin, el supremo ideal de nuestra humana conciencia en evolución cuando busca no la auto-anulación sino la auto-perfección. Pues, como hemos visto, ésta es la Idea original, la armonía final, y la verdad a la que nuestra gradual auto-expresión en el mundo retorna y que se propone alcanzar.

Empero, podemos dudar si es posible, ahora o siempre, dar alguna cuenta de este estado al intelecto humano o utilizar de algún modo comunicable y organizado sus obras divinas para elevación de nuestro conocimiento y acción humanos. La duda no se suscita solo por lo raro y dudoso de cualquier fenómeno conocido que pudiera delatar la obra humana de esta facultad divina, ni de la gran distancia que separa esta acción de la experiencia y del verificable conocimiento de la humanidad ordinaria; también lo sugiere vigorosamente la aparente contradicción en esencia y operación entre la mentalidad humana y la Supermente divina.

Y ciertamente, si esta conciencia no tiene relación ninguna con la mente ni identidad con el ser mental, sería por completo imposible dar cuenta de ella a nuestras nociones humanas. O, si fuese en su naturaleza sólo visión en el conocimiento y no poder dinámico del conocimiento, podríamos esperar lograr con su contacto un beatífico estado de iluminación mental, pero no una luz y poder mayores para las obras del mundo. Pero dado que esta conciencia es creadora del mundo, debe ser no solo estado de conocimiento, sino poder del conocimiento, y no solo Voluntad para la luz y la visión sino Voluntad para el poder y las obras. Y dado que la Mente también es creada por ella, la Mente debe ser un desarrollo, -no expansivo sino limitativo-, que parte de esta primaria facultad y de este acto mediador de la suprema Conciencia, y debe por lo tanto ser capaz de resolverse reingresando a través de un inverso desarrollo por expansión . Pues siempre la Mente debe ser idéntica a la Supermente en esencia, y ocultar en si la potencialidad de la Supermente, por más diferente o incluso contraria que pueda haber llegado a ser en sus actuales formas y en sus asentados modos de operación. No puede entonces ser un irracional o improductivo intento de pugnar, --mediante el método de comparación y contraste--, en pro de adquirir alguna idea de la Supermente desde el punto de vista y según los términos de nuestro conocimiento intelectual. La idea, los términos, bien pueden ser inadecuados pero aun sirven como un dedo apuntando a la luz que nos señala un camino que, hasta alguna distancia al menos, podemos recorrer. Es más, a la Mente le es posible elevarse más allá de si, accediendo a ciertas alturas o planos de la conciencia que reciben en sí mismos alguna luz o poder modificados de la conciencia supramental, y conocer ésta por una iluminación, una intuición o un directo contacto o experiencia, aunque vivir en ella y ver y actuar desde ella es una victoria que todavía no ha sido hecha humanamente posible.

Y primero debemos detenernos un momento y preguntarnos si no ha de encontrarse alguna luz del pasado que nos guíe hacia estos mal explorados dominios. Necesitamos un nombre, y necesitamos un punto de partida. Pues hemos llamado a este estado de conciencia, la Supermente; pero la palabra es ambigua dado que puede tomarse en el sentido de la mente misma supereminente y elevada por encima de la mentalidad ordinaria pero no radicalmente cambiada, o por el contrario puede llevar el sentido de todo lo que está más allá de la mente y, por lo tanto, asumir una demasiado extensa comprehensividad que traería incluido al Inefable mismo. Es menester una descripción subsidiaria que limite más minuciosamente su significado.

Aquí nos sirven de ayuda los crípticos versos del Veda; pues contienen, aunque, velado, el evangelio de la divina e inmortal Supermente y, a través del velo, llegan a

nosotros algunos destellos iluminadores. Podemos ver a través de estas aseveraciones la concepción de esta Supermente como una vastedad más allá de los firmamentos ordinarios de nuestra conciencia en la que la verdad del ser es luminosamente una con todo lo que la expresa, y asegura inevitablemente la verdad de la visión, formulación, ordenaci6n, expresión, acto y movimiento y, por lo tanto, la verdad también del resultado del movimiento, del resultado de la acción y la expresión, infalible ordenanza o ley. Vasta omni-comprehensividad; luminosa verdad y armonía del ser en esa vastedad y no vago caos o auto-perdida oscuridad; verdad de la ley y del acto, y conocimiento expresivo de esa armoniosa verdad del ser; estos parecen ser los términos esenciales de la descripción Védica. Los Dioses, que en su suprema entidad secreta son poderes de esta Supermente, nacidos de ella, asentados en ella como en su propio hogar, son, en su conocimiento, "verdad-consciente" y, en su acción, son poseídos de la "vidente-voluntad". Su fuerza-consciente dirigida hacia las obras y la creación está poseída y guiada por un conocimiento perfecto y directo de la cosa por hacer, de su esencia y de su ley, —Un conocimiento que determina una absolutamente efectiva voluntad-poder que no se desvía ni vacila en su proceso ni en su resultado sino que se expresa y se realiza espontánea e inevitablemente en el acto que ha sido visto por la visión--. Aquí la Luz es una con la Fuerza, las vibraciones del conocimiento con el ritmo de la voluntad son uno solo, perfectamente, sin búsqueda, intento ni esfuerzo, con el resultado asegurado. La Naturaleza divina tiene doble poder, por un lado, una auto-formulación y una auto-ordenación espontáneas que brotan naturalmente de la esencia de la cosa manifestada y expresan su verdad original, y por otro, una auto-fuerza de la luz inherente a la cosa misma y la fuente de su auto-ordenación espontánea e inevitable.

Hay detalles subordinados, pero importantes. Los videntes Védicos parecen hablar de dos facultades primarias del alma "verdad-consciente"; son la Vista y el Oído, por los que se pretende dirigir las operaciones de un Conocimiento inherente descriptible como verdad-visión y verdad-audición y reflejado a gran distancia en nuestra mentalidad humana por las facultades de la revelación e inspiración. Además, parece hacerse una distinción en las operaciones de la Supermente entre el conocimiento por comprehensión y penetrante conciencia que está muy cerca del conocimiento subjetivo por identidad, y el conocimiento por proyección, confrontación, aprehendente conciencia que es el principio de la cognición objetiva. Estas son las pistas Védicas. Y podemos aceptar de esta antigua experiencia el término subsidiario "verdad-conciencia" para delimitar la connotación de la frase más elástica, Supermente.

Vemos a la vez que esa conciencia, descrita por esas características, debe ser una formulación intermedia que retrotrae a un término por encima de ella y más adelante a otro debajo de ella; vemos al mismo tiempo que ésta es, evidentemente, el vínculo y el medio a través de los cuales lo inferior se desarrolla a partir de lo superior e igualmente sería el vinculo y el medio por los que lo inferior puede desarrollarse de regreso otra vez hacia su fuente. El término de arriba es la conciencia unitaria e indivisible del puro Sachchidananda en el que no hay distinciones separativas; el término de abajo es la conciencia analítica o divisora de la Mente que sólo puede conocer por separación y distinción y que, a lo más, tiene una vaga y secundaria aprehensión de la unidad e infinitud, —pues, aunque puede sintetizar sus divisiones, no puede arribar a una verdadera totalidad--. Entre ellos está esa conciencia comprehensiva y creadora, que con su poder de conocimiento penetrante y comprehensivo es el hijo de ese auto-conocimiento por identidad que es el equilibrio del Brahman; y con su poder de conocimiento por proyección, confrontación y aprehensión es el padre de ese conocimiento por distinción que es el proceso de la Mente.

Arriba, la formula del Uno eternamente estable e inmutable; abajo, la formula de los Muchos que, eternamente mutable, busca pero difícilmente encuentra en el fluir de las cosas un punto de apoyo firme e inmutable; en el medio, la sede de todas las trinidades, de todo lo que es bi-uno, de todo lo que llega a ser Muchos-en-Uno y con todo sigue siendo Uno-en-Muchos porque originariamente fue Uno que potencialmente es siempre Muchos. Este término intermedio es, por lo tanto, el principio y el fin de toda creación y ordenación, el Alfa y la Omega, el punto de partida de toda diferenciación, el instrumento de toda unificación, origen, ejecutor y consumador de todas las armonías realizadas a realizables. Tiene el conocimiento de Uno, pero es capaz de extraer del Uno sus escondidas multitudes; manifiesta los Muchos, pero no se pierde en sus diferenciaciones. ¿Y no diremos que su existencia misma señala detrás a Algo que está más allá de nuestra suprema percepción de la inefable Unidad, □Algo inefable y mentalmente inconcebible no debido a su unidad e indivisibilidad, sino por causa de su libertad de incluso estas formulaciones de nuestra mente—, algo más allá de la unidad y la multiplicidad? Eso seria el total Absoluto y Real que así nos justifica nuestro conocimiento de Dios y nuestro conocimiento del mundo.

Mas estos términos son inmensos y difíciles de captar; pasemos a las precisiones. Hablamos del Uno como Sachchidananda; pero en la descripción misma planteamos tres entidades y las unimos para arribar a una trinidad. Decimos "Existencia, Conciencia, Bienaventuranza", y luego decimos "ellas son una sola". Es un proceso de la mente. Mas para la conciencia unitaria ese proceso es inadmisible. La Existencia es Conciencia y no puede haber distinción entre ellas; la Conciencia es Bienaventuranza y no puede haber distinción entre ellas. Y dado que ni siquiera existe esta diferenciación no puede haber mundo. Si esa es la única realidad, entonces el mundo no existe ni existió jamás, ni nunca puede haber sido concebido; pues la conciencia indivisible es conciencia indivisible y no puede originar división ni diferenciación. Pero esto es una reductio ad absurdum; no podemos admitirlo a menos que nos contentemos con basarlo todo en una imposible paradoja y una antítesis irreconciliable.

Par otra parte, la Mente puede concebir con precisión divisiones como si fuesen reales; puede concebir una totalidad sintética o lo finito extendiéndose indefinidamente; puede captar agregados de cosas divididas y la singularidad subyacente a ellas; pero la unidad última y la infinitud absoluta son, para su conciencia de las cosas, nociones abstractas y cantidades inasibles, nada que sea real para su captación y menos todavía, algo que sea lo único real. He aquí, por tanto, el término opuesto de la conciencia unitaria; tenemos, al confrontar la unidad esencial e indivisible, una multiplicidad esencial que no puede arribar a la unidad sin abolirse a sí misma y en el acto mismo confesar que en realidad jamás podría haber existido. Con todo, existió; pues es ésta la que ha encontrado la unidad y se ha abolido a sí misma. Y nuevamente tenemos una reductio ad absurdum repitiendo la violenta paradoja que busca convencer a! pensamiento aturdiéndolo e igualmente de nuevo, la no reconciliada e irreconciliable antitesis.

La dificultad, en su término inferior, desaparece si advertimos que la Mente es solo una forma preparatoria de nuestra conciencia. La Mente es un instrumento de análisis y síntesis, pero no de conocimiento esencial. Su función es cortar, separar algo vagamente de la Cosa desconocida en si misma y llamar a esta medición o delimitación de ella el todo, y nuevamente analizar el todo en sus partes que considera como separados objetos mentales. Son solo partes y accidentes lo que la Mente puede ver definidamente y, a su manera, conocer. Del todo su única idea definida es un ensamblaje de partes o una totalidad de propiedades y accidentes. El todo, --no visto como una parte de algo más o en sus propias partes, propiedades y accidentes--, es para la mente no más que una vaga percepción; solo cuando es analizado y situado por sí mismo como separado objeto constituido, una totalidad dentro de una totalidad mayor, la Mente puede decirse a sí misma, "Ahora conozco esto". Y en realidad no lo conoce. Solo conoce su propio análisis del objeto y de la idea que se ha formado de él mediante una síntesis de las separadas partes y propiedades que ha visto. Allí su poder característico, su segura función cesa, y si tuviéramos un conocimiento mayor, más profundo y real, —Un conocimiento y no un intenso pero amorfo sentimiento como los que advienen a veces en ciertas partes profundas pero inarticuladas de nuestra mentalidad—, la Mente habría de hacer lugar para otra conciencia que colmara a la Mente haciéndola trascender, o al revés y así, rectificara sus operaciones tras saltar más allá de ella misma; la cima del conocimiento mental es solo un trampolín desde el que ese salto puede ser realizado. La suprema misión de la Mente es entrenar a nuestra oscura conciencia emergida de la oscura prisión de la Materia, en iluminar sus ciegos instintos, fortuitas intuiciones y vagas percepciones, hasta que llegue a ser capaz de esa luz mayor y de esa superior ascensión. La mente es un pasaje, no una culminación.

Por otra parte, la conciencia unitaria o Unidad indivisible no puede ser esa entidad imposible, una cosa sin contenido de la que ha salido todo el contenido y en la cual desaparece y llega a ser aniquilado. Debe ser una original auto-concentración en la que todo esté contenido pero de manera distinta a la manifestación temporal y espacial. Eso que de ese modo se ha concentrado, es la completamente inefable e inconcebible Existencia que el Nihilista imagina en su mente como el negativo Vacío de todo lo que conocemos y somos, pero el Trascendentalista, con igual razón, puede imaginar su mente como la positiva pero indistinguible Realidad de todo lo que conocemos y somos. "En el principio", dice el Vedanta, "estaba la Existencia única sin una segunda", pero antes y después del principio, ahora, por siempre y más allá del Tiempo, está lo que no podemos describir ni siquiera como el Uno, ni cuando decimos que nada salvo Eso es. Como podemos ser conscientes de qué es, primero, su original auto-concentración por la que nos esforzarnos en comprenderlo como el Uno indivisible; en segundo lugar, la difusión y aparente desintegración de todo lo que estaba concentrado en su unidad que es la concepción Mental del universo; y en tercer lugar, su firme auto-extensión en la Verdad-conciencia que contiene y sostiene la difusión, y evita que pase

a ser una real desintegración, mantiene la unidad en la máxima diversidad y conserva la estabilidad en la máxima mutabilidad, insiste en la armonía en la apariencia de una omni-penetrante contienda y colisión, mantiene al eterno cosmos donde la Mente arribaría solo a un caos eternamente intentando darse forma. Esta es la Supermente, la Verdad-conciencia, la Real-Idea que se conoce a si misma y a todo lo que llega a ser.

La Supermente es la vasta auto-extensión del Brahman que contiene y desarrolla. Mediante la Idea desarrolla el principio triuno de la existencia, conciencia y bienaventuranza, de su indivisible unidad. Las diferencia pero no las divide. Establece una Trinidad, no llegando como la Mente de las tres al Uno, sino manifestando a las tres desde el Uno, —pues ella manifiesta y desarrolla—, y manteniéndolas en la unidad — pues conoce y contiene--. Mediante la diferenciación es capaz de presentar a una u otra de ellas como la Deidad efectiva que contiene a las demás envueltas o explicitas en sí, y este proceso crea el fundamento de todas las otras diferenciaciones. Y mediante la misma operación actúa en todos los principios y posibilidades que hace evolucionar a partir de esta omni-constituyente trinidad. Posee el poder de desarrollo, de evolución, de hacer explicito, y ese poder lleva consigo el otro poder de involución, de cubrimiento, de hacer implícito. En un sentido, puede decirse que la creación toda es un movimiento entre dos involuciones, una, Espíritu en el que todo está envuelto y del que todo evoluciona hacia abajo, hacia el otro polo de la Materia, otra, Materia en la que también todo está envuelto y de la que todo evoluciona hacia arriba, hacia el otro polo del Espíritu.

Así todo el proceso de diferenciación mediante la Real-Idea creadora del universo es una asentada exposición de principios, fuerzas y formas que contienen, por la comprehensiva conciencia, todo el resto de la existencia dentro de ellos, y enfrentan a la aprehensiva conciencia con todo el resto de la existencia implícito detrás de ellos. Por lo tanto, cada uno está en todo como todo está en cada uno. Por ello cada simiente de cosas implica en sí misma toda la infinitud de variadas posibilidades, más es sometida a una ley de proceso y resultado por la Voluntad, vale decir, por el Conocimiento-Fuerza del Ser-Consciente, que está manifestándose a sí mismo y que, seguro de la Idea en sí mismo, predetermina por ella sus propias formas y movimientos. La simiente es la Verdad de su propio ser que esta Auto-Existencia ve en si misma, la resultante de esa simiente de auto-visión es la Verdad de la auto-acción, la ley natural del desarrollo, formación y funcionamiento que sigue inevitablemente a la auto-visión y mantiene los procesos envueltos en la Verdad original. Toda la Naturaleza es, simplemente, entonces, la Voluntad-Vidente, el Conocimiento-Fuerza del Ser-Consciente, trabajando para desplegar en fuerza y forma toda la inevitable verdad de la Idea a la que originariamente se entregó.

Esta concepción de la Idea nos señala el contraste esencial entre nuestra conciencia mental y la Verdad-conciencia. Consideramos al pensamiento como una cosa separada de la existencia, abstracto, insustancial, diferente de la realidad, algo que aparece no se sabe de dónde y se separa de la realidad objetiva en orden a observarla, entenderla y juzgarla; tal nos parece y así es, por lo tanto, para nuestra mentalidad omni-divisora y omni-analizadora. La primera tarea de la Mente es ser "separadora", efectuar fisuras más que discernir, y es así como hizo esta paralizante fisura entre el pensamiento y la realidad. Mas en la Supermente todo ser es conciencia, toda conciencia es de ser, y la idea, una repleta vibración de la conciencia, es igualmente una vibración del ser repleto de si mismo; es una salida inicial, un auto-conocimiento creador, de lo que está concentrado en el auto-conocimiento no-creador. Sale como Idea que es realidad, y esa realidad de la Idea es la que se desarrolla a sí misma, siempre por su propio poder y conciencia de si, siempre auto-consciente, siempre auto-desarrollándose mediante la voluntad inherente a la Idea, siempre auto-realizándose mediante el conocimiento engranado en su propio impulso. Esta es la verdad de toda creación, de toda evolución.

En la Supermente, el ser, la conciencia del conocimiento y la conciencia de la voluntad no están divididos como parecen estar en nuestras operaciones mentales; son una trinidad, un movimiento con tres aspectos efectivos. Cada uno tiene su efecto propio. El ser da el efecto de la sustancia, la conciencia el efecto del conocimiento, de la auto-guiante y conformadora idea, de la comprehensión y la aprehensión; la voluntad da el efecto de la fuerza auto-rcalizadora. Pero la idea es solo la luz de la realidad iluminándose; no es pensamiento ni imaginación mentales, sino auto-entendimiento efectivo. Es Real-Idea.

En la Supramente el conocimiento en la Idea no está divorciado de la voluntad en la Idea sino que es uno con ella, —así como no es diferente del ser o sustancia, sino que es uno con el ser, luminoso poder de la sustancia--. Así como el poder de encender luz no es diferente de la sustancia del fuego, de igual modo el poder de la Idea no es

diferente de la sustancia del Ser que se estructura en la Idea y su desarrollo. En nuestra mentalidad todos son diferentes. Tenemos una idea y una voluntad acorde con la idea o bien, un impulso de la voluntad y una idea apartándose de ella; pues diferenciamos efectivamente la idea de la voluntad y. a ambas de nosotros mismos. Yo soy; la idea es una misteriosa abstracción que se me presenta, la voluntad es otro misterio, una fuerza más próxima a la concreción, aunque no concreta, sino siempre algo que no es yo mismo, algo que tengo o consigo o he captado, pero no soy. Trazo un abismo también entre mi voluntad, su medio y el efecto, pues los considero como realidades concretas externas y diferentes de mí mismo. Por lo tanto ni yo mismo, ni la idea ni la voluntad en mí son auto-efectivas. La idea puede caer fuera de mí, la voluntad puede fracasar, el medio puede faltar, yo mismo, por todas o por una cualquiera de estas lagunas puedo quedar irrealizado.

Mas en la Supermente esa división paralizante no existe, porque el conocimiento no está auto-dividido, la fuerza no está auto-dividida, el ser no está auto-dividido como en la mente; no están interrumpidos en si mismos, ni divorciados uno de los otros. Pues la Supermente es lo Vasto; parte de la unidad, no de la división, es primeramente comprehensiva, la diferenciación es solo su acto secundario. Por lo tanto cualquiera sea la verdad del ser expresada, la idea le corresponde exactamente, la voluntad-fuerza lo hace a su vez a la idea, —siendo la fuerza solo el poder de la conciencia—, y el resultado lo hace a la voluntad. La idea no choca con otras ideas, la voluntad u otra fuerza no choca con otra voluntad o fuerza, como en el hombre y su mundo; pues hay una vasta Conciencia que contiene y relaciona todas las ideas en sí misma como sus propias ideas, una vasta Voluntad que contiene y relaciona todas las energías en sí misma como sus propias energías. Retrasa esto, adelanta aquello, pero de acuerdo a su propia preconcebida Idea-Voluntad.

Esta es la justificación de las corrientes nociones religiosas de la omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia del Ser Divino. Lejos de ser una irracional imaginación son perfectamente racionales y de ningún modo contradicen a la lógica de una filosofía comprehensiva ni a las indicaciones de la observación y experiencia. El error consiste en construir un incomunicable abismo entre Dios y el hombre, entre el Brahman y el mundo. Ese error eleva una real y práctica diferenciación en el ser, en la conciencia y en la fuerza dentro de una división esencial. Pero este aspecto de la cuesti6n lo tocaremos después. Ahora hemos arribado a una afirmación y a alguna concepción de la divina y creadora Supermente en la que todo es uno en ser, conciencia, voluntad y deleite, aunque con una infinita capacidad de diferenciación que despliega más no destruye la unidad, —en la que la Verdad es la sustancia, la Verdad surge en la Idea y la Verdad surge en la forma y hay una verdad de conocimiento y voluntad, una verdad de auto-realización y, por lo tanto, de deleite; pues toda auto-realización es satisfacci6n del ser. Por lo tanto, en todas las mutaciones y combinaciones, siempre, una armonía auto-existente e inalienable.

Capítulo XV - La Suprema Verdad-Conciencia

Uno asentado en el sueño de la Superconciencia, una concentrada Inteligencia, bienaventurado, y gozoso de la Bienaventuranza... Este es el omnipotente, éste es el omnisciente, éste es el control interior, éste es la fuente de todo.
Mandukya Upanishad

Por lo tanto, hemos de considerar a esta Supermente omni-continente, omni-originadora, y omni-consumante como la naturaleza del Ser Divino, no por cierto en su auto-existencia absoluta, sino en su acción como el Señor y Creador de sus propios mundos. Esto es la verdad de lo que llamamos Dios. Obviamente no se trata de la demasiado personal y limitada Deidad, el magnificado y supernatural Hombre de la ordinaria concepción occidental; pues esa concepción erige un Ídolo demasiado humano de una cierta relación entre la Supermente creadora y el ego. Debemos ciertamente no excluir el aspecto personal de la Deidad, pues lo impersonal es solo una cara de la existencia; el Divino es Omni-existencia, pero es también el único Existente, —es el único Ser-Consciente, pero aún un Ser--. No obstante, ahora no nos referimos a este aspecto; lo que procuramos hacer es sondear la impersonal verdad psicológica de la Conciencia divina; esto es lo que hemos de fijar en una amplia y clarificadora concepción.

La Verdad-Conciencia está presente por doquier en el universo como un ordenante auto-conocimiento por el cual el Uno manifiesta las armonías de su infinita multiplicidad potencial. Sin este ordenante auto-conocimiento, la manifestación sería meramente un caos cambiante, precisamente porque la potencialidad es infinita, --(que por si misma solo conduciría a un juego de incontrolada probabilidad ilimitada)--. Si sólo hubiese potencialidad infinita, --(sin alguna ley de guiadora verdad y armoniosa auto-visión, sin alguna Idea predeterminadora en la simiente misma de las cosas, originada para la evolución)--, el mundo no sería sino una incertidumbre abundante, amorfa y confusa. Pero el Conocimiento que crea, puesto que lo que crea o libera son formas y poderes de sí mismo y no cosas diferentes de él mismo, posee en su propio ser la visión de la verdad y la ley que gobierna cada potencialidad, y junto con ella un intrínseco entendimiento de su relación con otras potencialidades y las armonías posibles entre ellas; tiene todo esto prefigurado en la general armonía determinante que la total Idea rítmica de un universo debe contener en su nacimiento mismo y en su auto-concepción y que, por lo tanto, debe inevitablemente estructurarse mediante la interrelación de sus componentes. Es la fuente y custodia de la Ley en el mundo; pues esa ley no es nada arbitrario, —(es la expresión de una auto-naturaleza que está determinada por la pujante verdad de la Idea real que cada cosa contiene en su inicio)--. Por lo tanto, desde el principio, el desarrollo total está predeterminado en su auto-conocimiento y en todo instante en su auto-elaboración; cada cosa es lo que debe ser en cada instante mediante su propia y original Verdad inherente; y se desplaza hacia lo que debe ser en el instante siguiente, mediante su propia y original Verdad inherente; y al fin será lo que estaba contenido y propuesto en su simiente.

Este desarrollo y progreso del mundo acorde a una verdad original de su propio ser, implica una sucesión de Tiempo, una relación en el Espacio y una regulada interacción de cosas relacionadas en el Espacio, al cual la sucesión del Tiempo le brinda el aspecto de Causalidad. El Tiempo y el Espacio, conforme con la metafísica, solo tienen una existencia conceptual y no real; pero dado que todas las cosas y no solo éstas son formas asumidas por el Ser-Consciente en su propia conciencia, la distinción no es de gran importancia. El Tiempo y el Espacio son ese único Ser-Consciente viéndose en extensión, subjetivamente como Tiempo, objetivamente como Espacio. Nuestro punto de vista mental de estas dos categorías está determinado por la idea de medida que es inherente en la acción del analítico movimiento divisorio de la Mente. El Tiempo es para la Mente una móvil extensión medida por la sucesión de pasado, presente y futuro en la que la mente se sitúa en un cierto punto de observación desde el que mira el antes y el después. El Espacio es una estable extensión medida por la divisibilidad de la sustancia; en cierto punto de esa divisible extensión la Mente se ubica y contempla la disposición de la sustancia en su derredor.

De hecho, la Mente mide al Tiempo por suceso y al Espacio por Materia, pero es posible en una pura mentalidad descartar el movimiento de sucesos y la disposición de la sustancia y darse cuenta del puro movimiento de la Fuerza-Consciente que constituye el Espacio y el Tiempo; estos dos son, entonces, simplemente dos aspectos de la fuerza universal de la Conciencia que en su entrelazada interacción comprehenden la urdimbre y la trama de su acción sobre Si. Y a una conciencia superior que la Mente, la cual considerara nuestro pasado, presente y futuro en una sóla visión, --(conteniéndolos y no contenida en ellos)--, no situada en un particular momento del Tiempo para su punto de prospección, el Tiempo bien podría ofrecersele como un eterno presente. Y a la misma conciencia no situada en un particular punto del Espacio, pero conteniendo todos los puntos y regiones en él mismo, el Espacio también podría ofrecerse como una extensión subjetiva e indivisible, —(no menos subjetiva que el Tiempo)--. En ciertos momentos llegamos a ser conscientes de una indivisible observación manteniendo mediante su inmutable unidad auto-consciente las variaciones del universo. Pero no debemos ahora preguntar cómo los contenidos del Tiempo y del Espacio se presentarían allí en su verdad trascendente; pues esto nuestra mente no puede concebirlo, —y está siempre presta para negar a este Indivisible cualquier posibilidad de conocimiento del mundo en algún otro modo que no sea éste de nuestra mente y sentidos--.

Lo que tenemos que comprender, y podemos hasta cierto punto concebir, es la única visión y omni-comprehensiva observación por las que la Supermente abarca y unifica las sucesiones del Tiempo y las divisiones del Espacio. Y primeramente, si no existiese este factor de las sucesiones del Tiempo, no habría cambio ni progresión; se manifestaría perpetuamente una perfecta armonía, --(coexistente con otras armonías en una suerte de eterno momento no sucesivo a ellas)--, en el movimiento desde el pasado al futuro. En lugar de eso tenemos la constante sucesión de una armonía desarrollándose en la que una variedad surge de otra que la precedió y oculta en sí la que ha reemplazado. O, si la auto-manifestación fuera a existir sin el factor del Espacio

divisible, no habría relación mutable de formas o entrechocar de fuerzas; todo existiría sin estructurarse, —(una auto-conciencia inespacial, puramente subjetiva, contendría todas las cosas en una infinita captación subjetiva como en la mente de un poeta o soñador cósmico, pero no se distribuiría a través de todo en una indefinida auto-extensión objetiva)--. O de otro modo, si solo el Tiempo fuera real, sus sucesiones serían un puro desarrollo en el que una variedad surgiría de otra en una libre espontaneidad subjetiva como en una serie de sonidos musicales o en una sucesión de imágenes poéticas. En lugar de eso, tenemos una armonía estructurada por el Tiempo en términos de formas y fuerzas que permanecen relacionadas unas con otras en una omni-continente extensión espacial; una incesante sucesión de poderes y figuras de cosas y sucesos en nuestra visión de la existencia.

Las diferentes potencialidades están corporizadas, ubicadas y relacionadas en este campo del Tiempo y el Espacio, cada una con sus poderes y posibilidades enfrentando otros poderes y posibilidades, y como resultado, las sucesiones del Tiempo llegan a ser, en su apariencia ante la mente, una estructura productora de cosas mediante impacto y lucha, y no por espontánea sucesión. En realidad, existe una espontánea producción de cosas desde dentro y el impacto y lucha externos son solo el aspecto superficial de esta elaboración. Pues la interior e inherente ley del uno y el todo, que necesariamente es una armonía, gobierna las otras y causales leyes de las partes o formas que parecen estar en colisión; y esta mayor y más profunda verdad de la armonía está siempre presente para la visión supramental. Esto, que es una aparente discordia para la mente debido a que considera cada cosa separadamente en si, es un elemento de la siempre-presente y siempre-en-desarrollo armonía general de la Supermente, pues ésta ve todas las cosas en una múltiple unidad. Además, la mente solo ve un tiempo y espacio dados, y contempla muchas posibilidades sin orden ni concierto como más o menos realizables todas en ese tiempo y espacio; la Supermente divina ve toda la extensión del Tiempo y el Espacio y puede abarcar todas las posibilidades de la mente y muchísimas más, no visibles para la mente, pero sin ningún error, vacilación o confusión; pues percibe cada potencialidad en su propia fuerza, necesidad esencial y relación correcta con las otras y con el tiempo, lugar y circunstancia de su gradual realización y de su última realización. Ver las cosas como permanentes y contemplarlas como un todo no es posible para la mente; sin embargo, esa es la naturaleza misma de la Supermente trascendente.

Esta Supermente, en su visión consciente, no sólo contiene todas las formas de si misma que su fuerza consciente crea, sino que también las penetra como una Presencia inmanente y una Luz auto-reveladora. Está presente, aunque oculta, en cada forma y en cada fuerza del universo; es la que determina soberana y espontáneamente la forma, la fuerza, y el funcionamiento; pone límites a las variaciones que impone; y todo esto se hace de acuerdo con las leyes primeras que su auto-conocimiento ha fijado en el nacimiento mismo de la forma, en el punto de partida mismo de la fuerza. Está asentada dentro de cada cosa como el Señor en el corazón de todas las existencias, quien los hace girar como un motor mediante el poder de su Maya ; está dentro de ellas y las abarca como el Divino Vidente que variadamente dispuso y ordenó los objetos, cada uno correctamente de acuerdo con lo que es, desde los años sempiternos .

Por lo tanto, cada cosa en la Naturaleza, animada o inanimada, mentalmente auto-consciente o no auto-consciente, está gobernada en su ser y en sus operaciones por una Visión y un Poder inmanentes, subconscientes o inconscientes para nosotros porque no tenemos conciencia de ella, que no es inconsciente de si, sino más bien profunda y universalmente consciente. Por lo tanto, cada cosa parece hacer los trabajos de la inteligencia, aun sin poseer inteligencia, porque obedece, subconscientemente como en la planta y el animal, o semi-conscientemente como en el hombre, la Real-idea de la Supermente divina dentro de ella. Mas no es una Inteligencia mental la que informa y gobierna todas las cosas; es una auto-sabedora Verdad del ser en la que el auto-conocimiento es inseparable de la auto-existencia; es esta Verdad-conciencia que no ha de examinar la cosas, sino estructurarlas con el conocimiento, de acuerdo a la impecable auto-visión y a la inevitable fuerza de la única y auto-realizante Existencia. La inteligencia mental examina porque es simplemente una fuerza reflectora de la conciencia, que no sabe, pero busca conocer; sigue en el Tiempo paso a paso, la labor de un conocimiento superior a ella, un conocimiento que existe siempre, único y total, que sostiene al Tiempo asido, que ve pasado, presente y futuro con una simple mirada.

Este es, entonces, el primer principio operativo de la Supermente divina; es una visión cósmica que es omni-comprehensiva, omni-penetrante y omni-habitante. Porque comprehende todas las cosas en el ser y en el estático auto-conocimiento, subjetivo,

intemporal, inespacial, por lo tanto comprehende todas las cosas en el conocimiento dinámico y gobierna su objetiva auto-encarnación en el Espacio y el Tiempo.

En esta conciencia; conocedor, conocimiento y conocido no son diferentes entidades, sino fundamentalmente una sola. Nuestra mentalidad hace una distinción entre estos tres porque no puede proseguir sin distinciones; al perder sus medios apropiados y su fundamental ley de acción, se torna inmóvil e inactiva. Por lo tanto, aun cuando me contemplo mentalmente, todavía tengo que hacer esta distinción. Yo soy, en tanto que conocedor; aquello que observo en mí mismo, lo contemplo como objeto de mi conocimiento; yo mismo como objeto de conocimiento todavía no soy yo mismo; el conocimiento es una operación por la cual vinculo al conocedor con lo conocido. Mas la artificialidad, la puramente práctica y utilitaria característica de esta operación es evidente; es evidente que no representa la verdad fundamental de las cosas. En realidad, yo el conocedor soy la conciencia que conoce; el conocimiento es esa conciencia, yo mismo operando; lo conocido es también yo mismo, una forma o movimiento de la misma conciencia. Los tres son claramente una sola existencia, un solo movimiento, indivisible aunque parezca dividido, no distribuido entre sus formas aunque parezca distribuirse y permanecer separado en cada una. Mas éste es un conocimiento al que la mente puede arribar, puede aplicarle la lógica y al que puede sentir, mas no puede raudamente hacerlo la base práctica de sus operaciones inteligentes. Y con respecto a los objetos externos a la forma de la conciencia que llamo yo mismo, la dificultad llega a ser casi insuperable; incluso para sentir la unidad se requiere un esfuerzo anormal, y para retenerla y actuar sobre ella continuamente sería necesaria una nueva y extraña acción que no pertenece propiamente a la Mente. La Mente puede a lo más sostenerla como una verdad entendida así como para corregir y modificar mediante ella sus propias actividades normales que aun se basan en la división, algo así como conocer intelectualmente que la tierra gira alrededor del sol y mediante eso ser capaz de corregir pero no abolir la artificial y físicamente práctica ordenación según la cual los sentidos persisten en considerar al sol como en movimiento alrededor de la tierra.

Mas la Supermente posee y actúa siempre, fundamentalmente, sobre esta verdad de la unidad que para la mente es solo una posesión secundaria o adquirida y no la base misma de su visión. La Supermente ve al universo y su contenido como ella misma en un simple e indivisible acto de conocimiento, un acto que es su vida, que es el momento mismo de su auto-existencia. Por lo tanto, esta comprehensiva conciencia divina en su aspecto de Voluntad, no tanto guía o gobierna el desarrollo de la vida cósmica como lo consuma en si misma, mediante un acto de poder que es inseparable del acto de conocimiento y del movimiento de auto-existencia, es, ciertamente, uno y el mismo acto. Pues hemos visto que la fuerza universal y la conciencia universal son una sola —la fuerza cósmica es la operación de la conciencia cósmica--. De igual manera el divino Conocimiento y la divina Voluntad son uno solo; ellos son el mismo movimiento fundamental o acto de la existencia.

Esta indivisibilidad de la comprehensiva Supermente que contiene toda la multiplicidad sin hacer a un lado su propia unidad, es una verdad sobre la que siempre hemos de insistir, si hemos de entender al cosmos y desembarazarnos del error inicial de nuestra mentalidad analítica. Un árbol evoluciona a partir de la semilla en la que está ya contenido, la semilla sale del árbol; una ley fija, un proceso invariable reina en la permanencia de la forma de la manifestación a la que llamamos árbol. La mente considera este fenómeno, este nacimiento, vida y reproducción de un árbol, como una cosa en sí misma y sobre esa base lo estudia, clasifica y lo explica. Explica al árbol por la semilla, a la semilla por el árbol; declara una ley de la Naturaleza. Pero no ha explicado nada; sólo ha analizado y anotado el proceso de un misterio. Suponiendo incluso que llegue a percibir una secreta fuerza consciente como el alma, el ser real de esta forma y el resto como simplemente una operación establecida y una manifestación de esa fuerza, aun tiende a considerar a la forma como una existencia separada con su separada ley de la naturaleza y su proceso de desarrollo. En el animal y en el hombre con su mentalidad consciente, esta separativa tendencia de la Mente lo induce a considerarse también como una existencia separada, el sujeto consciente, y a las otras formas como objetos separados de su mentalidad. Esta útil disposición, necesaria para la vida y base principal de toda su práctica, es aceptada por la mente como un hecho real y de ahí procede todo el error del ego.

Mas la Supermente actúa de modo distinto. El árbol y su proceso no serían lo que son, no podrían ciertamente existir, si fueran una existencia separada; las formas son lo que son por la fuerza de la existencia cósmica, se desarrollan como lo hacen como resultado de su relación con ella y con todas sus otras manifestaciones. La ley separada de su naturaleza es solo una aplicación de la ley y verdad universales de toda

la Naturaleza; su desarrollo particular está determinado por su lugar en el desarrollo general. El árbol no explica a la semilla, ni la semilla al árbol; el cosmos explica a ambos y Dios explica al cosmos. La Supermente, penetrando y habitando a la vez la semilla y el árbol y todos los objetos, vive en este conocimiento mayor que es indivisible y uno, aunque con una modificada y no una absoluta indivisibilidad y unidad. En este conocimiento comprehensivo no hay centro independiente de la existencia, no hay un separado ego individual tal como lo vemos en nosotros mismos; la totalidad de la existencia es para ese auto-conocimiento una uniforme extensión, una en la unidad, una en la multiplicidad, una en todas las condiciones y por doquier. Aquí el Todo y el Uno son la misma existencia; el ser individual no pierde ni puede perder la conciencia de su identidad con todos los seres y con el Ser Único; pues esa identidad es inherente a la cognición supramental, una parte de la auto-evidencia supramental.

En esa espaciosa igualdad de la unidad, el Ser no está dividido ni distribuido; uniformemente auto-extendido, penetrando su extensión como Uno, habitando como Uno la multiplicidad de las formas, es por doquier, al mismo tiempo, el único y mismo Dios o Brahman. Pues esta expansión del Ser en el Tiempo y el Espacio, y esta penetración y habitación están en Intima relación con la Unidad absoluta de la que procede, que es ese absoluto Indivisible en el que no hay centro ni circunferencia sino solo el Uno carente de espacio y tiempo. Esa alta concentración de unidad en el no-extendido Brahman debe necesariamente traducirse en la extensión por esta penetrante concentración igual, por esta indivisible comprehensión de todas las cosas, por esta no-distribuida inmanencia universal, por esta unidad que ningún despliegue de multiplicidad puede abrogar ni disminuir. "Brahman está en todas las cosas, todas las cosas están en Brahman, todas las cosas son Brahman," es la triple formula de la comprehensiva Supermente, una simple verdad de auto-manifestación en los tres aspectos que mantiene juntos e inseparables en su auto-visión como el conocimiento universal desde el que procede al juego del cosmos.

¿Pero cuál es entonces el origen de la mentalidad y la organización de esta conciencia inferior en los términos triples de Mente, Vida y Materia que es nuestra visión del universo? Pues dado que todas las cosas que existen deben proceder de la acción de la omni-eficiente Supermente, de su operación en los tres términos originales de Existencia, Fuerza-Consciente y Bienaventuranza, debe existir alguna facultad de la creadora Verdad-Conciencia que opere de tal forma que los proyecte dentro de estos nuevos términos, dentro de este inferior trío de mentalidad, vitalidad y sustancia física. Esta facultad la hallamos en un secundario poder del conocimiento creador, su poder de una conciencia proyectante, confrontante y aprehendente en la que el conocimiento se centraliza, y se mantiene tras sus obras, observándolas. Y cuando hablamos de centralización, significamos para distinguirla de la uniforme concentración de la conciencia de la que hemos hablado hasta ahora, una desigual concentración en la que existe el principio de auto-división, —o de su apariencia fenoménica--.

En primer término, el Conocedor se mantiene concentrado en el conocimiento como sujeto, y contempla su Fuerza de la conciencia como si continuamente procediese de él bajo la forma de él mismo, como si continuamente trabajase en él, continuamente retrocediese de él mismo, y continuamente se extendiera hacia delante otra vez. De este singular acto de auto-modificación proceden todas las distinciones prácticas sobre las que se basa el punto de vista relativo y la acción relativa del universo. Se ha creado una distinción práctica entre Conocedor, Conocimiento y Conocido; entre el Señor, Su fuerza y los frutos y obras de la Fuerza; entre el Disfrutador, el Disfrute y lo Disfrutado; entre el Ser-en-sí, Maya y el devenir del Ser-en-sí.

En segundo lugar, esta Alma consciente concentrada en el conocimiento, este Purusha que observa y gobierna la Fuerza que ha ido adelante desde él, su Shakti o Prakriti, se repite en cada forma de sí. Acompaña, como si estuviera su Fuerza de la conciencia en sus obras y reproduce allí el acto de auto-división del que nace esta conciencia aprehendente. En cada forma esta Alma mora con su Naturaleza y se observa en otras formas desde ese centro artificial y práctico de la conciencia. En todo está la misma Alma, el mismo Ser divino; la multiplicación de los centros es solo un acto práctico de la conciencia tendente a instituir un juego de diferencia, de mutualidad, de conocimiento mutuo, de mutuo choque de fuerza, de mutuo disfrute, una diferencia basada en la unidad esencial, una unidad realizada sobre una práctica base de diferenciación.

Podemos hablar de este nuevo estado de la Supermente omni-penetrante como una posterior salida de la verdad unitaria de las cosas y de la indivisible conciencia que constituye inalienablemente la unidad esencial a la existencia del cosmos. Podemos ver que perseguida un poco más lejos puede llegar a ser verdaderamente Avidya, la gran

Ignorancia que parte de la multiplicidad como la realidad fundamental y, a fin de efectuar su recorrido inverso hacia la real unidad, ha de comenzar con la falsa unidad del ego. Podemos también ver que una vez que el centro individual es aceptado como punto de apoyo determinante, como conocedor, sensación mental, inteligencia mental, acción mental de la voluntad y todas sus consecuencias, no puede frustrarse su llegar a ser. Pero asimismo hemos de ver que en tanto en cuanto el alma actúa en la Supermente, la Ignorancia no ha empezado todavía; el campo del conocimiento y la acción es todavía la verdad-conciencia, la base es todavía la unidad.

Pues el Ser-en-sí aun se contempla como uno en todo y a todas las cosas como devenires en sí y de sí; el Señor aun conoce su Fuerza como él mismo en el acto y todo ser como él mismo en el alma y él mismo en la forma; es aún su propio ser que el Disfrutador disfruta, aunque sea en una multiplicidad. El único cambio real ha sido una desigual concentración de la conciencia y una múltiple distribución de la fuerza. Hay una distinción práctica en la conciencia, mas no hay diferencia esencial de la conciencia ni división verdadera en su visión de sí. La Verdad-conciencia ha arribado a una posición que prepara nuestra mentalidad, pero no es aun la de nuestra mentalidad. Y es esto lo que debemos estudiar a fin de captar a la Mente en su origen, en el punto en que efectúa su gran deslizamiento desde la elevada y vasta amplitud de la Verdad-conciencia hasta dentro de la división y la ignorancia. Afortunadamente, esta Verdad-conciencia aprehendente es mucho más fácil que la captemos por su proximidad a nosotros, por su prefiguración de nuestras operaciones mentales, que la más remota realización que hasta ahora hemos pugnado por expresar en nuestro inadecuado lenguaje del intelecto. La barrera que ha de cruzarse es menos formidable.

Capítulo XVI - El Triple Estado de la Supermente

Mi ser es lo que sostiene a todos los seres y constituye su existencia..... Soy el yo que habita dentro de todos los seres.
Gita

Tres poderes de la Luz sostienen los tres luminosos mundos divinos.
Rig Veda

Antes de que pasemos a esta más fácil comprensión del mundo que habitamos, -- (desde la posición de una aprehendente Verdad-conciencia que ve las cosas como lo haría una individual alma liberada de las limitaciones de la mentalidad y admitida para que participe en la acción de la Supermente Divina)--, debemos detenernos y resumir brevemente lo que hemos comprendido o podemos aún comprender de la conciencia del Señor, el Ishwara tal como desarrolla el mundo, mediante Su Maya a partir de la concentrada unidad original de Su ser.

Hemos empezado afirmando que toda existencia es un solo Ser cuya naturaleza esencial es la Conciencia, Conciencia única cuya naturaleza activa es Fuerza o Voluntad; y este Ser es Deleite, esta Conciencia es Deleite, esta Fuerza o Voluntad es Deleite. La eterna e inalienable Bienaventuranza de la Existencia, Bienaventuranza de la Conciencia, Bienaventuranza de la Fuerza o Voluntad bien concentrada en sí y en reposo o bien, activa y creadora, esto es Dios y esto es nosotros mismos en nuestro ser esencial, nuestro ser no-fenoménico. Concentrada en si, posee o más bien es la esencial, eterna, inalienable Bienaventuranza; activa y creadora, posee o más bien viene a ser el deleite del juego de la existencia, del juego de la conciencia, del juego de la fuerza y la voluntad. Ese juego es el universo y ése deleite es la causa, motivo y objeto únicos de la existencia cósmica. La Conciencia Divina posee ese juego y deleite eterna e inalienablemente; nuestro ser esencial, nuestro yo real que se oculta de nosotros por el falso yo o ego mental, también disfruta ese juego y deleite eterna e inalienablemente y no puede, ciertamente, obrar de otro modo, dado que es uno en el ser con la Conciencia Divina. Por lo tanto, si aspiramos a una vida divina, no podemos lograrla de ningún otro modo que quitando el velo a este velado yo en nosotros, remontando desde nuestro presente estado en el falso yo o ego mental al estado superior del verdadero yo, el Atman, ingresando en esa unidad con la Conciencia Divina que siempre disfruta de algo superconsciente en nosotros, —de otra manera no podríamos existir—, pero que nuestra mentalidad consciente ha perdido.

Pero cuando de este modo afirmamos esta unidad de Satchidananda por un lado y esta mentalidad dividida por el otro, planteamos dos entidades opuestas, una de las cuales debe ser falsa si la otra ha de reputarse verdadera, una de las cuales ha de abolirse si la otra ha de disfrutarse. Pues es en la mente, en su forma de vida y en el cuerpo con lo que existimos en la tierra y, si debemos abolir la conciencia de mente, vida y cuerpo a fin de alcanzar la Existencia, Conciencia y Bienaventuranza únicas, entonces es imposible aquí una vida divina. Debemos abandonar abiertamente la existencia cósmica como una ilusión a fin de disfrutar o regresar al Trascendente. De esta solución no hay escape a menos que exista un eslabón intermedio entre los dos, que pueda explicarlos uno con respecto al otro y establecer entre ellos una relación tal que nos posibilite realizar la Existencia, Conciencia y Deleite únicos en el molde de la mente, la vida y el cuerpo.

El eslabón intermedio existe. Lo llamamos Supermente o Verdad-Conciencia, porque es un principio superior a la mentalidad y existe, actúa y procede en la verdad y unidad fundamentales de las cosas y no como la mente, en sus apariencias y divisiones fenoménicas. La existencia de la supermente es una necesidad lógica que surge directamente desde la posición con la que empezamos. Pues en si Sachchidananda debe ser un inespacial e intemporal absoluto de existencia consciente que es bienaventuranza; pero el mundo es, por el contrario, una extensión en el Tiempo y el Espacio, y un movimiento, una estructuración, un desarrollo de relaciones y posibilidades mediante la causalidad —o lo que de ese modo se nos presenta— en el Tiempo y el Espacio. El verdadero nombre de esta Causalidad es Ley Divina y la esencia de esa Ley es un inevitable auto-desarrollo de la verdad de la cosa que está, como Idea, en la esencia misma de lo que se desarrolla; es una determinación de movimientos relativos previamente fijada que parte de la sustancia de la posibilidad infinita. Eso que así desarrolla todas las cosas debe ser un Conocimiento-Voluntad o Fuerza-Consciente; pues toda manifestación del universo es un juego de la Fuerza-Consciente que es la naturaleza esencial de la existencia. Mas el desarrollador Conocimiento-Voluntad no puede ser mental; pues la mente no conoce, posee ni gobierna esta Ley, sino que es gobernada por ella, es uno de sus resultados, se desplaza en el fenómeno del auto-desarrollo y no en su raíz, observa como cosas divididas los resultados del desarrollo y pugna en vano por llegar a su fuente y realidad. Es más, este Conocimiento-Voluntad que desarrolla todo debe estar en posesión de la unidad de las cosas y debe manifestar desde ella su multiplicidad; mas la mente no está en posesión de esa unidad, sólo tiene una imperfecta posesión de una parte de la multiplicidad.

Por lo tanto, debe existir un principio superior a la Mente que satisfaga las condiciones en las que la Mente falla. Sin duda, Sachchidananda mismo es este principio, pero Sachchidananda no descansando en su pura e infinita conciencia invariable sino procediendo desde ese primer equilibrio, o más bien sobre él como base y en él como continente, dentro de un movimiento que es su forma de Energía e instrumento de creación cósmica. La Conciencia y la Fuerza son los esenciales aspectos gemelos del puro Poder de la existencia; el Conocimiento y la Voluntad, por lo tanto, deben ser la forma que ese Poder toma al crear un mundo de relaciones en la extensión del Tiempo y el Espacio. Este Conocimiento y esta Voluntad deben ser uno solo, infinito, omni-abarcante, omni-posesor, omni-formador, sosteniendo en sí eternamente lo que pone en movimiento y forma. La Supermente es entonces el Ser que se desplaza desde sí hasta dentro de un determinante auto-conocimiento que percibe ciertas verdades de si y quiere realizarlas en una temporal y espacial extensión de su propia existencia intemporal e inespacial. Cuanto está en su propio ser, toma forma como auto-conocimiento, como Verdad-Conciencia, como Real-Idea, y, al ser ese auto-conocimiento también auto-fuerza, se concreta o realiza inevitablemente en Tiempo y Espacio.

Ésta, entonces, es la naturaleza de la Conciencia Divina que crea en si todas las cosas mediante un movimiento de su fuerza-consciente y gobierna su desarrollo a través de una auto-evolución mediante el inherente conocimiento-voluntad de la verdad de la existencia o Real-idea que las ha formado. El Ser que es así consciente es lo que llamamos Dios; y El debe ser obviamente omnipresente, omnisciente y omnipotente. Omnipresente, pues todas las formas son formas de Su ser consciente creadas por su fuerza de movimiento en su propia extensión como Espacio y Tiempo; omnisciente, pues todas las cosas existen en Su ser-consciente, son formadas por él y poseídas por él; omnipotente, pues esta omni-poseedora conciencia es también omni-poseedora Fuerza y omni-conformadora Voluntad. Y esta Voluntad y este Conocimiento no están en mutua guerra, como nuestra voluntad y conocimiento son capaces de estar en guerra una con el otro, pues no son diferentes movimientos sino un solo movimiento del mismo ser. Ni pueden ser contradichos por cualquier otra voluntad, fuerza o conciencia de afuera o de adentro; pues no hay conciencia ni fuerza externa al Uno, y

todas las energías y formaciones internas del conocimiento no son más que eso, pues son mero juego de la única Voluntad omni-determinante y del único Conocimiento omni-armonizante. Lo que vemos como choque de voluntades y fuerzas, --(debido a que moramos en lo particular y dividido, y no podemos ver el todo)--, la Supermente lo contempla como los concurrentes elementos de una predeterminada armonía que está siempre presente en ella debido a que la totalidad de las cosas está eternamente sujeta a su mirada.

Cualquiera sea el equilibrio o forma que adopte su acción, ésta siempre será de la naturaleza de la Conciencia divina. Pero, al ser su existencia absoluta en si, su poder de existencia es también absoluto en su extensión, y por lo tanto no está limitado a un estado de equilibrio o a una forma de acción. Nosotros, los seres humanos, somos aparentemente, una fenoménica forma particular de la conciencia, sujeta al Tiempo y al Espacio, y solo podemos ser, en nuestra conciencia superficial, que es todo lo que conocemos de nosotros mismos, una cosa a la vez, una formación, un equilibrio del ser, un agregado de la experiencia; y esa única cosa es para nosotros la verdad de nosotros mismos que reconocemos; todo el resto no es verdad o ha dejado de serlo, debido a que ha desaparecido en el pasado saliendo de nuestra percepción, o todavía no es verdadero, debido a que está a la espera en el futuro y aún no cae dentro de nuestra percepción. Pero la Conciencia Divina no está tan particularizada, ni tan limitada; puede ser muchas cosas a un tiempo y adoptar aun más de un estado de equilibrio duradero incluso durante todo el tiempo. Descubrimos que en el principio de la Supermente misma, ella tiene tres generales estados de equilibrio o etapas de su conciencia fundando-el-mundo. El primero fundamenta la inalienable unidad de las cosas, el segundo modifica esa unidad de modo que sostenga a la manifestación de los Muchos en el Uno y del Uno en los Muchos; el tercero modifica ulteriormente esto de modo que sostenga la evolución de una individualidad diversificada que, por la acción de la Ignorancia, viene a ser en nosotros, a un nivel inferior, la ilusión del ego separado.

Hemos visto cuál es la naturaleza de este primer y principal estado de equilibrio de la Supermente que fundamenta la inalienable unidad de las cosas. No se trata de la pura conciencia unitaria; pues esa es una concentración intemporal e inespacial de Sachchidananda en sí, en la que la Fuerza Consciente no se proyecta en ningún género de extensión y, si contiene al universo, lo contiene en la eterna potencialidad y no en la temporal realidad. Esta, por el contrario, es una uniforme auto-extensión de Sachchidananda omni-comprehendente, omni-poseyente y omni-constituyente. Pero este todo es uno solo, no muchos; no hay individualización. Es cuando el reflejo de esta Supermente cae sobre nuestro aquietado y purificado yo que perdemos todo sentido de la individualidad; pues allí no hay concentración de conciencia destinada a sostener un desarrollo individual. Todo está desarrollado en la unidad y como uno; todo es sostenido por esta Conciencia Divina como formas de su existencia, no como existencias separadas en algún grado. Algo así como los pensamientos e imágenes que se presentan en nuestra mente no son existencias separadas a nosotros, sino formas tomadas por nuestra conciencia; así son todos los nombres y formas para esta Supermente primaria. Es la pura ideación y formación divina en el Infinito, —)solo una ideación y formación que está organizada no como un juego irreal del pensamiento mental, sino como un juego real del ser consciente)--. El alma divina en este equilibrio no haría diferencias entre Alma-Conciencia y Alma-Fuerza, pues toda fuerza sería acción de la conciencia, ni entre Materia y Espíritu, dado que todo molde sería simplemente forma del Espíritu.

En el segundo estado de equilibrio de la Supermente, la Conciencia Divina permanece detrás de la idea del movimiento que contiene, realizándolo mediante una suerte de conciencia aprehendente, siguiéndolo, ocupando y habitando sus obras, pareciendo distribuirse en sus formas. En cada nombre y forma se realizaría como el estable Ser-en-sí-Consciente, el mismo en todo; pero también se realizaría como una concentración del Ser-en-sí-Consciente siguiendo y sosteniendo el juego individual del movimiento y preservando su diferenciación de otro juego individual del movimiento, -(el mismo por doquier en el alma-esencia, pero variando en el alma-forma)--. Esta concentración que sostiene al alma-forma sería el Divino individual o Jivatman para distinguirlo del Divino universal o único Ser-en-sí-omni-constituyente. No habría diferencia esencial, sino sólo una diferenciación práctica para el juego, que no anularía la unidad real. El Divino universal entendería todas las alma-formas como sí mismo y todavía establecería una relación diferente con cada una separadamente y en cada una con todas las demás. El Divino individual contemplaría su existencia como un alma-forma y alma-movimiento del Uno y, mientras que mediante la acción comprehendente de la conciencia disfrutaría de su unidad con el Uno y con todas las almas-forma, asimismo mediante una delantera o frontal acción aprehendente sostendría y disfrutaría su movimiento individual y sus relaciones de una libre diferencia en unidad al mismo tiempo con el Uno y con todas

sus formas. Si nuestra mente purificada pudiera reflejar este equilibrio secundario de la Supermente, nuestra alma podría sostener y ocupar su existencia individual y todavía incluso realizarse como el Uno que ha llegado a ser todo, que habita todo, que contiene todo, disfrutando incluso en su particular modificación su unidad con Dios y sus semejantes. En ninguna otra circunstancia de la existencia supramental habría cambiado característica alguna; el único cambio sería este juego del Uno que ha manifestado su multiplicidad y de los Muchos que son todavía uno, con todo lo necesario para mantener y conducir el juego.

Un tercer estado de equilibrio de la Supermente se alcanzaría si la concentración sustentadora no permaneciera por más tiempo detrás, por así decirlo, del movimiento, habitándolo con una cierta superioridad y así siguiendo y disfrutando, sino que se proyectase dentro del movimiento y, de algún modo, estuviera envuelto en el. Aquí, el carácter del juego se alteraría, pero solo en la medida en que el Divino individual convirtiera, --tan predominantemente--, el juego de las relaciones con lo universal y con sus otras formas, en el campo práctico de su experiencia consciente para que la realización de la absoluta unidad con ellas fuera solo un supremo acompañamiento y constante culminación de toda experiencia; mas en el equilibrio superior la unidad sería la experiencia dominante y fundamental y la variación tan solo sería un juego de la unidad. Este equilibrio terciario sería por lo tanto el de una suerte de fundamental dualismo bienaventurado en la unidad —ya no unidad calificada por un subordinado dualismo--, entre el Divino individual y su fuente universal, con todas las conciencias que se derivarían para el mantenimiento y operación de ese dualismo.

Puede decirse que la primera consecuencia sería un deslizamiento dentro de la ignorancia de Avidya que toma a los Muchos como el hecho real de la existencia y ve al Uno sólo como una Suma cósmica de los Muchos. Mas ese deslizamiento no ha de tener lugar necesariamente. Pues el Divino individual aun sería consciente de sí como resultado del Uno y de su poder de auto-creación consciente, vale decir, de su múltiple auto-concentración concebida de modo tal que gobierne y disfrute múltiplemente su múltiple existencia en la extensión del Tiempo y Espacio; este verdadero Individuo espiritual no se arrogaría una existencia independiente o separada. Eso sólo confirmaría la verdad del movimiento diferenciador junto con la verdad de la unidad estable, considerándolos como los polos superior e inferior de la misma verdad, el fundamento y culminación del mismo juego divino; y eso insistiría sobre la dicha de la diferenciación como necesaria para la plenitud de la dicha de la unidad.

Obviamente, estos tres estados de equilibrio sólo serían diferentes modos de tratar con la misma Verdad; la Verdad de la existencia disfrutada sería la misma, el modo de disfrutarla o más bien el equilibrio del alma en el disfrute sería diferente. El Deleite, el Ananda variaría, pero moraría siempre dentro del estado de la Verdad-conciencia y no implicaría deslizamiento dentro de la Falsedad y la Ignorancia. Pues la secundaria y la terciaria Supermente sólo desarrollaría y aplicaría en los términos de la multiplicidad divina lo que la Supermente primaria contuvo en los términos de la unidad divina. No podemos estampar ninguno de estos tres equilibrios con el estigma de la falsedad y la ilusión. El lenguaje de los Upanishads, la antigua autoridad suprema para estas verdades de una experiencia superior, cuando hablamos de la existencia Divina que se está manifestando, implica la validez de todas estas experiencias. Sólo podemos afirmar la prioridad de la unidad a la multiplicidad, una prioridad no en el tiempo sino en relación de conciencia, y ninguna declaración de la suprema experiencia espiritual, ninguna filosofía Vedántica niega esta prioridad ni la eterna dependencia de los Muchos en cuanto al Uno. Es porque en el Tiempo los Muchos no parecen ser eternos sino manifestarse procedentes del Uno y retornar a él como su esencia, que su realidad es negada; pero igualmente puede razonarse que la eterna persistencia o, si se quiere, la eterna recurrencia de la manifestación en el Tiempo es una prueba de que la multiplicidad divina es un hecho eterno de lo Supremo más allá del Tiempo no menos que la unidad divina, de otra manera, no podría tener esta característica de inevitable recurrencia eterna en el Tiempo.

Es ciertamente solo cuando nuestra mentalidad humana pone un exclusivo énfasis en un lado de la experiencia espiritual, y afirma que esa es la única verdad eterna y la declara en los términos de nuestra omni-divisora lógica mental, que surge la necesidad de escuelas filosóficas mutuamente destructivas. Así, enfatizando la verdad única de la conciencia unitaria, observamos el juego de la unidad divina, erróneamente traducida por nuestra mentalidad en los términos de la diferencia real, pero, no satisfechos con corregir este error de la mente mediante la verdad de un principio superior, afirmamos que el juego mismo es una ilusión. O, enfatizando el juego del Uno en los Muchos, declaramos una calificada unidad y consideramos al alma individual como un alma-forma del Supremo, pero afirmaríamos la eternidad de esta existencia calificada y

negaríamos por completo la experiencia de una conciencia pura en una incalificable unidad. O, también, dándole énfasis al juego de la diferencia, afirmamos que el Supremo y el alma humana son eternamente diferentes y rechazamos la validez de una experiencia que excede y parece abolir esa diferencia. Pero la posición que ahora hemos adoptado con firmeza nos absuelve de la necesidad de estas negaciones y exclusiones: vemos que hay una verdad detrás de todas estas afirmaciones, pero al mismo tiempo un exceso que conduce a una infundada negación. Afirmando, como hemos hecho, la absoluta absolutividad de Eso, no limitado por nuestras ideas de unidad no limitado por nuestras ideas de multiplicidad, afirmando la unidad como una base de la manifestación de la multiplicidad, y la multiplicidad como la base para el retorno a la unidad y el disfrute de la unidad en la manifestación divina, no necesitamos agobiar nuestra actual afirmación con estas discusiones ni emprender el vano esfuerzo de esclavizar a nuestras distinciones y definiciones mentales, la libertad absoluta del Divino Infinito.

Capítulo XVII - El Alma Divina

Él, cuyo Ser-en-sí ha llegado-a-ser todas las existencias, pues tiene el conocimiento, ¿cómo será engañado, de dónde tendrá pesar, él que ve la unidad por doquier?
Isha Upanishad

Por la concepción que hemos formado de la Supermente, por su oposición a la mentalidad en la que se basa nuestra existencia humana, podemos no sólo formarnos una idea precisa y no una vaga, sobre la divinidad y la vida divina, -(expresiones que de cualquier modo estamos condenados a utilizar con escasa exactitud y como imprecisa denominación de una grande pero casi impalpable aspiración)-, sino también dar a estas ideas una firme base de razonamiento filosófico, para ponerlas en clara relación con la humanidad y la vida humana que es todo cuanto actualmente disfrutamos, y para justificar nuestra esperanza y aspiración por la naturaleza misma del mundo y de nuestros propios antecedentes cósmicos y el inevitable futuro de nuestra evolución. Empezamos a captar intelectualmente qué es el Divino, la Realidad eterna, y a entender cómo el mundo ha derivado de ella. Empezamos también a percibir cómo inevitablemente eso que ha venido a partir del Divino debe retornar al Divino. Podemos ahora preguntar con provecho y una posibilidad de respuesta más clara, como debemos cambiar y qué debemos llegar a ser en orden a arribar allí en nuestra naturaleza, en nuestra vida y en nuestras relaciones con los demás, y no solo a través de una realización solitaria y extática en las profundidades de nuestro ser. Ciertamente, aún existe un defecto en nuestras premisas; pues hasta ahora hemos estado pugnando por definir para nosotros mismos qué es el Divino en su descenso hacia la limitada Naturaleza, cuando lo que realmente somos es el Divino en el individuo ascendiendo de regreso a partir de la limitada Naturaleza hacia su apropiada divinidad. Esta diferencia de movimiento debe implicar una diferencia entre la vida de los dioses que nunca conocieron la caída y la vida del hombre redimido, conquistador del dios perdido y llevando consigo la experiencia, y ésta puede ser la nueva riqueza reunida por él desde su aceptación del cabal descenso. No obstante, no puede haber diferencia de características esenciales, sino solo de molde y colorido. Ya podemos asegurar, sobre la base de las conclusiones a que hemos llegado, la naturaleza esencial de la vida divina a la que aspiramos.

¿Qué sería entonces la existencia de un alma divina, no descendida en la ignorancia por la caída del Espíritu dentro de la Materia y el eclipse del alma por la Naturaleza material? ¿Qué sería su conciencia, viviendo en la Verdad original de las cosas, en la inalienable unidad, en el mundo de su propio ser infinito, como la Existencia Divina misma, pero además, capaz por el juego de la Divina Maya y por la distinción de la comprehendente y aprehendente Verdad-Conciencia de disfrutar también al mismo tiempo de la diferencia con Dios como de la unidad con Él y abrazar la diferencia y también la unidad con otras almas divinas en el juego infinito del Idéntico auto-multiplicado?.

Obviamente, la existencia de esa alma estaría siempre auto-contenida en el juego consciente de Sachchidananda. Sería pura e infinita auto-existencia en su ser; en su devenir sería un libre juego de vida inmortal no invadida por muerte, nacimiento y cambio de cuerpo, debido a no estar nublada por la ignorancia ni envuelta en la oscuridad de nuestro ser material. Sería una pura e ilimitada conciencia en su energía, equilibrada en una eterna y luminosa tranquilidad como su fundamento, todavía capaz de jugar libremente con las formas del conocimiento y con las formas del poder

consciente, tranquila, no afectada por los tropiezos del error mental y los errores de nuestra luchadora voluntad porque nunca se aparta de la verdad y la unidad, nunca cae de la luz inherente y la natural armonía de su existencia divina. Sería, finalmente, un puro e inalienable deleite en su eterna auto-experiencia y en el Tiempo una libre variación de bienaventuranza no afectada por nuestras perversiones de disgusto, odio, descontento y sufrimiento por estar indivisa en su ser, no desconcertada por la errante auto-voluntad, no pervertida por el ignorante estimulo del deseo.

Su conciencia no quedaría cerrada a parte alguna de la verdad infinita, ni limitada por ningún equilibrio ni estado que pudiera asumir en sus relaciones con otros, ni condenada a ninguna pérdida del auto-conocimiento por su aceptación de una individualidad puramente fenoménica y por el juego de la diferenciación práctica. En su auto-experiencia viviría eternamente en presencia del Absoluto. Para nosotros el Absoluto es solo una concepción intelectual de existencia indefinible. El intelecto nos refiere simplemente que hay un Brahman superior a lo supremo , un Incognoscible que se conoce de modo distinto al de nuestro conocimiento; mas el intelecto no puede traernos su presencia. El alma divina viviendo en la Verdad de las cosas tendría siempre, por el contrario, el sentido consciente de sí como manifestación del Absoluto. Sería consciente de su inmutable existencia como la original "auto-forma" de ese Trascendente, —Sachchidananda--; sería conocedor de su juego de ser consciente como manifestación de Eso en las formas de Sachchidananda. En todo estado o acto del conocimiento sería consciente del Incognoscible que se conoce mediante una forma de variable auto-conocimiento; en todo estado o acto de poder, voluntad o fuerza sería consciente de la Trascendencia poseyéndose mediante una forma de poder consciente del ser y del conocimiento; en todo estado o acto de deleite, dicha o amor sería consciente de la Trascendencia abarcándose por medio de una forma de auto-disfrute consciente. Esta presencia del Absoluto no seria con eso como una experiencia ocasionalmente vislumbrada o finalmente alcanzada y sostenida con dificultad, ni como una adición, adquisición o culminación superpuesta en su ordinario estado del ser; seria el fundamento mismo de su ser tanto en la unidad como en la diferenciación; estaría presente para él en todo su conocer, querer, hacer, disfrutar; no estaría ausente ni de su ser intemporal ni de momento alguno del Tiempo, ni de su ser inespacial ni de determinación alguna de su extendida existencia, ni de su incondicionada pureza más allá de toda causa y circunstancia, ni de relación alguna de circunstancia, condición y causalidad. Esta constante presencia del Absoluto sería la base de su infinita libertad y deleite, afirmaría su seguridad en el juego y proporcionaría la raíz, la savia y la esencia de su ser divino.

Es más, esa alma divina viviría simultáneamente en los dos términos de la existencia eterna de Sachchidananda, los dos polos inseparables del auto-desenvolvimiento del Absoluto que llamamos el Uno y los Muchos. Todo ser vive realmente así; mas para nuestro dividido auto-entendimiento existe una incompatibilidad, un abismo entre los dos que nos conduce hacia una elección, para morar bien en la multiplicidad exiliado de la directa y entera conciencia del Uno, o bien en la unidad que repele la conciencia de los Muchos. Pero el alma divina no estaría esclavizada a este divorcio y dualidad. En sí misma, sería consciente, a la vez, de la infinita auto-concentración y de la infinita auto-extensión y difusión. Sería consciente simultáneamente del Uno en su unitaria conciencia sosteniendo la innumerable multiplicidad en sí como si fuese potencial, inexpresada, --y por lo tanto, para nuestra mental experiencia de ese estado, no-existente--, y del Uno en su extendida conciencia que sostiene la multiplicidad expelida y activa como el juego de su propio ser consciente, de su voluntad y deleite. Sería consciente igualmente de los Muchos descendiendo siempre al Uno que es la fuente y realidad eternas de su existencia, y de los Muchos siempre remontándose atraídos hacia el Uno que es la eterna culminación y bienaventurada justificación de todo su juego de diferencia. Esta vasta visión de las cosas es el molde de la Verdad-Conciencia, el fundamento de la gran Verdad y de lo Correcto versado por los videntes Védicos; esta unidad de todos estos términos de oposición es el Adwaita real, la comprehendente palabra suprema del conocimiento de lo Incognoscible.

El alma divina será consciente de toda variación del ser, de la conciencia, de la voluntad y del deleite como el afloramiento, la extensión y la difusión de esa auto-concentrada Unidad que se desarrolla, no en la diferencia ni en la división, sino en otra forma extendida de infinita unidad. Siempre estará concentrada en unidad en la esencia de su ser, siempre manifestada muy variadamente en la extensión de su ser. Todo cuanto toma forma en ella serán las manifestadas potencialidades del Uno, la Palabra o el Nombre vibrando desde el Silencio sin-nombre, la Forma realizando la esencia amorfa, la Voluntad o el Poder activos partiendo de la tranquila Fuerza, el rayo de la auto-cognición resplandeciendo desde el sol de auto-conocimiento intemporal, la ola del devenir surgiendo en forma de existencia auto-consciente desde el Ser eternamente

auto-consciente, la dicha y el amor manando por siempre desde el permanente Deleite eterno. Será el Absoluto biuno en su auto-desenvolvimiento y cada relatividad en él será un absoluto para el alma divina pues será consciente de sí misma como el Absoluto manifestado pero sin esa ignorancia que excluye otras relatividades como ajenas a su ser o menos completas que ella misma.

En la extensión, el alma divina será consciente de los tres grados de la existencia supramental, no como mentalmente estamos compelidos a considerarlos, no como grados, sino como un hecho triuno de la auto-manifestación de Sachchidananda. Será capaz de abarcarlos en una y la misma comprehensiva auto-realización, —(pues una vasta comprehensividad es el fundamento de la supermente verdad-consciente)--. Será capaz de concebir, percibir y sentir divinamente todas las cosas como el Ser-en-sí, su propio, único yo, único Auto-ser y Auto-devenir, pero no dividido en sus devenires, los cuales no tienen existencia aparte de su propia auto-conciencia. Será capaz de concebir, percibir y sentir divinamente todas las existencias como almas-forma del Uno, cada una con su ser en el Uno, su propio punto de apoyo en el Uno, sus propias relaciones con todas las otras existencias que pueblan la infinita unidad, pero todas dependientes del Uno, forma consciente de El en Su propia infinitud. Será capaz de concebir, percibir y sentir divinamente todas estas existencias en su individualidad, en su punto de apoyo separado, viviendo como el Divino individual, cada uno con el Uno y Supremo morando en él y, cada uno, por lo tanto, no una forma o imagen por completo, ni en realidad una ilusoria parte de un todo real, una mera ola espumosa en la superficie de un Océano inmóvil, —pues éstas, después de todo, no son más que inadecuadas imágenes mentales—, sino un todo en el todo, una verdad que repite la Verdad infinita, una ola que es todo el mar, un relativo que prueba ser el Absoluto mismo cuando miramos detrás de la forma y lo vemos en su integridad.

Pues estos tres son aspectos de la Existencia única. El primero se basa en ese auto-conocimiento que, en nuestra humana percepción de lo Divino, el Upanishad describe como el Ser-en-sí en nosotros, que llega-a-ser todas las existencias; el segundo se basa en lo que se describe como ver todas las existencias en el Ser-en-sí; el tercero se basa en lo que se describe como ver el Ser-en-sí en todas las existencias. El Ser-en-sí que llega-a-ser todas las existencias es la base de nuestra unidad con todo; el Ser-en-sí que contiene todas las existencias es la base de nuestra unidad en la diferencia; el Ser-en-sí que habita todo es la base de nuestra individualidad en lo universal. Si el defecto de nuestra mentalidad, si su necesidad de exclusiva concentración lo compele a morar en cualquiera de estos aspectos del auto-conocimiento con exclusión de los otros, si una percepción imperfecta al igual que exclusiva nos mueve siempre a introducir un humano elemento de error en la Verdad misma, y de conflicto y mutua negación en la omni-comprehendente unidad, con todo, para un divino ser supramental, por el carácter esencial de la supermente que es una comprehendente unidad e infinita totalidad, deben presentarse como una realización triple y ciertamente triuna.

Si suponemos que esta alma toma su equilibrio, su centro en la conciencia del individual Divino que vive y actúa en distinta relación con los "otros", aun tendrá en el fundamento de su conciencia la unidad íntegra desde la que todo emerge y tendrá en el fondo de esa conciencia la unidad extendida y la modificada, y a cualquiera de éstas será capaz de retornar y de contemplar, desde ellas, su individualidad. En el Veda todos estos equilibrios se dicen de los dioses. En esencia, los dioses son una sola existencia que los sabios llaman con diferentes nombres; mas en su acción fundada en y procedente de la gran Verdad y el Recto Agni u otro, se dice que están todos los dioses, él es el Uno que llega-a-ser todo; al mismo tiempo se dice que él contiene a todos los dioses en sí como el centro de una rueda contiene los rayos, es el Uno que contiene todo; y como Agni está descrito como dios separado, uno que ayuda a todos los demás, los supera en fuerza y conocimiento, pero es inferior a ellos en posición cósmica y lo emplean como mensajero, sacerdote y trabajador, el creador del mundo y padre, es, con todo, el hijo nacido de nuestras obras; es, vale decir, el original y manifestado Yo morador o Divino, el Uno que habita todo.

Todas las relaciones del alma divina con Dios o su supremo Ser-en-sí y con sus otros seres-en-sí (yoes) en otras formas, serán determinadas por este auto-conocimiento comprehensivo. Estas relaciones serán relaciones del ser, de la conciencia y del conocimiento, de voluntad y fuerza, de amor y deleite. Infinitas en su potencialidad de variación, no necesitan excluir la posible relación de alma con alma que es compatible con la preservación del inalienable sentido de unidad a pesar de cualquier fenómeno de diferencia. Así, en sus relaciones de disfrute, el alma divina tendrá el deleite de toda su propia experiencia en sí; tendrá el deleite de toda su experiencia de relación con otros como una comunión con otros seres-en-sí en otras formas creadas para un variado juego en el universo; tendrá también el deleite de las experiencias de sus otros seres-

en-sí (yoes) como si fuesen suyos propios —como en realidad lo son--. Y tendrá toda esta capacidad porque será consciente de sus propias experiencias, de sus relaciones con otros y de las experiencias de otros y sus relaciones con ella misma como la dicha toda o el Ananda del Uno, el supremo Ser-en-sí, su propio ser-en-sí (yo), diferenciado por que habita separadamente de todas estas formas comprehendidas en su propio ser pero todavía una en la diferencia. Porque esta unidad es la base de toda su experiencia, estará libre de las discordias de nuestra conciencia dividida, dividida por la ignorancia y un egoísmo separatista; todos estos seres-en-sí y sus relaciones jugarán conscientemente cada uno en manos del otro; se partirán y fundirán uno con otro como las innumerables notas de una armonía eterna.

Y la misma regla se aplicará a las relaciones de su ser, conocimiento, voluntad con el ser, conocimiento y voluntad de otros. Pues toda su experiencia y deleite será el juego de una auto-bienaventurada fuerza consciente del ser en la que, por obediencia a esta verdad de unidad, no podrá mantener diferencias con el conocimiento y tampoco lo hará, ninguna de ellas, con el deleite. Tampoco el conocimiento, la voluntad y el deleite de un alma estará en desacuerdo con el conocimiento, voluntad y deleite de otra, pues por su conocimiento de su unidad, lo que es enfrentamiento y diferencia y discordia en nuestro ser dividido, será allí encuentro, unión y mutuo intercambio de las diferentes notas de una armonía infinita.

En sus relaciones con su supremo Ser-en-sí, con Dios, el alma divina tendrá este sentido de la unidad del trascendente y universal Divino con su propio ser. Disfrutará esa unidad de Dios consigo en su propia individualidad y con sus otros seres-en-sí (yoes) en la universalidad. Sus relaciones de conocimiento serán el juego de la divina omnisciencia, pues Dios es Conocimiento, y lo que es la ignorancia con nosotros, allí solo será contención del conocimiento en el reposo del auto-conocimiento consciente, de modo que ciertas formas de ese autoconocimiento puedan proyectarse dentro de la actividad de la Luz. Sus relaciones de la voluntad serán allí el juego de la omnipotencia divina, pues Dios es Fuerza, Voluntad y Poder, y lo que con nosotros es debilidad e incapacidad, será contención de la voluntad en la concentrada fuerza tranquila de modo que ciertas formas de la divina fuerza-consciente puedan concretar su proyección dentro de la forma del Poder. Sus relaciones de amor y deleite serán el juego del éxtasis divino, pues Dios es Amor y Deleite, y lo que con nosotros sería negación del amor y deleite, será la contención de la dicha en el sosegado mar de la Bienaventuranza, de modo que ciertas formas de la unión y disfrute divinos puedan proyectarse en una activa marea de olas de la Bienaventuranza. De igual modo también en todos sus devenires serán formación del ser divino en respuesta a estas actividades, y lo que en nosotros es cese, muerte, aniquilación, solo será descanso, transición o contención de la jubilosa Maya creadora en el ser eterno de Sachchidananda. Al mismo tiempo esta unidad no excluirá las relaciones del alma divina con Dios, con su Ser-en-sí supremo, fundado en la dicha de la diferencia separándose desde la unidad para disfrutar esa unidad de otro modo; no anulará la posibilidad de cualquiera de esas formas exquisitas del disfrute-de-Dios que son el supremo éxtasis del amante-de-Dios en su abrazo del Divino.

¿Mas cuáles serán las condiciones en las que y por las que esta naturaleza de la vida del alma divina se realizará? Toda experiencia en la relación procede a través de ciertas fuerzas del ser formulándose por una instrumentación a la que damos el nombre de propiedades, cualidades, actividades, facultades. Así como, por ejemplo, la Mente se proyecta dentro de diversas formas de mente-poder, como juicio, observación, memoria, simpatía, propios de su ser, de igual manera la Verdad-conciencia o Supermente efectúa las relaciones de alma con alma mediante fuerzas, facultades, funciones propias de su ser supramental; de otra manera, no habría juego de diferenciación. Lo que estas funciones son, lo veremos cuando lleguemos a considerar las condiciones psicológicas de la Vida divina; por ahora sólo consideramos sus fundamentos metafísicos, su naturaleza y principios esenciales. De momento es suficiente observar que la ausencia o abolición del egoísmo separatista y de la efectiva división en la conciencia es la única condición esencial de la Vida divina, y por lo tanto su presencia en nosotros es lo que constituye nuestra mortalidad y nuestra caída desde el Divino. Este es nuestro "pecado original", o más bien digamos, en un lenguaje más filosófico, la desviación desde la Verdad y la Rectitud del Espíritu, desde su unidad, integridad y armonía que fue la condición necesaria para la gran inmersión en la Ignorancia que es la aventura del alma en el mundo y desde la que nació nuestro sufrida y aspirante humanidad.

Capítulo XVIII: Mente y Supermente - El Hombre en el Universo

El descubrió que la Mente era el Brahman.
Taittiriya Upanishad

Indivisible, mas como si estuviese dividido en seres.
Gita

La concepción que hasta ahora hemos pugnado por estructurar es la de la esencia única de la vida supramental que el alma divina posee con seguridad en el ser de Sachchidananda, pero que el alma humana ha de manifestar en este cuerpo de Sachchidananda formado aquí en el molde de una vida mental y física. Mas por lo que hasta ahora hemos podido contemplar esta existencia supramental, no parece guardar conexión ni correspondencia con la vida tal cual la conocemos, vida activa entre los dos términos de nuestra existencia normal, los dos firmamentos de la mente y el cuerpo. Parece más bien ser un estado del ser, un estado de la conciencia, un estado de activa relación y mutuo disfrute tal como el que pueden poseer y experimentar las almas desencarnadas en un mundo sin formas físicas, un mundo en el que la diferenciación de las almas se ha cumplido mas no la diferenciación de los cuerpos, un mundo de infinitudes activas y jubilosas, no de espíritus aprisionados-en-la-forma. Por lo tanto, razonablemente podría dudarse que fuese posible esa vida divina con esta limitación de forma corporal y esta limitación de mente aprisionada-en-la-forma y fuerza impedida-por-la forma que es lo que actualmente conocemos como existencia.

De hecho, hemos pugnado por arribar a la misma concepción de ese supremo ser divino, fuerza-consciente y auto-deleite de quien nuestro mundo es una creación y nuestra mentalidad una imagen deformada; hemos procurado darnos una idea de lo que esta divina Maya puede ser, esta Verdad-conciencia, esta Real-Idea por la que la fuerza consciente de la Existencia trascendente y universal concibe, forma y gobierna el universo, el orden, el cosmos de su manifestado deleite de ser. Mas no hemos estudiado las conexiones de estos cuatro grandes y divinos términos con los otros tres con los que nuestra humana experiencia está solamente familiarizada, —mente, vida y cuerpo--. No hemos escudriñado esta otra Maya aparentemente no-divina que es la raíz de toda nuestra lucha y sufrimiento, ni hemos visto cómo precisamente se desarrolla desde la realidad divina o desde la divina Maya. Y hasta que hayamos hecho esto, hasta que hayamos tejido los desaparecidos hilos conectores, nuestro mundo está todavía inexplicado para nosotros y aun es una base la duda de una posible unificación entre esa existencia superior y esta vida inferior. Sabemos que nuestro mundo ha salido desde Sachchidananda y subsiste en Su ser; concebimos que El mora en él como Disfrutador y Conocedor, Dios y Ser-en-sí; hemos visto que nuestros términos duales de sensación, mente, fuerza, ser, pueden sólo constituir representaciones de Su deleite, Su fuerza consciente, Su divina existencia. Pero parecería que aquéllas son realmente en tal grado lo opuesto a lo que El es real y celestialmente, que no podemos, mientras moramos en la causa de estos opuestos, mientras estamos contenidos en el triple término inferior de la existencia, alcanzar la vida divina. Debemos exaltar este ser inferior hacia el estado superior o bien, cambiar el cuerpo por esa pura existencia, la vida por esa pura condición de la fuerza-consciente, la sensación y la mentalidad por ese puro deleite y conocimiento que viven en la verdad de la realidad espiritual. ¿Y esto no debe significar que abandonamos toda la terrena o limitada existencia mental por algo que es su opuesto, □(o por algún puro estado del Espíritu a también por algo que es su opuesto)--, bien por algún estado puro del Espíritu o bien por algún mundo de la Verdad de las cosas, si existe, u otros mundos, si existen, de la divina Bienaventuranza, de la divina Energía, del Divino ser? En ese caso, la perfección de la humanidad está en otra parte diferente que en la humanidad misma; la cima de su evolución terrena sólo puede ser un fino ápice de mentalidad que se disuelve, de donde da el gran salto ya sea hacia el ser sin-forma o ya sea hacia los mundos más allá del alcance de la Mente corporizada.

Mas en realidad todo lo que llamamos no-divino solo puede ser una acción de los cuatro principios divinos mismos, pues esa acción conjunta de los cuatro fue necesaria para crear el universo de las formas. Esas formas fueron creadas no fuera sino dentro de la existencia divina, fuerza-consciente y bienaventuranza, no fuera sino dentro y como parte del trabajo de la Real-Idea divina. Por lo tanto no hay razón para suponer que no puede existir ningún juego real de la divina conciencia superior en un mundo de formas, o que las formas y sus soportes inmediatos, --conciencia mental, energía de la fuerza vital y sustancia formal--, deben necesariamente deformar lo que representan. Es posible, incluso probable, que la mente, el cuerpo y la vida hayan de encontrarse en sus

formas puras en la divina Verdad misma, y de hecho estén allí como actividades subordinadas de su conciencia y parte de la completa instrumentación por la que la Fuerza suprema siempre trabaja. La mente, la vida y el cuerpo deben entonces ser capaces de divinidad; su forma y actividad en ese breve periodo de posiblemente un sólo ciclo de la evolución terrestre que la Ciencia nos revela, no necesita representar todas las actividades potenciales de estos tres principios en el cuerpo viviente. Trabajan como lo hacen porque de ningún modo están separados, en la conciencia, de la Verdad divina de la que proceden. Una vez que esta separación fuera eliminada por la energía expansiva de lo Divino en la humanidad, su actual actividad bien podría convertirse, en verdad se convertiría naturalmente, mediante una evolución y progresión supremas en esa actividad más pura que tienen en la Verdad-conciencia.

En ese caso no sólo sería posible manifestar y mantener la conciencia divina en la mente y cuerpo humanos sino que, incluso, esa conciencia divina podría al fin, incrementando sus conquistas, remodelar la mente, la vida y el cuerpo mismos en una imagen más perfecta de su Verdad eterna, y realizar, no sólo en el alma sino también en la sustancia, su reino de los cielos sobre la tierra. La primera de estas victorias, la interna, ha sido ciertamente lograda en mayor o menor grado por algunos, tal vez muchos, sobre la tierra; la otra, la externa, aunque nunca realizada en mayor ni en menor grado en pasados eones como prototipo para futuros ciclos y todavía mantenida en la memoria subconsciente de la naturaleza-terrena, puede todavía intentarse como victoriosa conquista venidera de Dios en la humanidad. Esta vida terrenal no necesita necesariamente y por siempre ser una rueda de esfuerzo mitad dichoso mitad angustioso; el logro puede también intentarse, y la gloria y la dicha de Dios manifestarse sobre la tierra.
Lo que la Mente, la Vida y el Cuerpo son en sus fuentes supremas, y lo que por lo tanto deben ser en la integral plenitud de la manifestación divina cuando estén conformados por la Verdad y no segregados de ella por la separación y la ignorancia en la que actualmente vivimos, —(éste es entonces el problema que hemos de considerar seguidamente)--. Pues allí deben tener ya su perfección en pos de lo que aquí estamos cultivando, --(nosotros que sólo somos el primer movimiento trabado de la Mente que evoluciona en la Materia, nosotros que aún no estamos liberados de las condiciones y efectos de esa involución del espíritu en la forma, de esa inmersión de la Luz dentro de su propia sombra por la que fue creada la oscurecida conciencia material de la Naturaleza física)--. El prototipo de toda la perfección en pos de la cual crecemos, los términos de nuestra evolución suprema deben ya estar contenidos en la divina Real-Idea; deben estar allí formados y conscientes para nosotros, para así crecer hacia y dentro de ellos; pues esa preexistencia en el conocimiento divino es lo que nuestra mentalidad humana nombra y busca como el Ideal. El Ideal es una Realidad eterna que aún no hemos realizado en las condiciones de nuestro propio ser, no un no-existente que lo Eterno y Divino no ha forjado todavía y solo nosotros seres imperfectos hemos vislumbrado y pretendemos crear.

La Mente, en principio, la encadenada y obstaculizada soberana de nuestro vivir humano. La Mente en su esencia es una conciencia que mide, limita y recorta las formas de las cosas desde el todo indivisible y las contiene como si cada una fuera un todo separado. Incluso con lo que existe solamente como partes y fracciones obvias, la Mente establece esta ficción de su ordinario comercio en el sentido de que son cosas con las que puede tratar por separado y no simplemente como aspectos de un todo. Pues, aun cuando sabe que en sí mismas no son cosas, está obligada a tratar con ellas como tales; de lo contrario no podría someterlas a su propia actividad característica. Es esta esencial característica de la Mente la que condiciona las actividades de todos sus poderes operativos, ya sea concepción, percepción, sensación o las relaciones de su pensamiento creador. Concibe, percibe, siente las cosas como si fuesen recortadas rígidamente a partir de un fondo o una masa, y las emplea como unidades fijas del material dado a ella para creación o posesión. Toda su acción y disfrute trata así a los todos que forman parte de un todo mayor, y estos todos subordinados nuevamente son fragmentados en partes que también son tratadas como todos a los fines particulares que sirven. La Mente puede dividir, multiplicar, sumar, restar, pero no puede traspasar los límites de esta matemática. Si va más allá y procura concebir un todo real, se pierde en un elemento extraño; cae de su propio suelo firme en el océano de lo intangible, en el abismo de lo infinito donde no puede percibir, concebir, sentir ni tratar con lo que le es propio para creación o disfrute. Pues si la Mente parece a veces concebir, percibir, sentir o disfrutar con la posesión del infinito, es sólo en una semejanza y siempre en una figuración del infinito. Lo que así posee vagamente es simplemente una Vastedad amorfa y no el real infinito inespacial. Tan pronto procura tratar con eso, poseerlo, de inmediato ingresa la inalienable tendencia a la delimitación y la Mente se halla nuevamente manejando imágenes, formas y palabras. La Mente no puede poseer el infinito, sólo puede sufrirlo o ser poseída por él; sólo puede yacer bienaventuradamente

desamparada bajo la luminosa sombra de lo Real, proyectada en ella desde los planos de la existencia que están más allá de su alcance. La posesión de lo Infinito no puede llegar, a no ser por ascenso a aquellos planos supramentales, ni el conocimiento de estos puede llegar, a no ser por una inerte sumisión de la Mente a los mensajes descendentes de la Verdad-consciente Realidad.

Esta facultad esencial y la limitación esencial que la acompaña son la verdad de la Mente y fijan su naturaleza y acción, svabhava y svadharma; aquí está la marca del divino mandato asignándole su oficio en la completa instrumentación de la suprema Maya, -(el oficio determinado por lo que está en su nacimiento mismo desde la eterna auto-concepción del Ser-en-sí-existente)--. Ese oficio consiste en traducir siempre la infinitud dentro de los términos de lo finito, medir, limitar, desmenuzar. Realmente hace esto en nuestra conciencia con exclusión de todo el verdadero sentido del Infinito; por lo tanto la Mente es el quid de la gran Ignorancia, pues es ella la que originalmente divide y distribuye, e incluso ha sido confundida tomándola por causa del universo y por el todo de la divina Maya. Mas la divina Maya comprehende a Vidya al igual que a Avidya, al Conocimiento al igual que a la Ignorancia. Pues es evidente que, dado que lo finito es solo una apariencia de lo Infinito, un resultado de su acción, un juego de su concepción, y no puede existir a no ser mediante él, en él, con él como fondo, forma misma de esa materia y acción de esa fuerza, debe existir una conciencia original que contenga y contemple a ambos al mismo tiempo y esté íntimamente consciente de todas las relaciones del uno con el otro. En esa conciencia no hay ignorancia, porque lo infinito es conocido y lo finito no está separado de él como realidad independiente; pero aun hay un subordinado proceso de delimitación, —de otro modo ningún mundo podría existir—, un proceso por el que la siempre divisora y reunidora conciencia de la Mente, la siempre divergente y convergente acción de la Vida y la infinitamente dividida y auto-congregante sustancia de la Materia entran, --(todas por un único acto principal y original)--, en el ser fenoménico. Este proceso subordinado del eterno Contemplador y Pensador, --(perfectamente luminoso, perfectamente consciente de Sí Mismo y de todo, que conoce bien lo que Él hace, consciente de lo infinito en lo finito que Él está creando)--, puede llamarse la Mente divina. Y es obvio que debe ser una actividad subordinada y no realmente una actividad separada de la Real-Idea, de la Supermente, y debe operar a través de lo que hemos descrito como el movimiento aprehendente de la Verdad-conciencia.

Esa conciencia aprehendente, el Prajnana, asienta, como hemos visto, la actividad del Todo indivisible, activo y formativo, como un proceso y objeto del conocimiento creador ante la conciencia del mismo Todo, originativo y cognoscente como el poseedor y testigo de su propia actividad, —(algo así como ve el poeta las creaciones de su propia conciencia situadas ante él como si se tratase de cosas distintas al creador y su fuerza creadora, aunque en realidad todo ese tiempo no sean más que el juego de auto-formación de su propio ser en sí mismo, y sean indivisibles de su creador)--. Así Prajnana efectúa la división fundamental que lleva a todo el resto, la división de Purusha, el alma consciente que conoce y ve y por su visión crea y ordena, y Prakriti, la Fuerza-Alma o Naturaleza-Alma que es su conocimiento y su visión, su creación y su poder omni-ordenante. Ambos son un Ser, una existencia, y las formas vistas y creadas son formas múltiples de ese Ser que están ubicadas por El como conocimiento ante El Mismo como conocedor y por El Mismo como Fuerza ante El Mismo como Creador. La última acción de esta conciencia aprehendente tiene lugar cuando el Purusha, --(que penetra la extensión consciente de su ser, presente en cada punto de sí al igual que en su totalidad, habitando toda forma)--, contempla el todo como separadamente, desde cada uno de los puntos que ha asumido; contempla y gobierna las relaciones de cada alma-forma de sí con otras almas-formas desde el punto de apoyo de la voluntad y el conocimiento propios de cada forma en particular.

Así llegan a ser los elementos de la división. Primero, el infinito del Uno se ha traducido en una extensión en Tiempo y Espacio conceptuales; segundo, la omnipresencia del Uno en esa extensión auto-consciente se traduce en una multiplicidad del alma consciente, en los muchos Purushas del Sankhya; tercero, la multiplicidad de las almas-formas se ha traducido en una dividida habitación de la extendida unidad. Esta dividida habitación es inevitable desde el momento que estos múltiples Purushas no habitan cada uno un mundo separado del propio; ninguno de ellos posee una separada Prakriti construyendo un universo separado, sino que más bien todos disfrutan de la misma Prakriti, -(como deben hacerlo, al ser sólo alma-formas del Uno que preside sobre las múltiples creaciones de Su poder)—, y tienen relaciones unos con otros en el único mundo del ser creado por la única Prakriti. El Purusha se identifica activamente en cada forma con cada uno; se delimita en eso y hace resaltar sus otras formas frente a eso, en su conciencia, como si contuviese sus otros seres-en-sí (yoes) que son idénticos a él en el ser, pero diferentes en la relación, diferentes en la variada extensión,

en el variado alcance de movimiento y en la variada vista de la única sustancia, fuerza, conciencia, deleite que cada cual está realmente desplegando en un momento dado del Tiempo o en un campo dado del Espacio. Admitido que en la Existencia divina, perfectamente consciente de sí, ésta no es una limitación obligatoria, una identificación a la que el alma llegue a esclavizarse y la cual no puede exceder de como nosotros estamos esclavizados a nuestra auto-identificación con el cuerpo y resulte incapaz de exceder la limitación de nuestro ego consciente, incapaz de escapar de un particular movimiento de nuestra conciencia en el Tiempo que determina nuestro particular campo en el Espacio; aceptado todo esto, todavía hay una libre identificación, de tiempo en tiempo, que sólo el inalienable auto-conocimiento del alma divina impide que se fije en una aparentemente rigurosa cadena de separación y sucesión en el Tiempo tal como aquélla en la que nuestra conciencia parece estar fijada y encadenada.

Así el desmembramiento ya está allí; la relación de forma con forma como si fuesen seres separados, de voluntad-de-ser con voluntad-de-ser como si fuesen fuerzas separadas, de conocimiento-de-ser con conocimiento-de-ser como si fuesen conciencias separadas, ya ha sido establecida. Se trata tan solo de un "como si", pues el alma divina no se engaña, es consciente de todo como fenómeno del ser y mantiene el contenido de su existencia en la realidad del ser; no pierde su unidad, usa la mente como acción subordinada del conocimiento infinito, una definición de cosas subordinadas a su conciencia de lo infinito, una delimitación dependiente de su conciencia de la totalidad esencial —(no esa aparente y plural totalidad de suma y agregación colectiva que es sólo otro fenómeno de la Mente)--. Así no hay limitación real; el alma usa su poder definidor para el juego de las correctamente-distinguidas formas y fuerzas, y no es usada por ese poder.

Por lo tanto, se necesita un nuevo factor, una nueva acción de la fuerza consciente para crear la operación de una menté desamparadamente limitada así como opuesta a una mente libremente limitante, □(vale decir, de mente sujeta a su propio juego y engañada por él como opuesta a la mente maestra de su propio juego y examinándolo en su verdad, la mente de la criatura como opuesta a la mente divina)--. Ese nuevo factor es Avidya, la auto-ignorante facultad que separa la acción mental de la acción supramental que la originó y que todavía la gobierna detrás del velo. Así separada, la Mente sólo percibe lo particular y no lo universal, o concibe sólo lo particular en un no-poseído universal y menos aún ambos, particular y universal como fenómenos de lo Infinito. De esa manera tenemos a la mente limitada que ve cada fenómeno como una cosa-en-sí-misma, parte separada de un todo que nuevamente existe separadamente en un todo mayor, y así sucesivamente, agrandando siempre sus agregados sin retroceder al sentido de una verdad infinita.

La Mente, al ser una acción del Infinito, desmiembra al igual que agrega ad infinitum. Corta en pedazos al ser en todos, en todos cada vez más pequeños, en átomos y esos átomos en átomos primarios, hasta disolver, si es que puede, el átomo primario en la nada. Pero no puede, porque detrás de la acción divisora está el salvador conocimiento de lo supramental que conoce cada todo, cada átomo, como solo una concentración de la omni-fuerza, de la omni-conciencia, del omni-ser en las fenoménicas formas de sí mismo. La disolución del agregado dentro de una nada infinita a la que parece arribar la Mente, es para la Supermente sólo el retomo del auto-concentrador ser-consciente partiendo desde su fenómeno adentro de su existencia infinita. Por cualquier camino que siga su conciencia, por el de la división infinita o por el del agrandamiento infinito, llega tan solo a sí mismo, a su propia unidad infinita y ser eterno. Y cuando la acción de la mente está conscientemente subordinada a este conocimiento de la supermente, la verdad del proceso es también conocida por ella y de ningún modo ignorada; no hay división real sino sólo una infinitamente múltiple concentración en las formas del ser y en la disposición de la relación de aquellas formas del ser una con otra, en las que la división es una apariencia subordinada del proceso integral necesario para su Juego espacial y temporal. Pues por más que divida, descienda hasta el más infinitesimal átomo o forme el agregado más monstruoso posible de mundos y sistemas, por ningún proceso conseguirá una cosa-en-sí-misma; todo son formas de una Fuerza que sólo es real en sí misma mientras el resto sólo es real como auto-imágenes o auto-formas manifestantes de la eterna Fuerza-conciencia.

¿De dónde procede originalmente el limitador Avidya, la caída de la mente desde la Supermente y la consiguiente idea de la división real? ¿Con exactitud, de qué deformación de la actividad supramental? Procede del alma individualizada que examina todo desde su propio punto de vista y excluye, todos los demás; procede, vale decir, mediante una exclusiva concentración de la conciencia, una exclusiva auto-identificación del alma con una particular acción temporal y espacial que es sólo parte de su propio juego del ser; parte del ignorar el alma el hecho de que todos los otros son

también ella misma, de que toda otra acción es su propia acción y de que todos los otros estados del ser y la conciencia son igualmente sus propios estados al igual que la acción de un momento particular en el Tiempo y un particular punto de asiento en el Espacio y la única forma particular que al presente ocupa. Se concentra en el momento, el campo, la forma y el movimiento de tal forma como para perder el resto; entonces ha de recobrar el resto mediante la vinculación uniendo la sucesión de momentos, la sucesión de puntos del Espacio, la sucesión de formas en el Tiempo y el Espacio y la sucesión de movimiento en el Tiempo y el Espacio. Así ha perdido la verdad de la indivisibilidad del Tiempo, la verdad de la indivisibilidad de la Fuerza y de la Sustancia. Ha perdido de vista incluso el hecho evidente de que todas las mentes son una sola Mente que toma muchos puntos de asiento; que todas las vidas son una Vida que desarrolla muchas corrientes de actividad; que todo cuerpo y forma son una sustancia de la Fuerza y de la Conciencia que se concentra en múltiples estabilidades aparentes de fuerza y conciencia; pero en verdad todas esta estabilidades son realmente sólo una constante espiral de movimiento que repite una forma mientras se modifica otra; no son nada más. Pues la Mente procura sujetar todo dentro de formas rígidamente fijadas y aparentemente inmutables o inmóviles factores externos, pues de otra forma no puede actuar; entonces piensa que obtuvo lo que quería: en realidad todo es un fluir de cambio y renovación, y no hay forma-en-sí fija, ni inmutable factor externo. Sólo la Real-Idea eterna es firme y mantiene una cierta constancia ordenada de figuras y relaciones en el fluir de las cosas, una constancia que la Mente procura vanamente imitar atribuyendo fijeza a lo que siempre es inconstante. Estas son las verdades que ha de redescubrir la Mente; las conoce todo el tiempo, mas sólo en el oscuro fondo de su conciencia, en la secreta luz de su auto-ser; y esa luz es para ella una oscuridad debido a que ha creado la ignorancia, debido a que se ha deslizado desde la mentalidad divisora en la mentalidad dividida, debido a que ha llegado a envolverse en sus propias actividades y en sus propias creaciones.

Esta ignorancia se ahonda más en el hombre por su auto-identificación con el cuerpo. Para nosotros la mente parece determinada por el cuerpo, porque se preocupa por él y se consagra a sus actividades físicas que usa para su superficial acción consciente en este denso mundo material. Empleando constantemente esa operación del cerebro y los nervios que ha desarrollado en el curso de su propia evolución en el cuerpo, está demasiado absorta en observar qué recibe de esta maquinaria física como para ocuparse en recobrarlo en beneficio de sus propias actividades puras; para ella éstas son en su mayoría subconscientes. Todavía podemos concebir una mente vital o ser vital que haya ido más allá de la necesidad evolutiva de esta absorción y sea capaz de ver e incluso experimentar por sí misma asumiendo cuerpo tras cuerpo y no ser creada separadamente en cada cuerpo y terminando con él; pues es sólo la impresión física de la mente en la materia, sólo la mentalidad corporal que es creada de esa manera, no el ser mental todo. Esta mentalidad corpórea es meramente nuestra superficie de la mente, meramente el frente que se presenta a la experiencia física. Detrás, incluso en nuestro ser terrestre, hay esta otra mente (vital), subconsciente o subliminal para nosotros, que se conoce a sí misma tanto más que al cuerpo y es capaz de una acción menos materializada. A ésta le debemos inmediatamente la mayor parte de la más grande, profunda y potente acción dinámica de nuestra mente superficial; ésta, cuando tomamos conciencia de ella o de su impresión en nosotros, es nuestra idea primera o nuestra primera comprensión de un alma o ser interior, Purusha .

Mas esta mentalidad vital también, aunque pueda librarse del error del cuerpo, no nos libera de la totalidad del error de la mente; aún está sujeta al original acto de ignorancia por el que el alma individualizada considera todo desde su punto de vista y puede apreciar la verdad de las cosas sólo como se le presentan de afuera o como surgen ante su vista desde su separada conciencia temporal y espacial, formas y resultados de la experiencia pasada y presente. No es consciente de sus otros seres-en-sí (yoes) excepto por las abiertas indicaciones que ellos dan a su existencia, indicaciones de pensamiento comunicado, lenguaje, acción, resultado de las acciones, o más sutiles indicaciones —no sentidos directamente por el ser físico— del impacto y relación vitales. Igualmente es ignorante de sí; pues sabe de su ser-en-sí (yo) sólo a través de un movimiento en el Tiempo y de una sucesión de vidas en las que ha usado sus variadamente corporizadas energías. Así como nuestra instrumental mente física tiene la ilusión del cuerpo, de igual manera esta dinámica mente subconsciente (vital) tiene la ilusión de la vida. En eso está absorta y concentrada, por eso está limitada, con eso identifica su ser. Aquí no volvemos aún al lugar de reunión de mente y supermente y al punto en el que originalmente se separaron.

Pues hay todavía una más clara mentalidad reflectora detrás de la dinámica y vital que es capaz de escapar de su absorción en la vida y se contempla como asumiendo vida y cuerpo a fin de proyectar en las activas relaciones de la energía lo que percibe en la

voluntad y el pensamiento. Es la fuente del puro pensador que está en nosotros; es la que conoce la mentalidad en sí y ve el mundo no en los términos de vida y cuerpo sino de mente; es la que , cuando regresamos a ella, a veces confundimos con el espíritu puro así como confundimos la mente dinámica con el alma. Esta mente superior es capaz de percibir y tratar con otras almas como otras formas de su puro ser-en-sí (yo); es capaz de sentirlas mediante puro impacto mental y comunicación mental y no ya solamente mediante el impacto vital y nervioso y la indicación física; concibe también una figura mental de la unidad, y en su actividad y en su voluntad puede crear y poseer más directamente —no solo indirectamente como en la ordinaria vida física— y en otras mentes y vidas al igual que en la propia. Pero aun así esta pura mentalidad no escapa del error original de la mente. Pues todavía es su separado ser-en-sí mental al que convierte en juez, testigo y centro del universo y a través de él pugna sólo por arribar a su propio Ser-en-sí (yo) y realidad superiores; todos los demás son "otros" agrupados en su torno: cuando quiere estar libre, ha de retirarse de la vida y de la mente a fin de desaparecer en la unidad real. Pues existe aun el velo creado por Avidya entre la acción mental y la supramental; comunica una imagen de la Verdad, no la Verdad misma.

Es sólo cuando se rasga el velo y la mente dividida se entrega, silenciosa y pasivamente, a la acción supramental, que la mente misma vuelve a la Verdad de las cosas. Allí descubrimos una luminosa mentalidad reflectora, obediente e instrumental para con la Real-Idea divina. Allí percibimos lo que el mundo es en realidad; nos conocemos de todos los modos posibles a nosotros mismos en los otros y como los otros, a los demás como nosotros y todo como el Uno-universal y auto-multiplicado. Perdemos el rígidamente separado punto de vista individual que es la fuente de toda limitación y error. Además, percibimos que todo cuanto la ignorancia de la Mente tomó por verdad era de hecho verdad, pero verdad desviada, equivocada y falsamente concebida. Todavía percibimos la división, la individualización, la atómica creación, mas las conocemos y nos conocemos por lo que ellas y nosotros realmente somos. Y de esa manera percibimos que la Mente era en realidad una acción e instrumentación subordinada de la Verdad-conciencia. En la medida en que no está separada en la auto-experiencia de la envolvente Conciencia-Maestra y no procura establecer un hogar para sí, en la medida en que sirve pasivamente como una instrumentación y no intenta poseer en su propio beneficio, la Mente cumple luminosamente su función que está en la Verdad de mantener las formas aparte unas de las otras mediante una fenoménica y puramente formal delimitación de su actividad detrás de la cual la gobernante universalidad del ser permanece consciente e intacta. Ha de recibir la verdad de las cosas y distribuirla de acuerdo a la inequívoca percepción de un Ojo y Voluntad supremos y universales. Ha de sostener una individualización de activa conciencia; deleite, fuerza y sustancia que deriva todo su poder, realidad y dicha desde una inalienable universalidad que está detrás. Ha de cambiar la multiplicidad del Uno en una aparente división mediante la cual las relaciones se definen y mantienen a distancia una frente a otra de modo que puedan encontrarse otra vez y juntarse. Ha de establecer el deleite de la separación y el contacto en medio de una eterna unidad e interpenetración. Ha de capacitar al Uno a proceder como si Él fuese un individuo que trata con otros individuos pero siempre en Su propia unidad, y esto es lo que el mundo es en realidad. La mente es la operación final de la aprehendente Verdad-conciencia que hace posible todo esto, y lo que llamamos Ignorancia no crea una cosa nueva y una absoluta falsedad sino solo que malinterpreta la Verdad. La Ignorancia es la Mente que se separa en el conocimiento de su fuente de conocimiento y que brinda una falsa rigidez y una equivocada apariencia de oposición y conflicto al armonioso juego de la suprema Verdad en su manifestación universal.

El error fundamental de la mente es, entonces, esta caída desde el auto-conocimiento por la que el alma individual concibe su individualidad como un hecho separado en lugar de como una forma de Unidad, y se convierte en centro de su propio universo en lugar de conocerse como única concentración de lo universal. De ese error original todas sus ignorancias y limitaciones particulares son resultados contingentes. Pues, al considerar el fluir de las cosas sólo como fluye sobre y a través de sí, efectúa una limitación del ser desde la cual procede una limitación de la conciencia y, por lo tanto de conocimiento, una limitación de conciencia, fuerza y voluntad y por tanto, de poder; una limitación de auto-disfrute y, por lo tanto, de deleite. Es consciente de las cosas y sólo las conoce como se presentan ante su individualidad y, por lo tanto, cae en la ignorancia del resto y, por ende, en una errónea concepción incluso de lo que parece conocer: pues dado que todo ser es interdependiente, el conocimiento, bien del todo o bien de la esencia es necesario para el correcto conocimiento de la parte. De ahí que exista un elemento de error en todo conocimiento humano. De modo parecido, nuestra voluntad, ignorante del resto de la omni-voluntad, debe caer en el error de actividad y en un mayor o menor grado de incapacidad e impotencia; el auto-deleite y deleite de las cosas perteneciente al alma, ignorantes de la omni-bienaventuranza y por defecto de la

voluntad y del conocimiento incapaces de dominar su mundo, deben caer en la incapacidad del deleite posesivo y, por lo tanto, en el sufrimiento. La auto-ignorancia es, por tanto, la raíz de toda la perversidad de nuestra existencia, y esa perversidad está fortificada en la auto-limitación; el egoísmo que es la forma tomada por esa auto-ignorancia.

Con todo, toda la ignorancia y la perversidad son sólo la deformación de la verdad y de la razón de las cosas, y no el juego de una falsedad absoluta. Es el resultado de la Mente que examina las cosas en la división que efectúa, avidyayam antare, en lugar de examinarse junto con las divisiones como instrumentación y fenómeno del juego de la verdad de Sachchidananda. Si vuelve a la verdad de la que cayó, deviene nuevamente la acción final de la Verdad-conciencia en su aprehensiva operación, y las relaciones que ayuda a crear en esa luz y poder serán relaciones de la Verdad y no de la perversidad. Serán las cosas derechas y no torcidas, para usar la expresiva distinción de los Rishis Védicos, —(Verdades, vale decir, del ser divino con su conciencia, voluntad y deleite auto-posesivos moviéndose armónicamente en si mismo)--. Ahora tenemos más bien el movimiento tortuoso y zigzagueante de la mente y la vida, las contorsiones creadas por la lucha del alma que olvidó su verdadero ser en pro de encontrarlo nuevamente, en pro de resolver todo error volviendo dentro de la verdad, los cuales ambos, --(nuestra verdad y nuestro error)--, son nuestro correcto y nuestro equivocado limite o distorsión; toda la incapacidad dentro de la fuerza los cuales ambos, --(nuestro poder y nuestra debilidad)--, son una lucha de fuerza por asir; todo sufrimiento dentro del deleite, los cuales ambos, --(nuestra dicha y nuestra pena)-- son un convulsivo esfuerzo de sensación por realizar; toda muerte dentro de la inmortalidad hacia la cual ambos, --(nuestra vida y nuestra muerte)-- son un constante esfuerzo del ser por retornar.

Capítulo XIX - Vida

La energía pránica es la vida de las criaturas; por eso se dice que es el principio universal de la vida.
Taittiriya Upanishah

Percibimos, entonces, lo que la Mente es en su origen divino y como se relaciona con la Verdad-conciencia, —(la Mente, el más elevado de los tres principios inferiores que constituyen la existencia humana)--. Es una acción especial de la conciencia divina, o más bien la trenza final de su creadora acción total. Capacita al Purusha para mantener separadas las relaciones de las diferentes formas y fuerzas de sí mismo, una con respecto a la otra; crea las diferencias fenoménicas que, para el alma individual caída de la Verdad-conciencia, toman la apariencia de divisiones radicales, y esa perversión original es progenitora de todas las perversiones resultantes, que nos impresionan como contrarias dualidades y oposiciones propias de la vida del Alma en la Ignorancia. Mas en la medida en que no está separada de la Supermente, sostiene, no perversiones ni falsedades, sino la obra variada de la Verdad universal.

La Mente aparece así como una creadora agencia cósmica. Esta no es la impresión que normalmente tenemos de nuestra mentalidad; más bien la consideramos en principio, como un órgano perceptivo, perceptivo de las cosas ya creadas por la Fuerza que trabaja en la Materia, y el único originar que le permitimos es una creación secundaria de nuevas formas combinadas de las ya desarrolladas por la Fuerza en la Materia. Mas el conocimiento que ahora recuperamos, auxiliados por los últimos descubrimientos de la Ciencia, empieza a demostrarnos que, en esta Fuerza y en esta Materia, hay una Mente subconsciente trabajando que es ciertamente responsable de su propio emerger, primero en las formas de la vida y luego en las formas de la mente misma; primero en la conciencia nerviosa de la vida-de-la-planta y del animal primitivo, luego en la mentalidad siempre-en-desarrollo del animal evolucionado y del hombre. Y así como hemos ya descubierto que la Materia es solo sustancia-forma de la Fuerza, de igual manera descubriremos que la Fuerza material es solo energía-forma de la Mente. La fuerza material es, de hecho, una operación subconsciente de la Voluntad; la Voluntad que trabaja en nosotros en lo que parece ser luz, aunque en verdad no es más que media-luz, y la Fuerza material que trabaja en lo que a nosotros nos parece ser una tiniebla de in-inteligencia, son en realidad y en esencia la misma, tal como el pensamiento materialista siempre instintivamente ha sentido dado el equivocado o inferior final de las cosas en esta concepción, y como el conocimiento espiritual que trabaja desde la cima hace mucho tiempo descubrió. Por lo tanto, podemos decir que es

una subconsciente Mente o Inteligencia que, manifestando la Fuerza como su poder-directriz, su Naturaleza ejecutiva, su Prakriti, ha creado este mundo material.

Mas dado que, como ahora hemos descubierto, la Mente no es una entidad independiente y original sino sólo una operación final de la Verdad-conciencia o Supermente, por lo tanto, dondequiera esté la Mente, allí debe estar la Supermente. La Supermente o la Verdad-conciencia es la real agencia creadora de la Existencia universal. Incluso cuando la Mente está en su propia conciencia oscurecida, separada de su fuente, ese movimiento mayor está siempre en las actividades de la Mente, forzándolas a preservar su correcta relación, evolucionando de ellas los resultados inevitables que portan en sí mismas, produciendo el árbol correcto a partir de la correcta semilla, ella compele también las operaciones de una cosa tan densa, inerte y oscurecida como la Fuerza material para resultar en un mundo de Ley, orden y correcta relación no de cambiante azar y caos. Obviamente, este orden y relación correcta solo puede ser relativo y no el supremo orden y la suprema exactitud que reinaría si la Mente no estuviese en su propia Conciencia separada de la Supermente; es una disposición, un orden de los resultados correcto y apropiado a la acción de la Mente divisora y su creación de oposiciones separativas, sus duales lados contrarios de la Verdad única. La Conciencia Divina, habiendo concebido y puesto en actividad, la Idea de esta dual o dividida representación de Sí, deduce de ella en la real-idea y extrae prácticamente de ella en la sustancia de la vida, mediante la gobernante acción de la completa Verdad-conciencia que está detrás de ella, su propia verdad inferior o resultado inevitable de la variada relación. Para esto está en el mundo la naturaleza de la Ley o de la Verdad que es la precisa actividad o extracción de lo que está contenido en el ser, implícito en la esencia y naturaleza de la cosa misma, latente en su auto-ser y auto-ley, svabhava y svadharma, tal como los ve el Conocimiento Divino. Para usar una de esas maravillosas formulas del Upanishad que contiene un mundo de conocimiento en pocas reveladoras palabras, es el Autoexistente quien, --como vidente y pensador presente en el devenir por doquier --, ha dispuesto en Sí todas las cosas correctamente desde eternos años de acuerdo a la verdad de lo que son.

Consecuentemente, el triple mundo en que vivimos, el mundo de Mente-Vida-Cuerpo es triple solamente en su presente estado de evolución. La vida envuelta en la Materia ha emergido en la forma de pensar y en la mentalidad de la vida consciente. Pero con la Mente, envuelta en ella y por lo tanto en la Vida y en la Materia, está la Supermente, que es el origen y la rectora de las otras tres, y ésta también debe emerger. Buscamos una inteligencia en la raíz del mundo, porque la inteligencia es el supremo principio del que tenemos conocimiento y que nos parece gobernar y explicar toda nuestra propia acción y creación y, por lo tanto, si existe una Conciencia en el universo, presumimos que debe ser una Inteligencia, una Conciencia mental. Mas la inteligencia sólo percibe, refleja y usa, dentro de la medida de su capacidad, la obra de una Verdad del ser superior a ella; el poder que está detrás de esas obras debe, por lo tanto, ser otra forma superior de la Conciencia apropiada a esa Verdad. De modo acorde, hemos de enmendar nuestro concepto y afirmar que ha creado este universo material, no una Mente o Inteligencia subconsciente, sino una envuelta Supermente que pone a la Mente delante de sí como la inmediata forma especial de su conocimiento-voluntad subconsciente en la Fuerza, y usa la material Fuerza o Voluntad subconscientes en la sustancia del ser como su Naturaleza ejecutiva o Prakriti.

Pero vemos que aquí la Mente está manifestada en una especialización de la Fuerza a la que damos el nombre de Vida. ¿Qué es entonces la Vida? ¿Y qué relación tiene con la Supermente, con esta suprema trinidad de Sachchidananda activo en la creación por medio de la Real-Idea o Verdad-conciencia? ¿Desde qué principio en la Trinidad toma su nacimiento? ¿O por qué necesidad, divina o no-divina, de la Verdad o de la ilusión, viene a ser? La Vida es un mal, hace resonar a través de los siglos el antiguo grito, una ilusión, un delirio, una locura de la que tenemos que huir hacia el reposo del ser eterno. ¿Es así? ¿Y por qué entonces es así? ¿Por qué el Eterno infligió caprichosamente este mal, trajo este delirio o locura sobre Sí o sobre las criaturas que alcanzaron el ser por Su terrible Maya omni-engañosa? ¿O es más bien algún principio divino que se expresa así, algún poder del Deleite del ser eterno que ha de expresarse y, de esa manera, se ha proyectado dentro del Tiempo y el Espacio en esta constante erupción de millones y millones de formas de vida que pueblan los incontables mundos del universo?

Cuando estudiamos esta Vida como se manifiesta en la Tierra con la Materia como base, observamos que esencialmente es una forma de la cósmica Energía única, un movimiento o corriente dinámica de energía positiva y negativa, un constante acto o juego de la Fuerza que construye formas, las dinamiza mediante una continua corriente de estimulación y las mantiene mediante un incesante proceso de desintegración y renovación de su sustancia. Esto tendería a demostrar que la distinción natural que

hacemos entre la muerte y la vida es un error de nuestra mentalidad, una de esas falsas oposiciones, --(falsas para la verdad interior aunque válidas en la superficial experiencia práctica)--, que, engañada por las apariencias, constantemente se introduce en la unidad universal. La muerte carece de realidad excepto como un proceso de la vida. Desintegración de sustancia y renovación de sustancia, mantenimiento de forma y cambio de forma, son los procesos constantes de la vida, la muerte es simplemente una desintegración rápida sometida a la necesidad de la vida de cambio y variación de la experiencia en la forma. Incluso en la muerte del cuerpo no hay cesación de Vida, sólo se interrumpe lo material de una forma de vida para servir como material a otras formas de vida. De modo parecido, podemos estar seguros, en la uniforme ley de la Naturaleza, que si hay en la forma corporal una energía mental o psíquica, esa tampoco es destruida sino sólo interrumpida en una forma para asumir otras mediante algún proceso de metempsicosis o nueva animación en otro cuerpo. Todo se renueva, nada perece.

Podría afirmarse como una consecuencia que hay una Vida omni-penetrante o energía dinámica, —(el aspecto material es sólo su más externo movimiento)--, que crea todas estas formas del universo físico, Vida imperecedera y eterna que, incluso si se aboliese por completo la figura del universo, seguiría todavía existiendo y podría producir un nuevo universo en su lugar, y que debe en verdad, --(a menos que sea replegada a un estado de reposo por algún Poder superior o que se retrajese)--, seguir inevitablemente creando. En ese caso la Vida no es nada más que la Fuerza que construye, mantiene y destruye las formas en el mundo; es la Vida que se manifiesta en la forma de la tierra así como en la planta que crece sobre la tierra y los animales que sostienen su existencia devorando la fuerza-vital de la planta o de otro animal. Toda la existencia es aquí Vida universal que toma la forma de Materia. Podría, para esa finalidad, esconder el proceso-vital en el proceso físico antes de emerger como sensibilidad sub-mental y vitalidad mentalizada, pero aun sería por completo el mismo creador principio-de-Vida.

Se dirá, sin embargo, que esto no es lo que conocemos como vida; llamamos vida a un particular resultado de la fuerza universal con la que estamos familiarizados y que se manifiesta sólo en el animal y en la planta, pero no en el metal, la piedra, el gas; opera en la célula animal pero no en el puro átomo físico. Debemos, por lo tanto, a fin de estar seguros en nuestro terreno, examinar en qué consiste precisamente este particular resultado del juego de la Fuerza que llamamos vida y cómo difiere de ese otro resultado del juego de la Fuerza en las cosas inanimadas que, según decimos, no es la vida. Al mismo tiempo vemos que aquí en la tierra hay tres reinos del juego de la Fuerza: el reino animal de la antigua clasificación al cual pertenecemos; el vegetal; y por último el simple material vacío, según estimamos, de vida. ¿Cómo difiere la vida en nosotros de la vida de la planta, y la vida de la planta de la no-vida, digamos, del metal, el reino mineral de la vieja fraseología, o de ese nuevo reino químico que la Ciencia ha descubierto?

Ordinariamente, cuando hablamos de vida, nos referimos a la vida animal, la que se mueve, respira, come, siente, desea, y, si hablamos de la vida de las plantas, fue casi como una metáfora más que como realidad, pues la vida vegetal fue considerada como un proceso puramente material más bien que como fenómeno biológico. Especialmente hemos asociado la vida con la respiración; la respiración es vida, se dice en todo idioma, y la fórmula es cierta si cambiamos nuestro concepto de lo que queremos decir con Aliento de Vida. Pero es evidente que la moción o locomoción espontáneas, respirar, comer, son sólo procesos de la vida y no la vida misma; son medios para la generación o liberación de esa energía constantemente estimulante que es nuestra vitalidad, y para ese proceso de desintegración y renovación por la que sostiene nuestra propia existencia sustancial; mas estos procesos de nuestra vitalidad pueden mantenerse de modos distintos a nuestra respiración y nuestros medios de sustento. Es un hecho probado que incluso la vida humana puede mantenerse en el cuerpo, con plena conciencia, habiéndose suspendido temporalmente la respiración, el latido del corazón y otras condiciones que antes se consideraban esenciales. Y se han planteado nuevas evidencias de fenómenos estableciendo que la planta, a la que todavía negamos cualquier reacción consciente, tiene al menos vida física idéntica a la nuestra e incluso esencialmente organizada como la nuestra, aunque diferente en su aparente organización. Si se prueba que esto es cierto, debemos barrer por completo nuestros antiguos conceptos, fáciles y falsos, yendo más allá de síntomas y exterioridades, hasta llegar a la raíz del asunto.

En algunos descubrimientos recientes que, si son aceptadas sus conclusiones, deben arrojar una intensa luz sobre el problema de la Vida en la Materia, un gran físico indostaní ha llamado la atención sobre la respuesta al estimulo como un signo infalible de la existencia de vida. En especial es el fenómeno de la vida-vegetal el que resultó

iluminado por sus datos e ilustrado en todas sus sutiles funciones; pero no debemos olvidar que en el punto esencial afirmó en los metales al igual que en la planta, la misma prueba de vitalidad, la respuesta al estimulo, el estado positivo de la vida y su estado negativo que llamamos muerte. No ciertamente con la misma abundancia, no como para demostrar una esencialmente idéntica organización de la vida; pero es posible que si se descubriesen instrumentos correcta y suficientemente ajustados y precisos se descubrirían más puntos de semejanza entre la vida del metal y la de la planta, e incluso si se probase no ser así, esto podría significar que la misma u otra organización vital está ausente, pero los principios de vitalidad todavía podrían estar allí. Pero si la vida, aunque rudimentaria en sus síntomas, existe en el metal, debe admitirse como presente, velada quizás, o básica y elemental en la tierra u otras existencias materiales afines al metal. Si podemos seguir más adelante nuestras investigaciones, no obligados a detenernos donde fracasen nuestros medios inmediatos de investigación, podemos estar seguros por nuestra invariable experiencia de la Naturaleza que las investigaciones así emprendidas nos probarán, al fin, que no hay interrupción, ni rígida línea demarcatoria entre la tierra y el metal formado en ella, ni entre el metal y la planta y, prosiguiendo más adelante con la síntesis, que no hay ninguna diferencia tampoco entre los elementos y átomos que constituyen la tierra o el metal ni entre el metal o la tierra que ellos constituyen. Cada paso de esta gradual existencia prepara el siguiente, mantiene en si lo que aparece en el que sigue. La Vida está por doquier, secreta o manifiesta, organizada o elemental, envuelta o evolucionada, pero universal, omni-penetrante, imperecedera, difiriendo sólo sus formas y organizaciones.

Debemos recordar que la respuesta física al estímulo es sólo un signo externo de la vida, así como lo son la respiración y la locomoción en nosotros. El experimentador aplica un estímulo excepcional y obtiene vívidas respuestas que de inmediato podemos reconocer como índices de vitalidad en el objeto del experimento. Mas durante toda su existencia la planta está respondiendo incesantemente a una constante masa de estimulación de parte de su entorno; vale decir, existe en ella una fuerza constantemente mantenida que es capaz de responder a la aplicación de la fuerza que llega desde su entorno. Se dice que la idea de una fuerza vital en la planta u otro organismo vivo ha sido destruida por estos experimentos. Pero cuando decimos que se ha aplicado un estímulo a la planta, queremos decir que una energética fuerza, una fuerza en movimiento dinámico ha sido dirigida sobre ese objeto, y cuando decimos que se obtiene una respuesta, queremos decir que una energética fuerza capaz de movimiento dinámico y de vibración sensitiva responde al choque. Hay una recepción y replica vibrantes, al igual que una voluntad de crecer y ser, indicativa de una organización sub-mental y vital-física de la conciencia-fuerza oculta en la forma del ser. Entonces, el hecho parecería ser que así como hay una constante energía dinámica en movimiento en el universo que toma diversas formas materiales más o menos sutiles o densas, de igual modo en cada cuerpo u objeto físico, planta, animal o metal, está almacenada y activa la misma constante fuerza dinámica; un cierto intercambio de estas dos nos da los fenómenos que asociamos con la idea de la vida. Esta es la acción que reconocemos como acción de Energía-Vida y eso que es tan energético para sí mismo es la Fuerza-Vida, La Energía-Mente, la Energía-Vida, la Energía material, son diferentes dinamismos de una sola Fuerza-Mundo.

Aunque una forma nos parezca muerta, todavía existe en ella esta fuerza en potencialidad por más que sus familiares operaciones de vitalidad estén suspendidas y a punto de concluir permanentemente. Dentro de ciertos límites, lo que está muerto puede revivirse; las operaciones habituales, la respuesta, la circulación de la energía activa puede restaurarse; y esto prueba que lo que llamamos vida está aún en el cuerpo, latente, es decir, no activa en sus hábitos usuales, sus hábitos de ordinario funcionamiento físico, sus hábitos de juego y respuesta nerviosos, sus hábitos en lo animal de la consciente respuesta mental. Es difícil suponer que exista una entidad distinta llamada vida que haya salido por completo del cuerpo y que vuelva otra vez a éste cuando siente -¿cómo, dado que no hay nada que la conecte con el cuerpo?— que alguien está estimulando la forma. En ciertos casos, como en la catalepsia, vemos que los externos signos y operaciones físicas de la vida están suspendidos, pero la mentalidad está allí auto-poseída y consciente aunque incapaz de compeler las usuales respuestas físicas. Ciertamente no se trata del hecho de que el hombre esté físicamente muerto pero mentalmente vivo, o de que la vida haya escapado del cuerpo mientras la mente todavía lo habita, sino solo de que el ordinario funcionamiento físico está suspendido, mientras el mental está aún activo.

Asimismo, en ciertas formas de trance, están suspendidas las funciones físicas y las mentales externas, pero después retoman su actividad, en algunos casos mediante estimulación externa, y más normalmente mediante un retorno espontáneo a la actividad desde dentro. Lo que realmente ha sucedido es que la fuerza-mental

superficial ha sido retirada dentro de la mente subconsciente y la superficial fuerza-vital ha sido retirada también dentro de la vida sub-activa y, o bien el hombre todo se ha deslizado dentro de la existencia subconsciente o bien, ha retirado su vida externa a la existencia subconsciente mientras que su ser interior ha sido elevado hasta dentro del super-consciente. Pero nuestro punto capital consiste ahora en que la Fuerza, cualquiera que sea, que mantiene la energía dinámica o vida en el cuerpo, ha suspendido ciertamente sus operaciones externas pero aún informa la organizada sustancia. Sin embargo, llega un punto en el que ya no es posible restaurar las actividades suspendidas; y esto ocurre cuando, o bien se ha infligido al cuerpo una lesión tal que lo inutilice o incapacite para su funcionamiento habitual o bien, si no media tal lesión, cuando empezó el proceso de desintegración, es decir, cuando la Fuerza que debería renovar la acción-vital llega a ser por completo inerte ante la presión de las fuerzas del entorno con cuya masa de estímulos acostumbra mantener un constante intercambio. Incluso entonces existe Vida en el cuerpo, pero una Vida que sólo está ocupada en el proceso de desintegrar la sustancia formada de modo que pueda escapar en sus elementos y constituir con ellos nuevas formas. La Voluntad en la fuerza universal que mantuvo la cohesión de la forma, ahora se retira de la constitución, y sostiene, en su lugar, un proceso de dispersión. Hasta ese momento no tiene lugar la muerte real del cuerpo.

Entonces, la Vida es el juego dinámico de una Fuerza universal, una Fuerza en la que la conciencia mental y la vitalidad nerviosa son, de alguna forma o, al menos en su principio, siempre inherentes y por lo tanto se presentan y organizan en nuestro mundo en las formas de la Materia. El juego-vital de esta Fuerza se manifiesta como un intercambio de estimulación y respuesta a la estimulación entre las diferentes formas que ha construido y en las que mantiene su constante pulso dinámico; cada forma absorbe constantemente y emite nuevamente el hálito y la energía de la Fuerza común; cada forma se alimenta con eso y se nutre con eso por variados medios, ya sea indirectamente absorbiendo de otras formas en las que está almacenada la energía o bien directamente absorbiendo las descargas dinámicas que recibe del exterior. Todo esto es el juego de la Vida; pero principalmente lo reconocemos donde la organización de él nos es suficiente para que percibamos sus movimientos más externos y complejos, y especialmente donde participa del tipo nervioso de energía vital que pertenece a nuestra propia organización. Es por esta razón que estamos prestos a admitir la vida en la planta porque hay evidentes fenómenos de vida, —(y esto llega a ser más fácil todavía si puede demostrarse que manifiesta síntomas de nerviosidad y tiene un sistema vital no muy diferente del nuestro)—, pero no queremos reconocerla en el metal, en la tierra y en el átomo químico donde estos desarrollos fenoménicos pueden detectarse con dificultad o aparentemente no existir.

¿Existe alguna justificación para elevar esta distinción a una diferencia esencial? ¿Cuál es, por ejemplo, la diferencia entre la vida en nosotros y la vida en la planta? Apreciamos que difieren, primero, en nuestra posesión del poder de locomoción que nada tiene que ver, evidentemente, con la esencia de la vitalidad, y segundo, en nuestra posesión de la sensación consciente que, por lo que hasta ahora conocemos, aun no esta evolucionada en la planta. Nuestras respuestas nerviosas se acompañan en gran medida, aunque de ningún modo siempre ni en su totalidad, de la respuesta mental de la sensación consciente; ellas tienen un valor para la mente al igual que para el sistema nervioso y para el cuerpo agitado por la acción nerviosa. En la planta parecería que hay síntomas de sensación nerviosa, incluidos los que en nosotros se traducirían como placer y dolor, vigilia y sueño, exaltación, embotamiento y fatiga, y el cuerpo está agitado interiormente por la acción nerviosa, mas no hay signo de la real presencia de sensación mentalmente consciente. Mas la sensación es mentalmente consciente o vitalmente sensitiva, y es una forma de la conciencia. Cuando la planta sensitiva se sobrecoge ante un contacto parece que es afectada nerviosamente, que algo en ella no gusta de ese contacto y procura apartarse de él; hay, en una palabra, una sensación subconsciente en la planta, tal como hay, ya lo hemos visto, operaciones subconscientes de la misma clase en nosotros. En el sistema humano es muy posible traer a la superficie estas percepciones y sensaciones subconscientes mucho después de haber sucedido y haber cesado de afectar el sistema nervioso; y una siempre creciente masa de evidencias ha establecido irrefutablemente la existencia de una mentalidad subconsciente en nosotros, mucho más vasta que la consciente. El mero hecho de que la planta carezca de mente superficialmente vigilante que pueda despertarse para evaluar sus sensaciones subconscientes, no crea diferencia a la identidad esencial de los fenómenos. Siendo los fenómenos los mismos, la cosa que manifiestan debe ser la misma, y esa cosa es una mente subconsciente. Y es muy posible que exista una más rudimentaria operación vital del subconsciente sentido-mente en el metal, aunque en el metal no exista agitación corporal correspondiente a la respuesta nerviosa; mas la ausencia de agitación corporal no crea una diferencia

esencial para la presencia de vitalidad en el metal así como la ausencia de locomoción corporal no crea una diferencia esencial para la presencia de vitalidad en la planta.

¿Qué sucede cuando lo consciente se convierte en subconsciente en el cuerpo o lo subconsciente se torna consciente? La diferencia real estriba en la absorción de la energía consciente en parte de su trabajo, en su concentración más o menos exclusiva. En ciertas formas de concentración, lo que llamamos la mentalidad, vale decir, el Prajnana o conciencia aprehensiva cesa, casi o por completo, de actuar conscientemente; con todo la actividad del cuerpo, de los nervios y del sentido-mente continua constante y perfecta, pero sin ser notada; todo se ha tornado subconsciente y la mente está luminosamente activa sólo en una actividad o cadena de actividades. Cuando escribo, el acto físico de escribir es hecho, en su mayor parte y a veces por completo, por la mente subconsciente; el cuerpo efectúa, inconscientemente, según decimos, ciertos movimientos nerviosos; la mente está despierta sólo para el pensamiento con él que está ocupada. El hombre todo puede ciertamente hundirse en el subconsciente; con todo, los movimientos habituales que implican la acción de la mente pueden continuar, como en muchos fenómenos de sueño; o dicho hombre puede elevarse al super-consciente y aún así, estar activo con la mente subliminal en el cuerpo, como en ciertos fenómenos de samadhi o trance yóguico. Es evidente, entonces, que la diferencia entre la sensación de la planta y nuestra sensación estriba simplemente en que en la planta la Fuerza consciente que se manifiesta en el universo aun no emergió del todo desde el sueño de la Materia, desde la absorción que divide por entero la Fuerza trabajadora de su fuente de trabajo en el conocimiento super-consciente, y por lo tanto hace subconscientemente lo que hará conscientemente cuando emerja en el hombre desde su absorción y empiece a despertar, aunque aún indirectamente, a su conocimiento-yo. Realiza exactamente las mismas cosas pero de modo distinto y con un diferente valor en términos de conciencia.

Está llegando a ser posible ahora concebir que en el mismísimo átomo hay algo que llega a ser en nosotros una voluntad y un deseo, hay una atracción y repulsión que, aunque fenoménicamente distintas, son en esencia la misma cosa que gusto y disgusto en nosotros mismos, pero son, como decimos, inconscientes o subconscientes. Esta esencia de voluntad y deseo es evidente por doquier en la Naturaleza y, aunque esto aun no está suficientemente contemplado, voluntad y deseo están asociados ciertamente con la expresión de un sentido e inteligencia subconscientes, o si se prefiere, inconscientes o bastante involucionados que están, igualmente, extendidos. Presente en cada átomo de Materia, todo esto está necesariamente presente en cada cosa formada por la agregación de aquellos átomos; y están presentes en el átomo porque están presentes en la Fuerza que construye y constituye al átomo. Esa Fuerza es fundamentalmente el Chit-Tapas o Chit-Shakti del Vedanta, conciencia-fuerza, inherente fuerza consciente del ser-consciente, que se manifiesta como energía nerviosa plena de sensación submental en la planta; como deseo-sentido y deseo-voluntad en las formas animales primarias; como sentido auto-consciente y fuerza en el animal desarrollado; como voluntad y conocimiento mentales coronando todo el resto en el hombre. La Vida es una escala de la Energía universal en la que se dirige la transición desde inconciencia a conciencia; es un poder intermedio de ella, latente o sumergido en la Materia, liberada por su propia fuerza en el ser submental, liberada finalmente por el emerger de la Mente en la plena posibilidad de su dinámica.

Aparte de todas las otras consideraciones, esta conclusión se impone corno necesidad lógica si observamos incluso el proceso superficial del emerger a la luz del tema evolutivo. Es evidente en sí mismo que la Vida en la planta, aunque organizada de modo distinto que en el animal, es con todo el mismo poder, señalado por nacimiento, crecimiento y muerte, propagación mediante semilla, muerte por decadencia, enfermedad o violencia, mantenimiento por absorción de elementos nutricios del exterior, dependencia de la luz y el calor, productividad y esterilidad, incluso estados de sueño y vigilia, energía y depresión del dinamismo-vital, paso desde la infancia a la madurez y vejez; la planta contiene, además, las esencias de la fuerza de la vida y es, por lo tanto, alimento natural de las existencias animales. Si se acepta que tiene sistema nervioso y reacciones ante los estímulos, es decir, un principio o corriente subyacente de sensaciones submentales o puramente vitales, la identidad se torna más próxima; pero aun queda evidentemente una etapa de evolución vital intermedia entre la existencia animal y la Materia "inanimada". Esto es precisamente lo que debe esperarse si la Vida es una fuerza evolucionando a partir de la Materia y culminando en la Mente, y, si es eso, entonces estamos obligados a suponer que ya existe en la Materia misma sumergida o latente en la subconciencia o inconsciencia materiales. Porque ¿de dónde más puede emerger? La evolución de la Vida en la materia supone una previa involución de ella allí, a no ser que supongamos que sea una nueva creación mágicamente e inexplicablemente introducida en la Naturaleza. Si es eso, debe ser una

creación a partir de la nada o un resultado de operaciones materiales que no se explica para nada por las operaciones mismas o por cualquier elemento de ellas que sean de naturaleza afín; o, concebiblemente, puede ser un descenso desde algún plano suprafísico por encima del universo material. Las dos primeras suposiciones pueden descartarse como concepciones arbitrarias; la ultima explicación es posible y bastante concebible, y conforme a la visión oculta de las cosas es cierto que, una presión desde algún plano de la Vida por encima del universo material, ha ayudado al afloramiento de la vida aquí. Pero esto no excluye el origen de la vida desde la Materia misma como movimiento primario y necesario; pues la existencia de un mundo-Vital o plano-Vital por encima del material no conduce de por si al emerger de la Vida en la materia, a no ser que el plano-Vital exista como etapa formativa en un descenso del Ser a través de diversos grados o poderes de si dentro de la Inconsciencia con el resultado de una involución de si con todos estos poderes en la Materia para una evolución y emerger posteriores. Que los signos de esta vida sumergida sean posibles de descubrir, --(desorganizados o rudimentarios)--, en las cosas materiales, o tales signos no existan porque esta Vida involucionada se halla en pleno sueño, no es cuestión de capital importancia. La Energía material que agrega, forma y desagrega es el mismo Poder en otro grado de sí que esa Energía-Vital que se expresa en el nacimiento, el crecimiento y la muerte, así como mediante su realización de las obras de la Inteligencia en una subconciencia sonámbula se delata como el mismo Poder que en otro grado alcanza el estado de la Mente; su carácter mismo demuestra que contiene en si, --(aunque no todavía en sus característicos organización o proceso)--, los aún no liberados poderes de la Mente y la Vida.

La Vida entonces se revela como esencialmente la misma por doquier, desde el átomo hasta el hombre; el átomo conteniendo el material y el movimiento subconscientes del ser que se liberan en la conciencia en el animal, con la vida vegetal en una etapa intermedia de la evolución. La Vida es realmente una operación universal de la Fuerza-Consciente que actúa subconscientemente sobre y en la Materia; es la operación que crea, mantiene, destruye y recrea formas o cuerpos, y procura, --(mediante el juego de la fuerza-nerviosa, es decir, mediante corrientes de intercambio de estimulante energía)--, despertar la sensación consciente en esos cuerpos. En esta operación hay tres etapas; la inferior es aquella en la que la vibración está aun en el sueño de la Materia, enteramente subconsciente de modo que parece totalmente mecánica; la etapa media es aquella en la que llega a ser capaz de una respuesta todavía submental pero en el linde de lo que conocemos como conciencia; la superior es aquella en la que la vida desarrolla la mentalidad consciente en forma de sensación mentalmente perceptible que en esta transición llega a ser la base del desarrollo del sentido-mente y de la inteligencia. Es en la etapa media donde captamos la idea de la Vida como distinta de la Materia y la Mente, pero en realidad es la misma en todas las etapas y siempre un término medio entre Mente y Materia, un término constituyente en la última e instintivo en la primera. Es una operación de la Fuerza-Consciente que no es la mera formación de sustancia ni la operación de la mente con sustancia y forma como su objeto de aprehensión; es más bien un desarrollo-energético del ser consciente que es causa y soporte de la formación de sustancia, y fuente intermedia y soporte de la aprehensión mental consciente. La Vida, con esta intermedio desarrollo-energético del ser consciente, pone en acción y reacción sensitivas una forma de fuerza creadora de la existencia que estuvo trabajando subconscientemente o inconscientemente, absorta en su propia sustancia; sostiene y libera en la acción, la aprehensiva conciencia de la existencia llamada mente y le da una dinámica instrumentación de modo que pueda trabajar no solo en sus propias formas sino también en las formas de la vida y la materia; conecta también, y sostiene, como término medio entre ellas, el mutuo comercio de ambas, de mente y materia. Con este medio de comercio la Vida provee en las continuas corrientes de su pulsante nervio-energía llevando fuerza de la forma como una sensación para modificar a la Mente, y traer de vuelta fuerza de la Mente como voluntad de modificar la Materia. Por lo tanto, esta nervio-energía es lo que queremos representar usualmente cuando hablamos de Vida; es el Prana o fuerza-Vital del sistema indio. Pero nervio-energía es solo la forma que toma en el ser animal; la misma energía Pránica está presente en todas las formas hasta llegar al átomo, dado que por doquier es la misma en esencia y por doquier es la misma operación de la Fuerza-Consciente, —(Fuerza que sostiene y modifica la existencia sustancial de sus propias formas, Fuerza con sentido y mente secretamente activos pero, en principio, envueltos en la forma y preparándose para emerger hasta finalmente hacerlo desde su involución)--. Este es el significado completo de la Vida omnipresente que ha manifestado y habita el universo material.

Capítulo XX - Muerte, Deseo e Incapacidad

En el principio, todo estaba cubierto por el Hambre que es la Muerte; la Mente hizo eso por ella misma de modo que pudiera alcanzar la posesión del ser-en-sí.
Brihadaranyaka Upanishad

Este es el Poder descubierto por el mortal que tiene la multitud de sus deseos de modo tal que pueda sostener todas las cosas; prueba el sabor de todos los alimentos y construye una casa para el ser.
Rig Veda

En nuestro último capitulo hemos considerado la Vida desde el punto de vista de la existencia material, y la apariencia y actividad del principio vital en la Materia, y hemos razonado partiendo de los datos que ofrece esta evolutiva existencia terrestre. Pero es evidente que dondequiera pueda aparecer y como quiera pueda trabajar, bajo cualquier condición, el principio general debe ser el mismo por doquier. La Vida es la Fuerza universal que trabaja de tal modo para crear, dinamizar, mantener y modificar, incluso hasta el punto de disolver y reconstruir las formas sustanciales con el juego e intercambio mutuos de una energía abierta o secretamente consciente como su carácter fundamental. En el mundo material que habitamos la Mente está envuelta y subconsciente en la Vida, así como la Supermente está envuelta y subconsciente en la Mente, y este instinto Vital con una envuelta Mente subconsciente está, a su vez, envuelto en la Materia. Por lo tanto, la Materia es aquí la base y el principio aparente; en el lenguaje de los Upanishads, Prithivi, el principio-Tierra, es nuestro fundamento. El universo material parte del átomo formal sobrecargado de energía, imbuido de la informe materia de un subconsciente deseo, voluntad e inteligencia. A partir de esta Materia aparente la Vida se manifiesta, y libera a partir de sí misma, por medio del cuerpo viviente, a la Mente que contiene aprisionada dentro de ella; la Mente, asimismo, todavía ha de liberar a partir de sí, a la Supermente oculta en sus actividades. Pero podemos concebir un mundo constituido de otro modo, en el que la Mente no esté envuelta al principio sino que use conscientemente su innata energía para crear originales formas de sustancia y que no sea, como aquí, sólo subconsciente al comienzo. Aunque la actividad de un mundo así sería muy diferente del nuestro, el vehículo intermedio de la operación de esa energía sería siempre la Vida. La cosa en sí sería la misma incluso si el proceso fuera enteramente invertido.

Mas entonces se nos muestra de inmediato que así como la Mente es sólo una operación final de la Supermente, de igual manera la Vida es sólo una operación final de la Conciencia-Fuerza de la cual la Real-Idea es la forma determinativa y el agente creador. La Conciencia que es Fuerza, es la naturaleza del Ser y este Ser consciente, manifestado como un creador Conocimiento-Voluntad, es la Real-Idea o Supermente. El Conocimiento-Voluntad supramental es la Conciencia-Fuerza que se hace operativa para la creación de formas del ser unido en una ordenada armonía a la que damos el nombre de mundo o universo; de esa manera también la Mente y la Vida son la misma Conciencia-Fuerza, el mismo Conocimiento-Voluntad, pero operando para el mantenimiento de formas distintamente individuales en una suerte de demarcación, oposición e intercambio en los que el alma, en cada forma del ser, estructura su vida y mente propias como si estuvieran separadas de los demás, aunque de hecho nunca están separadas sino que son el juego de la única Alma, Mente, Vida en diferentes formas de su singular realidad. En otras palabras, así como la Mente es la individualizadora operación final de la omni-comprehensiva y omni-aprehendente Supermente, es decir, el proceso por el que su conciencia actúa individualizada en cada forma desde el punto de asiento propio de ella y con las relaciones cósmicas que proceden desde ese punto de asiento, de igual manera la Vida es la operación final por la que la Fuerza del Ser-Consciente, actuando a través de la omni-posesora y omni-creadora Voluntad de la Supermente universal, mantiene e infunde energía, constituye y reconstituye formas individuales, y actúa en ellas como la base de todas las actividades del alma así encarnada. La vida es la energía del Divino generándose continuamente en las formas como en una dínamo y no sólo jugando con la resultante batería de sus impactos en las circundantes formas de cosas sino también, a su vez, recibiendo ella misma los impactos procedentes de toda vida en derredor en la medida en que se esparcen y penetran la forma desde el exterior, desde el universo circundante.

En esta visión, la Vida se presenta como forma de energía de la conciencia intermediaria y apropiada a la acción de la Mente en la Materia; en un sentido, puede decirse que es un enérgico aspecto de la Mente cuando crea y se relaciona no ya solo a ideas sino a mociones de fuerza y a formas de sustancia. Pero inmediatamente debe añadirse que así como la Mente no es una entidad separada, sino que tiene toda la

Supermente detrás y es la Supermente la que crea con la Mente sólo como su individualizadora operación final, de igual modo la Vida tampoco es una entidad o movimiento separados, pues tiene toda la Conciencia-Fuerza detrás de ella en todas sus actividades y esa es la única Conciencia-Fuerza que existe y actúa en las cosas creadas. La Vida es sólo su final operación intermedia entre la Mente y el Cuerpo. Todo lo que decimos de la Vida debe, por lo tanto, ajustarse a las calificaciones que se suscitan de esta dependencia. En realidad no conocemos la Vida en su naturaleza ni en su proceso a menos que y hasta que seamos conscientes y crezcamos conscientes de esa Fuerza-Consciente que actúa en ella, de la cual es sólo el aspecto e instrumentación externos. Entonces sólo podemos percibir y ejecutar con conocimiento, --(como alma-formas individuales e instrumentos corporales y mentales del Divino)--, la voluntad de Dios en la Vida; sólo entonces la Vida y la Mente pueden seguir senderos y movimientos de una siempre-en-aumento rectitud de la verdad en nosotros y en las cosas, mediante una constante disminución de las tortuosas perversiones de la Ignorancia. Así como la Mente ha de unirse conscientemente con la Supermente de la que está separada por la acción de Avidya, de igual modo la Vida ha de llegar a ser consciente de la Fuerza-Consciente que opera en ella para sus fines y con un significado del cual la vida en nosotros, debido a que está absorbida en el mero proceso de vivir como nuestra mente está absorbida en el mero proceso de mentalizar la vida y la materia, está inconsciente en su oscurecida acción de modo que las sirve ciega e ignorantemente y no, como debe ser y será en su liberación y realización, luminosamente o con un auto-realizador Conocimiento, poder y bienaventuranza.

De hecho, nuestra vida, debido a que está sometida a la oscurecida y divisora operación de la Mente, ella misma está oscurecida y dividida, y padece toda esa sujeción a la muerte, limitación, debilidad, sufrimiento y funcionamiento ignorante, de los cuales la limitada y restringida Mente-criatura es progenitora y causa. La fuente original de la perversión fue, ya hemos visto, la auto-limitación del alma individual atada a la auto-ignorancia debido a que se considera, mediante una exclusiva concentración, como auto-existente individualidad separada y considera toda la acción cósmica sólo como se presenta ante su propia conciencia individual, conocimiento, voluntad, fuerza, disfrute y ser limitado en lugar de verse como forma consciente del Uno y abarcar toda conciencia, todo conocimiento, toda voluntad, toda fuerza, todo disfrute y todo ser como uno solo con el suyo propio. La vida universal en nosotros, obedeciendo esta directiva del alma cautiva en la mente, llega a ser aprisionada en una acción individual. Existe y actúa como una vida separada con una insuficiente capacidad limitada que sufre y no abraza libremente el impacto y la presión de toda la vida cósmica que la rodea. Lanzada dentro del constante intercambio cósmico de Fuerza en el universo como una existencia pobre, limitada e individual, la Vida sufre al principio desamparadamente y obedece el gigantesco intercambio con sólo una mecánica reacción hacia todo aquello por lo que es atacada, devorada, disfrutada, usada, conducida. Pero tan pronto se desarrolla la conciencia, tan pronto la luz de su propio ser emerge de la inerte oscuridad del sueño involutivo, la existencia individual llega a ser débilmente consciente del poder que hay en ella y busca, primero nerviosamente y luego mentalmente, dominar, usar y disfrutar el juego. Este despertar a el Poder en ella es el gradual despertar al ser (yo). Pues la Vida es Fuerza y la Fuerza es Poder y el Poder es Voluntad y la Voluntad es la actividad de la Conciencia-Maestra. La Vida en el individuo llega a ser cada vez más y más consciente en sus profundidades de que ella también es la Voluntad-Fuerza de Sachchidananda que es dueño del universo y ella aspira a ser individualmente dueña de su propio mundo. Realizar su propio poder y dominar al igual que conocer su mundo es, por lo tanto, el creciente impulso de toda vida individual; ese impulso es una característica esencial de la creciente auto-manifestación de lo Divino en la existencia cósmica.

Mas aunque la Vida es Poder y el crecimiento de la vida individual significa el crecimiento del Poder individual, todavía el mero hecho de su ser, una dividida individualizada vida y fuerza, le impide llegar a ser realmente dueña de su mundo. Pues eso significaría ser dueña de la Omni-Fuerza, y es imposible para una conciencia dividida e individualizada con un dividido, individualizado y, por lo tanto, limitado poder y voluntad, ser dueña de la Omni-Fuerza; sólo la Omni-Voluntad puede ser eso y el individuo sólo puede serlo mediante el logro de llegar a ser nuevamente uno con la Omni-Voluntad y, por lo tanto, con la Omni-Fuerza. De otro modo, la vida individual en la forma individual debe siempre estar sujeta a los tres distintivos de su limitación: Muerte, Deseo e Incapacidad.

La muerte es impuesta a la vida individual por las condiciones de su propia existencia y por sus relaciones con la Omni-Fuerza que se manifiesta en el universo. Pues la vida individual es un juego particular de energía especializada en constituir, mantener, dinamizar y finalmente disolver, cuando termina su utilidad, una de las miríadas de

formas, las cuales todas sirven, cada una en su propio lugar, tiempo y ámbito, al juego total del universo. La energía de la vida en el cuerpo ha de soportar el ataque de las energías externas a ella en el universo; ha de atraerlas, alimentarlas y a su vez ser constantemente devorada por ellas. Todo la Materia, según el Upanishad, es alimento, y ésta es la fórmula del mundo material: "el comedor comiendo es a su vez comido". La vida organizada en el cuerpo está constantemente expuesta a la posibilidad de ser interrumpida por el ataque de la vida externa a ella o, al ser insuficiente su capacidad de devorar, o no satisfecha apropiadamente, o de no mediar el correcto equilibrio entre la capacidad de devorar y la capacidad o necesidad de proveer alimento para la vida exterior, es incapaz de protegerse, y es devorada o es incapaz de renovarse y, por lo tanto, desechada o destruida a través del proceso de la muerte para una nueva construcción o renovación.

No sólo eso sino que, según el lenguaje del Upanishad, la fuerza-vital es el alimento del cuerpo y el cuerpo el alimento de la fuerza-vital; en otras palabras, la energía vital en nosotros suministra el material por el que la forma se construye y constantemente se mantiene y se renueva, y al mismo tiempo usa constantemente la forma sustancial de sí misma que de esa forma crea y mantiene en la existencia. Si el equilibrio entre estas dos operaciones es imperfecto o está perturbado, o si el ordenado juego de las diferentes corrientes de fuerza-vital es arrancado de su engranaje, entonces se presentan la enfermedad y la decadencia, y comienza el proceso de desintegración. Y la lucha misma por el dominio consciente e incluso el crecimiento de la mente hace más difícil el mantenimiento de la vida. Pues hay una creciente demanda de energía-vital en la forma, una demanda que radica en el exceso del sistema original de suministro y perturba el equilibrio original de oferta y demanda, y antes que pueda establecerse un nuevo equilibrio, se presentan múltiples desórdenes hostiles a la armonía y a la prolongación del mantenimiento de la vida; además, el intento de dominio crea siempre una reacción correspondiente al entorno, que está lleno de fuerzas que también desean realizarse y, por lo tanto, son intolerantes, se alzan y atacan a la existencia que procura dominarlas. Allí también se altera un equilibrio, se genera una lucha más intensa; aunque fuerte la vida dominante, a no ser que sea ilimitada o logre establecer una nueva armonía con su entorno, no puede siempre resistir y triunfar, pues debe un día ser vencida y desintegrada.

Pero, aparte de todas estas necesidades, existe la fundamental necesidad de la naturaleza y objeto de la corporizada vida misma, que consiste en buscar la experiencia infinita sobre una base finita; y dada la forma, --(la base por su misma organización limita la posibilidad de la experiencia)--, esto sólo puede hacerse disolviéndola y buscando nuevas formas. Pues el alma, habiéndose limitado una vez mediante la concentración sobre el momento y el campo, es llevada a buscar nuevamente su infinitud mediante el principio de sucesión, sumando momento a momento y, de esa manera, almacenando una experiencia-Temporal que ella llama su pasado; en ese Tiempo se desplaza a través de sucesivos campos, sucesivas experiencias o vidas, sucesivas acumulaciones de conocimiento, capacidad y disfrute, y todo esto lo retiene en la memoria subconsciente o superconsciente como su fondo de pasado adquirido en el Tiempo. Para este proceso el cambio de forma es esencial, y para el alma envuelta en el cuerpo individual, el cambio de forma significa disolución del cuerpo por el cumplimiento de la ley y por la compulsión de la Omni-vida en el universo material, a su ley de suministro y demanda del material de la forma, a su principio de constante entrechoque y a la lucha de la vida corporizada para existir en un mundo de mutuo devorarse. Y esta es la Ley de la Muerte.

Esta es entonces la necesidad y justificación de la Muerte, no como negación de la Vida, sino como proceso de la Vida; la muerte es necesaria porque el eterno cambio de la forma es la única inmortalidad a la que la finita sustancia viviente puede aspirar y el eterno cambio de la experiencia la única infinitud que el alma finita, envuelta en el cuerpo viviente, puede lograr. Esta mutación de la forma no puede admitirse que sea mera renovación constante de la misma forma-típica como la que constituye nuestra vida corporal entre el nacimiento y la muerte; pues a menos que la forma-típica se modifique y la mente experimentadora sea proyectada dentro de nuevas formas en nuevas circunstancias de tiempo, lugar y entorno, no puede efectuarse la necesaria variación de la experiencia que exige la naturaleza misma de la existencia en el Tiempo y el Espacio. Y es sólo el proceso de la Muerte por disolución en que la vida es devorada por la Vida, es sólo la ausencia de libertad, la compulsión, la lucha, el dolor, la sujeción a algo que parece consistir en No-Ser, lo que hace que este necesario y salutífero cambio parezca terrible e indeseable para nuestra mentalidad mortal. Es el sentido de ser devorado, destruido, o forzado lo que constituye el aguijón de la Muerte, y lo que ni siquiera la creencia en la personal supervivencia sobre la muerte puede eliminar por completo.

Mas este proceso es una necesidad de ese devorarse mutuamente que vemos que es la ley inicial de la Vida en la Materia. La Vida, dice el Upanishad, es Hambre que es Muerte, y mediante este Hambre que es Muerte, asanaya mrtyuh, ha sido creado el mundo material. Pues la Vida asume aquí como molde la sustancia material, y la sustancia material es el Ser infinitamente dividido y procurando infinitamente agregarse; entre estos dos impulsos de infinita división y agregación infinita, está constituida la existencia material del universo. El intento del individuo, del átomo viviente, de mantenerse y agrandarse es el sentido total del Deseo; un físico, vital, moral y mental aumento mediante una cada vez mayor experiencia omniabarcante, una cada vez mayor omni-abarcante posesión, absorción, asimilación y disfrute, es el inevitable, fundamental e indestructible impulso de la Existencia, una vez dividida e individualizada con todo siempre secretamente consciente de su omni-abarcante y omniposeedora infinitud. El impulso de realizar esa secreta conciencia es la espuela del Divino cósmico, el deseo vehemente del corporizado Ser-en-sí (Yo) dentro de toda criatura individual; y es inevitable, justo y saludable que busque primero realizarlo en los términos de la vida mediante un creciente desarrollo y expansión. En el mundo físico esto sólo puede hacerse alimentándose en el entorno, agrandándose a través de la absorción de otros o de lo que los demás poseen; y esta necesidad es la justificación universal del Hambre en todas sus formas. Lo que devora debe asimismo ser devorado; pues la ley de intercambio, de acción y reacción, de limitada capacidad y, por lo tanto, de extinguirse y sucumbir finalmente, gobierna toda la vida del mundo físico.

En la mente consciente lo que todavía era sólo hambre vital en la vida subconsciente, se transforma en formas superiores; el hambre en las partes vitales se convierte en anhelo de Deseo en la vida mentalizada, en tensión de la Voluntad en la vida intelectual o pensante. Este movimiento del deseo debe continuar hasta que el individuo haya crecido lo suficiente como para que pueda, al fin, ser dueño de sí mismo y, mediante creciente unión con el Infinito, poseedor de su universo. El Deseo es la palanca mediante la cual el divino principio-Vital, efectúa su objetivo de autoafirmación en el universo y el intento de extinguirlo en pro de la inercia es una negación del divino principio-Vital, un Querer-no-ser que necesariamente es ignorancia; pues uno no puede dejar de ser individualmente excepto para ser infinitamente. El Deseo también solo puede cesar correctamente, convirtiéndose en deseo del infinito y satisfaciéndose con un logro celestial y una satisfacción infinita en la omni-poseedora bienaventuranza del Infinito. Mientras tanto ha de progresar desde el tipo de una mutuamente devoradora hambre hacia el tipo de donante mutuo, de crecientemente jubiloso sacrificio de intercambio; -(el individuo se brinda a los otros individuos y los recibe en intercambio; el inferior se entrega al superior y el superior al inferior de modo que se realicen uno en el otro; lo humano se entrega a lo Divino y lo Divino a lo humano; el Todo en el individuo se entrega al todo en el universo y recibe su realizada universalidad como una recompensa divina)--. Así la ley del Hambre debe dar lugar progresivamente a la ley del Amor; la ley de la División a la ley de la Unidad; la ley de la Muerte a la ley de la Inmortalidad. Esa es la necesidad, esa es la justificación, esa la culminación y auto-realización del Deseo que está actuando en el universo.

Y esta máscara de la Muerte que asume la Vida es producto del movimiento de la búsqueda finita en pro de la afirmación de su inmortalidad, de modo que el Deseo es el impulso de la Fuerza del Ser individualizado en la Vida para afirmar progresivamente en los términos de la sucesión del Tiempo y de la auto-extensión en el Espacio, en la estructura de lo finito, su Bienaventuranza infinita, el Ananda de Sachchidananda. La máscara del Deseo que ese impulso asume proviene directamente del tercer fenómeno de la Vida, su ley de incapacidad. La Vida es una Fuerza infinita que trabaja en los términos de lo finito; inevitablemente, a través de su abierta acción individualizada en lo finito, su omnipotencia debe aparecer y actuar como una capacidad limitada y una parcial impotencia, aunque detrás de todo acto del individuo, por más débil que sea, por más fútil que sea, por más titubeante que sea, debe estar la total presencia superconsciente y subconsciente de la infinita Fuerza omnipotente; sin esa presencia detrás de ella, no puede producirse el menor movimiento singular en el cosmos; en su suma de acción universal cada singular acto y movimiento se desprende del mandato de la omnisciencia omnipotente que trabaja como la Supermente inherente a las cosas. Mas la individualizada fuerza-vital está limitada a su propia conciencia y plena de incapacidad; pues ha de trabajar no sólo contra la masa de otras circundantes fuerzas-vitales individualizadas, sino también someterse al control y negación por parte de la Vida infinita con cuya voluntad y tendencia totales su propia voluntad y tendencia pueden no coincidir de inmediato. Por lo tanto, la limitación de la fuerza, el fenómeno de la incapacidad es la tercera de las tres características de la Vida individualizada y dividida. Por otra parte, el impulso de auto-agrandamiento y omni-posesión permanece y de ningún modo significa medirse ni limitarse por el límite de su actual fuerza o

capacidad. De ahí que, del abismo existente entre el impulso de poseer y la fuerza de posesión, surja el deseo; pues de no haber tal discrepancia, si la fuerza siempre pudiese tomar posesión de su objeto, siempre alcanzase su fin con seguridad, el deseo no llegaría a existir sino sólo una calma y auto-poseída Voluntad sin anhelos tal como es la Voluntad del Divino.

Si la fuerza individualizada fuera la energía de una mente libre de la ignorancia, no tendría lugar tal limitación ni tal necesidad de deseo. Pues una mente no separada de la supermente, una mente de conocimiento divino conocería la intención, ámbito e inevitable resultado de todo acto y no anhelaría ni lucharía sino que pondría en ejecución una asegurada fuerza auto-limitada en orden al inmediato objetivo a la vista. Extendiéndose más allá del presente, incluso emprendiendo movimientos que no tienden a suceder de inmediato, con todo no estaría sujeta a deseo o limitación. Pues los fallos del Divino son también actos de su omnisciente omnipotencia que conoce el tiempo y la circunstancia correctos para el inicio, las vicisitudes, los resultados inmediatos y finales de todas sus empresas cósmicas. La mente de conocimiento, al estar al unísono con la Supermente divina, participaría de esta ciencia y de este poder omni-determinante. Pero como hemos visto, la fuerza-vital individualizada aquí es una energía de la Mente individualizadora e ignorante, Mente que ha caído del conocimiento de su propia Supermente. Por lo tanto, la incapacidad es necesaria para sus relaciones en la Vida e inevitable en la naturaleza de las cosas; pues la omnipotencia práctica de una fuerza ignorante incluso en una limitada esfera es inconcebible, dado que en esa esfera una fuerza tal se asentaría contra la actividad de la divina y omnisciente omnipotencia y desajustaría la fijada finalidad de las cosas, —(una situación cósmica imposible)--. Por lo tanto, la primera ley de la Vida es la lucha de las fuerzas limitadas que aumentan su capacidad mediante esa lucha bajo el ímpetu conductor del deseo instintivo o consciente. Así como con el deseo, sucede igual con esta contienda; debe elevarse a una prueba de fuerza mutuamente auxiliadora, una lucha consciente de fuerzas hermanas en la que vencedor y vencido, o más bien el que influencia por la acción desde arriba y el que influencia por la replica de la fuerza desde abajo, deben ecuánimemente ganar y crecer. Y esto nuevamente ha de convertirse a su debido tiempo, en el choque feliz del intercambio divino, el vigoroso abrazo del Amor reemplazando al convulso abrazo de la contienda. Con todo, la contienda es el principio necesario y saludable. La Muerte, el Deseo y la Contienda son la trinidad de la vida dividida, la triple máscara del divino principio-Vital en su primer ensayo de autoafirmación cósmica.

Capítulo XXI - El Ascenso de la Vida

Que el sendero de la Palabra conduzca a los dioses hacia las Aguas por la labor de la Mente… Oh Llama, tú vas al océano del Cielo, hacia los dioses; tú haces que se encuentren juntos los dioses de los planos, las aguas que están en el reino de la luz por encima del sol y las aguas que habitan debajo.

El Señor del Deleite conquista el tercer estado; mantiene y gobierna acorde al Alma de la universalidad; como un halcón, como un milano, se asienta sobre la nave y la eleva, descubridor de la Luz, manifiesta el cuarto estado y hiende al océano pues es el agitador de estas aguas.

Tres veces Vishnú anduvo y mantuvo su pie levantado del polvo primero; tres pasos ha dado, el Guardián, el Invencible, y desde más allá sostiene sus leyes. Escudriña las actividades de Vishnú y contempla de donde ha manifestado sus leyes. Ese es su paso supremo visto siempre por los videntes como un ojo extendido en el cielo; que el iluminado, el despierto encienda en una llama resplandeciente, incluso el paso supremo de Vishnu.....

Rig Veda.

Hemos visto que así como la dividida Mente mortal, progenitora de la limitación, la ignorancia y las dualidades, es sólo una oscura figura de la supermente, de la auto-luminosa Conciencia divina en sus primeros tratos con la aparente negación de sí, desde la cual comienza nuestro cosmos, de igual manera la Vida, --(en la medida que

emerge en nuestro universo material, una energía de la divisora Mente subconsciente, sumergida, aprisionada en la Materia, la Vida como progenitora de la muerte, el hambre y la incapacidad)--, es sólo una oscura figura de la divina Fuerza superconsciente cuyos términos supremos son inmortalidad, deleite satisfecho y omnipotencia. Esta relación fija la naturaleza de ese gran proceso cósmico del que somos parte; determina los términos primeros, medios y últimos de nuestra evolución. Los primeros términos de la Vida son la división, una subconsciente voluntad conducida-por-la-fuerza, que se presenta no como voluntad sino como mudo apremio de la energía física, y la impotencia de una sujeción inerte a las fuerzas mecánicas que gobiernan el intercambio entre la forma y su entorno. Esta inconciencia y esta ciega pero potente acción de la Energía son el modelo del universo material tal como el científico lo ve y ésta su visión de las cosas se extiende y cambia por completo las bases de la existencia; es la conciencia de la Materia y el tipo realizado de vida material. Pero interviene un nuevo equilibrio, un nuevo juego de términos que aumenta en proporción conforme la Vida se libera de esta forma y empieza a evolucionar hacia la Mente consciente; pues los términos medios de la Vida son muerte y devorarse mutuamente, hambre y deseo consciente, el sentido de un espacio y capacidad limitados, y la lucha por crecer, expandir, conquistar y poseer. Estos tres términos son la base de ese estado de evolución que la teoría darwiniana primero clarificó para el conocimiento humano. Pues el fenómeno de la muerte implica en sí una lucha por sobrevivir, dado que la muerte es solo el término negativo en el que la Vida se esconde de sí y tienta a su propio ser positivo para que busque la inmortalidad. El fenómeno del hambre y el deseo implica una lucha en pro de un estado de satisfacción y seguridad, dado que el deseo es sólo el estimulo por el que la Vida tienta a su propio ser positivo a elevarse de la negación de su insatisfecha hambre hacia la posesión plena del deleite de la existencia. El fenómeno de la capacidad limitada implica lucha en pro de la expansión, del dominio y la posesión, --la posesión del yo y la conquista del entorno--, dado que limitación y defecto son sólo la negación por la que la Vida tienta a su propio ser positivo para que vaya en pos de la perfección de la cual es eternamente capaz. La lucha por la vida no sólo es lucha por sobrevivir, también es lucha por la posesión y la perfección, dado que aferrándose al entorno en mayor o menor grado, mediante auto-adaptación a él o adaptándolo a uno mismo mediante su aceptación y conciliación o por su conquista y cambio, puede asegurarse la supervivencia, e igualmente es cierto que sólo una perfección cada vez mayor puede asegurar una continua permanencia, una supervivencia duradera. Esta es la verdad que el darwinismo procuró expresar con la fórmula de la supervivencia de los más aptos.

Pero así como la mente científica procuro extender a la Vida el principio mecánico apropiado a la existencia y ocultó la conciencia mecánica en la Materia, sin ver que había ingresado un nuevo principio cuya razón misma de ser es someter a sí mismo lo mecánico, de igual manera la fórmula darwiniana fue usada para extender con demasiada amplitud el principio agresivo de la Vida, el egoísmo vital del individuo, el instinto y proceso de auto-preservación, auto-afirmación y vida agresiva. Pues estos dos primeros estados de la Vida contienen en sí mismos las semillas de un nuevo principio y de otro estado que debe crecer en proporción a cómo la Mente evoluciona a partir de la materia a través de la fórmula vital dentro de su propia ley. Y estas cosas deben cambiar más todavía cuando así como la Vida evoluciona hacia arriba en pos de la Mente, de igual manera la Mente evoluciona hacia arriba en pos de la Supermente o Espíritu. Precisamente porque la lucha por la supervivencia, el impulso en pos de la permanencia, está contradicho por la ley de la muerte, la vida individual está compelida, y usada, para asegurar la permanencia más bien para su especie que para sí misma; pero esto no puede hacerse sin la cooperación de los demás; y el principio de cooperación y mutua ayuda, el deseo de los demás, el deseo de la esposa, del hijo, del amigo y auxiliador, del grupo asociado, de la práctica de asociación, de la unión e intercambio conscientes son las semillas a partir de las cuales florece el principio del amor. Admitamos que el amor sea al principio sólo un extendido egoísmo y que este aspecto de extendido egoísmo persista y domine, como aún persiste y domina en las etapas superiores de la evolución: con todo, en la medida en que la mente evoluciona y se descubre cada vez más, llega por la experiencia de la vida, del amor y de la mutua ayuda a percibir que el individuo natural es un término menor del ser y existe por lo universal. Una vez que se descubre esto —como descubre inevitablemente el hombre al ser mental— su destino está determinado; pues ha alcanzado el punto en el que la Mente puede empezar a abrirse a la verdad de que hay algo más allá de ella; desde ese momento su evolución, aunque oscura y lenta, en pos de ese algo superior, en pos del Espíritu, en pos de la supermente, en pos del superhombre, está inevitablemente predeterminada.

Por lo tanto, la Vida está predestinada por su propia naturaleza a un tercer estado, un tercer juego de términos de su auto-expresión. Si examinamos este ascenso de la Vida

veremos que los últimos términos de su evolución real, los términos de lo que hemos llamado su tercer estado, deben necesariamente ser, en apariencia, la precisa contradicción y opuesto, aunque de hecho sean la precisa realización y transfiguración de sus primeras condiciones. La Vida empieza con las extremas divisiones y rigurosas formas de la Materia, y de esta rigurosa división, el átomo, que es la base de toda forma material, es el modelo preciso. El átomo está aparte de todos los demás incluso en su unión con ellos, rechaza la muerte y la disolución bajo cualquier fuerza ordinaria y es el modelo físico del ego separado que define su existencia contra el principio de la fusión en la Naturaleza. Mas la unidad es tan fuerte principio en la Naturaleza como la división; es ciertamente el principio maestro del que la división es sólo un término subordinado, y para el principio de la unidad toda forma dividida debe, por lo tanto, subordinarse, de un modo u otro, por necesidad mecánica, por compulsión, por asentimiento o por inducción. Por lo tanto, si la Naturaleza para sus propios fines, a fin de tener principalmente una base firme para sus combinaciones y una fijada simiente de las formas, permite al átomo resistir ordinariamente el proceso de fusión por disolución, ella lo compele a someterse al proceso de fusión por agregación; el átomo, al ser el agregado primero, es también la base primera de las unidades agregadas.

Cuando la Vida alcanza su segundo estado, el que reconocemos como vitalidad, toma la delantera el fenómeno contrario y la base física del ego vital es obligada a consentir la disolución. Sus componentes son disgregados de modo que los elementos de una vida pueden usarse para entrar en la formación elemental de otras vidas. La extensión en la cual reina esta ley en la Naturaleza no ha sido aún plenamente reconocida y ciertamente no puede serlo hasta que tengamos una ciencia de la vida mental y de la existencia espiritual tan sólida como nuestra actual ciencia de la vida física y de la existencia de la Materia. Con todo podemos ver ampliamente que no sólo los elementos de nuestro cuerpo físico, sino también los de nuestro más sutil ser vital, de nuestra energía-vital, de nuestro deseo-energía, de nuestros poderes, anhelos y pasiones, entran durante nuestra vida y después de nuestra muerte en la existencia-vital de los demás. Un antiguo conocimiento oculto nos dice que tenemos tanto una estructura vital como física y ésta también es disuelta tras la muerte y se presta para la constitución de otros cuerpos vitales; nuestras energías vitales, mientras vivimos, se mezclan continuamente con las energías de otros seres. Una ley parecida gobierna las relaciones mutuas de nuestra vida mental con la vida mental de otras criaturas pensantes. Hay una constante disolución y dispersión, y una reconstrucción efectuada por el choque de mente sobre mente con un constante intercambio y fusión de elementos. Intercambio, entremezcla y fusión de ser con ser, es el proceso mismo de la vida, una ley de su existencia.

Tenemos entonces dos principios en la Vida: la necesidad o la voluntad del ego separado de sobrevivir en su distinción y conservar su identidad, y la compulsión impuesta por la Naturaleza de fundirse con los demás. En el mundo físico ella hace mucho hincapié sobre el primer impulso; pues necesita crear estables formas separadas, dado que su primero y realmente su más difícil problema consiste en crear y mantener para ella cualquier cosa de esa índole como separativa supervivencia de individualidad y una forma estable para ello en el incesante flujo y movimiento de la Energía y en la unidad del infinito. Por lo tanto, en la vida atómica, la forma individual persiste como la base y asegura, mediante su agregación con otros, la existencia más o menos prolongada de las formas agregadas que serán la base de individualizaciones vitales y mentales. Pero tan pronto la Naturaleza ha asegurado suficiente firmeza a este respecto para el seguro manejo de sus ulteriores operaciones, invierte el proceso; la forma individual perece y la vida agregada se beneficia con los elementos de la forma que se disuelve de esa manera. Sin embargo, ésta no puede ser la última etapa; esa sólo puede alcanzarse cuando se armonicen los dos principios, cuando el individuo pueda persistir en la conciencia de su individualidad y con todo fundirse con los demás sin alteración del preservador equilibrio ni interrupción de la supervivencia.

Los términos del problema presuponen el pleno emerger de la Mente; pues en la vitalidad sin mente consciente no puede haber ecuación, sino sólo un temporal equilibrio inestable que culmina en la muerte del cuerpo, la disolución del individuo y la dispersión de sus elementos en la universalidad. La naturaleza de la Vida física prohíbe la idea de una forma individual que posea el mismo poder inherente de persistencia y, por lo tanto, de continuada existencia individual como los átomos de que está compuesta. Sólo un ser mental, sostenido por el nudo (nodo) psíquico dentro del cual se expresa o empieza a expresarse el alma secreta, puede esperanzadamente persistir mediante su poder de vincular el pasado al futuro en una corriente de continuidad que la disgregación de la forma puede quebrar en la memoria física sin necesidad de que se rompa en el ser mental y que, incluso mediante un eventual desarrollo, puede tender un puente sobre la brecha de la memoria física, creada por la muerte y el nacimiento del cuerpo. Tal como es, en el imperfecto desarrollo actual de la mente corporizada, el ser

mental es consciente en la masa de un pasado y un futuro que se extienden mas allá de la vida del cuerpo; toma conciencia de un pasado individual, de vidas individuales que crearon la suya y de las cuales él es un desarrollo y modificada reproducción y de futuras vidas individuales que él crea a partir de sí; es consciente también de una agregada vida pasada y futura a través de la cual su propia continuidad corre como una de sus fibras. Esto que es evidente para la ciencia física en los términos de la herencia, llega a ser de otro modo evidente para el alma en evolución detrás del ser mental en los términos de la personalidad persistente. El ser mental que expresa esta alma-conciencia es, por lo tanto, el nudo (nodo) del individuo persistente y de la persistente vida agregada con otros individuos; en él su unión y armonía se tornan posibles.

La asociación con el amor como su principio secreto y su emergente cima es el modelo, el poder de esta nueva relación y, por lo tanto, el principio rector del desarrollo en el tercer estado de la vida. La preservación consciente de la individualidad junto con la conscientemente aceptada necesidad y deseo de intercambio, auto-entrega y fusión con otros individuos, es necesaria para el funcionamiento del principio del amor; pues si queda abolida, la actividad del amor cesa, cualquiera sea el lugar que tome. El logro del amor por entera auto-inmolación, incluso con una ilusión de auto-aniquilación, es, por cierto, una idea y un impulso en el ser mental, pero apunta a un desarrollo más allá de este tercer estado de la Vida. Este tercer estado es una condición en la que progresivamente nos elevamos más allá de la lucha por la vida consistente en devorarse mutuamente y en la supervivencia de los más aptos para esa lucha; pues cada vez hay más supervivencia por mutua ayuda y auto-perfeccionamiento mediante adaptación mutua, intercambio y fusión. La Vida es autoafirmación de ser, incluso desarrollo y supervivencia del ego, pero de un ser que ha necesitado de otros seres, un ego que procura encontrar e incluir otros egos y ser incluido en la vida de éstos. Los individuos y los agregados (grupos de individuos), que desarrollan primordialmente la ley de asociación y la ley de amor, de ayuda común, bondad, afecto, camaradería, unidad, que armonizan más exitosamente la supervivencia y mutua auto-entrega, el grupo que incrementa al individuo y viceversa, y el individuo que incrementa al individuo y el grupo que hace lo propio con otro grupo, mediante intercambio mutuo, serán los más aptos para la supervivencia en este estado terciario de la evolución.

Este desarrollo es significativo del muy creciente predominio de la Mente que progresivamente impone su propia ley cada vez más sobre la existencia material. Pues la mente por su mayor sutileza no necesita devorar para asimilar, poseer y crecer; cuanto más da, más recibe y crece; y cuanto más se funde en los demás, éstos más se funden en ella, incrementando así el ámbito de su ser. La vida física se vacía cuando da demasiado y se arruina cuando devora demasiado; pero aunque la Mente en proporción a como se inclina sobre la ley de la Materia sufre la misma limitación, con todo, en el otro lado, en proporción a como crece en su propia ley, tiende a vencer esta limitación, y en proporción a como vence la limitación material, dando y recibiendo, llega a ser una sola. Pues en su ascenso crece en pos de la regla de unidad consciente en la diferenciación que es la ley divina del manifiesto Sachchidananda.

El segundo término del estado original de la vida es la voluntad subconsciente que en el estado secundario se convierte en hambre y deseo consciente, —hambre y deseo, la primera simiente de la mente consciente--. El crecimiento dentro del tercer estado de la vida por el principio de asociación, el crecimiento del amor, no deja sin efecto la ley del deseo, sino que más bien la transforma y realiza. El amor es en su naturaleza el deseo de darse a los demás y recibir a los demás en intercambio; es comercio entre ser y ser: La vida física no desea darse, sólo desea recibir. Es cierto que está compelida a darse, pues la vida que sólo recibe y no da debe tornarse estéril, marchitarse y perecer, —(si es que esa clase de vida es posible aquí o en cualquier mundo)--; pero está compelida, sin quererlo, y obedece al impulso subconsciente de la Naturaleza (Fuerza Consciente creadora de los mundos) sin participar conscientemente en él. Incluso cuando el amor interviene, al principio la auto-entrega todavía conserva en alto grado el carácter mecánico de la voluntad subconsciente en el átomo. El amor mismo al principio obedece a la ley del hambre y disfruta el recibir y sacar de los demás, más bien que el darse y rendirse a los demás, que admite principalmente como precio necesario para obtener la cosa que desea. Pero aquí no ha llegado aún a su verdadera naturaleza; su verdadera ley es establecer un comercio igual en el que la dicha de dar se iguale a la dicha de recibir y tienda, al fin, a convertirse en aun mayor; pero eso ocurre cuando se lanza más allá de sí, bajo la presión de la llama física para alcanzar la realización de la completa unidad y, por lo tanto, ha de realizar a aquellos que le parecieron como separados, aquello que le pareció (no-yo) como un ser (yo) más grande y querido que su propia individualidad. En su origen-vital, la ley del amor es el impulso de realizarse y lograrse uno mismo en los demás y por los demás, de enriquecerse enriqueciendo, de poseer y ser poseído pues sin ser poseído no se posee uno mismo por completo.

La incapacidad inerte de la existencia atómica de poseerse, la sujeción del individuo material al (no-yo), pertenece al primer estado de la vida. La conciencia de la limitación y la lucha por poseer, por dominar al ser (yo) y al los demás (no-yo), es el modelo del estado secundario. Aquí también el desarrollo hacia el tercer estado trae una transformación de los términos originales dentro de un logro y una armonía que repite los términos mientras aparentemente los contradice. Adviene, a través de la asociación y del amor un reconocimiento de los demás (no-yo) como ser (yo) mayor y, por lo tanto, una sumisión conscientemente aceptada a su ley y necesidad que realiza el creciente impulso de la vida de grupo a absorber al individuo; y hay una posesión nuevamente, por parte del individuo, de la vida de los demás como la suya propia y de todo lo que ha de dársele como suyo propio, que realiza el impulso opuesto de la posesión individual. Esta relación de mutualidad entre el individuo y el mundo en que vive no puede expresarse, completarse ni asegurarse a menos que se establezca la misma relación entre individuo e individuo y entre grupo y grupo. Todo el difícil esfuerzo del hombre en pro de la armonización de la autoafirmación y de la libertad, por la que se posee a sí mismo, con la asociación y amor, fraternidad, camaradería, en las que se entrega a los demás, --(sus ideales de armonioso equilibrio, justicia, mutualidad, igualdad por los que crea un equilibrio de los dos opuestos)--, son en realidad un intento inevitablemente Predeterminado en sus lineamientos para resolver el problema original de la Naturaleza, el problema de la Vida misma, mediante la resolución del conflicto entre los dos opuestos que se presentan en los fundamentos mismos de la Vida en la Materia. La resolución es intentada por el principio superior de la Mente que sólo puede hallar el camino hacia la armonía buscada, aunque la armonía misma solo pueda hallarse en un Poder todavía más allá de nosotros.

Pues, si los datos con que hemos partido son correctos, el fin del camino, la meta misma sólo puede ser alcanzada por la Mente yendo más allá de Sí misma dentro de eso que está más allá de la Mente, dado que de Eso (la Mente) es sólo un término inferior y un instrumento primeramente para el descenso en la forma y la individualidad, y secundariamente para el re-ascenso a la realidad que la forma corporizada y la individualidad representan. Por lo tanto, la solución perfecta del problema de la Vida no es posible realizarla por asociación, intercambio ni conveniencias solo del amor o a través de la ley de la mente y del corazón . Debe llegar por un cuarto estado de la vida en el que la eterna unidad de los muchos se realiza a través del espíritu y el fundamento consciente de todas las operaciones de la vida no estriba más en la división del cuerpo, ni en las pasiones y hambres de la vitalidad, ni en las agrupadoras e imperfectas armonías de la mente, ni en una combinación de todos estos, sino en la unidad y libertad del Espíritu.

Capítulo XXII - El Problema de la Vida

Esto es lo que es llamado la Vida universal.
Taittiriya Upanishad

El Señor está asentado en el corazón de todos los seres girando todos los seres montados sobre una maquinaria, mediante su Maya
Gita

Quien conoce la Verdad, el Conocimiento, la Infinitud que es Brahman, disfrutará con el omnisapiente Brahman todos los objetos del deseo.
Taittiriya Upanishad

Como hemos visto, la Vida es la puesta en marcha, bajo ciertas circunstancias cósmicas, de una Fuerza-Consciente que es en su propia naturaleza infinita, absoluta, no-trabada, inalienablemente dueña de su propia unidad y bienaventuranza, la Fuerza-Consciente de Sachchidananda. La circunstancia central de este proceso cósmico, --(en la medida en que difiere en sus apariencias de la pureza de la Existencia infinita y de la auto-posesión de la Energía indivisa)--, es la divisora facultad de la Mente oscurecida por la ignorancia. Así resulta que desde esta dividida acción, de una Fuerza indivisa, la aparición de dualidades, oposiciones, y aparentes negaciones de la naturaleza de Sachchidananda que existen como una duradera realidad para la mente, pero sólo como un fenómeno que representa mal una múltiple Realidad para la divina Conciencia cósmica oculta detrás del velo de la mente. De aquí que el mundo asuma la apariencia

de un conflicto de opuestas verdades, cada una buscando realizarse, cada una con derecho a la realización, y por lo tanto de una masa de problemas y misterios que han de resolverse porque detrás de toda esta confusión está la oculta Verdad y Unidad que presiona para la solución y, mediante la solución para su propia desvelada manifestación en el mundo.

Esta solución ha de buscarla la mente, más no la mente sola; ha de ser una solución en la Vida, en el acto de ser al igual que en la conciencia de ser. La Conciencia como Fuerza ha creado el movimiento-del-mundo y sus problemas; la Conciencia como Fuerza ha de resolver los problemas que ha creado y llevar el movimiento-del-mundo a la inevitable realización de su sentido secreto y de su Verdad evolutiva. Más esta Vida ha tomado sucesivamente tres apariencias. La primera es material, —(una conciencia sumergida está oculta en su superficial acción expresiva y formas representativas de la fuerza; pues la conciencia misma desaparece de la vista en el acto y se pierde en la forma)--. La segunda es vital, —una emergente conciencia que es semi-aparente como poder de la vida y proceso del crecimiento, de la actividad y de la decadencia de la forma, que está semi-liberada de su prisión original, que ha llegado a ser vibrante en el poder, como vital anhelo y satisfacción o repulsión, pero al principio no totalmente y luego sólo imperfectamente vibrante en la luz como conocimiento de su propia auto-existencia y de su entorno)-. La tercera es mental, —una conciencia emergida refleja el hecho de la vida como sentido mental y sensible percepción e idea, mientras que como una nueva idea procura llegar a ser un hecho de la vida, modifica lo interno y trata de modificar satisfactoriamente la existencia externa del ser). Aquí, en la mente, la conciencia se libera de su prisión en el acto y en la forma de su propia fuerza; pero todavía no es dueña del acto y de la forma porque ha emergido como una conciencia individual y, por lo tanto, es consciente solo de un movimiento fragmentario de sus propias actividades totales.

Toda la cruz y dificultad de la vida humana reside allí. El hombre es este ser mental, esta conciencia mental que actúa como fuerza mental, consciente en un sentido de la fuerza universal y de la vida de la cual él es una parte pero, debido a que el no tiene conocimiento de su universalidad ni siquiera de la totalidad de su propio ser, resulta incapaz de encarar ya sea la vida en general, ya sea su propia vida en un realmente efectivo y victorioso movimiento de dominio. Busca conocer la Materia a fin de ser dueño del entorno material, conocer la Vida a fin de ser dueño de la existencia vital, conocer la Mente a fin de ser dueño del gran movimiento oscuro de la mentalidad en la que él no es sólo un chorro de luz de la auto-conciencia como el animal, sino también cada vez más una llama de creciente conocimiento. Busca así conocerse para ser dueño de sí mismo, conocer el mundo para ser dueño del mundo. Este es el apremio de la existencia en él, la necesidad de la Conciencia que él es, el impulso de la Fuerza que es su vida, la secreta voluntad de Sachchidananda que aparece como el individuo en un mundo en él que Él se expresa y con todo parece negar a Sí Mismo. Hallar las condiciones bajo las cuales se satisface este impulso interior es el problema que el hombre siempre debe pugnar por resolver y al que está compelido por la naturaleza misma de su propia existencia y por la Deidad asentada dentro de él; y hasta que el problema se resuelva y se satisfaga el impulso, la especie humana no puede descansar de su labor. El hombre debe realizarse satisfaciendo lo Divino dentro de él mismo o debe producir a partir de él mismo un ser nuevo y mayor que sea más capaz de satisfacerlo. O bien debe llegar a ser una divina humanidad, o bien dar lugar al Superhombre.

Esto resulta de la lógica misma de las cosas porque, --(al no ser la conciencia mental del hombre la completamente iluminada conciencia emergida por entero del oscurecimiento de la Materia sino sólo un término progresivo en el gran emerger)--, la línea de la creación evolutiva en la que él ha aparecido no puede detenerse donde está ahora, sino que debe seguir ya sea más allá de su propio estado actual o ya sea más allá de él como especie si él mismo no tiene la fuerza para ir más adelante. La idea mental que procura convertirse en hecho de la vida debe continuar hasta convertirse en la Verdad total de la existencia, liberándose de sus sucesivas envolturas, revelada y progresivamente realizada en la luz de la conciencia y gozosamente realizada en el poder; pues en y a través de estos dos términos del poder y de la luz, la Existencia se manifiesta, porque la existencia es en su naturaleza Conciencia y Fuerza; pero el tercer término en el que éstos, sus dos componentes, se encuentran, se convierte en uno solo y en última instancia se realizan, es el satisfactorio Deleite de la auto-existencia. Para una vida evolutiva como la nuestra, esta inevitable culminación debe necesariamente significar el hallazgo del ser (Yo) que estaba contenido en la simiente de su propio nacimiento y, con ese auto-hallazgo, se completa la labor iniciada a partir de las potencialidades depositadas en el movimiento de la Fuerza-Consciente desde la que esta vida tomó su elevación. La potencialidad así contenida en nuestra existencia

humana es Sachchidananda realizándose a Sí mismo en cierta armonía y unificación de la vida individual y la universal de modo que la humanidad expresará, en una conciencia común, en un movimiento común del poder y en un deleite común, al Algo trascendente que se plasmó dentro de esta forma de las cosas.

Toda vida depende para su naturaleza del equilibrio fundamental de su propia conciencia constituyente; pues así como es la Conciencia, así será la Fuerza. Donde la Conciencia es infinita, una, trascendente de sus actos y formas, incluso cuando los abarca y conforma, cuando los organiza y ejecuta, como es la conciencia de Sachchidananda, así será la Fuerza, infinita en su alcance, una en sus obras, trascendente en su poder y auto-conocimiento. Donde la Conciencia es como la de la Naturaleza material, --(sumergida, auto-olvidada, siguiendo el rumbo de su propia Fuerza sin parecer saberlo, incluso aunque por la naturaleza misma de la relación eterna entre los dos términos realmente determina el rumbo que sigue)--, así será la Fuerza; será un monstruoso movimiento de lo Inerte e Inconsciente, desconocedor de lo que contiene, que parece realizarse mecánicamente por una suerte de accidente inexorable, una inevitablemente feliz probabilidad, aunque todo ese tiempo en realidad obedezca infaliblemente a la ley de lo Correcto y de la Verdad fijada a ese efecto mediante la voluntad del Celestial Ser-Consciente oculto dentro de su movimiento. Donde la Conciencia está dividida en sí misma, como en la Mente, limitándose en multiples centros, poniendo a cada uno a realizarse sin conocimiento de lo que sucede en los otros centros y de sus relaciones con los otros, consciente de las cosas y fuerzas en su aparente división y oposición unas con otras pero no en su real Unidad, tal será la Fuerza: será una vida como la que somos y vemos a nuestro alrededor; será un choque y entrelazamiento de vidas individuales que buscan cada una su propia realización sin conocer su relación con los demás, una conflictiva y difícil adaptación de fuerzas divididas y opuestas o diferentes y, en la mentalidad, una mezcla, un chocar y luchar, y una insegura combinación de ideas divididas y opuestas o divergentes que no pueden ni arribar al conocimiento de su mutua necesidad ni tomar su lugar como elementos de esa Unidad detrás, la cual está expresándose a través de ellas y en la que deben cesar sus discordias. Pero donde la Conciencia está en posesión de la diversidad y de la unidad y la última contiene y gobierna a la primera, donde es consciente simultáneamente de la Ley, de la Verdad y de lo Correcto del Todo, y de la Ley, la Verdad y lo Correcto del individuo y ambos llegan a ser armonizados conscientemente en una mutua unidad, donde la naturaleza total de la conciencia es el Uno que se conoce como los Muchos y los Muchos que se conocen como el Uno, allí la Fuerza también será de la misma naturaleza: será una Vida que conscientemente obedece a la ley de la Unidad y realiza cada cosa en la diversidad acorde a su regla y función apropiadas; será una vida en la que todos los individuos vivan a la vez en sí mismos y uno para otro como un solo Ser consciente en muchas almas, un solo poder de la Conciencia en muchas mentes, una sola dicha de la Fuerza actuando en muchas vidas, una sola realidad del Deleite realizándose en muchos corazones y cuerpos.

La primera de estas cuatro posiciones, la fuente de toda esta progresiva relación entre la Conciencia y la Fuerza, es su equilibrio en el ser de Sachchidananda donde son uno solo; pues allí la Fuerza es conciencia del ser estructurándose sin cesar jamás de ser conciencia y la Conciencia es análogamente Fuerza luminosa del ser eternamente consciente de sí misma y de su propio Deleite, sin cesar jamás de ser este poder de completa luz y auto-posesión. La segunda relación es la de la Naturaleza material; es el equilibrio del ser en el universo material que es la gran negación de Sachchidananda por parte de El Mismo: pues aquí está la aparente separación completa de Fuerza y Conciencia, el engañoso milagro del omni-gobernante e infalible Inconsciente que es sólo la máscara, pero que el conocimiento moderno ha confundido con el rostro real de la Deidad cósmica. La tercera relación es el equilibrio del ser en la Mente y en la Vida que vemos emergiendo a partir de esta negación, perturbada por ella, luchando —(sin posibilidad alguna de cese por sumisión, pero también sin ningún claro conocimiento ni instinto de una solución victoriosa), contra los mil y un problemas que implica esta perpleja aparición del hombre, --el semi-potente ser consciente--, a partir de la omnipotente Inconsciencia del universo material. La cuarta relación es el equilibrio del ser en la Supermente: es la existencia realizada que eventualmente resolverá todo este complejo problema creado por la parcial afirmación que emerge a partir de la negación total; y es menester que se resuelva del único modo posible, mediante la completa afirmación que realice todo lo que estaba allí secretamente contenido en la potencialidad y propuesto en el hecho de la evolución detrás de la mascara de la gran negación. Esa es la vida real del Hombre real, hacia la que esta vida parcial y esta parcial humanidad irrealizada tiende con El perfecto Conocimiento y guía en el denominado Inconsciente dentro de nosotros, pero en nuestras partes conscientes únicamente con una oscura y pugnante previsión, con fragmentos de realización, con vislumbres del ideal, con destellos de revelación e inspiración en el poeta y en el

profeta, en el vidente y en él que busca trascender, en el místico y en el pensador, en los grandes intelectos y en las grandes almas de la humanidad.

De los datos que ahora tenemos ante nosotros podemos ver que las dificultades que surgen del imperfecto equilibrio de la Conciencia y la Fuerza en el hombre en su actual estado de la mente y la vida, son principalmente tres. Primera, es consciente sólo de una pequeña parte de su ser; su mentalidad superficial, su vida superficial, su físico ser superficial es todo cuanto conoce y de esto no conoce todo; debajo está la oculta agitación de su subconsciente y su subliminal mente, de sus impulsos-vitales subconscientes y subliminales, de su corporeidad subconsciente, toda esa gran parte de él que no conoce ni puede gobernar, sino que más bien le conoce y le gobierna a él. Pues, al ser la existencia, la conciencia y la fuerza una sola cosa, sólo podemos tener algún poder real sobre una parte apreciable de nuestra existencia si nos identificamos con ella mediante auto-conocimiento; el resto, debe ser gobernado por su propia conciencia que es subliminal para nuestra mente, vida y cuerpo superficiales. Y con todo, al ser ambos un solo movimiento y no dos movimientos separados, la mayor y más potente parte de nosotros debe gobernar y determinar en la masa a la más pequeña y menos poderosa; por lo tanto estamos gobernados por el subconsciente y el subliminal incluso en nuestra existencia consciente, y en nuestro auto-dominio y auto-dirección sólo somos instrumentos de lo que nos parece el Inconsciente dentro de nosotros.

Esto es lo que señaló la antigua sabiduría cuando dijo que el hombre se imagina como el hacedor del trabajo mediante su libre albedrío, pero en realidad la Naturaleza determina todas sus obras e incluso el sabio está obligado a seguir su propia Naturaleza. Pero dado que la Naturaleza es la fuerza creadora de la conciencia del Ser dentro de nosotros, que está enmascarado por Su propio movimiento inverso y aparente negación de El Mismo, llamaron, a ese movimiento creador inverso de Su conciencia, Maya o Poder-Ilusión del Señor y dijeron que todas las existencias son hechas girar como sobre una máquina mediante Su Maya por el Señor que mora en el corazón de todas las existencias. Es evidente entonces que sólo por el hombre que de tal modo supera a la mente como para llegar a ser uno en el auto-conocimiento con el Señor, puede llegar a ser dueño de su propio ser. Y dado que esto no es posible en la inconsciencia ni en el subconsciente mismo, dado que no puede obtenerse provecho de hundirnos en nuestras profundidades en pos del Inconsciente, es sólo internándonos donde el Señor mora y ascendiendo hasta lo que todavía es super-consciente para nosotros, hasta la Supermente, que esta unidad puede establecerse por completo. Pues allí, en la Maya superior y divina está el conocimiento consciente en su ley y verdad, de lo que trabaja en el subconsciente mediante la Maya inferior bajo las condiciones de la Negación que busca convertirse en Afirmación. Pues esta Naturaleza inferior estructura lo que se quiere y conoce en esa Naturaleza superior. La Ilusión-Poder del conocimiento divino en el mundo, que crea apariencias, está gobernada por la Verdad-Poder del mismo conocimiento que conoce la verdad detrás de las apariencias y mantiene lista para nosotros la Afirmación en pos de la cual trabajan. El Hombre parcial y aparente descubrirá aquí al Hombre perfecto y real, capaz de un ser enteramente auto-consciente por su plena unidad con ese Auto-existente que es el señor omnisciente de Su propia evolución y procesión cósmicas.

La segunda dificultad es que el hombre está separado en su mente, su vida, su cuerpo, de lo universal y, por tanto, incluso como no se conoce a sí mismo, es igualmente y aun más incapaz de conocer a sus criaturas-semejantes. Mediante inferencias, teorías, observaciones y cierta capacidad imperfecta de simpatía, forma una tosca construcción mental acerca de sus semejantes; pero esto no es conocimiento. El conocimiento puede sólo llegar por medio de la identidad consciente, pues eso es el único conocimiento verdadero, -la existencia consciente de sí misma--. Sabemos lo que somos en la medida en que tenemos plena conciencia de nosotros, el resto está oculto; de igual manera podemos en realidad llegar a conocer aquello con lo que nosotros llegamos a ser uno en nuestra conciencia, pero sólo en la medida en que podamos llegar a ser uno con ello. Si los medios del conocimiento son indirectos e imperfectos, el conocimiento obtenido será también indirecto e imperfecto. Nos capacitará para elaborar con una cierta precaria torpeza pero todavía bastante perfectamente desde nuestro punto de vista mental, ciertos limitados objetivos prácticos, necesidades, conveniencias, una cierta imperfecta e insegura armonía de nuestras relaciones con lo que conocemos; pero sólo mediante una unidad consciente con ello podemos arribar a una relación perfecta. Por lo tanto debemos arribar a una consciente unidad con nuestros seres-semejantes y no meramente a la simpatía creada por el amor o la comprensión creada por el conocimiento mental que siempre serán el conocimiento de su existencia superficial y por lo tanto imperfecta en sí y sujeta a la negación y a la frustración por la irrupción de lo desconocido y no-dominado desde el subconsciente o

el subliminal en ellos y en nosotros. Pero esta unidad consciente sólo puede establecerse ingresando en aquello en lo que somos uno solo con ellos, lo universal; y la plenitud de lo universal existe conscientemente sólo en lo que es super-consciente para nosotros, en la Supermente: pues aquí en nuestro ser normal la mayor parte del mismo es subconsciente y, por lo tanto, no puede poseerse en este normal equilibrio de mente, vida y cuerpo. La naturaleza consciente inferior está esclavizada al ego en todas sus actividades, encadenada triplemente al poste de la individualidad diferenciada. La Supermente solo rige la unidad en la diversidad.

La tercera dificultad es la división entre la fuerza y la conciencia en la existencia evolutiva. Primero existe la división que ha sido creada por la evolución misma en sus tres sucesivas formaciones de Materia, Vida y Mente, cada una con su propia ley de actividad. La Vida está en guerra con el cuerpo; trata de forzarlo a satisfacer los deseos, impulsos, satisfacciones y demandas vitales desde su limitada capacidad, que sólo podrían ser posibles para un cuerpo inmortal y divino; y el cuerpo, esclavizado y tiranizado, sufre y está en constante muda revuelta contra las demandas que le plantea la Vida. La Mente está en guerra con ambos: a veces ayuda a la Vida contra el Cuerpo, otras restringe la urgencia vital y procura proteger la estructura corporal de los deseos, pasiones y desbordadas energías vitales; también busca poseer la Vida y volcar su energía hacia los fines de la mente, hacia los máximos deleites de la propia actividad mental, hacia la satisfacción de objetivos mentales, estéticos y emocionales, y hacia su realización en la existencia humana; y la Vida también se halla esclavizada, equivocadamente empleada y en frecuente insurrección contra el ignorante tirano semi-sabio asentado sobre ella. Esta es la guerra de nuestros miembros que la mente no puede resolver satisfactoriamente pues ha de tratar un problema insoluble para ella, la aspiración de un ser inmortal en una vida y cuerpo mortales. Puede sólo arribar a una larga sucesión de compromisos y concluir en un abandono del problema, ya sea con el materialista, mediante sumisión a la mortalidad de nuestro ser aparente, o con el asceta y el fundamentalista religioso, mediante el rechazo y condena de la vida terrena y por el retiro en pos de más felices y cómodos campos de la existencia. Pero la verdadera solución reside en hallar el principio más allá de la Mente, del cual la Inmortalidad es la ley, y en conquistar mediante ella la mortalidad de nuestra existencia.

Pero existe también esa fundamental división interior entre la fuerza de la Naturaleza y el ser consciente que es la causa original de esta incapacidad. Allí no sólo hay una división entre ser mental, vital y físico, sino que, a su vez, cada uno de ellos, está dividido contra sí. La capacidad del cuerpo es menor que la capacidad del alma instintiva o ser consciente, el físico Purusha dentro de ella; la capacidad de la fuerza vital es menor que la capacidad del alma impulsiva, el consciente ser vital o Purusha dentro de ella; la capacidad de la energía mental es menor que la capacidad del alma intelectual y emocional, el Purusha mental dentro de ella. Pues el alma es la conciencia interior que aspira a su completa auto-realización y, por lo tanto, siempre excede la formación individual del momento, y la Fuerza que ha tornado su equilibrio en la formación es siempre empujada por su alma hacia lo que es anormal para el equilibrio, trascendente de él; empujada de esa manera, constantemente, tiene demasiados trastornos para responder, aún más para evolucionar de la actual a una capacidad mayor. Al tratar de satisfacer las demandas de esta alma triple, se distrae y se deja llevar hasta colocar instinto contra instinto, impulso contra impulso, emoción contra emoción, idea contra idea, satisfaciendo esto, negando aquello, luego arrepintiéndose y retornando a lo hecho, ajustando, compensando, reajustando ad infinitum pero sin llegar a principio alguno de unidad. Y en la mente nuevamente el poder-consciente, que ha de armonizar y unir, está no sólo limitado en su conocimiento y en su voluntad, sino que también el conocimiento y la voluntad están separados y a menudo en discordia. El principio de la unidad está arriba en la supermente; pues sólo allí la unidad es consciente de todas las diversidades; pues sólo allí el conocimiento y la voluntad son iguales y en perfecta armonía; sólo allí la Conciencia y la Fuerza arriban a su divina ecuación.

El hombre, en proporción a como se desarrolla dentro de un ser auto-consciente y verdaderamente pensante, llega a ser agudamente consciente de toda esta discordia y separación en sus partes y busca llegar a una armonía de su mente, vida y cuerpo; una armonía de su conocimiento, voluntad y emoción; una armonía de todos sus miembros. A veces este deseo se detiene en el logro de un trabajoso compromiso que traerá consigo paz relativa; pero el compromiso sólo puede ser un alto en el camino, dado que la Deidad interior no se satisfará eventualmente con menos que una perfecta armonía que combine en sí misma el desarrollo integral de nuestras multilaterales potencialidades. Menos que esto sería una evasión del problema, no su solución, o solo una temporaria solución provista como sitio de descanso para el alma en su auto-agrandamiento y ascensión continuos. Tal perfecta armonía demandaría como términos

esenciales una mentalidad perfecta, un juego perfecto de la fuerza vital, una existencia física perfecta. ¿Pero dónde, en lo radicalmente imperfecto, hallaremos el principio y poder de la perfección? La mente enraizada en la división y la limitación no puede proporcionárnoslo y tampoco lo pueden la vida ni el cuerpo que son la energía y la estructura de la mente divisora y limitadora. El principio y poder de la perfección están allí en el subconsciente pero envueltos en el tegumento o velo de la Maya inferior, una muda premonición que emerge como un irrealizado ideal; en el super-consciente ellos – el principio y el poder de la perfección--, esperan, abiertos, eternamente realizados, pero, aún separados de nosotros por el velo de nuestra auto-ignorancia. Es arriba, entonces, y no en nuestro actual equilibrio ni debajo del mismo, que debemos buscar el poder y conocimiento reconciliadores.

De igual modo, el hombre, en la medida que evoluciona, deviene agudamente consciente de la discordia e ignorancia que gobiernan sus relaciones con el mundo, agudamente intolerante a ese respecto, cada vez más enquistado en pos de un principio de armonía, paz, dicha y unidad. Esto también solo puede llegarle desde arriba. Pues sólo desarrollando una mente que tenga el conocimiento de la mente de los demás como de sí misma, libre de nuestra mutua ignorancia y mala interpretación, una voluntad que sienta y se unifique con la voluntad de los demás, un corazón emocional que contenga las emociones de los demás como propias, una fuerza-vital que sienta las energías de los demás y las acepte para sí y busque satisfacerlas como propias, y un cuerpo que no sea muro de prisión ni defensa contra el mundo, --(sino todo esto bajo la ley de una Luz y una Verdad que trasciendan las aberraciones y errores, el mucho pecado y falsedad de nuestras mentes, voluntades, emociones y energías-vitales y también de los demás)--, solo así la vida del hombre puede espiritual y prácticamente llegar a ser una sola con la de sus seres-semejantes y recobrar el individuo su propio ser (yo) universal. El subconsciente tiene esta vida del Todo y el super-consciente la tiene, pero bajo condiciones que necesitan nuestro movimiento ascendente. Pero no hacia el Dios oculto en el "inconsciente océano donde la oscuridad está envuelta dentro de la oscuridad", sino hacia el Dios que mora en el mar de la eterna luz ; en el éter supremo de nuestro ser, está el ímpetu original que ha llevado hacia arriba a la evolutiva alma al modelo de nuestra humanidad.

Por lo tanto, a menos que la especie caiga a un costado del camino y deje la victoria a otras y nuevas creaciones de la inquieta y productiva Madre, debe aspirar a este ascenso, conducido ciertamente a través del amor, la iluminación mental y el impulso vital de posesión de sí y auto-entrega, pero conduciendo más allá a la unidad supramental que las trasciende y realiza; en el fundamento de la vida humana sobre la realización supramental de la unidad consciente con el Uno y con todos en nuestro ser y en todos sus miembros, la humanidad debe buscar su bien y salvación finales. Y esto es lo que hemos descrito como el cuarto estado de la Vida en su ascenso hacia la Deidad.

Capítulo XXIII - El Doble Alma en el Hombre

Purusha, yo interior, no más grande que el tamaño del pulgar de una mano.
Katha Upanishad

Quien conoce a este Yo que es el que come la miel de la existencia y el señor de lo que es y será, desde entonces no se sobrecoge.
Katha Upanishad

¿De qué tendrá pesar, cómo será engañado quien ve la Unidad por doquier?
Isha Upanisha

Quien ha encontrado la bienaventuranza de lo Eterno, nada teme.
Taittiriya Upanishad

Descubrimos que el primer estado de la Vida se caracteriza por un mudo e inconsciente impulso o estimulo, una fuerza de alguna voluntad envuelta en la existencia material o atómica, no libre ni dueña de si o de sus obras o resultados, sino poseída por entero por el movimiento universal en el que surge como la oscura e informe semilla de la individualidad. La raíz del segundo estado es el deseo, el ansia de poseer aunque limitada en la capacidad; el retoño, el brote del tercero es el Amor que busca poseer y

ser poseído, recibir y darse; la fina flor del cuarto, su signo de perfección, lo concebimos como el puro y pleno emerger de la voluntad original, la iluminada realización del deseo intermedio, la elevada y profunda satisfacción del consciente intercambio de Amor mediante la unificación del estado del poseedor y el poseído en la divina unidad de las almas que es el fundamento de la existencia supramental. Si examinamos con cuidado estos términos veremos que son formas y etapas de la búsqueda del alma en pos del deleite individual y universal de las cosas; el ascenso de la Vida es en su naturaleza el ascenso del divino deleite en las cosas desde su muda concepción en la Materia, a través de las vicisitudes y oposiciones, hasta su luminosa consumación en el Espíritu.

Al ser el mundo lo que es, y no puede ser de otro modo. Pues el mundo es enmascarada forma de Sachchidananda, y la naturaleza de la conciencia de Sachchidananda y, por lo tanto, la cosa en la que Su fuerza debe siempre hallarse y lograrse es divina Bienaventuranza, un omnipresente auto-deleite. Dado que la Vida es una energía de Su fuerza-consciente, el secreto de todos sus movimientos debe ser un oculto deleite inherente a todas las cosas que es a la vez causa, motivo y objeto de sus actividades; y si por razón de la egoísta división se pierde ese deleite, si se lo tiene detrás de un velo, si se lo representa como su propio opuesto, incluso si el ser está enmascarado en la muerte, la conciencia figure como el inconsciente y la fuerza se burle bajo el disfraz de la incapacidad, entonces, lo que vive no puede ser satisfecho, no puede ni descansar del movimiento ni cumplir el movimiento a no ser que se afirme en este deleite universal que es, a la vez, el secreto deleite total de su propio ser, y el original omni-abarcante, omni-informante, omni-elevador deleite del trascendente e inmanente Sachchidananda. Ir en procura del deleite es, por lo tanto, el fundamental impulso y el sentido de la Vida, hallarlo, poseerlo y realizarlo es su motivo total.

¿Más dónde está en nosotros este principio del Deleite? ¿A través de qué término de nuestro ser se manifiesta y realiza en la acción del cosmos como el principio de la Fuerza-Consciente manifiesta y usa la Vida para su término cósmico y el principio de la Supermente manifiesta y usa la Mente? Hemos distinguido un cuádruplo principio del divino Ser creador del universo, —Existencia, Fuerza-Consciente, Bienaventuranza y Supermente--. La Supermente, lo hemos visto, es omnipresente en el cosmos material, pero velada; está detrás del fenómeno real de las cosas, y ocultamente se expresa allí. Pero usa en su actuación a su propio término subordinado, la Mente. La divina Conciencia-Fuerza es omnipresente en el cosmos material, pero velada, opera secretamente detrás de los fenómenos reales de las cosas, y se expresa allí característicamente a través de su propio término subordinado, la Vida. Y, aunque no hemos examinado aún separadamente el principio de la Materia, con todo, podemos ver ya que la divina Omni-existencia también está omnipresente en el cosmos material, pero velada, oculta detrás del fenómeno real de las cosas, y se manifiesta allí inicialmente a través de su propio término subordinado, Sustancia, Forma de ser, o Materia. Luego, de modo igual, el principio de la divina Bienaventuranza debe ser omnipresente en el cosmos, por cierto velado y poseyéndose detrás del fenómeno real de las cosas, pero aún manifestado en nosotros a través de algún principio subordinado suyo propio en el que se oculta y mediante el cual debe ser hallado y concretado en la acción del universo.

Ese término es algo en nosotros que a veces denominados, en un sentido especial, el alma, —(vale decir, el principio psíquico que no es la vida ni la mente, mucho menos el cuerpo, pero que tiene en sí mismo la apertura y florecimiento de la esencia de todos éstos hacia su propio deleite peculiar del ser (yo), hacia la luz, hacia el amor, hacia la dicha y la belleza, y hacia una refinada pureza del ser)--. Sin embargo, de hecho hay una doble alma o término psíquico en nosotros, así como todo otro principio cósmico en nosotros es también doble. Pues tenemos dos mentes: la mente superficial de nuestro expresado ego evolutivo, la mentalidad superficial creada por nosotros en nuestro emerger a partir de la Materia, y una mente subliminal no obstaculizada por nuestra real vida mental y sus estrictas limitaciones, algo grande, potente y luminoso, el verdadero ser mental que está detrás de la forma superficial de la personalidad mental y que confundimos con nosotros mismos. De modo que también tenemos dos vidas: una externa, envuelta en el cuerpo físico, ligada por su pasada evolución en la Materia, que vive, nació y morirá; la otra, una fuerza subliminal de vida que no está encajonada entre los estrechos límites de nuestro nacimiento y muerte físicos, sino que es nuestro verdadero ser vital detrás de la forma de vida que ignorantemente tomamos por nuestra existencia real. Incluso en lo que atañe a nuestro ser existe esta dualidad; pues detrás de nuestro cuerpo tenemos una más sutil existencia material que provee la sustancia no sólo de nuestra envoltura física sino también de la vital y mental y por lo tanto nuestra sustancia real está sosteniendo esta forma física a la que erróneamente imaginamos como cuerpo integro de nuestro espíritu. Asimismo tenemos en nosotros

una doble entidad psíquica, el alma-del-deseo superficial que trabaja en nuestros anhelos vitales, nuestras emociones, facultad estética y búsqueda mental del poder, conocimiento y felicidad, y una subliminal entidad psíquica, un puro poder de luz, amor, dicha y refinada esencia del ser que es nuestra verdadera alma detrás de la forma externa de existencia psíquica, que tan a menudo dignificamos con el nombre. Cuando llega a la superficie algún reflejo de esta mayor y más pura entidad psíquica decimos de un hombre: tiene alma, y cuando está ausente en su vida psíquica externa decimos de él: no tiene alma.

Las formas externas de nuestro ser son las de nuestra pequeña existencia egoísta; las subliminales son las formaciones de nuestra mayor individualidad verdadera. Por lo tanto éstas son esa parte oculta de nuestro ser en la que nuestra individualidad está próxima a nuestra universalidad, la toca, está en constante relación y comercio con ella. La mente subliminal en nosotros está abierta al conocimiento universal de la Mente cósmica, la vida subliminal en nosotros está abierta a la fuerza universal de la Vida cósmica, el físico subliminal en nosotros está abierto a la fuerza-formación universal de la Materia cósmica; los gruesos muros que dividen de estas cosas nuestra superficial mente, vida y cuerpo, y que la Naturaleza ha de atravesar con demasiada dificultad, tan imperfectamente y con tan múltiples artificios psíquicos diestros-torpes, son allí, en lo subliminal, sólo un rarificado medio de separación y comunicación simultáneas. Asimismo, el alma subliminal en nosotros está abierta al deleite universal que el alma cósmica lleva en su propia existencia, en la existencia de las miríadas de almas que la representan y en las operaciones de la mente, la vida y la materia por las que la Naturaleza se presta a su juego y desarrollo; pero de este deleite cósmico el alma superficial es separada por muros egoístas de gran espesor que por cierto cuentan con puertas de ingreso, mas al trasponerlas los contactos del divino Deleite cósmico se empequeñecen, deforman y llegan a enmascararse como sus propios opuestos.

Se desprende que en esta superficie o alma-del-deseo no hay verdadera vida-del-alma, sino una deformación psíquica y equivocada recepción del contacto de las cosas. La enfermedad del mundo consiste en que el individuo no puede hallar su alma real, y la causa-raíz de esta enfermedad es nuevamente que no puede encontrar en su externo abarcar de las cosas el alma real del mundo en el que vive. Busca hallar allí la esencia del ser, la esencia del poder, la esencia de la existencia-consciente, la esencia del deleite, pero en su lugar recibe una multitud de contactos e impresiones contradictorios. Si pudiese hallar esa esencia, si pudiese hallar también al único universal ser, poder, existencia consciente y deleite incluso en este enredo de contactos e impresiones, las contradicciones de lo que parecen –esos contactos e impresiones contradictorias-- se reconciliarían en la unidad y armonía de la Verdad que nos alcanza en estos contactos. Al mismo tiempo él hallaría su propia alma verdadera y a través de ella su verdadero ser (yo), porque el alma verdadera es la delegada de su ser (yo) y su ser (yo) y el ser (yo) del mundo son uno solo. Pero esto él no lo puede hacer debido a la egoísta ignorancia del pensamiento en la mente, del corazón de la emoción, del sentido que responde al contacto de las cosas, no con un valiente y afectuoso abrazo del mundo, sino con un flujo de avances y retrocesos, de cautas aproximaciones o impacientes huidas y hoscos o descontentos, o asustados o airados repliegues conforme a como el contacto le agrade o desagrade, le conforte o alarme, le satisfaga o le descontente. Es el alma-del-deseo que por su equivocada recepción de la vida se convierte en la causa de una triple mala interpretación del rasa, el deleite en las cosas, de modo que, en lugar de figurarse la pura dicha esencial del ser, llega a traducirse desigualmente en los tres términos de placer, dolor e indiferencia.

Hemos visto, cuando consideramos al Deleite de la Existencia en sus relaciones con el mundo, que no hay absoluta ni esencial validez en nuestros patrones de placer, dolor e indiferencia, que están determinados por entero por la subjetividad de la conciencia receptiva y que el grado de placer y dolor puede elevarse a un máximo o comprimirse a un mínimo, a incluso borrarse por completo en su aparente naturaleza. El placer puede convertirse en dolor o el dolor en placer porque en su realidad secreta son la misma cosa reproducida de un modo distinto en las sensaciones y emociones. La indiferencia es, o bien la inatención del alma-del-deseo superficial en su mente, sensaciones, emociones y anhelos en cuanto al rasa de las cosas, o bien su incapacidad para recibir y responder a éste, o bien su rechazo de dar cualquier respuesta superficial, o, también, su sofocación y sometimiento del placer y el dolor mediante la voluntad dentro de un neutro matiz de inaceptación. En todos estos casos lo que sucede es que existe un positivo rechazo o negativa imprevisión o incapacidad de interpretar o de cualquier modo representar positivamente en la superficie algo que es aun subliminalmente activo.

Pues, así como ahora sabemos por observación y experimentación psicológicas que la mente subliminal recibe y recuerda todos aquellos contactos de las cosas que la mente superficial ignora, de igual manera descubriremos también que el alma subliminal responde al rasa, o esencia en la experiencia, de estas cosas, que el alma-del-deseo superficial rechaza por disgusto o negativa, o ignora por neutra inaceptación. El auto-conocimiento es imposible a no ser que vayamos detrás de nuestra existencia superficial, --(que es mero resultado de selectivas experiencias externas, una resonancia imperfecta o una apresurada, incompetente y fragmentaria traducción de un poco de lo mucho que somos)--, a menos que vayamos detrás de esta existencia superficial y lancemos nuestra plomada en el subconsciente y nos abramos al super-consciente para así conocer su relación con nuestro ser superficial. Pues entre estas tres cosas nuestra existencia se desplaza y halla en ellas su totalidad. El superconsciente en nosotros es uno solo con el ser (yo) y el alma del mundo, y no está gobernado por diversidad fenoménica alguna; por lo tanto, posee la verdad de las cosas y el deleite de las cosas en su plenitud. El subconsciente, así llamado, en esa luminosa cabeza de sí mismo que llamamos lo subliminal, es, por el contrario, no un verdadero poseedor sino un instrumento de la experiencia; no es en la práctica, uno con el alma y ser (yo) del mundo, pero está abierto a él a través de su experiencia-del-mundo. El alma subliminal es consciente interiormente del rasa de las cosas y tiene un igual deleite en todos los contactos; es también consciente de los valores y modelos del alma-del-deseo superficial y recibe en su propia superficie los correspondientes contactos de placer, dolor e indiferencia, pero recibe un igual deleite en todo. En otras palabras nuestra alma real interior recibe gozo de todas sus experiencias, de ellas extrae fortaleza, placer y conocimiento, mediante ellas crece en su aprovisionamiento y en su plenitud. Esta alma real en nosotros es la que compele la retirada de la mente-del-deseo en cuanto a llevar e incluso buscar y hallar placer en lo que es dolorosa para ella, a rechazar lo que le resulta placentero, a modificar o incluso invertir sus valores, a igualar las cosas en indiferencia o a igualarlas en dicha, la dicha de la variedad de la existencia. Y esto lo hace porque está impelida por lo universal a desarrollarse por todo género de experiencia de modo de así crecer en la Naturaleza. De lo contrario, si sólo viviéramos por el alma-del-deseo superficial, no cambiaríamos ni avanzaríamos más que la planta o la piedra en su inmovilidad o en su rutina de existencia, porque la vida no es superficialmente consciente, el alma secreta de las cosas no tiene todavía instrumento por el cual pueda rescatar a la vida a partir de la fija y restringida gama dentro de la que ha nacido. El alma-del-deseo, abandonada a sí misma, seguiría circulando en los mismos carriles por siempre.

Según la opinión de las antiguas filosofías, el placer y el dolor son inseparables como la verdad intelectual y la falsedad, el poder y la incapacidad, y el nacimiento y la muerte; por lo tanto el único modo de escapar de ellos sería una total indiferencia, una blanca respuesta a las excitaciones del yo-del-mundo. Pero un conocimiento psicológico más sutil nos demuestra que este enfoque basado tan sólo en los hechos superficiales de la existencia, en realidad no agota las soluciones del problema. Es posible, trayendo el alma real a la superficie, reemplazar los patrones egoístas del placer y el dolor por un igual y omni-abarcante deleite personal-impersonal. El amante de la Naturaleza hace esto cuando goza con todas las cosas de la Naturaleza universalmente, sin admitir repulsión o miedo, o mero gusto o disgusto, percibiendo la belleza en lo que para otros parece bajo e insignificante, vacío y salvaje, terrible y repelente. El artista y el poeta hacen esto cuando buscan el rasa de lo universal desde la emoción estética o desde la línea física o desde la forma mental de la belleza o desde el sentido y poder interiores disfrutando igualmente de aquello de lo que el hombre común huye y de aquello a lo que está apegado por un sentido de placer. El buscador de conocimiento, el amante-de-Dios que halla el objeto de su amor por doquier, el hombre espiritual, el intelectual, el sensual, el esteta, todos hacen esto a su modo y deben hacerlo si hallaran abrazadamente el Conocimiento, la Belleza, la Dicha o la Divinidad que buscan. Es sólo en las partes donde el pequeño ego es usualmente demasiado fuerte para nosotros, es sólo en nuestra dicha y sufrimiento emocionales o físicos, en nuestro placer y dolor de la vida, ante los cuales el alma-del-deseo en nosotros es débil y cobarde por completo, que la aplicación del principio divino llega a ser supremamente difícil y parece para muchos imposible o incluso monstruosa y repelente, Aquí la ignorancia del ego retrocede desde el principio de impersonalidad que aún se aplica sin demasiada dificultad en la Ciencia, el Arte e incluso en cierto género de imperfecta vida espiritual porque allí la regla de la impersonalidad no ataca aquellos deseos abrigados por el alma superficial ni aquellos valores del deseo fijados por la mente superficial en la que nuestra vida externa está más vitalmente interesada. En el más libre y superior movimiento se nos exige sólo una limitada y especializada ecuanimidad e impersonalidad apropiada a un campo particular de la conciencia y de la actividad mientras la base egoísta de nuestra vida práctica permanece en nosotros; en los

movimientos inferiores, el fundamento total de nuestra vida ha de cambiarse a fin de hacer lugar a la impersonalidad, y esto él alma-del-deseo lo halla imposible.

El alma verdadera secreta en nosotros -(subliminal, decimos, pero la palabra es inapropiada, pues esta presencia no está situada debajo del umbral de la mente despierta, sino que más bien arde en el templo del más recóndito corazón detrás de la espesa pantalla de una mente, vida y cuerpo ignorantes, no subliminal, sino detrás del velo)--, esta velada entidad psíquica es la llama de Dios siempre encendida dentro de nosotros, inextinguible incluso por esa densa inconciencia que oscurece nuestra naturaleza externa ignorante de algún espiritual ser interior. Es una llama nacida de lo Divino y, luminosa habitante de la Ignorancia, crece en ésta hasta que pueda volverla hacia el Conocimiento. Es el oculto Testigo y Control, el Guía escondido, es el Daemon de Sócrates, la luz interior o voz interior del místico. Es lo durable e imperecedero en nosotros de un nacimiento a otro, intocable por la muerte, la decadencia o la corrupción, una indestructible chispa del Divino. No siendo el no-nacido Ser-en-sí o Atman, --(pues el Ser-en-sí, incluso presidiendo sobre la existencia del individuo está consciente siempre de su universalidad y trascendencia)--, sin embargo, es su delegado en las formas de la Naturaleza, el alma individual, caitya purusa, sosteniendo mente, vida y cuerpo, permaneciendo detrás del ser mental, del vital y del sutil-físico en nosotros y contemplando y aprovechando su desarrollo y experiencia. Estos otros poderes-personales en el hombre, estos seres de su ser, están también velados en su verdadera entidad, pero ejercen personalidades temporarias que componen nuestra individualidad externa y cuya combinada acción y apariencia superficiales forman el estado que llamamos nosotros mismos: esta más recóndita entidad también, tomando forma en nosotros como la Persona psíquica, presenta una personalidad psíquica que cambia, crece y se desarrolla de vida en vida; pues ésta es la viajera entre nacimiento y muerte, y entre muerte y nacimiento, nuestras partes naturales sólo son su múltiple y cambiante vestidura. El ser psíquico puede al principio ejercer solamente una oculta, parcial e indirecta acción a través de la mente, la vida y el cuerpo, dado que éstas son las partes de la Naturaleza que han de desarrollarse como sus instrumentos de auto-expresión, que está largamente confinada por su evolución. Con la misión de conducir al hombre que está en la Ignorancia hacia la luz de la Conciencia Divina, toma la esencia de toda experiencia en la Ignorancia para formar un núcleo de alma-creciendo en la naturaleza; el resto lo vuelca en material para el futuro crecimiento de los instrumentos que ha de usar hasta que estén listos para ser luminosa instrumentación del Divino. Esta secreta entidad psíquica es la verdadera Conciencia original en nosotros, más profunda que la elaborada y convencional conciencia del moralista, pues es la que siempre apunta hacia la Verdad, lo Correcto y la Belleza, hacia el Amor y la Armonía y todo lo que es posibilidad divina en nosotros, y persiste hasta que estas cosas llegan a ser la mayor necesidad de nuestra naturaleza. Es la personalidad psíquica en nosotros que florece como el santo, el sabio, el vidente; cuando alcanza su fuerza plena, vuelca al ser hacia el Conocimiento del Ser-en-sí y del Divino, hacia la verdad suprema, el Bien Supremo, la Belleza, Amor y Bienaventuranza supremos, las alturas y grandezas divinas, y nos abre el contacto de la espiritual simpatía, universalidad, unidad. Por el contrario, donde la personalidad psíquica es débil, burda o mal desarrollada, las partes y movimientos más finos en nosotros carecen o son pobres de carácter y poder, aunque la mente sea fuerte y brillante, el corazón de las emociones vitales duro, fuerte y dominante, la fuerza-vital, dominadora y exitosa, la existencia corporal, rica y afortunada, y un aparente señor y vencedor. Es entonces el alma-del-deseo exterior, la entidad seudo-psíquica, la que reina y confundimos sus malas interpretaciones de la sugestión y aspiración psíquicas, sus ideas e ideales, sus deseos y anhelos con la verdadera alma-sustancial y la riqueza de la experiencia espiritual. Si la secreta Persona psíquica puede seguir avanzando y, reemplazando al alma-del-deseo, gobernar abierta y enteramente y no sólo parcialmente y detrás del velo esta externa naturaleza de mente, vida y cuerpo, entonces éstos pueden moldearse en imágenes del alma de lo que es verdadero, correcto y bello y, al fin, la naturaleza toda pueda volcarse hacia el real objetivo de la vida, la suprema victoria, el ascenso a la existencia espiritual.

Pero podría parecer que, al poner al frente a esta entidad psíquica, a esta verdadera alma en nosotros, y darle allí el mando y gobierno, obtendremos la realización total de nuestro ser natural de modo que podamos buscar y también abrir las puertas del reino del Espíritu. Y bien podría razonarse que no hay necesidad de intervención alguna de superior Verdad-Conciencia o principio de la Supermente para ayudarnos a alcanzar el estado divino o la perfección divina. Con todo, aunque la transformación psíquica es una condición necesaria de la transformación total de nuestra existencia, no es todo cuanto es menester para el mayor cambio espiritual. En primer lugar, dado que éste es el alma individual en la Naturaleza, puede abrirse a los más divinos ámbitos ocultos de nuestro ser, y recibir y reflejar su luz, poder y experiencia, pero también tenemos necesidad de otra transformación que derive de lo alto para poseer nuestro ser (yo) en

su universalidad y trascendencia. El ser psíquico en cierta etapa podría contentarse con crear una formación de verdad, bien y belleza y estacionarse allí; en una etapa ulterior podría someterse pasivamente al ser-del-mundo, un espejo de la existencia universal, de la conciencia, del poder, del deleite, pero sin ser su participante o poseedor pleno. Aunque más cerca y estremecidamente unida a la conciencia cósmica en el conocimiento, la emoción e incluso en la apreciación a través de los sentidos, podría convertirse en puramente receptora y pasiva, alejada del dominio y la acción en el mundo; o, una con el Ser-en-sí estático detrás del cosmos, pero separada interiormente del movimiento-del-mundo, perdiendo su individualidad en su Fuente, podría retornar a esa Fuente y no tener ni la voluntad ni el poder para lo que fue su misión última aquí, conducir a la naturaleza también hacia su divina realización. Pues el ser psíquico llegó a la Naturaleza procedente del Ser-en-sí, del Divino, y puede retornar de la Naturaleza al Divino silencioso a través del silencio del Ser-en-sí y de una suprema inmovilidad espiritual. Otra vez, una porción eterna del Divino, --(esta parte es por la ley de lo Infinito inseparable de su Todo Divino, esta parte es ciertamente ella misma ese Todo, excepto en su apariencia frontal, su separativa auto-experiencia frontal)--, puede despertar a esa realidad y hundirse en ella hasta la extinción aparente o al menos hasta la unión de la existencia individual. Aquí, un pequeño núcleo, en la masa de nuestra Naturaleza ignorante, descrito en el Upanishad como no mayor que un pulgar humano, puede, por influjo espiritual, agrandarse y abarcar el mundo entero con el corazón y la mente en íntima comunión o unidad. O puede llegar a ser consciente de su eterno Compañero y elegir vivir por siempre en Su presencia, en imperecedera unión y unidad como el amante eterno con el eterno Amado, que de todas las experiencias espirituales es la más intensa en belleza y éxtasis. Todos estos son grandes y espléndidos logros de nuestro espiritual auto-descubrimiento, pero no son necesariamente el fin último y entera consumación; es posible más.

Pues estos son logros de la mente espiritual del hombre; son movimientos de esa mente que va más allá de sí, pero en su propio plano, en los esplendores del Espíritu. La mente, incluso en sus estados supremos, mucho más allá de nuestra mentalidad actual, actúa todavía en su naturaleza por división; toma los aspectos de lo Eterno y trata cada aspecto como si fuese la verdad total del Ser Eterno y puede hallar en cada uno su propia perfecta realización. Incluso los erige en opuestos y crea una escala total de estos opuestos, el Silencio de lo Divino y la Dinámica divina, el inmóvil Brahman apartado de la existencia, sin cualidades, y el activo Brahman con cualidades, Señor de la existencia, Ser y Devenir, la Persona Divina y una pura Existencia impersonal; puede entonces separarse de uno y sumergirse en el otro como única Verdad perdurable de la existencia. Puede considerar a la Persona como la única Realidad o lo Impersonal como lo único cierto; puede considerar al Amante como el único medio de expresión del Amor; o al amor como la única posible auto-expresión del Amante; puede ver los seres como los únicos poderes personales de una Existencia impersonal o a la existencia impersonal como el único estado del Ser único, la Persona Infinita. Su logro espiritual, su ruta de paso hacia el objetivo supremo seguirá estas líneas divisorias. Pero más allá de este movimiento de la Mente espiritual, está la superior experiencia de la Supermente Verdad-Conciencia; allí estos opuestos desaparecen y estas parcialidades se abandonan en la rica totalidad de una suprema e integral realización del Ser eterno. Este es el objetivo que hemos concebido, la consumación de nuestra existencia aquí por el ascenso a la Verdad-Conciencia supramental y su descenso en nuestra naturaleza. La transformación psíquica tras surgir en el cambio espiritual ha de completarse, integrarse, superarse y elevarse mediante una transformación supramental que la ascienda hasta la cima del esfuerzo ascendente.

Tal como entre los otros términos divididos y opuestos del Ser manifestado, de igual manera solo una conciencia-energía supramental podría establecer una perfecta armonía entre estos dos términos -aparentemente opuestos debido a la Ignorancia— del estado del espíritu v del dinamismo del mundo, en nuestra existencia corporizada. En la Ignorancia, la Naturaleza centra el orden de sus movimientos psicológicos, no en torno del secreto ser (yo) espiritual, sino de su substituto, el ego-principio: cierto egocentrismo es la base sobre la que ligamos juntas nuestras experiencias y relaciones en medio de complejos contactos, contradicciones, dualidades e incoherencias del mundo en que vivimos; este egocentrismo es nuestro roca de seguridad frente a lo cósmico y lo infinito, nuestra defensa. Mas en nuestro cambio espiritual hemos de abstenernos de esta defensa; el ego ha de desvanecerse, la persona se halla disuelta en una vasta impersonalidad, y en esta impersonalidad al principio no está la llave de un ordenado dinamismo de la acción. Un resultado muy común consiste en que uno está dividido en dos partes del ser, la espiritual por dentro, la natural por fuera; en una está la divina realización asentada en una perfecta libertad interior, pero la parte natural sigue con la vieja acción de la Naturaleza, continua mediante un movimiento mecánico de energías pasadas, su ya transmitido impulso. Incluso, si hay una total disolución de

la persona limitada y del viejo orden egocéntrico, la naturaleza externa puede convertirse en el campo de una aparente incoherencia, aunque todo el interior sea luminoso con el Ser (Yo). De esa manera devenimos abiertamente inertes e inactivos, movidos por circunstancias o fuerzas pero no móviles-por-sí-mismos, incluso aunque la conciencia esté iluminada interiormente, o como un niño aunque por dentro haya pleno auto-conocimiento, o como alguien inconsecuente en cuanto a pensamiento e impulso aunque internamente haya completa calma y serenidad, o como el alma salvaje y desordenada aunque interiormente exista la pureza y equilibrio del Espíritu. O si hay un ordenado dinamismo en la naturaleza externa, puede ser una continuación de la ego-acción superficial presenciada pero no aceptada por el ser interior, o un dinamismo mental que no exprese perfectamente la realización espiritual interior; pues no hay equivalencia entre la acción de la mente y el estado del espíritu. Incluso en el mejor caso, donde hay una intuitiva guía de la Luz desde dentro, la naturaleza de su expresión en el dinamismo de la acción debe estar marcada con las imperfecciones de la mente, de la vida y del cuerpo, un Rey con ministros incapaces, un Conocimiento expresado en los valores de la Ignorancia. Sólo el descenso de la Supermente con su perfecta unidad de Verdad-Conocimiento y Verdad-Voluntad puede establecer, tanto en la existencia exterior como en la interior, la armonía del Espíritu; pues solo ella puede por entero cambiar los valores de la Ignorancia por los valores del Conocimiento.

En la realización de nuestro ser psíquico, al igual que en la consumación de nuestras partes de mente y vida, está la relación de eso con su fuente divina, su correspondiente verdad en la Realidad Suprema, que es el movimiento indispensable; y, tanto aquí como allí, es mediante el poder de la Supermente que puede ser hecha con una integridad absoluta, una intimidad que llega a ser una auténtica identidad; pues es la Supermente la que vincula los hemisferios superior e inferior de la Existencia Única. En la Supermente está la Luz integradora, la Fuerza consumadora, la amplia entrada dentro del supremo Ananda; el ser psíquico elevado por esa Luz y Fuerza puede unirse con el Deleite original de la existencia desde él que provino: vencer las dualidades de dolor y placer, liberar a la mente, a la vida y al cuerpo de todo miedo y sobrecogimiento, puede restablecer los contactos de la existencia en el mundo dentro de los términos del Divino Ananda.

Capítulo XXIV - Materia

Arribó al conocimiento de que la Materia es el Brahman.
Taittiriya Upanishad

Tenemos ahora la seguridad racional de que la Vida no es un sueño inexplicable ni un mal imposible que con todo ha llegado a ser un hecho doloroso, sino una poderosa pulsación de la divina Omni-Existencia. Vemos algo de su fundamento y su principio, contemplamos su elevada potencialidad y divino afloramiento último. Mas hay un principio debajo de todos los demás que no hemos aun considerado suficientemente: el principio de la Materia sobre el que la Vida se halla como sobre un pedestal o desde el que evoluciona como la forma de un árbol de múltiples ramas lo hace a partir de la encapsulada semilla. La mente, la vida y el cuerpo del hombre dependen de este principio físico, y si el afloramiento de la Vida es resultado de la Conciencia emergiendo en la Mente, expandiéndose, elevándose en busca de su propia verdad en la grandeza de la existencia supramental, con todo parece también estar condicionada por esta caja del cuerpo y por este fundamento de la Materia. La importancia del cuerpo es obvia; es porque ha desarrollado o recibido un cuerpo y un cerebro capaces de recibir y brindar una progresiva iluminación mental que el hombre se ha elevado por encima del animal. Igualmente, sólo puede ser, mediante el desarrollo de un cuerpo o, al menos, el funcionamiento del instrumento físico capaz de recibir y brindar una iluminación aún mayor, que se eleve por encima de sí mismo y realice, no meramente en el pensamiento y en su ser interno sino en la vida, una humanidad perfectamente divina. De lo contrario se cancela la promesa de la Vida, se anula su significado y el ser terreno sólo puede realizar a Sachchidananda aboliéndose, librando de sí la mente, la vida y el cuerpo, y retornando al puro Infinito, o también, puede que el hombre no sea el instrumento divino, existe un preciso límite para el poder conscientemente progresivo que le distingue de todas las otras existencias terrestres y, así como él las reemplazó al frente de las cosas, de igual modo otro debe eventualmente reemplazarlo y asumir su herencia.

Parece ciertamente que el cuerpo es, desde el principio, la gran dificultad del alma, su continuo tropiezo y obstáculo. Por lo tanto el ansioso buscador de la realización espiritual lanza su proclama contra el cuerpo y su disgusto-mundanal escoge este principio del mundo por sobre todas las otras cosas como especial objeto de abominación. El cuerpo es el oscuro peso que no puede llevar; su obstinado material tosco es la obsesión que le conduce a entregarse a la vida ascética. Para desembarazarse de aquél ha ido tan lejos que hasta negó su existencia y la realidad del universo material. La mayoría de las religiones maldijeron la Materia y convirtieron el rechazo o resignado sufrimiento temporal de la vida física en prueba de la verdad religiosa y la espiritualidad. Los credos más antiguos, más pacientes, más meditativamente profundos, libres del contacto de la tortura y febril impaciencia del alma bajo el peso de la Edad de Hierro, no efectuaron esta formidable división; reconocieron a la Tierra como Madre y al Cielo como Padre, acordándoles igual amor y reverencia; pero sus antiguos misterios son oscuros e insondables para nuestra visión de las cosas, materialista o espiritual, contentándose con cortar el nudo gordiano del problema de la existencia con un golpe decisivo, aceptando escapar hacia una bienaventuranza eterna o un fin de aniquilación eterna o de eterna quietud.

La disputa no comienza realmente con nuestro despertar ante nuestras posibilidades espirituales; empieza con la aparición de la vida misma y su lucha por establecer sus actividades y sus permanentes agregaciones de la forma viviente contra la fuerza de la inercia, contra la fuerza de la inconsciencia, contra la fuerza de la disgregación atómica que son, en el principio material, el nudo de la gran Negación. La Vida está en guerra constante con la Materia y la batalla parece siempre culminar con la aparente derrota de la Vida y en ese colapso que se sume en el principio material que llamamos muerte. La discordia se ahonda con la aparición de la Mente; pues la Mente tiene su propia disputa con ambos, con la Vida y con la Materia; está en constante guerra con sus limitaciones, en constante sumisión con y revuelta contra la tosquedad e inercia de una y las pasiones y sufrimientos de la otra; y la batalla parece eventualmente volcarse, aunque no con mucha seguridad, hacia una victoria parcial y costosa para la Mente en la que conquista, reprime o incluso mata los anhelos vitales, desequilibra la fuerza física y deforma el equilibrio del cuerpo en beneficio de una actitud mental mayor y un ser moral superior. Es en esta lucha que surge la impaciencia de la Vida, el disgusto del cuerpo y el repliegue de ambos hacia una pura existencia mental y moral. Cuando el hombre despierta a una existencia más allá de la Mente, lleva consigo este principio de discordia. La Mente, el Cuerpo y la Vida son condenados como la trinidad del mundo, la carne y el demonio. La Mente es también proclamada como fuente de todo nuestro mal; se declara la guerra entre el espíritu y sus instrumentos, y se busca la victoria del Habitante espiritual como evasión de su estrecha residencia, un rechazo de la mente, la vida y el cuerpo, y un retiro dentro de sus propias infinitudes. El mundo es una discordia y resolveremos mejor sus perplejidades llevando el principio de la discordia misma hasta su posibilidad extrema, hasta una erradicación y segregación final.

Mas estas derrotas y victorias son sólo aparentes, esta solución no es solución sino escapar al problema. La Vida no es realmente derrotada por la Materia; efectúa un compromiso usando la muerte para la continuación de la vida. La Mente no es realmente victoriosa sobre la Vida y la Materia, sino que sólo alcanzó un desarrollo imperfecto de algunas de sus potencialidades a costa de otras que están ligadas a las irrealizadas o rechazadas posibilidades de su mejor empleo de la vida y el cuerpo. El alma individual no ha conquistado la triplicidad inferior, sino sólo rechazado su reclamo al respecto, escapando desde la obra emprendida por el espíritu cuando por primera vez se lanzó dentro de la forma del universo. El problema continúa porque la labor del Divino en el universo prosigue, mas sin ninguna solución satisfactoria del problema ni logro victorioso de la labor. Por lo tanto, dado que nuestro punto de apoyo es que Sachchidananda es el principio, el medio y el fin, y que esa lucha y discordia no pueden ser principios eternos y fundamentales en Su ser sino que, por su existencia misma implican la labor en pro de una solución perfecta y una completa victoria, debemos buscar esa solución en una real victoria de la Vida sobre la Materia a través del libre y perfecto uso del cuerpo por la Vida, en una real victoria de la Mente sobre la Vida y la Materia a través de un libre y perfecto uso de la fuerza-vital y la forma por la Mente, y en una real victoria del Espíritu sobre la triplicidad a través de una libre y perfecta ocupación de la mente, la vida y el cuerpo por el espíritu consciente; según hayamos estructurado esta última conquista, se tornan posibles las otras. Al fin, entonces podemos ver cómo estas conquistas pueden ser posibles por completo o integralmente, debemos descubrir la realidad de la Materia, así como, buscando el conocimiento fundamental, hemos descubierto la realidad de la Mente, del Alma y de la Vida.

En cierto sentido la Materia es irreal y no-existente; vale decir, nuestro actual conocimiento, idea y experiencia de la Materia no es verdad, sino simplemente un fenómeno de relación particular entre nuestros sentidos y la omni-existencia en la que nos movemos. Cuando la Ciencia descubre que la Materia se resuelve dentro de las formas de la Energía, sostiene una verdad universal y fundamental; y cuando la filosofía descubre que la Materia sólo existe como apariencia sustancial ante la conciencia y que la realidad única es el Espíritu o el puro Ser consciente, sostiene una verdad mayor, más completa e incluso más fundamental. Más aún subsiste la cuestión de por qué la Energía ha de tomar la forma de la Materia y no de meras corrientes-fuerza o por qué eso que es realmente Espíritu ha de admitir el fenómeno de la Materia y no descansar en los estados, veleidades y dichas del espíritu. Esto, se dice, es obra de la Mente o bien, --dado que el Pensamiento evidentemente no crea directamente o ni siquiera percibe la forma material de las cosas--, es obra del Sentido; la mente-sentido crea las formas que parece percibir y la mente-pensamiento trabaja sobre las formas que la mente-sentido le presenta. Pero, evidentemente, la corporizada mente individual no es la creadora del fenómeno de la Materia; la existencia-terrena no puede ser resultado de la mente humana que, a su vez, es resultado de la existencia-terrena. Si decimos que el mundo sólo existe en nuestras mentes, expresamos un no-hecho y una confusión; pues el mundo material existió antes que el hombre estuviese sobre la tierra y seguirá existiendo si el hombre desaparece de la tierra o incluso aunque nuestra mente individual se aboliese en el Infinito. Debemos concluir entonces que existe una Mente universal, subconsciente para nosotros en la forma del universo o super-consciente en su espíritu, que ha creado esa forma para morar en ella. Y dado que el creador debe haber precedido y debe superar su creación, esto realmente implica una Mente superconsciente que, mediante la instrumentación de un sentido universal crea en sí la relación de forma con forma y constituye el ritmo del universo material. Pero esto tampoco es la solución completa; nos dice que la Materia es una creación de la Conciencia más no explica cómo la Conciencia llegó a crear la Materia como base de sus actividades cósmicas.

Lo entenderemos mejor si nos remontamos, a la vez, al principio original de las cosas. La existencia es, en su actividad, una Fuerza-Consciente que presenta las obras de su fuerza a su conciencia como formas de su propio ser. Dado que la Fuerza es sólo la acción del único solo-existente Ser-Consciente, resulta que no puede ser sino forma de ese Ser-Consciente; La Sustancia o Materia, entonces, es solo una forma del Espíritu. La apariencia que esta forma del Espíritu asume para nuestros sentidos se debe a esa acción divisora de la Mente desde la que hemos podido deducir consistentemente el fenómeno total del universo. Sabemos ahora que la Vida es una acción de la Fuerza-Consciente de la cual las formas materiales son el resultado; la Vida envuelta en esas formas, apareciendo en ellas primero como fuerza inconsciente, evoluciona y trae de regreso dentro de la manifestación como Mente a la conciencia que es el ser (yo) real de la fuerza y que nunca dejó de existir en ella, incluso cuando no se manifiesta. Sabemos también que la Mente es un poder inferior del original Conocimiento consciente o Supermente, un poder para el cual la Vida actúa como energía instrumental; pues, descendiendo a través de la Supermente, la Conciencia o Chit se representa como la Mente, y la Fuerza de la conciencia o Tapas se representa como la Vida. La Mente, por su separación de su propia realidad superior en la Supermente, da a la Vida la apariencia de división y, por su ulterior involución en su propia Fuerza-Vital, viene a ser subconsciente en la Vida y así da la apariencia externa de una fuerza inconsciente a sus actividades materiales. Por lo tanto, la inconsciencia, la inercia y la disgregación atómica de la Materia debe tener su origen en esta omni-divisora y auto-involutiva acción de la Mente por la cual nuestro universo vino a ser. Así como la Mente es sólo una acción final de la Supermente en el descenso hacia la creación, y la Vida una acción de la Fuerza-Consciente que trabaja en las condiciones de la Ignorancia creada por este descenso de la Mente, de igual manera la Materia, como la conocemos, es sólo la forma final asumida por el ser consciente como el resultado de ese trabajo. La Materia es sustancia del único ser-consciente fenoménicamente dividido dentro de sí por la acción de una Mente universal, --división que la mente individual repite y alberga pero que no anula ni disminuye la unidad del Espíritu ni la unidad de la Energía ni la real unidad de la Materia.

¿Pero cuál es la razón de esta división fenoménica y pragmática de una Existencia indivisible? Es porque la Mente ha de llevar el principio de la multiplicidad hasta su potencial extremo, lo cual sólo puede cumplirse mediante separación y división. Para hacer eso debe, precipitándose en la Vida a crear formas para lo Múltiple, dar al principio universal del Ser la apariencia de una sustancia densa y material en lugar de una sustancia pura o sutil. Debe, vale decir, darle la apariencia de la sustancia que se ofrece al contacto de la Mente como cosa u objeto estables en una duradera multiplicidad de objetos y no de sustancia que se ofrece al contacto de la conciencia

pura como algo de su propia eterna y pura existencia y realidad o al sentido sutil como un principio de forma plástica que expresa libremente al ser consciente. El contacto de la mente con su objeto crea lo que llamamos sentido, pero aquí ha de ser un oscuro sentido exteriorizado que ha de asegurarse de la realidad de lo que contacta. El descenso de la sustancia pura a la sustancia material sigue entonces, inevitablemente, en el descenso de Sachchidananda a través de la supermente a la mente y la vida. Es un resultado necesario de la voluntad que el primer método de esta experiencia inferior de la existencia sea la multiplicidad del ser y una conciencia de las cosas desde separados centros de la conciencia,. Si volvemos a la base espiritual de las cosas, la sustancia en su completa pureza se resuelve dentro del puro ser consciente, auto-existente, inherentemente auto-conocedor por identidad, pero que aun no vuelve sobre sí su conciencia como objeto. La Supermente preserva este auto-conocer por identidad como su sustancia del auto-conocimiento y su luz de auto-creación, pero para esa creación se presenta el Ser ante sí como el sujeto-objeto único y múltiple de su propia conciencia activa. El Ser como objeto es mantenido allí en un supremo conocimiento que puede, por comprehensión, ver ambos como un objeto de cognición dentro de sí y subjetivamente como él mismo, pero puede también y simultáneamente, por aprehensión, proyectarlo como objeto (u objetos) de cognición dentro de la circunferencia de su conciencia, no distinto de sí, parte de su ser, pero una parte (o partes) separadas de sí, -vale decir, del centro de visión en él que el Ser se concentra como el Conocedor, Testigo o Purusha--. Hemos visto que desde esta aprehensora conciencia surge el movimiento de la Mente, el movimiento por el cual el individuo conocedor considera una forma de su propio ser universal como distinta a él; pero en la Mente divina existe, inmediata o más bien simultáneamente, otro movimiento o lado inverso del mismo movimiento, un acto de unión en el ser que remedia esta división fenoménica impidiéndole que se convierta, incluso por un momento tan solo en real para el conocedor. Este acto de unión consciente es el que está representado de otro modo en la Mente divisora obtusa, ignorantemente, muy externamente como contacto en la conciencia entre los seres divididos y los objetos separados, y con nosotros este contacto en la conciencia dividida está representado primordialmente por el principio del sentido. Sobre esta base del sentido, sobre este contacto de la unión sujeta a división, la acción del pensamiento-mente se descubre y prepara para retornar a un principio superior de unión en el que la división se vuelve sujeta a la unidad y subordinada. La sustancia, entonces, tal como la conocemos, sustancia material, es la forma en la que la Mente, actuando a través del sentido, contacta al Ser consciente del cual ella misma es movimiento del conocimiento.

Pero la Mente por su naturaleza misma tiende a conocer y sentir la sustancia del ser-consciente, no en su unidad o totalidad sino por el principio de la división. Lo ve, por así decirlo, en puntos infinitesimales que asocia juntos a fin de arribar a una totalidad, y dentro de estos puntos-de-visión y asociaciones la Mente cósmica se lanza y mora en ellos. Morando de esa manera, creadora por su fuerza inherente como agente de la Real-Idea, obligada por su propia naturaleza a la conversión de todas sus percepciones en energía vital, como el Omni-Existente convierte todos Sus auto-aspectos en variada energía de Su creadora Fuerza de la conciencia, la Mente cósmica vuelca éstos sus múltiples puntos-de-vista de la existencia universal, en puntos de apoyo de la Vida universal; los vuelca en la Materia dentro de las formas del ser atómico imbuido de la vida que las forja y gobernado por la mente y voluntad que ponen en acción la formación. Al mismo tiempo, las existencias atómicas que forma de ese modo deben, por la ley misma de su ser, tender a asociarse, a agregarse; y cada uno de estos agregados también, imbuido de la vida oculta que forma y de la mente y voluntad ocultas que las ponen en acción, lleva consigo una ficción de individual existencia separada. Cada objeto o existencia individual de esa índole es sostenido, según que su mente sea implícita o explicita, manifiesta o no-manifiesta, por su ego mecánico de fuerza, en el que el querer-ser es mudo y prisionero pero no el menos poderoso, o por su mental ego auto-conocedor en el que el querer-ser es liberado, consciente, separadamente activo.

De esa manera, la causa de la existencia atómica no es ninguna ley eterna y original de la Materia eterna y original, sino la naturaleza de la acción de la Mente cósmica. La Materia es una creación, y para su creación fue menester como punto de partida o base lo infinitesimal, una fragmentación extrema de lo Infinito. El éter puede existir y existe como un soporte intangible, casi espiritual de la Materia, pero como fenómeno no parece, al menos para nuestro actual conocimiento, que se pueda materialmente detectar. Subdividamos el agregado visible o átomo formal en átomos esenciales, desmenucémoslo en el más infinitesimal polvo del ser, y todavía, debido a la naturaleza de la Mente y la Vida que los forman, arribaremos a alguna somera existencia atómica, tal vez inestable pero siempre reconstituyéndose en el eterno flujo de la fuerza, de modo fenoménico, y no en una mera extensión no-atómica incapaz de contenido. La no-

atómica extensión de la sustancia, extensión que no es agregación, la coexistencia distinta de la que tiene lugar por distribución en el espacio, son realidades de la existencia pura, de la pura sustancia; son un conocimiento de la supermente y un principio de su dinamismo, no un concepto creador de la Mente divisora, aunque la Mente puede tomar conciencia de ellos detrás de sus obras, Son la realidad que subyace en la Materia, pero no el fenómeno que llamamos Materia. La Mente, la Vida y la Materia misma pueden ser una sola con esa pura existencia y extensión conscientes en su realidad estática, pero no operar mediante esa unidad en su dinámica acción, auto-percepción y auto-formación.

Por lo tanto, arribamos a esta verdad de la Materia de que existe una conceptiva auto-extensión del ser que se estructura en el universo como sustancia u objeto de la conciencia, y que la Mente y Vida cósmica representan en su acción creadora a través de la división atómica y la agregación como la cosa que llamamos Materia. Pero esta Materia, como la Mente y la Vida, es aún Ser o Brahman en su acción auto-creadora. Es una forma de la fuerza del Ser consciente, una forma dada por la Mente y realizada por la Vida. Tiene dentro de sí, como su propia realidad, la conciencia oculta de sí, envuelta y absorta en el resultado de su propia auto-formación y, por lo tanto, auto-olvidada. Y por más burda y vacía de sentido que nos parezca, es con todo, para la secreta experiencia de la conciencia oculta dentro de esa Materia, deleite del ser ofreciéndose a esta conciencia secreta como objeto de sensación a fin de atraer a ese dios oculto fuera de su aislamiento. El Ser se manifiesta como sustancia, la fuerza del Ser se plasma en la forma, en una figurada auto-representación de la auto-conciencia secreta, el deleite ofreciéndose a su propia conciencia como un objeto, —¿qué es esto sino Sachchidananda? La Materia es Sachchidananda representado ante Su propia experiencia mental como base formal del conocimiento objetivo, de la acción y del deleite de la existencia--.

Capítulo XXV - El Nudo de la Materia

No puedo viajar a la Verdad del luminoso Señor por la fuerza ni por la dualidad... ¿Quiénes son los que protegen el fundamento de la falsedad? ¿Quiénes son los guardianes de la palabra irreal?

En aquel entonces la existencia no era tampoco la no-existencia, el mundo-medio no era ni el Éter ni lo que está más allá. ¿Qué cubría todo? ¿Dónde estaba? ¿Dónde se refugiaba? ¿Qué era ese océano denso y profundo? La muerte no era ni la inmortalidad ni el conocimiento del día y la noche. Aquel Uno vivía sin aliento por la ley de sí mismo, no había nada más, nada más allá. En el principio la Oscuridad estaba escondida por oscuridad, todo esto era un océano de inconciencia. Cuando el ser universal fue ocultado por la fragmentación, por la grandeza de su energía Aquel Uno nació. Eso se desplazó al principio como deseo interior, que fue la primera simiente de la mente. Los videntes de la Verdad descubrieron la construcción del ser en el no-ser por la voluntad en el corazón y por el pensamiento; su rayo se extendió horizontalmente; ¿pero qué había abajo, qué había arriba? Allí estaban los Sembradores de la semilla, estaban las Grandezas, estaba la ley de sí mismo debajo, estaba la Voluntad arriba.
Rig Veda

Entonces, si la conclusión a la que hemos arribado es correcta, —y no es posible otra según los datos sobre los que trabajamos—, la profunda división que la experiencia práctica y el prolongado hábito de la mente han creado entre Espíritu y Materia ya no tiene realidad fundamental alguna. El mundo es una unidad diferenciada, una unidad múltiple, no un constante intento de compromiso entre eternas disonancias, no una eterna lucha entre irreconciliables opuestos. Su fundamento y principio es una inalienable unidad generadora de variedad infinita; una constante reconciliación aparece como su real carácter, detrás de la división y lucha aparentes, combinando todas las posibles diferencias para vastos fines en una secreta Conciencia y Voluntad que siempre es una sola y dueña de toda su compleja acción; debemos, por lo tanto, tener por cierto que una realización de la emergente Voluntad y Conciencia y una armonía triunfante debe ser su conclusión. La sustancia es la forma de sí misma en la que trabaja, y de esa sustancia si la Materia es un extremo, el Espíritu es el otro. Ambos

son uno: el Espíritu es el alma y la realidad de lo que sentimos como Materia; la Materia es una forma y cuerpo de lo que percibimos como Espíritu.

Ciertamente, hay una vasta diferencia práctica y sobre esa diferencia están fundados la indivisible serie total y los siempre-ascendentes grados de la existencia-del-mundo. La sustancia, hemos dicho, es existencia consciente que se presenta al sentido como objeto de modo que, sobre la base de cualquier sentido-relación que se establezca, puede proceder la obra de la formación-del-mundo y de la progresión cósmica. Pero allí no es menester una sola base, sólo un principio fundamental de relación inmutable creada entre sentido y sustancia; por el contrario, hay una serie ascendente y evolutiva. Sabemos de otra sustancia en la que la mente pura trabaja como su medio natural y que es mucho más sutil, más flexible, más plástica que cualquier cosa que nuestro sentido físico pueda concebir como materia. Podemos hablar de una sustancia de la mente porque llegamos a ser conscientes de un medio más sutil en el que las formas surgen y la acción tiene lugar; podemos hablar también de una sustancia de pura energía-vital dinámica diferente de las más sutiles formas de la sustancia material y sus corrientes-de-fuerza físicamente sensibles. El Espíritu mismo es pura sustancia del ser presentándose como un objeto no ya al sentido físico, vital o mental, sino a la luz de un puro conocimiento espiritual y perceptivo en el que el sujeto se convierte en su propio objeto, es decir, en él que lo Intemporal y lo Inespacial tiene conciencia de sí en una pura auto-extensión espiritualmente auto-conceptiva como base y materia prima de toda existencia. Más allá de este fundamento está la desaparición de toda diferenciación consciente entre sujeto y objeto en una absoluta identidad, y allí ya no podemos hablar de Sustancia.

Por lo tanto, es una diferencia puramente conceptual, –una espiritual, no una conceptual diferencia mental--, que culmina en una distinción práctica, que crea la serie que desciende desde el Espíritu a través de la Mente a la Materia y que asciende otra vez desde la Materia a través de la Mente al Espíritu. Pero la real unidad no es nunca suprimida, y, cuando regresamos a la original e integral visión de las cosas, vemos que nunca jamás se empequeñece o desequilibra, ni en las más burdas densidades de la Materia. El Brahman es no sólo la causa, el poder sostenedor y el principio morador del universo, es también su materia y su única materia. La Materia también es Brahman, y no es ninguna otra cosa que Brahman o diferente de Él. Si en verdad la Materia se segregara del Espíritu, esto no sería así; pero es, como hemos visto, sólo una forma final y aspecto objetivo de la Existencia divina con todo lo de Dios siempre presente en ella y detrás de ella. Así como esta Materia aparentemente tosca e inerte está por doquier y siempre imbuida de la poderosa fuerza dinámica de la Vida, así como esta Vida dinámica pero aparentemente inconsciente guarda en secreto dentro de ella una inaparente Mente siempre-trabajando, de cuyas operaciones ocultas es la manifiesta energía, así como esta Mente ignorante, no-iluminada y anhelante es sostenida y guiada soberanamente en el cuerpo viviente por su propio yo real, la Supermente, que está allí por igual en la Materia no-mentalizada, así toda la Materia al igual que toda la Vida, Mente y Supermente son sólo modos del Brahman, el Eterno, el Espíritu, Sachchidananda, que no sólo mora en todas ellas sino que es todas estas cosas aunque ninguna de ellas es Su ser absoluto.

Pero aún queda esta diferencia conceptual y distinción práctica, y en eso, incluso si la Materia no se separa realmente del Espíritu, con todo aparece con tal definición práctica de ser separada, es tan diferente, incluso tan contraria en su ley, la vida material parece en tan gran medida ser la negación de toda existencia espiritual que su rechazo bien podría parecer el único atajo para acabar con la dificultad, □como indudablemente ocurre; pero un atajo o cualquier reducción no es la solución—. Aun allí, en la Materia radica indudablemente la cuestión esencial; eso suscita el obstáculo: pues debido a la Materia la Vida es burda, limitada y afligida por la muerte y el dolor, debido a la Materia la Mente es más que semi-ciega, con las alas cortadas, con sus pies atados a un estrecho soporte y refrenada de la vastedad y libertad encima de la cual es consciente. Por lo tanto, el buscador espiritual exclusivo está justificado en su punto de vista si, disgustado con el barro de la Materia, perturbado por la tosquedad animal de la Vida o impaciente por la auto-aprisionada estrechez y baja visión de la Mente, se determina a separarse de ella por completo y retornar por inacción y silencio a la inmóvil libertad del Espíritu. Pero ese no es el único punto de vista y, debido a que ha sido sostenido o glorificado sublimemente con brillantes y dorados ejemplos, no necesitamos considerarlo como la integral y última sabiduría. Más bien, liberándonos de toda pasión y rebeldía, veamos lo que significa este orden divino de lo universal, y, en cuanto a este gran nudo y maraña de la Materia que niega al Espíritu, procuremos descubrir y separar sus hebras, para así aflojarlo con la solución y no cortarlo con la violencia. Debemos expresar la dificultad, primero la oposición, enteramente, agudamente, exageradamente, si es menester, mejor que disminuidamente, y buscar la solución.

En primer lugar, entonces, la oposición fundamental que la Materia ofrece al Espíritu consiste en que es la culminación del principio de la Ignorancia. Aquí la Conciencia se ha perdido y olvidado en una forma de sus obras, como un hombre puede olvidar en extrema absorción no solo quien es él sino incluso que existe, convirtiéndose momentáneamente sólo en el trabajo que se efectúa y la fuerza que está haciéndolo. El Espíritu auto-luminoso, infinitamente conocedor de sí detrás de todas las obras de la fuerza y su dominio, parece haber desaparecido aquí y no existir para nada; tal vez está en algún lado, pero aquí El parece haber dejado sólo una bruta e inconsciente Fuerza material que crea y destruye eternamente sin conocerse o sin saber qué crea o por qué lo crea o por qué destruye lo que una vez creó; no sabe pues no tiene mente; no se preocupa, pues no tiene corazón. Y si esa no es la verdad real incluso del universo material, si detrás de todo este falso fenómeno hay una Mente, una Voluntad y algo mayor que la Mente o la Voluntad mental, con todo ésta es una oscura semblanza que el universo material mismo presenta como una verdad a la conciencia que emerge en él a partir de su noche; y si no fuese verdad sino mentira, con todo es la mentira más efectiva, pues determina las condiciones de nuestra existencia fenoménica y acosa a toda nuestra aspiración y esfuerzo.

Pues esto es lo monstruoso, el terrible e inmisericorde milagro del universo material que emerge de esta no-Mente, mente, o varias mentes, que se encuentran luchando débilmente por la luz, individualmente desamparadas, un tanto menos desamparadas cuando, en defensa propia, asocian su debilidad individual en medio de la gigantesca Ignorancia que es la ley del universo. A partir de esta desafecta Inconciencia y dentro de su rigurosa jurisdicción han nacido los corazones, y aspiran, y son torturados y desangrados bajo el peso de la ciega e insensible crueldad de esta férrea existencia, una crueldad que asienta su ley sobre ellos y se torna sensible en el sentimiento de ellos, brutal, feroz, horrible. ¿Pero, después de todo, qué es, detrás de las apariencias, este aparente misterio? Podemos ver que es la Conciencia que se ha perdido regresando otra vez a sí misma, emergiendo de su gigantesco auto-olvido, lentamente, penosamente, como una Vida que podría ser sensible, semi-sensible, oscuramente sensible, totalmente sensible y finalmente pugnando por ser más que sensible, a ser de muevo divinamente auto-consciente, libre, infinita, inmortal. Pero actúa hacia esto bajo una ley que es lo opuesto de estas cosas, bajo las condiciones de la Materia, vale decir, contra el aferrarse de la Ignorancia. Los movimientos que ha de seguir, los instrumentos que ha de usar se los presenta y prepara esta tosca y dividida Materia, imponiendo, a cada paso, ignorancia y limitación.

Pues la segunda oposición fundamental que la Materia ofrece al Espíritu, es ésta que es la culminación de la esclavitud a la Ley mecánica y opone a todo lo que procura liberarse una colosal Inercia. No es que la Materia misma sea inerte; es más bien un movimiento infinito, una fuerza inconcebible, una acción ilimitada, cuyos movimientos grandiosos son tema de nuestra constante admiración. Pero mientras el Espíritu es libre, dueño de sí y de sus obras, no obligado por ellas, creador de la ley y no sujeto a ella, esta Materia gigantesca está rigurosamente encadenada por una fija y mecánica Ley que le es impuesta, que no entiende ni jamás concibió y que se estructura inconscientemente como una máquina funcionando sin saber quién la creo, mediante qué procedimiento y con qué fin. Y cuando la Vida despierta y busca imponerse sobre la forma física y la fuerza material, y usar todas las cosas según su propia voluntad y para su propia necesidad, cuando la mente despierta y busca conocer el quién, por qué y cómo de sí misma y de todas las cosas y, sobre todo, usar su conocimiento para la imposición de su propia ley más libre y de su auto-guiadora acción sobre las cosas, la Naturaleza material parece ceder, incluso aprobar y auxiliar, aunque tras una lucha, con repulsa y sólo hasta cierto punto. Pero más allá de ese punto presenta una obstinada inercia, obstrucción, negación e incluso persuade a la Vida y la Mente que no pueden ir más adelante, que no pueden proseguir hasta el fin su victoria parcial. La Vida pugna por agrandarse, prolongarse y triunfar; pero cuando busca amplitud e inmortalidad totales, halla la férrea obstrucción de la Materia y se descubre ligada a la estrechez y la muerte. La Mente busca ayudar a la vida y cumplir su propio impulso de abarcar todo el conocimiento, de convertirse en luz plena, de poseer la verdad y ser la verdad, de respaldar al amor y la dicha, y ser amor y dicha; pero siempre está la desviación, el error y la tosquedad de los materiales instintos-vitales y la negación y obstrucción del sentido material y de los instrumentos físicos. El error siempre va en pos de su conocimiento, la oscuridad es inseparable compañera y trasfondo de su luz; la verdad es buscada exitosamente y, con todo, cuando se la agarra, cesa de ser verdad y la búsqueda ha de continuar; el amor está allí pero no puede satisfacerse, la dicha está allí pero no puede justificarse; cada cual arrastra como si fuesen cadenas o proyecta como si fuesen sombras, sus propios opuestos, ira y odio e indiferencia, saciedad y pesar y dolor. La inercia con la que responde la Materia a las demandas de la Mente y la Vida,

impide la conquista de la Ignorancia y de la Fuerza bruta que es el poder de la ignorancia.

Y cuando buscamos saber por qué esto es así, vemos que el buen éxito de esta inercia y obstrucción se debe al tercer poder de la Materia; pues la tercera oposición fundamental que la Materia ofrece al Espíritu es esta que es la culminación del principio de la división y la lucha. Ciertamente indivisible en la realidad, la divisibilidad es la base total de la acción desde la cual parece siempre prohibido partir; pues sus dos únicos métodos de unión son la agregación de unidades o una asimilación que implica la destrucción de una unidad por parte de otra; y ambos métodos de unión son una confesión de eterna división, dado que el primero antes asocia que unifica y por su principio mismo admite la constante posibilidad y, por lo tanto, la necesidad última de disociación, de disolución. Ambos métodos reposan sobre la muerte, en uno como un medio, en el otro como una condición de vida. Y ambos presuponen como la condición de la existencia-mundana una constante lucha de las unidades divididas, una con otra, cada cual pugnando por mantenerse, por mantener su asociación, por compeler o destruir lo que se le resiste, por reunir y devorar a los demás como su comida, pero en sí misma compelida a alzarse contra la compulsión y a huir de ella, de la destrucción y de la asimilación por ser devorada. Cuando el principio vital manifiesta sus actividades en la Materia, encuentra allí sólo esta base para todas sus actividades y es compelido a inclinarse ante el yugo; ha de aceptar la ley de la muerte, del deseo y de la limitación, y esa constante lucha por devorar, poseer, dominar que hemos visto constituye el primer aspecto de la Vida. Y cuando el principio mental se manifiesta en la Materia, ha de aceptar del molde y material en que trabaja el mismo principio de limitación, de búsqueda sin hallazgo seguro, la misma asociación y disociación constantes de sus logros y de los componentes de sus obras, de modo que el conocimiento obtenido por el hombre, el ser mental, jamás parece ser final o libre de duda y negación, y toda su labor parece condenada a moverse en un ritmo de acción y reacción y de hacer y deshacer, en ciclos de creación y breve preservación y larga destrucción sin progreso cierto ni seguro.

En especial y más fatalmente, la ignorancia, inercia y división de la Materia imponen sobre la existencia vital y mental que emergen en ella, la ley del dolor y el sufrimiento, y el desasosiego de la insatisfacción con su estado de división, inercia e ignorancia. La ignorancia ciertamente no traería el dolor de la insatisfacción si la conciencia mental fuese enteramente ignorante, si quedase satisfecha con su caparazón de costumbres sin tener conciencia de su propia ignorancia o del océano infinito de la conciencia y el conocimiento por el que vive rodeada; pero precisamente es a esto a lo que despierta la Conciencia que emerge en la Materia, primero a su ignorancia del mundo en el que vive y que ha de conocer y dominar a fin de ser feliz; segundo, a la esterilidad y limitación últimas de este conocimiento, a la escasez e inseguridad del poder y la felicidad que trae, y al tener noción de una conciencia infinita, de un conocimiento, de un ser verdadero en el que sólo ha de hallarse una felicidad victoriosa e infinita. Y la obstrucción de la inercia no traería consigo desasosiego e insatisfacción si la sensibilidad vital que emerge en la Materia fuese inerte por completo; si se satisficiese con su limitada existencia semiconsciente, desconocedora del poder infinito y la existencia inmortal en que vive como parte y con todo separada de ella; o si nada tuviese dentro de sí que la llevara a esforzarse para participar realmente en esa infinitud e inmortalidad. Pero esto es precisamente lo que toda vida tiende a buscar y sentir desde el principio, su inseguridad y la necesidad, y la lucha por la persistencia, por la auto-preservación; al fin despierta a la limitación de su existencia y empieza a sentir el impulso hacia la grandeza y la persistencia, hacia lo infinito y lo eterno.

Y cuando en el hombre la vida se torna totalmente auto-consciente, esta inevitable lucha, esfuerzo y aspiración alcanzan su punto culminante y el dolor y la discordia del mundo se tornan al fin demasiado notoriamente sensibles como para tolerarlos con contento. El hombre puede durante largo tiempo aquietarse procurando satisfacerse con sus limitaciones o reduciendo su lucha a un dominio tal como el que puede lograr sobre este mundo material en que vive, algún triunfo mental y físico de su conocimiento progresivo sobre sus inconscientes estabilidades, de sus pequeños y concentrados voluntad y poder conscientes sobre sus monstruosas fuerzas manejadas-inertemente. Pero aquí también halla la limitación, la pobre imposibilidad conclusiva de los máximos resultados que puede lograr y está obligado a mirar más allá. Lo finito no puede quedar permanentemente satisfecho mientras sea consciente, bien de una finitud mayor que la propia o bien, de una infinitud más allá de sí, a las que pueda aspirar Y si lo finito pudiera así satisfacerse, con todo el ser aparentemente finito que siente en realidad ser infinito o siente meramente la presencia, o el impulso y acicate de un infinito en su interior, jamás puede satisfacerse hasta que ambos se reconcilien, hasta que Eso este poseído por él, y él sea poseído por Eso, en cualquier grado o manera. El hombre es

esa infinitud de apariencia finita y no puede fallar en arribar a una búsqueda en pos de lo Infinito. El hombre es el primer hijo de la tierra que llega a ser vagamente consciente de Dios dentro de él, de su inmortalidad o de su necesidad de inmortalidad, y ese conocimiento es un látigo que impele y una cruz de crucifixión hasta que es capaz de convertirlo en fuente de luz, dicha y poder infinitos.

Este desarrollo progresivo, esta creciente manifestación de la divina Conciencia y Fuerza, Conocimiento y Voluntad que se ha perdido en la ignorancia e inercia de la Materia, bien podría ser una feliz florescencia prosiguiendo desde la dicha hacia una mayor y, al final, infinita dicha si no fuera por el principio de la rígida división de la que ha partido la Materia. El encerrarse del individuo en su propia conciencia personal de separada y limitada mente, vida y cuerpo impide lo que, de otro modo, sería la natural ley de nuestro desarrollo. Introduce en el cuerpo la ley de atracción y repulsión, de defensa y ataque, de discordia y dolor. Pues al ser cada cuerpo una limitada fuerza-consciente, se siente expuesto al ataque, impacto, forzado contacto de otra limitada fuerza-consciente o de fuerzas universales, y donde se siente interferido o incapaz de armonizar el contacto y la conciencia receptora, sufre desasosiego y dolor, es atraído o repelido, ha de defenderse o atacar; se le reclama constantemente soportar lo que no quiere o no es capaz de sufrir. Dentro de lo emocional y del sentido-mente la ley de división trae las mismas reacciones con los valores superiores de pesar y dicha, amor y odio, opresión y depresión, todos proyectados dentro de los términos del deseo, y mediante el deseo proyectados en tensión y esfuerzo, y mediante la tensión se proyectan en exceso y defecto de fuerza, incapacidad, el ritmo de logro y contrariedad, posesión y repliegue, una pugna constante y trastorno e incomodidad. Dentro de la mente como un todo, en lugar de una ley divina de más estrecha verdad que fluye hacia una verdad mayor, en lugar de una luz menor que se eleva hacia una luz más vasta, en lugar de una voluntad inferior sometida a una superior voluntad transformadora, en lugar de una más pequeña satisfacción que progresa hacia una satisfacción más noble y más completa, trae similares dualidades de verdad seguida por error, de luz seguida por oscuridad, de poder seguido por incapacidad, de placer de perseguir y alcanzar seguido por dolor de rechazo y de insatisfacción hacia lo que se alcanza; la mente encara su propia aflicción junto con la aflicción de la vida y el cuerpo y toma conciencia del triple defecto e insuficiencia de nuestro ser natural. Todo esto significa la negación de Ananda, la negación de la trinidad de Sachchidananda y, por lo tanto, si la negación es insuperable, la futilidad de la existencia; pues la existencia, al lanzarse en el juego de la conciencia y de la fuerza, debe buscar ese movimiento no meramente para sí, sino también por la satisfacción en el juego, y si no es posible hallar real satisfacción en el juego, debe obviamente abandonarse finalmente, como un vano intento, un error colosal, un delirio del espíritu auto-encarnando.

Esta es la base total de la teoría pesimista del mundo, —puede considerarse optimista en cuanto a los mundos y estados más allá, pero pesimista en cuanto a la vida terrena y destino del ser mental en sus tratos con el universo material—. Pues afirma que, dado que la naturaleza misma de la existencia material es la división y la semilla misma de la mente corporizada es la auto-limitación, la ignorancia y el egoísmo, buscar la satisfacción del espíritu sobre la tierra o buscar un resultado o propósito divino y culminación para el juego-del-mundo es vanidad y engaño; sólo en un cielo del Espíritu y no en el mundo, o sólo en la verdadera quietud del Espíritu y no en sus actividades fenoménicas, podemos reunir la existencia y la conciencia con el divino auto-deleite. El Infinito sólo puede recuperarse rechazando como un error y un paso en falso su intento de encontrarse en lo finito. Tampoco el emerger de la conciencia mental en el universo material puede traer consigo promesa alguna de una divina realización. Pues el principio de la división no es apropiado a la Materia sino a la Mente; la Materia es sólo una ilusión de la Mente en la cual la Mente introduce su propia regla de división e ignorancia. Por lo tanto, dentro de esta ilusión la Mente sólo puede hallarse a sí misma; sólo puede viajar entre los tres términos de la existencia dividida que ha creado: no puede hallar allí la unidad del Espíritu ni la verdad de la existencia espiritual.

Ahora bien, es verdad que el principio de la división en la Materia sólo puede ser una creación de la Mente dividida que se ha precipitado en la existencia material; pues esa existencia material no tiene auto-ser, no es el fenómeno original sino sólo una forma creada por una fuerza-Vital omni-divisora que estructura las concepciones de una Mente omni-divisora. Estructurando el ser dentro de estas apariencias de la ignorancia, inercia y división de la Materia, la Mente divisora se ha perdido y aprisionado en una mazmorra de su propio edificio, se sujeta con cadenas que ella misma forjó. Y si es verdad que la Mente divisora es el primer principio de la creación, entonces debe ser también el logro último posible en la creación, y el ser mental luchando vanamente con la Vida y la Materia, venciéndolas sólo para ser vencido por ellas, repitiendo eternamente un infructuoso ciclo, debe ser la última y suprema palabra de la existencia

cósmica. Pero esa consecuencia no procede si, por el contrario, es el Espíritu inmortal e infinito que se ha velado en el denso manto de la sustancia material, quien trabaja allí mediante el supremo poder creador de la Supermente, permitiendo las divisiones de la Mente y el reino del principio inferior o material sólo como condiciones iniciales de cierto juego evolutivo del Uno en los Muchos. Si, en otras palabras, no es meramente un ser mental que está escondido en las formas del universo, sino el infinito Ser, Conocimiento, Voluntad, que emerge desde la Materia primero como Vida, luego como Mente, con el resto de sí aún no revelado, entonces el emerger de la conciencia desde el aparentemente Inconsciente debe tener otro término más completo; ya no es imposible la aparición de un supramental ser espiritual que imponga en sus obras mentales, vitales y corporales, una ley superior a la de la Mente divisora. Por el contrario, es la natural e inevitable conclusión de la naturaleza de la existencia cósmica.

Ese ser supramental, como hemos visto, liberaría a la mente del nudo de su dividida existencia y usaría la individualización de la mente como simplemente una útil acción subordinada de la omni-abarcadora Supermente; y él liberaría a la vida también del nudo de su dividida existencia y usaría la individualización de la vida como simplemente una útil acción subordinada de la única Fuerza-Consciente que realiza su ser y dicha en una diversificada unidad. ¿Hay alguna razón por la que no liberaría también la existencia corporal de la actual ley de muerte, división y mutuo devorarse, y usaría la individualización del cuerpo como meramente un útil término subordinado de la única divina Existencia-Consciente, puesta en servicio para la dicha de lo Infinito en lo finito? ¿O por qué este espíritu no sería libre en una soberana ocupación de la forma, conscientemente inmortal aún en el cambio de su vestido de Materia, poseído de su auto-deleite en un mundo sujeto a la ley de la unidad, el amor y la belleza? Y si el hombre es el habitante de la existencia terrestre, a través del cual puede al fin producirse esa transformación de lo mental en lo supramental ¿no es posible que pueda él desarrollar, al igual que una mente divina y una vida divina, también un cuerpo divino? O, si la frase parece demasiado pasmosa para nuestras actuales concepciones limitadas de la potencialidad humana, ¿no puede él en su desarrollo de su verdadero ser y de su luz, dicha y poder, arribar a un uso divino de la mente, la vida y el cuerpo, por el cual el descenso del Espíritu en la forma se justifique, a la vez, tanto en lo humano como en lo divino?

Lo único que puede estorbar en el camino de esa última posibilidad terrestre es si nuestro actual visión de la Materia y sus leyes representan la única relación posible entre sentido y sustancia, entre el Divino como sujeto conocedor y el Divino como objeto de conocimiento, o si, al ser posibles otras relaciones, con todo no son posibles de ningún modo aquí, sino que deben buscarse en superiores planos de la existencia. En ese caso, es más allá de los cielos que debemos buscar nuestra íntegra realización divina, como lo afirman las religiones, y su otra afirmación del reino de Dios o del reino de lo perfecto sobre la tierra debe hacerse a un lado como ilusión. Aquí sólo podemos perseguir o alcanzar una interna preparación o victoria y, habiendo liberado a la mente, la vida y el alma por dentro, debemos volcarnos, desde el no-conquistado e inconquistable principio material, desde una no-regenerada e intratable tierra, a buscar por doquier nuestra divina sustancia. Sin embargo, no hay razón para que aceptemos esta limitadora conclusión. Con toda seguridad hay aún otros estados incluso de Materia misma; hay indudablemente una serie ascendente de las divinas gradaciones de la sustancia; existe la posibilidad del ser material, de transfigurarse a través de la aceptación de una ley superior a la propia que, con todo, es la suya propia pues está allí siempre latente y potencial en sus propios secretos.

Capítulo XXVI - La Serie Ascendente de la Sustancia

Hay un yo que es de la esencia de la Materia —hay otro yo interior de la Vida que llena al primero— hay otro yo interior de la Mente —hay otro yo interior de la Verdad-Conocimiento— hay otro yo interior de Bienaventuranza.
Taittiriya Upanishad

Ellos ascienden a Indra como una escalera. En la medida en que uno sube cima tras cima, se torna claro lo mucho que aun queda por hacer. Indra trae la conciencia de Eso como meta.

Como un halcón, como un milano El se posa sobre la Nave y la eleva; en Su chorro de movimiento Él descubre los Rayos, pues marcha portando sus armas: hiende al océano agita las aguas; un gran Rey. Él declara el cuarto estado. Como un mortal que purifica

su cuerpo, como un caballo-de-guerra que galopa a la conquista de riquezas, Él fluye llamando a través de toda la envoltura y entra en estos vasos.
Rig Veda

Si consideramos qué es lo que más nos representa la materialidad de la Materia, veremos que es su aspecto de solidez, de ser tangible, de resistencia creciente, de firme respuesta al contacto con la Sensación. La sustancia parece más ciertamente material y real en proporción a como nos presenta una sólida resistencia y en virtud de esa resistencia, una durabilidad de la forma sensible en la que nuestra conciencia pueda morar; en proporción a cómo resulta más sutil, menos densamente resistente y menos duraderamente asible por el sentido, nos parece menos material. Esta actitud de nuestra conciencia ordinaria para con la Materia es símbolo del objeto esencial para el cual ha sido creada la Materia. La sustancia mora dentro del estado material a fin de poder presentarse a la conciencia, a la cual tiene que entregar con ello imágenes duraderas, firmemente aprehensibles sobre las que la mente pueda apoyar y basar sus operaciones y a las que la Vida pueda manejar, con al menos, una relativa seguridad de permanencia en la forma sobre la que opera. Por lo tanto, en la antigua fórmula Védica, la Tierra, modelo de los estados más sólidos de sustancia, fue aceptada como el nombre simbólico del principio material. Por eso también el tacto o contacto es para nosotros la base esencial de Sensación; todos los otros sentidos físicos, gusto, olfato, oído, vista, se basan en una serie de contactos cada vez más sutiles e indirectos entre el perceptor y lo percibido. Igualmente, en la clasificación Sankhya de los cinco estados elementales de la Sustancia desde el éter a la tierra, vemos que su característica es una constante progresión desde lo más sutil hasta lo menos sutil de modo que en la cúspide tenemos las vibraciones sutiles de lo etéreo y en la base la densidad más gruesa de la elemental condición terrena o sólida. La Materia, por lo tanto, es la última etapa conocida por nosotros en el progreso de la pura sustancia hacia una base de relación cósmica, en la que la primera palabra no será espíritu sino forma, y forma en su máximo desarrollo posible de concentración, resistencia, imagen duraderamente densa, mutua impenetrabilidad, —el punto culminante de la distinción, separación y división—. Esta es la intención y carácter del universo material; es la fórmula de la consumada divisibilidad.

Si hay, como debe haberla en la naturaleza de las cosas, una serie ascendente en la escala de la sustancia desde la Materia hasta el Espíritu, ella debe estar marcada por una progresiva disminución de estas capacidades más características del principio físico y un progresivo incremento de las características opuestas que nos conducirán a la fórmula de la pura auto-extensión espiritual. Esto es como decir que deben estar marcadas por cada vez menor esclavitud a la forma, por cada vez mayor sutileza y flexibilidad de sustancia y fuerza; por cada vez mayor ínter-fusión, interpenetración, poder de asimilación, poder de intercambio, poder de variación, transmutación y unificación. Apartándonos de la durabilidad de la forma marcharnos hacia la eternidad de la esencia; apartándonos de nuestro equilibrio en la persistente separación y resistencia de la Materia física, nos acercamos al supremo equilibrio divino en la infinitud, unidad e indivisibilidad del Espíritu. Entre la tosca sustancia densa y la pura sustancia del espíritu ésta debe ser la fundamental antinomia. En la Materia, Chit o la Fuerza-Consciente se concentra cada vez más para resistir e imponerse ante las otras masas de la misma Fuerza-Consciente; en la sustancia del Espíritu, la pura conciencia se imagina libremente en su sensación de sí misma con una indivisibilidad esencial y un constante intercambio unificador como fórmula básica incluso del más diversificado juego de su propia Fuerza. Entre estos dos polos existe la posibilidad de una gradación infinita.

Estas consideraciones resultan de gran importancia cuando consideramos la posible relación entre la vida divina y la mente divina del alma humana perfeccionada y el muy denso y aparentemente no-divino cuerpo o fórma del ser físico en que actualmente moramos. Esa fórma es resultado de cierta relación fija existente ente sensación y sustancia, desde la cual comenzó el universo material. Pero así como esta relación no es la única relación posible, de igual modo esa fórma no es la única fórma posible. La vida y la mente pueden manifestarse en otra relación con la sustancia y estructurar diferentes leyes físicas, hábitos distintos y mayores, incluso una distinta sustancia del cuerpo con una más libre acción de la sensación, más libre acción de la vida, más libre acción de la mente. Muerte, división, mutua resistencia y exclusión entre las masas corporizadas de la misma fuerza-vital consciente son la fórmula de nuestra existencia física; la estrecha limitación del juego de los sentidos, la determinación dentro de un pequeño círculo del campo, duración y poder de las obras-vitales, el oscurecimiento, el poco convincente movimiento, el interrumpido y restringido funcionamiento de la mente

son el yugo que esa fórmula expresada en el cuerpo animal ha impuesto sobre los principios superiores. Pero estas cosas no son el único ritmo posible de la Naturaleza cósmica. Hay estados superiores, hay mundos superiores, y si por cualquier progreso del hombre y por cualquier liberación de nuestra sustancia desde sus actuales imperfecciones, la ley de aquellos pudiese imponerse en esta forma e instrumento sensibles de nuestro ser, entonces puede existir incluso aquí una actuación física de la mente y del sentido divinos, una tarea física de la vida divina en la estructura humana y también en la evolución sobre la tierra de algo que podemos llamar, un cuerpo divinamente humano. El cuerpo del hombre también puede algún día obtener su transfiguración; la Madre-Tierra también puede revelar en nosotros su deidad.

Incluso dentro de la fórmula del cosmos físico hay una serie ascendente en la escala de la Materia que nos conduce de lo más denso a lo menos denso, de lo menos sutil a lo más sutil. ¿Dónde alcanzamos el término supremo de esa serie, la más supra-etérea sutileza de la sustancia material o formulación de la Fuerza, que está más allá? No es un Nihil, no es un vacío; pues no existe una cosa tal como vacío absoluto o nulidad real y lo que llamamos por ese nombre es simplemente algo que está más allá de la captación de nuestro sentido, nuestra mente o nuestra conciencia más sutil. Tampoco es verdad que más allá no hay nada, o que alguna sustancia etérea de la Materia es el principio eterno; pues sabemos que la Materia y la Fuerza material son sólo un resultado último de una Sustancia pura y una Fuerza pura en las que la conciencia está luminosamente auto-consciente y auto-poseedora y no como en la Materia perdida en sí misma en un sueño inconsciente y en un movimiento inerte. ¿Qué hay entonces entre esta sustancia material y esa sustancia pura? Pues no saltamos de una a la otra, no pasamos a un tiempo de lo inconsciente a la conciencia absoluta. Deben haber y hay toda una evolución de grados entre la sustancia inconsciente y la auto-extensión completamente auto-consciente, al igual que entre el principio de la Materia y el principio del Espíritu.

Todos cuantos han sondeado estos abismos están dispuestos a testimoniar el hecho de que hay una serie de formulaciones (formas) cada vez más sutiles de la sustancia, que escapan y van más allá de la fórmula del universo material. Sin profundizar en asuntos que son demasiado ocultos y difíciles para nuestra actual investigación, podemos decir, adhiriéndonos al sistema sobre el que nos hemos basado, que estas gradaciones de la sustancia, --en un importante aspecto de su formulación en series--, pueden verse, como se corresponden, con la ascendente serie de Materia, Vida, Mente, Supermente y esa otra divina triplicidad superior de Sachchidananda. En otras palabras, descubrimos que la sustancia en su ascensión, se basa en cada uno de estos principios y se torna sucesivamente un vehículo característico para la dominante auto-expresión cósmica en cada una de sus series ascendentes.

Aquí, en el mundo material, todo se funda en la fórmula de la sustancia material. La Sensación, la Vida, el Pensamiento se basan sobre lo que los antiguos llamaron Poder-Tierra, parten de él, acatan sus leyes, acomodan sus actuaciones a este principio fundamental, se limitan por sus posibilidades y, si desarrollaran otras, incluso en ese desarrollo han de tener en cuenta la fórmula original, su finalidad y su exigencia sobre la evolución divina. La sensación trabaja a través de los instrumentos físicos, la vida a través del sistema-nervioso físico y los órganos vitales, la mente ha de construir sus operaciones sobre una base corporal, usando una instrumentación material, aun en sus actividades mentales puras ha de tomar los datos así derivados como campo y como el material sobre los cuales trabaja. No es preciso que en la naturaleza esencial de la mente, de la sensación, de la vida, hayan de limitarse así: pues los órganos-sensorios físicos no son los creadores de las percepciones-sensorias, sino que ellos mismos son la creación, los instrumentos y aquí una conveniencia necesaria de la sensación cósmica; el sistema nervioso y los órganos vitales no son los creadores de la acción y reacción de la vida, sino que ellos mismos son la creación, los instrumentos y aquí una necesaria conveniencia de la fuerza-Vital cósmica; el cerebro no es el creador del pensamiento, sino que él mismo es la creación, el instrumento y aquí una necesaria conveniencia de la Mente cósmica. La necesidad entonces no es absoluta, sino teleológica; es el resultado de una divina Voluntad cósmica en el universo material que propende a plantear aquí una relación física entre la sensación y su objeto, establece aquí una fórmula material y ley de la Fuerza-Consciente y crea mediante ella las imágenes físicas del Ser-Consciente para servir de hecho inicial, dominante y determinante del mundo en que vivimos. No es una ley fundamental del ser sino un principio constructivo requerido por la intención del Espíritu en orden a evolucionar en el mundo de la Materia.

En el grado siguiente de la sustancia el hecho inicial, dominante y determinante ya no es la fuerza y la forma de la sustancia sino la vida y el deseo consciente. Por lo tanto, el

Mundo más allá de este plano material debe ser un mundo basado en una consciente Energía vital cósmica, una fuerza de búsqueda vital y una fuerza de Deseo y su auto-expresión, y no en una voluntad inconsciente o subconsciente que toma la forma de una energía y una fuerza material. Todas las formas, cuerpos, fuerzas, movimientos-vitales, movimientos-sensorios, movimientos-del-pensamiento, desarrollos, culminaciones, auto-realizaciones de ese Mundo deben ser dominados y determinados por este hecho inicial de la Vida-Consciente al que la Materia y la Mente deben someterse, deben partir desde él, basarse ambas en él, limitarse o agrandarse según sus leyes, poderes, capacidades, limitaciones; y si la Mente procura desarrollar todavía posibilidades superiores, aún debe tener en cuenta la fórmula vital original de la fuerza-deseo, su finalidad y su exigencia en cuanto a la manifestación divina.

Lo mismo ocurre con las gradaciones superiores. La siguiente en la serie debe ser gobernada por el dominante y determinante factor de la Mente. La sustancia debe haber llegado a ser lo bastante sutil y flexible como para asumir las formas que directamente le impone la Mente, para acatar sus operaciones, para subordinarse a su exigencia de auto-expresión y auto-realización. Las relaciones de sensación y sustancia deben también tener una sutileza y flexibilidad correspondientes, y deben ser determinadas, no por las relaciones del órgano físico con el objeto físico, sino de la Mente con la sustancia más sutil sobre la cual trabaja. La vida de ese Mundo sería sirviente de la Mente en un sentido del cual nuestras débiles operaciones mentales y nuestras limitadas, toscas y rebeldes facultades vitales no pueden tener una concepción adecuada. Allí la Mente domina como la fórmula original, su finalidad prevalece, su exigencia supera a todas las otras en la ley de la manifestación divina. En una distancia aún superior, la Supermente —o, entre medias, los principios controlados por ella— o, más arriba todavía, una pura Bienaventuranza, un puro Poder Consciente o puro Ser reemplazan a la Mente como principio dominante, e ingresamos en aquellos Ambitos de la existencia cósmica que para los antiguos videntes Védicos eran los Mundos de la divina existencia iluminada y el fundamento de lo que denominaron Inmortalidad y que más tarde las religiones indias imaginaron, en figuras como Brahmaloka o Goloka, alguna suprema auto-expresión del Ser corno Espíritu en la que el alma liberada en su perfección suprema posee la infinitud y beatitud de la Deidad eterna.

El principio que subyace en esta experiencia continuamente ascendente y en esta visión que se eleva más allá de la formulación material de las cosas es que toda existencia cósmica es una armonía compleja y no concluye con el alcance limitado de la conciencia en él que la ordinaria mente humana y la vida están condenados a estar en prisión. El ser, la conciencia, la fuerza, la sustancia, descienden y ascienden una escalera de múltiples peldaños, en cada uno de los cuales el ser tiene una más vasta auto-extensión, la conciencia una más amplia sensación de su propio alcance, grandor y dicha, la fuerza una mayor intensidad y una más rápida y bienaventurada capacidad, la sustancia ofrece una más sutil, plástica, boyante y flexible versión de su primera realidad. Pues lo más sutil es también lo más poderoso, —uno podría decir lo más verdaderamente concreto—; es menos restringido que lo denso, tiene una mayor permanencia en su ser junto con mayor potencialidad, plasticidad y alcance en su devenir. Cada meseta de la ascensión a la cima del ser, da a nuestra experiencia en expansión un plano superior de nuestra conciencia y un mundo más rico para nuestra existencia.

¿Pero cómo afecta esta serie ascendente a las posibilidades de nuestra existencia material? No las afectaría para nada si cada plano de la conciencia, cada Mundo de la existencia, cada clase de sustancia, cada grado de fuerza cósmica estuviese segregado por entero de lo que precede y de lo que le sigue. Pero la verdad es lo opuesto; la manifestación del Espíritu es una compleja trama y en el diseño y modelo de un Principio entran todos los demás como elementos del todo espiritual. Nuestro Mundo material es el resultado de todos los demás Mundos, pues todos los otros Principios descendieron en la Materia para crear el universo físico, y cada partícula de lo que llamamos Materia contiene a todos ellos implícitos en sí misma; su acción secreta, como ya vimos está involucrada en cada momento de su existencia y en todo movimiento de su actividad. Y así como la Materia es la última palabra del Descenso Involutivo a lo Inconsciente, de igual manera es también la primera palabra del Ascenso; así como los poderes de todos estos planos, mundos, clases, grados están envueltos en la existencia material, de igual manera todos son capaces de Evolución por y a partir de ella. Es por esta razón que el ser material no empieza y termina con gases, compuestos químicos, fuerzas físicas y movimientos, con nebulosas, soles y tierras, sino que evoluciona hacia el desarrollo de la vida, evoluciona hacia el desarrollo de la mente, debe evolucionar en su momento la supermente y los grados superiores de la existencia espiritual. La evolución adviene mediante la incesante presión de los planos supra-materiales sobre lo material, compeliéndo a la materia a liberar de sí sus

principios y poderes que, de otro modo, concebiblemente habrían dormido aprisionados en la rigidez de la fórmula material. Esto habría sido aun así improbable, dado que su presencia allí implica un propósito de liberación; pero aún esta necesidad de abajo es en realidad ayudada en grado sumo por una semejante presión superior.

Esta evolución no puede terminar con la primera formulación escasa de la vida, mente, supermente, espíritu, concedida a esos poderes superiores por el reluctante poder de la Materia. Pues en la medida que evolucionan, tal como despiertan, tal como llegan a ser más activos y ávidos de sus propias potencialidades, la presión sobre ellos de los planos superiores, --una presión envuelta en la existencia e íntima conexión e interdependencia de los Mundos—, debe también crecer en insistencia, poder y efectividad. Estos principios no sólo deben manifestarse desde abajo en un calificado y restringido emerger, sino también desde arriba ellos deben descender con su característico poder y plena florescencia posible dentro del ser material; la criatura material debe abrirse a un juego cada vez más amplio de sus actividades en la Materia, y todo cuanto se necesita es un receptáculo, un medio y unos instrumentos aptos. Eso lo aporta el cuerpo, la vida y la conciencia del hombre.

Ciertamente, si ese cuerpo, vida y conciencia estuviesen limitados a las posibilidades del cuerpo denso humano, que son todas las que aceptan nuestros sentidos físicos y mentalidad física, habría un estrechísimo marco para esta evolución, y el ser humano no podría esperar cumplir nada esencialmente mayor que su propio logro. Pero este cuerpo, como lo descubrió la antigua ciencia oculta, no es todavía el todo de nuestro ser físico; esta burda densidad no es toda nuestra sustancia. El antiquísimo conocimiento Vedántico nos habla de cinco grados de nuestro ser: el material, el vital, el mental, el ideal y el espiritual o beatífico, y a cada uno de estos grados de nuestra alma le corresponde allí una clase de nuestra sustancia, una envoltura como se la denominó en el antiguo lenguaje figurativo. Una sicología posterior descubrió que estas cinco envolturas de nuestra sustancia eran el material de los tres cuerpos, el físico denso, el sutil y el causal, en todos los cuales el alma mora real y simultáneamente, aunque aquí y ahora solo somos superficialmente conscientes del vehículo material. Pero es posible también llegar a ser conscientes en nuestros otros cuerpos y ello constituye de hecho levantar el velo entre ellos y consiguientemente entre nuestras personalidades física, psíquica e ideal que es la causa de aquellos fenómenos "psíquicos" y "ocultos" que en la actualidad empiezan a examinarse, aunque no en la proporción deseada y bastante desdeñadamente, distando mucho todavía de ser debidamente explotados. Los antiguos Hatha-yoguis y Tántricos de la India hace mucho tiempo que redujeron a una ciencia este tema de la vida y cuerpo humanos superiores. Descubrieron seis centros nerviosos de la vida en el cuerpo denso, correspondientes a los seis centros de la vida y la facultad mental en lo sutil, y también encontraron sutiles ejercicios físicos mediante los cuales estos centros, ahora cerrados, podían abrirse, ingresando el hombre en la vida psíquica superior apropiada a nuestra existencia sutil, pudiendo incluso destruirse las obstrucciones físicas vitales a la experiencia del ser ideal y espiritual. Resulta significativo que un relevante resultado proclamado por los Hatha-yoguis para sus prácticas y verificado en muchos aspectos, fuese un control de la física fuerza-vital que los liberaba de algunos de los hábitos ordinarios o de las así llamadas leyes que según criterio de la ciencia oficial son inseparables de la vida en el cuerpo.

Detrás de todos estos términos de la antigua ciencia psicofísica está el único gran hecho y ley de nuestro ser de que, cualquiera sea su temporal equilibrio de forma, conciencia y poder en esta evolución material, detrás de él debe haber, y hay, una existencia mayor y verdadera de la cual ésta es sólo el resultado externo y el aspecto físicamente sensible. Nuestra sustancia no termina con el cuerpo físico; este es sólo el pedestal terreno, la base terrestre, el punto de partida material. Así como detrás de nuestra mentalidad en vigilia hay ámbitos más amplios de la conciencia subconsciente y superconsciente de los que a veces tomamos conocimiento anormalmente, de igual modo detrás de nuestro denso ser físico hay otras y más sutiles clases de sustancia con una más refinada ley y mayor poder que sostienen al cuerpo más denso y los cuales, mediante nuestro ingreso dentro de los ámbitos de la conciencia pertenecientes a ellos pueden hacer que se imponga esa ley y poder sobre nuestra materia densa, y sustituir sus más puras, más elevadas y más intensas condiciones del ser por la tosquedad y limitación de nuestra vida física, impulsos y hábitos actuales. Si eso fuera así, entonces nuestra evolución hacia una más noble existencia física no limitada por las condiciones ordinarias del animal nacimiento, vida y muerte, de la difícil alimentación y facilidad de desorden y enfermedad y sujeción a pobres e insatisfechos anhelos vitales, deja de tener la apariencia de un sueño y una quimera y llega a ser una posibilidad fundada sobre una verdad racional y filosófica que está de acuerdo con

todo el resto que hasta ahora conocimos, experimentamos o pudimos pensar acerca de la verdad abierta y secreta de nuestra existencia.

Así sería racionalmente; pues la no interrumpida serie de los Principios de nuestro ser y su íntima conexión mutua es demasiado evidente como para que sea posible que uno sólo de ellos esté condenado y segregado mientras los demás son capaces de una liberación divina. El ascenso del hombre desde lo físico hasta lo supramental debe admitir la posibilidad de un correspondiente ascenso en las clases de sustancia hacia ese cuerpo ideal o causal que es apropiado para nuestro ser supramental, y la conquista de los principios inferiores por la supermente y su liberación de ellos en una vida divina y en una mentalidad divina deben hacer posible también una conquista de nuestras limitaciones físicas mediante el poder y principio de la sustancia supramental. Y esto significa la evolución no sólo de una irrestricta conciencia, de una mente y una sensación no encerrada en los muros del ego físico o limitadas a la pobre base del conocimiento ofrecido por los órganos físicos de la sensación, sino un poder-vital liberado cada vez más de sus limitaciones mortales, una vida física apta para un habitante divino y, —en el sentido no de apego o de restricción a nuestra estructura corpórea actual sino de superación de la ley del cuerpo físico□, la conquista de la muerte, una inmortalidad terrena. Pues desde la Bienaventuranza divina, del Deleite original de la existencia, el Señor de la Inmortalidad llega escanciando el vino de esa Bienaventuranza, el Soma místico, en estas vasijas de mentalizada materia viviente; eterno y bello, él entra en estas envolturas de la sustancia para la integral transformación del ser y de la naturaleza.

Capítulo XXVII - El Séptulo acorde del Ser

En la ignorancia de mi mente, pregunté por estos escalones de los Dioses que están asentados interiormente. Los omniscientes Dioses han recogido al Infante de un año y han entretejido en su torno siete hebras para confeccionar esta trama.
Rig Veda

Mediante nuestro prolijo examen de los siete grandes términos de la existencia que los antiguos videntes fijaron como el fundamento y séptuplo modo de toda la existencia cósmica, hemos discernido las gradaciones de la evolución y de la involución, arribando a la base del conocimiento por el que pugnábamos. Afirmamos que el origen, el continente, la realidad inicial y la realidad última de todo lo que está en el cosmos es el principio triuno de la trascendente e infinita Existencia, Conciencia y Bienaventuranza que es la naturaleza del Ser divino. La Conciencia tiene dos aspectos, iluminador y efectivo, estado y poder de auto-conocimiento, y estado y poder de autofuerza, por los que el Ser se posee, ya sea en su condición estática o, ya sea en su movimiento dinámico; pues en su acción creadora conoce por auto-conciencia omnipotente que todo está latente en él y produce y gobierna el universo de sus potencialidades mediante una omnisciente auto-energía. Esta acción creadora del Omni-existente tiene su nudo (nodo, punto de inflexión) en el cuarto estado, el principio intermedio de la Supermente o Real-Idea, en el que un Conocimiento divino único con auto-existencia y auto-conocimiento y una sustancial Voluntad que es perfectamente unísona con ese conocimiento, —pues es, en su sustancia y naturaleza, esa auto-consciente auto-existencia dinámica en la iluminada acción—, desarrollan infaliblemente el movimiento, la forma y la ley de las cosas en correcto acuerdo con su Verdad auto-existente y en armonía con los significados de su manifestación.

La creación depende de y se mueve entre el principio biuno de la unidad y la multiplicidad; es una múltiple combinación de idea, fuerza y forma que es la expresión de una unidad original, y es una eterna unidad que es el fundamento y la realidad de los Mundos múltiples, haciendo posible su juego. Por lo tanto, la Supermente procede mediante una doble facultad de conocimiento comprehensivo y aprehensivo; procediendo desde la unidad esencial hacia la multiplicidad resultante, compréndente de todas las cosas en sí como la Unidad en sus múltiples aspectos y aprehendente separadamente de todas las cosas en sí como objetos de su voluntad y conocimiento. Mientras en cuanto a su original auto-conocimiento todas las cosas son un solo ser, una sola conciencia, una sola voluntad, un solo auto-deleite y el movimiento total de las cosas un movimiento único e indivisible, procede en su acción desde la unidad a la multiplicidad (involucionando) y desde la multiplicidad a la unidad (evolucionando), creando una ordenada relación entre ellas y una aparente, pero no obligatoria realidad

de división, una sutil división no separadora, o más bien una demarcación y determinación dentro de lo indivisible. La Supermente es la divina Gnosis que crea, gobierna y sostiene los Mundos: es la Sabiduría secreta que sostiene a ambos, nuestro Conocimiento y nuestra Ignorancia.

Hemos descubierto también que la Mente, la Vida y la Materia son un triple aspecto de estos principios superiores que operan, en lo que a nuestro universo atañe, en sujeción al principio de la Ignorancia, al superficial y aparente auto-olvido del Uno en su juego de división y multiplicidad. En realidad, estos tres son sólo poderes subordinados del cuaternario divino: la Mente es un poder subordinado de la Supermente que toma su asiento en el punto de apoyo de la división, ciertamente olvidado aquí de la unidad que está detrás aunque capaz de retornar a ella mediante la reiluminación por lo Supramental; la Vida es, de modo parecido, un poder subordinado del aspecto como energía de Sachchidananda, es Fuerza que estructura creando formas y el juego de la energía consciente, desde el punto de apoyo de la división creada por la Mente; la Materia es la forma de la sustancia del Ser que la existencia de Sachchidananda asume cuando se somete a esta acción involutiva fenoménica de su propia conciencia y fuerza.

Además, hay un cuarto principio que ingresa en la manifestación como el nudo (nodo) de mente, vida y cuerpo, eso que llamamos el alma; pero ésta tiene doble apariencia, al frente es el alma-del-deseo que pugna por la posesión y deleite de las cosas, y, por detrás, y ya sea más grande o ya esté enteramente oculta por el alma-del-deseo, la verdadera entidad psíquica que es el Real receptáculo de las experiencias del espíritu. Y hemos concluido que este cuarto principio humano es proyección y acción del tercer principio divino de infinita Bienaventuranza, más una acción en los términos de nuestra conciencia y bajo las condiciones de la evolución-del-alma en este mundo. Así como la existencia de lo Divino es en su naturaleza una conciencia infinita y el auto-poder de esa conciencia, de igual manera la naturaleza de su conciencia infinita es pura e infinita Bienaventuranza; la auto-posesión y el auto-conocimiento son la esencia de su auto-deleite. El cosmos es también un juego de este divino auto-deleite y el deleite de ese juego está enteramente poseído por lo Universal; pero en el individuo, debido a la acción de los poderes de la ignorancia y la división, es mantenido en el ser subliminal y en el ser super-consciente; falta en nuestra superficie y ha de ser buscado, hallado y poseído mediante el desarrollo de nuestra conciencia individual en pos de la universalidad y de la trascendencia.

Por lo tanto, si queremos, podemos plantear ocho principios en lugar de siete, y entonces percibimos que nuestra existencia es una suerte de refracción de la existencia divina, en orden inverso de ascenso y descenso, así dispuesto:

Existencia
Conciencia-Fuerza
Bienaventuranza
Supermente
Mente
Psiquis
Vida
Materia

Lo Divino desciende de la pura existencia a través del juego de la Conciencia-Fuerza y la Bienaventuranza y el medio creador de La Supermente en el ser cósmico, ascendemos de la Materia a través de una vida, alma y mente que evolucionan, y por el medio iluminador de la supermente, hacia el ser divino. El nudo de ambos, el hemisferio superior e inferior , tiene lugar donde la mente y la supermente se encuentran con un velo entre ellas. Rasgar el velo es la condición de la vida divina en la humanidad; pues con esa rasgadura, mediante el iluminador descenso de lo superior adentro de la naturaleza del ser inferior y el forzado ascenso del ser inferior adentro de la naturaleza del superior, la mente puede recobrar su divina luz en la omni-comprehensiva supermente, el alma realizar su divino Ser (Yo) en el omni-poseedor Ananda omni-bienaventurado, la vida reposeer su divino poder en el juego de la omnipotente Fuerza-Consciente y la Materia abrirse a su divina libertad coma una forma de la divina Existencia. Y si existe alguna meta hacia la evolución que halle aquí su actual corona y cabeza en el ser humano, diferente de un circular sin objetivo y de una huida individual de ese girar, si la infinita potencialidad de esta criatura, —(que sola aquí se sitúa entre el Espíritu y la Materia con el poder de mediar entre ambos)—, tiene algún significado distinto del de un despertar último de la ilusión de la vida por desesperación y disgusto del esfuerzo cósmico y su completo rechazo; entonces, esa luminosa y pujante

transfiguración y emerger de lo Divino en la criatura humana, debe de ser nuestra elevada meta y nuestro significado supremo.

Pero antes de que podamos pasar a las condiciones psicológicas y prácticas bajo las cuales tal transfiguración puede modificarse, desde una posibilidad esencial a una potencialidad dinámica, tenemos mucho que considerar; pues debemos discernir no sólo los principios esenciales del descenso de Sachchidananda en la existencia cósmica, lo cual ya lo hemos hecho, sino también el gran plan de su orden aquí y la naturaleza y acción del poder manifestado de la Fuerza-Consciente que reina sobre las condiciones bajo las que actualmente existimos. Ahora, lo que primero tenemos que ver es que los siete u ocho principios que hemos examinado son esenciales para toda la creación cósmica y están allí, manifestados o aún no manifestados, en nosotros mismos, en este "Infante de un año" que todavía somos (pues distamos mucho de ser los adultos de la Naturaleza evolutiva). La Trinidad superior es la fuente y base de toda existencia y juego de la existencia, y todo el cosmos debe ser una expresión y acción de su realidad esencial. Ningún universo puede ser simplemente una forma del Ser que haya surgido y se perfile en una nulidad y vacío absolutos, contrastando frente a una vacuidad no-existente. Debe ser, o una imagen de la existencia dentro de la Existencia infinita que está más allá de toda imagen, o debe ser ella misma la Omni-Existencia. De hecho, cuando unificamos nuestro ser (yo) con el ser cósmico, vemos que en realidad es ambas cosas a la vez; vale decir, es el Omni-Existente figurándose partir de Él mismo en una infinita serie de ritmos en Su propia extensión conceptiva de El Mismo como Tiempo y Espacio. Es más, vemos que esta acción cósmica o cualquier acción cósmica es imposible sin el juego de una infinita Fuerza de la Existencia que produzca y regule todas estas formas y movimientos; y que la Fuerza igualmente presupone o es la acción de una Conciencia infinita, porque en su naturaleza es una Voluntad cósmica que determina todas las relaciones y las aprehende mediante su propia modalidad de conocimiento, y no podría determinarlas y aprehenderlas si no existiese la Conciencia comprehensiva detrás de esa modalidad de conocimiento cósmico para originar al tiempo que sostener, fijar y reflejar a través de ella las relaciones del Ser en la formación evolutiva o devenir de sí a la que llamamos un universo.

Finalmente, al ser la Conciencia omnisciente y omnipotente, en entera posesión luminosa de sí, y al ser, tal entera posesión luminosa necesariamente y en su naturaleza misma, Bienaventuranza, pues no puede ser nada más, un extenso auto-deleite universal debe ser la causa, esencia y objeto de la existencia cósmica. "Si no existiese", dice el antiguo vidente "este omni-abarcador éter del Deleite de la existencia en que moramos, si ese deleite no fuese nuestro éter, entonces nadie podría respirar, nadie podría vivir". Esta auto-bienaventuranza puede llegar a ser subconsciente, aparentemente pérdida en la superficie, pero no sólo debe estar allí en nuestras raíces, toda la existencia debe ser esencialmente una búsqueda e intento de descubrirla y poseerla, y en la proporción con que la criatura en el cosmos se encuentra a sí misma, --(ya sea en voluntad y poder, o ya sea, en luz y conocimiento, o bien, en ser y amplitud, o finalmente, en amor y dicha)--, debe despertar a algo del secreto éxtasis. La dicha del ser, el deleite de la realización mediante el conocimiento, el arrebatamiento de la posesión por voluntad y poder o fuerza creadora, el éxtasis de unión en el amor y en la dicha son los términos supremos de la vida en expansión porque son la esencia de la existencia misma en sus ocultas raíces como en sus cimas aún no vistas. Entonces, dondequiera se manifieste la existencia cósmica, estas tres deben estar detrás y dentro de ella.

Pero la Existencia, Conciencia y Bienaventuranza infinitas no necesitan echarnos dentro del ser aparente o, al obrar así, no sería el ser cósmico, sino simplemente una infinitud de figuras sin orden ni relación fijos, si ellas no tienen o desarrollan y afloran de sí mismas este cuarto término de la Supermente, de la divina Gnosis. Debe existir en todo cosmos un poder del Conocimiento y la Voluntad que a partir de la potencialidad infinita fije determinadas relaciones, desarrolle el resultado a partir de la semilla, haga vibrar los poderosos ritmos de la Ley cósmica y contemple y gobierne los mundos como su inmortal e infinito Observador y Regidor . Este poder ciertamente no es otra cosa que Sachchidananda Mismo; nada crea que no esté en su propia auto-existencia, y por esa razón toda Ley cósmica y real es una cosa no impuesta desde afuera, sino desde adentro, todo desarrollo es auto-desarrollo, toda semilla y resultado son semilla de una Verdad de las cosas y resultado de esa semilla determinada a partir de sus potencialidades. Por la misma razón ninguna Ley es absoluta, porque sólo el infinito es absoluto, y cada cosa contiene dentro de sí interminables potencialidades mucho más allá de su forma y curso determinados, que sólo son determinados a través de una auto-limitación por la Idea actuando desde una infinita libertad interior. Este poder de auto-limitación es necesariamente inherente al ilimitado Omni-Existente. El Infinito no seria el Infinito si no pudiese asumir una múltiple finitud; el Absoluto no sería el

Absoluto si se negase en el conocimiento, poder, voluntad y manifestación del ser una ilimitada capacidad de autodeterminación. Entonces, esta Supermente es la Verdad o Real-Idea, inherente a toda fuerza y existencia cósmicas, que es necesaria, al seguir siendo infinita, para determinar, combinar y sostener una relación, un orden y los grandes lineamientos de la manifestación. En el lenguaje de los Rishis Védicos, así como la Existencia, Conciencia y Bienaventuranza infinitas son los tres Nombres supremos y ocultos del Sin-Nombre, de igual modo esta Supermente es el cuarto Nombre —cuarto de Eso en su descenso, cuarto de nosotros en nuestra ascensión—.

Pero la Mente, la Vida y la Materia, la trilogía inferior, son asimismo indispensables para todo ser cósmico, no necesariamente en la forma o con la acción y condiciones que conocemos en la tierra o en este universo material, sino en alguna clase de acción, empero luminosa, pujante, sutil. Pues la Mente es esencialmente esa facultad de la Supermente que mide y limita, que fija un centro particular y desde allí contempla el movimiento cósmico y sus interacciones. Admitido eso en un mundo, plano o disposición cósmica particulares, la mente no necesita ser limitada, o más bien que el ser que usa la mente como facultad subordinada no necesita ser incapaz de ver las cosas desde otros centros o puntos de referencia o incluso desde el Centro real de todo o en la vastedad de una auto-difusión universal, con todo si no es capaz de quedarse fijo normalmente en su propio punto firme de referencia para ciertos fines de la actividad divina, si existe sólo la auto-difusión universal o sólo los centros infinitos sin alguna acción determinante o libremente limitadora para cada uno, entonces no hay cosmos sino únicamente un Ser meditando dentro de Sí Mismo infinitamente como un creador o poeta puede meditar libremente, no plásticamente, antes de proceder a dejar determinado un trabajo de creación. Tal estado debe existir en algún sitio de la escala infinita de la existencia, más no es lo que entendemos por un cosmos. Cualquiera sea el orden que pueda haber en él, debe ser una suerte de orden no fijado, no-obligatorio, tal como el que podría desarrollar la Supermente antes de que él haya procedido a los trabajos de fijada evolución, medición e interacción de las relaciones. Para esa medición e interacción, la Mente es necesaria, aunque no es menester que sea consciente de sí como algo, sino una acción subordinada de la Supermente, ni que desarrolle la interacción de las relaciones sobre la base de un auto-aprisionado egoísmo tal como el que vemos activo en la Naturaleza terrestre.

Una vez existente la Mente, siguen la Vida y la Forma de la sustancia; pues la vida es simplemente la determinación de la fuerza y de la acción, de la relación e interacción de la energía desde múltiples centros fijos de la conciencia, —(fijos, no necesariamente en lugar o tiempo, sino en una persistente coexistencia de seres o almas-forma de lo Eterno sosteniendo una armonía cósmica)--. Esa vida puede diferir mucho de la vida tal como la conocemos o concebimos, pero esencialmente sería el mismo principio en actividad que aquí vemos representado como vitalidad, —(el principio al que los antiguos pensadores indios dieron el nombre de Vayu o Prana)—, el material-vital, la sustancial voluntad y energía en el cosmos componiendo dentro de determinada forma, acción y consciente dinamismo del ser. La sustancia también podría diferir mucho de nuestro criterio y sentido del cuerpo material, mucho más sutil, vinculando mucho menos rigurosamente en su ley de auto-división y resistencia mutua, y el cuerpo o forma podría ser un instrumento y no una prisión, aunque para la interacción cósmica siempre sería necesaria alguna determinación de la forma y de la sustancia, incluso si se trata tan sólo de un cuerpo mental o algo más luminoso todavía, más sutil, y más pujante y más libremente sensitivo que el más libre cuerpo material.

Se sigue que dondequiera que esté el Cosmos, allí, —(incluso si hubiese inicialmente un sólo principio aparente, incluso si al comienzo eso pareciera ser el único principio de las cosas, y todo lo demás que pudiera manifestarse después en el mundo pareciese ser nada más que sus formas y resultados y no indispensables en sí mismos para la existencia cósmica)—, esa visión frontal ofrecida por el ser sería solamente una máscara o apariencia ilusoria de su verdad real. Donde se manifieste un sólo principio en el cosmos, allí todo el resto debe estar no meramente presente y pasivamente latente, sino secretamente en actividad. En un Mundo dado, su escala y armonía del ser puede estar abiertamente en posesión de todos los siete principios en un grado superior o inferior de actividad; en otro Mundo dado pueden estar todos envueltos en uno sólo que viene a ser el principio inicial o fundamental de la evolución en ese mundo, pero la evolución de los envueltos allí debe existir. La evolución del séptuplo poder del ser, la realización de su séptuplo Nombre, debe ser el destino de cualquier Mundo que aparentemente comience desde la involución de todo en un sólo poder . Por lo tanto, el universo material estuvo obligado en la naturaleza de las cosas a evolucionar desde su oculta vida, una aparente vida; desde su oculta mente, una mente aparente, y debe en la misma naturaleza de las cosas evolucionar desde su escondida Supermente, una Supermente aparente, y del oculto Espíritu dentro de ella, la triuna

gloria de Sachchidananda. La única cuestión es si la tierra ha de ser escenario de ese emerger, y si la creación humana, —(en éste o en algún otro escenario material, en éste o en algún otro ciclo de las grandes rotaciones del Tiempo)—, ha de ser su instrumento y su vehículo. Los antiguos videntes creían en esta posibilidad del hombre y sostuvieron que ese era su destino divino; el pensador moderno no lo concibe, y si lo hiciese, lo negaría o dudaría. Si tiene una visión del Superhombre, lo es en la figura de incrementados grados de mentalidad o vitalidad; no admite otro emerger, nada quiere ver más allá de estos principios, pues éstos trazaron para nosotros, hasta ahora, nuestro límite y círculo de conocimiento. En este mundo progresivo, con esta criatura humana en la que la chispa divina ha sido encendida, es posible que la sabiduría real habite con la aspiración superior más bien que con la negación de la aspiración o con la esperanza que se limita y circunscribe dentro de aquellos estrechos muros de aparente posibilidad que sólo son nuestra casa intermedia de preparación. En el orden espiritual de las cosas, cuanto más alto proyectamos nuestra visión y nuestra aspiración, mayor es la Verdad que procura descender sobre nosotros, porque ya está allí dentro de nosotros y clama por su liberación de la cobertura que la oculta en la Naturaleza manifestada.

Capítulo XXVIII - La Supermente, la Mente y la Sobremente Maya

Hay una Permanente Verdad oculta por una Verdad donde el Sol desata sus caballos. Los mil (rayos suyos) llegaron juntos - Aquel Uno. Vi la más gloriosa de las Formas de los Dioses.
Rig Veda

El rostro de la Verdad está oculto por una tapadera dorada; retíralo, oh Sol Nutricio, por la Ley de la Verdad, para que lo veamos. Oh Sol, Oh único Observador, ordena tus rayos, reúnelos juntos— déjame ver de ti tu más feliz forma de todas; ese Ser Consciente por doquier, El soy Yo.
Isha Upanishad

La Verdad, lo Recto, lo Extenso.
Atharva Veda

Llegó a ser ambos verdad y falsedad. Llegó a ser la Verdad, incluso todo esto que es.
Taittiriya Upanishad

Queda todavía por aclarar un punto que dejamos oscuro, el proceso de la caída en la Ignorancia; pues hemos visto que en la naturaleza original de la Mente, la Vida o la Materia para nada necesita una caída desde el Conocimiento. Se ha demostrado ciertamente que la división de la conciencia es la base de la Ignorancia, una división de la conciencia individual desde lo cósmico y lo trascendente de lo cual es con todo una parte íntima, inseparable en esencia, una división de la Mente desde la Verdad supramental de la que debería ser una acción subordinada, una división de la Vida desde la Fuerza original de la que es una energía dinamizada, una división de la Materia desde la Existencia original de la que es una forma de sustancia. Pero aún hay que aclarar cómo se produjo esta división en lo Indivisible, por qué peculiar acción auto-disminuyente o auto-eliminadora de la Conciencia-Fuerza en el Ser: pues dado que todo es movimiento de esa Fuerza, sólo mediante una acción tal que oscurezca su propia luz y poder plenos, pudo haber surgido el dinámico y efectivo fenómeno de la Ignorancia. Pero este problema puede saltarse para tratarlo en un más detenido examen del fenómeno dual del Conocimiento-Ignorancia que hace de nuestra conciencia una mezcla de luz y oscuridad, una media luz entre el pleno día de la Verdad supramental y la noche de la Inconsciencia material. Todo lo que es necesario anotar ahora es que debe ser en su carácter esencial una concentración exclusiva en un solo movimiento y estado del Ser Consciente, que coloca todo el resto de la conciencia y del ser detrás y lo vela de ese ahora parcial conocimiento del movimiento único.

Con todo hay un aspecto de este problema que debe considerarse de inmediato; es el abismo creado entre la Mente como la conocemos y la Verdad-Conciencia supramental de la que descubrimos que la Mente en su origen es un proceso subordinado. Pues este abismo es considerable y, si no hay gradaciones entre los dos niveles de conciencia, —(ya sea en la involución descendente del Espíritu en la Materia o en la correspondiente evolución en la Materia de los ocultos grados que conducen al Espíritu)—, una

transición del uno al otro parece al máximo improbable, si no imposible. Pues la Mente, como la conocemos, es un poder de la Ignorancia que busca la Verdad, que aspira dificultosamente a descubrirla, alcanzando sólo construcciones y representaciones mentales de ella en palabras o en ideas, en formaciones de la mente, en formaciones sensorias, —como si todo lo que pudiese conseguir fuesen brillantes u oscuras fotografías o películas de una distante Realidad—. La Supermente, por el contrario, está en real y natural posesión de la Verdad y sus formaciones son formas de la Realidad, no construcciones, representaciones ni imágenes indicativas. Sin duda, la Mente evolutiva en nosotros está obstaculizada por su enclaustramiento en la oscuridad de esta vida y cuerpo, y el principio original de la Mente en su descenso involutivo es una cosa de mayor poder a la que no hemos llegado plenamente, capaz de actuar con libertad dentro de su propia esfera o ámbito, de levantar construcciones más reveladoras, formaciones más minuciosamente inspiradas, más sutiles y significativas encarnaciones en las que la luz de la Verdad esté presente y palpable. Pero todavía eso no es demasiado probable que sea esencialmente diferente en su acción característica, pues también es un movimiento en la Ignorancia, no una todavía no-separada porción de la Verdad-Conciencia. Debe existir en algún lugar de la escala descendente y ascendente del Ser un Intermedio poder y plano de conciencia, tal vez algo más que eso, algo con una creadora fuerza original, a través del cual fue efectuada la transición involutiva de la Mente en el Conocimiento a la Mente en la Ignorancia y a través del cual nuevamente se torna inteligible y posible la evolutiva transición inversa. Para la transición involutiva esta intervención es un imperativo lógico, para la transición evolutiva es una necesidad práctica. Pues en la evolución hay ciertamente transiciones radicales, desde Energía indeterminada a Materia organizada, desde Materia inanimada a Vida, desde una Vida subconsciente o submental a una Vida perceptiva, sensible y activa, desde primitiva mentalidad animal a racional Mente conceptual que observa y gobierna la Vida y se observa a sí misma también, capaz de actuar como una entidad independiente e incluso de buscar conscientemente la auto-trascendencia; mas estos saltos, aunque considerables, se preparan hasta cierto punto con lentas gradaciones que los tornan concebibles y factibles. No puede haber brecha tan inmensa como la que parece existir entre la Verdad-Conciencia Supramental y la Mente en la Ignorancia.

Mas si tales gradaciones intermedias existen, resulta claro que deben ser super-conscientes para la mente humana que no parece tener en su estado normal ingreso alguno en estos grados superiores del ser. El hombre es limitado en su conciencia por la mente e incluso por un alcance dado o escala de la mente: lo que está debajo de su mente, sub-mental o mental pero inferior a su escala, le parece enseguida subconsciente o no discernible de la inconsciencia completa; lo que está arriba para él es super-consciente y se inclina casi a considerarlo como vacío de conocimiento, una suerte de luminosa Inconsciencia. Así como está limitado a una cierta escala de sonidos o de colores y lo que está por encima o por debajo de esa escala le resulta inaudible e invisible o, al menos, indistinguible, de igual manera ocurre con su escala de conciencia mental, confinada a cada extremo por una incapacidad que marca su límite superior e inferior. No tiene suficientes medios de comunicación ni siquiera con el animal que es su congénere mental, aunque no su igual, y es capaz de negarle mente o conciencia real porque sus modalidades son distintas y más limitadas que aquellas con las que él y su especie están familiarizados; puede observar al ser sub-mental desde afuera pero no puede comunicarse con él ni ingresar íntimamente en su naturaleza. Igualmente el super-consciente es para él un libro cerrado que sólo puede estar lleno de páginas vacías. A primera vista, entonces, parecería como si no tuviese medios de contacto con estas superiores gradaciones de la conciencia: de ser así, no pueden actuar como vínculos o puentes y su evolución debe cesar con su realizado ámbito mental, sin superarlo; la Naturaleza, al trazar estos límites, ha escrito el final de este elevado esfuerzo.

Pero cuando miramos más cerca, percibimos que esta normalidad es engañosa y que de hecho hay diversas direcciones en las que la mente humana se trasciende, va más allá de sí misma, tiende hacia una auto-superación; éstas son precisamente las líneas necesarias de contacto o velados o semi-velados pasajes que la conectan con grados superiores de conciencia del Espíritu auto-manifestante. Primero, hemos notado el lugar que ocupa la Intuición entre los medios humanos del conocimiento, y la Intuición es en su misma naturaleza una proyección de la acción característica de estos grados superiores dentro de la mente de la Ignorancia. Es cierto que en la mente humana su acción está en gran medida oculta por las intervenciones de nuestra inteligencia normal; una intuición pura es un raro acontecer en nuestro actividad mental: pues lo que así denominamos es por lo general un punto de conocimiento directo inmediatamente captado y recubierto con material mental, de modo que sirva sólo como un invisible o muy diminuto núcleo de cristalización que, en su conjunto, es intelectual o, dicho de otro modo, de carácter mental; o también el destello de la intuición es

rápidamente reemplazado o interceptado antes de que tenga la oportunidad de manifestarse, por un rápido movimiento mental imitativo, por un entendimiento o percepción inmediata o veloz o por algún proceso del pensamiento de rápida reacción que debe su aparición al estímulo de la intuición que llega pero obstruye su ingreso o la cubre con una sustituta sugestión mental verdadera o errónea aunque, en cualquier caso, no el auténtico movimiento intuitivo. No obstante, el hecho de esta intervención desde arriba, el hecho de que detrás de todo nuestro pensamiento original o percepción auténtica de las cosas exista un velado, un semi-velado o un rápido elemento intuitivo no-velado es suficiente como para establecer una conexión entre la mente y lo que está por encima de ella; ello abre un pasaje de comunicación y de entrada en los superiores ámbitos-espirituales. También está la tendencia de la mente a superar la limitación del ego personal, a ver las cosas dentro de cierta impersonalidad y universalidad. La impersonalidad es la primera característica del ser-en-sí cósmico; la universalidad, la no-limitación por el singular o limitador punto de vista, es la característica de la percepción y el conocimiento cósmicos: esta tendencia es, por lo tanto, una ampliación, aunque rudimentaria, de estas restringidas áreas mentales en pos de lo cósmico, en pos de una cualidad que es la misma característica de los planos mentales superiores, —(en pos de esa cósmica Mente super-consciente que, como hemos sugerido, debe ser en la naturaleza de las cosas la original acción-mental de la que la nuestra es sólo un proceso derivado e inferior)—. Además, no hay una total ausencia de penetración desde arriba dentro de nuestros límites mentales. Los fenómenos de genialidad son en realidad el resultado de tal penetración, —sin duda velada—, porque la luz de la conciencia superior no sólo actúa dentro de estrechos límites, por lo general en un campo especial, sin ninguna regulada organización separada de sus energías características, a menudo muy caprichosamente, muy erráticamente y con una super-normal o anormal gobernación irresponsable, sino también que al entrar en la mente se somete y se adapta a la sustancia mental de modo que sólo es una modificada o disminuida dinámica que nos alcanza, no la plena y original luminosidad divina de lo que podría llamarse la elevada conciencia más allá de nosotros. Empero, los fenómenos de inspiración, de visión reveladora o de percepción intuitiva y discernimiento intuitivo, que exceden nuestra menos iluminada o menos poderosa normal acción-mental, están allí y su origen resulta inconfundible. Finalmente, está el extenso y multitudinario campo de la experiencia mística y espiritual, y aquí las puertas ya están abiertas de par en par ante la posibilidad de extender nuestra conciencia más allá de sus límites actuales, —(a no ser que por un oscurantismo que rehúse investigar o un apego a nuestros limites de normalidad mental las cerremos o desviemos de las vistas que abren ante nosotros)—. Más en nuestra actual investigación no podemos descuidar las posibilidades que estos dominios del esfuerzo de la humanidad nos acercan, ni el añadido conocimiento de uno mismo y de la velada Realidad que es su don para la mente humana, la mayor luz que los arma con el derecho de actuar sobre nosotros y es el poder innato de su existencia.

Hay dos movimientos sucesivos de la conciencia, difíciles pero accesibles a nuestra capacidad, por los que podemos tener acceso a las gradaciones superiores de nuestra existencia consciente. Primero está un movimiento interior por el que, en lugar de vivir en nuestra mente superficial, rompemos el muro existente entre nuestro yo externo y nuestro yo ahora subliminal; esto puede producirse mediante esfuerzo y disciplina graduales o mediante una vehemente transición, a veces por una vigorosa ruptura involuntaria, (el último de ningún modo sin riesgo para la limitada mente humana acostumbrada a vivir seguramente sólo dentro de sus límites normales,) pero de cualquier modo, con riesgo o sin él, la cosa puede realizarse. Lo que descubrimos dentro de esta parte secreta de nosotros mismos es un ser interior, un alma, una mente interior, una vida interior, una interior entidad sutil-física que es mucho mayor en sus potencialidades, más plástica, más poderosa, más capaz de un múltiple conocimiento y dinamismo que nuestra mente, vida y cuerpo superficiales; en especial, es capaz de una directa comunicación con las fuerzas universales, movimientos, objetos del cosmos, de una directa sensación y apertura hacia ellos, de una directa acción sobre ellos e incluso de una ampliación de si más allá de los límites de la mente personal, de la vida personal, del cuerpo, de modo que se siente, cada vez más, un ser universal ya no limitado por los muros de nuestra estrecha existencia mental, vital y física. Esta ampliación puede extenderse hasta un ingreso completo dentro de la conciencia de la Mente cósmica, dentro de una unidad con la Materia universal. Ésa, sin embargo, es todavía una identificación bien con una disminuida verdad cósmica o bien, con la Ignorancia cósmica.

Pero una vez cumplido este ingreso dentro del ser interior, se descubre que el Yo interior es capaz de una apertura, de un ascenso hacia dentro de cosas más allá de nuestro actual nivel mental; esa es la segunda posibilidad espiritual en nosotros. El primero y más ordinario resultado es un descubrimiento de un extenso Yo estático y

silencioso que sentimos que es nuestra real o nuestra básica existencia, el fundamento de todo lo demás que somos. Allí puede darse, incluso una extinción, un Nirvana de nuestro ser activo y del sentido del yo, dentro de una Realidad que es indefinible e inexpresable. Pero asimismo podemos advertir que este yo es no sólo nuestro propio ser espiritual sino también el yo verdadero de todos los demás; se presenta entonces como la verdad subyacede la existencia cósmica. Es posible permanecer en un Nirvana de toda la individualidad, detenerse en una realización estática o, considerando el movimiento cósmico como un juego o ilusión superficiales impuestos sobre el Yo silencioso, ingresar en cierto estado supremo, inmóvil e inmutable, más allá del universo. Pero se ofrece también otro rasgo menos negativo de la experiencia supernormal, también ofrecido en sí mismo; pues allí tiene lugar un gran descenso dinámico de luz, conocimiento, poder, bienaventuranza u otras energías super-normales dentro de nuestro yo de silencio, y podemos ascender también dentro de superiores regiones del Espíritu donde su estado inmóvil es el fundamento de aquellas grandes y luminosas energías. En cualquier caso resulta evidente que nos hemos elevado más allá de la mente de la Ignorancia, dentro de un estado espiritual; pero, en el movimiento dinámico, la mayor acción resultante de la Conciencia-Fuerza puede presentarse, o bien, simplemente como una pura dinámica espiritual no determinada en forma alguna en su carácter, o bien, puede revelar un ámbito-mental en el que la mente no sea ya ignorante de la Realidad,—empero, no un nivel de la supermente, sino derivando de la supramental Verdad-Conciencia y, todavía, luminoso con algo de su conocimiento.

Es en la última alternativa que descubrimos el secreto que buscamos, el medio de la transición, el paso necesario hacia una transformación supramental; pues percibimos un objetivo gradual de ascenso, una comunicación con una luz y poder de arriba cada vez más profundos e inmensos, una escala de intensidades que pueden considerarse como tantos escalones en la ascensión de la Mente o en el descenso dentro de la Mente de Eso que está más allá de ella. Nos hacemos conscientes de un aguacero enorme como un mar, de masas de un conocimiento espontáneo que asume la naturaleza del Pensamiento pero tiene un carácter diferente del proceso de pensamiento al que estamos acostumbrados; pues aquí no hay nada de búsqueda, ni rastro de construcción mental, ni trabajo de especulación o difícil descubrimiento; es un conocimiento automático y espontáneo derivado de una Mente Superior que parece estar en posesión de la Verdad y no en busca de realidades ocultas o dificultadas. Uno observa que este Pensamiento es mucho más capaz que la mente de incluir a la vez una masa de conocimiento de un simple vistazo; tiene un carácter cósmico, no el sello de un pensamiento individual. Más allá de esta Verdad-Pensamiento podemos distinguir un mayor instinto de iluminación con un creciente poder e intensidad y fuerza conductora, una luminosidad de la naturaleza de la Verdad-Visión con formulación de pensamiento como una actividad menor y dependiente. Si aceptamos la imagen Védica del Sol de la Verdad, —una imagen que en esta experiencia se convierte en una realidad—, podemos comparar la acción de la Mente Superior con un sereno y firme sol brillando, la energía de la Mente Iluminada más allá de aquella la podemos comparar con un aguacero de masivos destellos de llameante material-solar. Más allá todavía, puede encontrarse un poder todavía mayor de la Verdad-Fuerza, una íntima y exacta Verdad-visión, Verdad-pensamiento, Verdad-sensación, Verdad-sentimiento, Verdad-acción, a las que podemos dar, en un sentido especial el nombre de Intuición; pues aunque hemos aplicado esa palabra, a falta de una mejor, para referirnos a cualquier modo supra-intelectual de conocimiento directo, empero lo que realmente conocemos como intuición es sólo un movimiento especial de conocimiento auto-existente. Este nuevo ámbito es su origen; imparte a nuestras intuiciones algo de su propia característica distintiva y es muy claramente un intermediario de una mayor Verdad-Luz con la que nuestra mente no puede comunicarse directamente. En la fuente de esta Intuición descubrimos una super-consciente Mente cósmica en directo contacto con la Supramental Verdad-Conciencia, una original intensidad determinante de todos los movimientos debajo de ella y de todas las energías mentales, —no la Mente como la conocemos, sino una Sobremente que cubre, como con las amplias alas de alguna Sobrealma creadora, este completo hemisferio inferior del Conocimiento-Ignorancia, lo vincula con la más grande Verdad-Conciencia mientras que, al mismo tiempo, con su brillante Tapadera dorada vela el rostro de la mayor Verdad a nuestra vista, interviniendo con su torrente de infinitas posibilidades simultáneamente como obstáculo y como pasaje en nuestra búsqueda de la ley espiritual de nuestra existencia, su supremo objetivo, su Realidad secreta. Este es entonces el vínculo oculto que buscábamos; este es el Poder que, al mismo tiempo, conecta y divide el supremo Conocimiento y la cósmica Ignorancia.

En su naturaleza y ley, la Sobremente es una delegada de la Conciencia-de-la-Supermente, su delegada ante la Ignorancia. O podríamos hablar de ella como una doble protectora, una pantalla, a través de la cual la Supermente puede actuar indirectamente sobre una Ignorancia cuya oscuridad no puede sobrellevar ni recibir el

impacto directo de la suprema Luz. Además, es mediante la proyección de este luminoso halo de la Sobremente que se toma posible la difusión de una disminuida luz en la Ignorancia y la proyección de esa sombra contraria que devora en sí misma toda la luz, esto es, la Inconciencia. Pues la Supermente transmite a la Sobremente todas sus realidades, pero le deja formularlas en un movimiento y de acuerdo con un conocimiento de las cosas que es todavía una visión de la Verdad y, con todo, al mismo tiempo, un primer generador de la Ignorancia. A la Supermente y a la Sobremente las divide una línea que permite una libre transmisión, hace que el Poder inferior derive desde el Poder superior todo lo que contiene o ve, pero automáticamente compele un cambio transicional en el pasaje. La integridad de la Supermente mantiene siempre la verdad esencial de las cosas, la verdad total y la verdad de sus individuales autodeterminaciones claramente anudadas juntas; mantiene en ellas una inseparable unidad y entre ellas una íntima interpretación, y una libre y plena conciencia de una con la otra: más en la Sobremente esta integridad ya no esta allí. Empero la Sobremente es bien consciente de la Verdad esencial de las cosas; abarca la totalidad; usa la autodeterminación individual sin ser limitada por ellas: pero aunque conoce su unidad, puede comprenderla en una cognición espiritual, empero su movimiento dinámico, aunque confiando en eso para su seguridad, no está directamente determinado por ella. La Energía de la Sobremente procede a través de una ilimitable capacidad de separación y combinación de los poderes y aspectos de la omni-comprehensiva Unidad integral e indivisible. Toma cada Aspecto o Poder y le da una acción independiente en la que adquiere una plena importancia separada y es capaz de estructurar, podríamos decir, su propio mundo de creación. Purusha y Prakriti, el Alma Consciente y la Fuerza ejecutiva de la Naturaleza, son en la armonía supramental una singular verdad de doble aspecto, a la vez, ser y dinámica de la Realidad; no puede haber desequilibrio ni predominio del uno sobre el otro. En la Sobremente tenemos el origen de la hendidura, la aguda distinción hecha por la filosofía de los Sankhyas en la que aparecen como dos entidades independientes, Prakriti capaz de dominar a Purusha y de nublar su oscuridad y poder, reduciéndolo a testigo y receptor de sus formas y acciones, Purusha capaz de retornar a su separada existencia de morar en una libre auto-soberanía por rechazo de su original ultra-encubridor principio material. Lo mismo ocurre con los demás aspectos o poderes de la Realidad Divina, el Uno y los Muchos, la Personalidad Divina y la Impersonalidad Divina, y el resto; cada uno es un aspecto y poder de la Realidad única, pero cada uno está facultado para actuar como una entidad independiente totalmente, para arribar a la plenitud de las posibilidades de su expresión separada y para desarrollar las consecuencias dinámicas de esta separación. Al mismo tiempo, en la Sobremente esta separación está todavía fundada sobre la base de una subyacente unidad implícita; todas las posibilidades de combinación y relación entre los Poderes y Aspectos separados, todos los intercambios y mutualidades de sus energías están libremente organizadas y su realidad es siempre posible.

Si consideramos a los Poderes de la Realidad como otras tantas Deidades, podemos decir que la Sobremente libera dentro de la acción un millón de Deidades, cada una facultada para crear su propio mundo, cada mundo capaz de relación, comunicación e intercambio con los demás. En el Veda hay diferentes formulaciones de la naturaleza de los Dioses: se dice que todos son una sola Existencia a la que los sabios dan distintos nombres; empero, cada Dios es adorado como si por sí mismo fuese esa Existencia, uno que es todos los demás Dioses juntos o que los contiene en su ser; y cada uno, a su Vez, es una Deidad separada que actúa a veces al unísono con deidades compañeras, a veces separadamente, a veces incluso en aparente oposición con las otras Deidades de la misma Existencia. En la Supermente todo esto se mantendría unido junto como un armonizado juego de la Existencia única; en la Sobremente cada una de estas tres condiciones podría ser una separada acción o base de acción y tener su propio principio de desarrollo y sus consecuencias, y con todo, cada cual mantiene el poder de combinarse con los demás en una armonía más compuesta. Al igual que con la Existencia Única, lo mismo ocurre con su Conciencia y Fuerza. La Conciencia Única está separada en múltiples formas independientes de la conciencia y del conocimiento; cada una sigue su propia línea de verdad que ha de realizar. La única Real-idea total y multilateral está partida en sus múltiples lados; cada uno se convierte en una Idea-Fuerza independiente con el poder de realizarse. La única Conciencia-Fuerza es liberada dentro de sus millones de fuerzas, y cada una de estas fuerzas tiene derecho a lograr o asumir, si es preciso, una hegemonía, ocupando para su utilidad las demás fuerzas. De igual manera el Deleite de la Existencia es soltado dentro de toda modalidad de deleites y cada cual lleva en sí mismo su plenitud independiente o extremo soberano. De esa manera, la Sobremente brinda a la Única Existencia-Conciencia-Bienaventuranza el carácter de una abundancia de posibilidades infinitas que pueden desarrollarse dentro de una multitud de mundos o reunirse dentro de un solo mundo en el que el resultado interminablemente variable de su juego es el determinante de la creación, de su proceso, de su curso y de su consecuencia.

Dado que la Conciencia-Fuerza de la Existencia eterna es la creadora universal, la naturaleza de un mundo dado dependerá de cualquier auto-formulación que esa Conciencia exprese en ese mundo. Igualmente, para cada ser individual, su visión o representación para sí mismo del mundo en que vive dependerá del equilibrio o estructura que esa Conciencia haya asumido en él. Nuestra humana conciencia mental ve al mundo en secciones cortadas por la razón y el sentido, y puestas juntas en una formación que también es seccional; la casa que construye está planificada para acomodar una u otra generalizada formulación de la Verdad, pero excluye el resto o admite alguna sólo como huéspedes o dependientes de la casa. La Conciencia de la Sobremente es global en su cognición y puede contener juntas cualquier cantidad de diferencias aparentemente fundamentales en una reconciliadora visión. De esa manera, la razón mental ve a la Persona y a lo Impersonal como opuestos: concibe una Existencia impersonal en la qué persona y personalidad son ficciones de la Ignorancia o construcciones temporarias; o, por el contrario, puede ver a la Persona como la realidad primaria y a lo impersonal como una abstracción mental o solamente material o medio de manifestación. Para la inteligencia de la Sobremente estos son Poderes separables de la Existencia única que pueden perseguir su autoafirmación independiente y también pueden unir juntas sus diferentes modalidades de acción, creando en su independencia y en su unión diferentes estados de conciencia, y el ser que pueden ser todos ellos, válido y totalmente capaz de coexistencia. Una existencia y conciencia puramente impersonales es cierto y posible, pero también lo es una conciencia y existencia enteramente personal; el Divino Impersonal, Nirguna Brahman, y el Divino Personal, Saguna Brahman, son aquí iguales y coexistentes aspectos de lo Eterno. La impersonalidad puede manifestarse con una persona subordinada a ella como una modalidad de expresión pero, igualmente, la Persona puede ser la realidad con la impersonalidad como modalidad de su naturaleza: ambos aspectos de la manifestación se encaran uno con otro en la infinita variedad de la Existencia consciente. Las que para la razón mental son diferencias irreconciliables se presentan ante la inteligencia de la Sobremente como correlativas coexistentes; las que para la razón mental son contrarias resultan complementarias para la inteligencia de la Sobremente. Nuestra mente ve que todas las cosas nacen de la Materia o de la Energía material, existen por ella, retornan a ella; nuestra mente concluye que la Materia es el factor eterno, la realidad primera y última, Brahman. O ve todo como nacido de la Fuerza-Vital o de la Mente, existiendo por la Vida o por la Mente, retornando a la Vida o a la Mente universales, y concluye que este mundo es una creación de la Fuerza Vital cósmica o de una cósmica Mente o Logos. O ve al mundo y todas las cosas como nacidas de, existiendo por y retornando a la Real-Idea o al Conocimiento-Voluntad del Espíritu o al Espíritu mismo, y concluye en un criterio idealista o espiritual del universo. Puede adherirse a cualquiera de estos modos de apreciación, más para su normal criterio separativo cada uno de estos modos excluye a los demás. La conciencia de la Sobremente percibe que cada criterio es verdad de la acción del principio que erige, puede apreciar que hay una material fórmula-mundial, una vital fórmula-mundial, una mental formula-mundial, una espiritual fórmula-mundial, y cada una puede predominar en un mundo propio y al mismo tiempo todas pueden combinarse en un solo mundo como sus poderes constitutivos. La auto-formulación de la Fuerza Consciente en la que se basa nuestro mundo como una aparente Inconsciencia que oculta en sí una suprema Existencia-Consciente y contiene juntos todos los poderes del Ser en su inconsciente secreto, un mundo de Materia universal que se realiza en la Vida, la Mente, la Sobremente, la Supermente, el Espíritu, cada uno de ellos a su vez empleando a los demás coma medios de su auto-expresión, la Materia demostrando en la visión espiritual haber sido siempre una manifestación del Espíritu, es para el criterio de la Sobremente una creación normal y fácilmente realizable. En su poder de originar y en el proceso de su ejecución dinámica, la Sobremente es una organizadora de múltiples potencialidades de la Existencia, cada cual afirmando su realidad separada pero todas capaces de vincularse juntas de muchos modos diferentes pero simultáneos, un mago facultado para entretejer la multi-coloreada trama y urdimbre de la manifestación de una singular entidad en un complejo universo.

En este simultáneo desarrollo de multitudinarios Poderes o Potencias independientes o combinados no hay caos, ni conflicto ni caída de la Verdad o el Conocimiento. La Sobremente es una creadora de verdades, no de ilusiones ni falsedades: lo que se estructura en cualquier enérgico dinamismo o movimiento sobremental dado es la verdad del Aspecto, Poder, Idea, Fuerza, Deleite que se libera dentro de la acción independiente, la verdad de las consecuencias de su realidad en esa independencia. No hay exclusividad afirmando a cada una como verdad única del ser o a las demás como verdades inferiores: cada Dios conoce a todos los Dioses y su lugar en la existencia; cada Idea admite a todas las otras ideas y su derecho a ser; cada Fuerza concede un lugar a todas las demás fuerzas y su verdad y consecuencias; ningún deleite de la

separada existencia cumplida o de la separada experiencia niega o condena el deleite de otra existencia u otra experiencia. La Sobremente es un principio de Verdad cósmica y su espíritu mismo es una vasta e interminable universalidad; su energía es un omni-dinamismo al igual que un principio de dinamismos separados: es una suerte de Supermente inferior, aunque está concernida predominantemente no con absolutos sino con lo que podría llamarse potencias dinámicas o verdades pragmáticas de la Realidad, o con absolutos principalmente para su poder de generar valores pragmáticos o creadores, aunque, también, su comprehensión de las cosas es más global que integral, dado que su totalidad está construida de todos globales o constituida por independientes realidades separadas que se unen o coaligan, y aunque capta la unidad esencial y siente que es base de las cosas y que penetra en su manifestación, ya no es como en la Supermente su íntimo y siempre-presente secreto, su dominante contenido, el abierto constructor constante del todo armónico de su actividad y naturaleza.

Si comprendiéramos la diferencia de esta global Conciencia de la Sobremente desde nuestra separativa y sólo imperfectamente sintética conciencia mental, podríamos acercarnos a ella si comparamos el criterio estrictamente mental con lo que sería un criterio sobremental de las actividades en nuestro universo material. Para la Sobremente, por ejemplo, todas las religiones serian verdaderas como desarrollos de la eterna religión única, todas las filosofías serán válidas, cada cual en su propio campo como afirmación de su propio criterio universal desde su propio ángulo de visión, todas las teorías políticas con su práctica serían la estructuración legitima de una Idea-Fuerza con su derecho de aplicación y desarrollo práctico en el juego de las energías de la Naturaleza. En nuestra conciencia separativa, imperfectamente visitada por vislumbres de integridad y universalidad, estas cosas existen como opuestos; cada cual reclama ser la verdad y acusa a los demás de error y falsedad, cada cual se siente impelido a refutar o destruir a los demás a fin de ser la única Verdad y vida: en el mejor de los casos, cada uno reclama ser superior, admite a los demás sólo como inferiores expresiones-de-la-verdad. Una Inteligencia sobremental rehusaría mantener esta concepción o este impulso de exclusividad ni por un momento; permitiría a todos vivir como necesarios para el todo o poner a cada uno en su lugar en el todo o asignar a cada uno su campo de realización o de esfuerzo. Esto ocurre porque en nosotros la conciencia ha descendido por completo a las divisiones de la Ignorancia; la Verdad ya no es un Infinito o un todo cósmico con múltiples formulaciones posibles, sino una rígida afirmación que sostiene que cualquier otra afirmación es falsa porque difiere de ella y está asentada en otros límites. En verdad, nuestra conciencia mental puede arribar en su cognición a una considerable aproximación en pos de una total comprehensividad y universalidad, pero organizar eso en la acción y en la vida parece estar más allá de su poder. La Mente evolutiva, manifiesta en individuos o colectividades, proyecta una multiplicidad de puntos de vista divergentes, divergentes líneas de acción y les permite que se estructuren uno junto al otro, o en colisión, o en cierta entremezcla; puede efectuar armonías selectivas, mas no puede arribar a un control armónico de la verdadera totalidad. La Mente cósmica debe tener incluso en la evolutiva Ignorancia, como todas las totalidades, una tal armonía aunque sólo sea de ordenados acordes y discordes; también hay en ella un subyacente dinamismo de unidad: pero lleva la integridad de estas cosas en sus honduras, tal vez en un substratum de supermente-sobremente, pero no la imparte a la Mente individual en la evolución, y no la trae ni la trajo todavía desde las honduras a la superficie. Un mundo de la Sobremente sería un mundo de armonía; el mundo de la Ignorancia en el que vivimos es un mundo de desarmonía y lucha.

Empero podemos reconocer de inmediato en la Sobremente a la original Maya cósmica, no Maya de Ignorancia sino Maya de Conocimiento, pero con todo un Poder que ha hecho posible la Ignorancia, incluso inevitable. Pues si cada principio volcado dentro de la acción debe seguir su línea independiente y arrostrar sus completas consecuencias, el principio de separación debe concederse también su curso completo y arribar a su consecuencia absoluta; este es el descenso inevitable, facilis descensus, que la Conciencia, una vez que admite el principio separativo, sigue hasta entrar por ocultadora fragmentación infinitesimal, tucchyena , dentro de la Inconciencia material, —El Océano Inconsciente del Rig-Veda—, y si el Uno nace de eso por su propia grandeza, está todavía oculto al principio por una fragmentaria existencia y conciencia separativa que es nuestra y en la que hemos de reunir cosas juntas para arribar a un todo. En ese lento y difícil emerger se da cierta similitud de verdad al dicho de Heráclito de que la Guerra es progenitora de todas las cosas; pues cada idea, fuerza, conciencia separada, ser viviente, por la necesidad misma de su ignorancia entra en colisión con los demás y procura vivir, crecer y realizarse mediante auto-aserción independiente, no mediante armonía con el resto de la existencia. Empero aún está allí la desconocida Unidad subyacente que nos compele a pugnar lentamente en pos de alguna forma de armonía, de interdependencia, de concordancia de discordancias, de una difícil unidad.

Pero es sólo mediante la evolución en nosotros de los ocultos poderes superconscientes de la Verdad cósmica y de la Realidad en la que ellos son uno, que la armonía y unidad por las que pugnamos pueden realizarse dinámicamente en la fibra misma de nuestro ser y en toda su auto-expresión y no meramente en intentos imperfectos, construcciones incompletas, aproximaciones siempre-cambiantes. Los ámbitos superiores de la Mente espiritual han de abrirse sobre nuestro ser y conciencia y asimismo lo que está más allá incluso de la Mente espiritual debe aparecer en nosotros si hemos de realizar la posibilidad divina de nuestro nacimiento en la existencia cósmica.

La Sobremente, en su descenso, alcanza una línea que divide la Verdad cósmica de la Ignorancia cósmica; es la línea en la que se torna posible para la Conciencia-Fuerza, enfatizando la separación de cada movimiento independiente creado por la Sobremente y escondiendo u oscureciendo su unidad, dividir a la Mente mediante una exclusiva concentración desde la fuente sobremental. Ya hubo una separación similar de la Sobremente desde su fuente supramental, pero con una transparencia en el velo que permite una transmisión consciente y mantiene una cierta luminosa relación; pero aquí el velo es opaco y la transmisión de los motivos de la Sobremente a la Mente es oculta y oscura. La Mente separada actúa como si fuese un principio independiente, y cada ser mental, cada idea mental básica, poder y fuerza, permanece de modo similar en su yo separado; si se comunica o combina o toma contacto con los demás, no lo es con la integra universalidad del movimiento de la Sobremente, sobre una base de subyacente unidad, sino como unidades independientes que se unen para formar un construido todo separado. Es por este movimiento que ingresamos desde la Verdad cósmica en la Ignorancia cósmica. La Mente cósmica, en este nivel, sin duda, comprehende su propia unidad, pero no tiene conciencia de su propia fuente y fundamento en el Espíritu o sólo puede comprehenderla por la inteligencia, no en cualquier experiencia duradera; actúa en sí como si fuese por derecho propio, y estructura lo que recibe como material sin comunicación directa con la fuente de la cual lo recibe. Sus unidades también actúan en ignorancia una de la otra y del todo cósmico, salvo en cuanto al conocimiento que puedan obtener por contacto y comunicación, —el sentido básico de la identidad y la mutua penetración y comprensión que deriva de ella ya no están allí—. Todas las acciones de esta Energía de la Mente proceden sobre la base opuesta de la Ignorancia y sus divisiones y, aunque son los resultados de un cierto conocimiento consciente, es un conocimiento parcial, no un verdadero e integral auto-conocimiento, ni un verdadero e integral conocimiento-del-mundo. Esta característica persiste en la Vida y en la Materia sutil y reaparece en el denso universo material que surge de la caída final dentro de la Inconciencia.

Empero, así como en nuestra Mente subliminal o interior, de igual manera en esta Mente también queda aún un mayor poder de comunicación y mutualidad, un más libre juego de la mentalidad y la sensación que el que posee la mente humana, y la Ignorancia no es completa; resulta más posible una armonía consciente, una organización interdependiente de las relaciones correctas: la Mente no está aún perturbada por ciegas fuerzas de la Vida ni oscurecida por la insensible Materia. Es un plano de la Ignorancia, mas no de la falsedad o el error —o al menos la caída en la falsedad y el error no es todavía inevitable; esta Ignorancia es limitativa, pero no necesariamente falsificadora—. Hay limitación de conocimiento, una organización de verdades parciales, pero no una negación u un opuesto de la verdad o el conocimiento. Esta característica de una organización de verdades parciales sobre una base de conocimiento separativo persiste en la Vida y en la Material sutil, pues la concentración exclusiva de la Conciencia-Fuerza que las pone dentro de la acción separativa no corta por entero ni ciega a la Mente desde la Vida ni a la Mente y a la Vida desde la Materia. La completa separación puede tener lugar cuando el estado de Inconsciencia haya sido alcanzado y nuestro mundo de múltiple Ignorancia surja de esa tenebrosa matrix Estas otras etapas todavía conscientes de la involución son ciertamente organizaciones de la Fuerza Consciente en la que cada cual vive desde su propio centro, continua sus propias posibilidades, y el principio predominante mismo, sea Mente, Vida o Materia, estructura las cosas sobre su propia base independiente; pero lo que se estructura son verdades de sí, no ilusiones, ni un enredo de verdad y falsedad, conocimiento e ignorancia. Más cuando por una exclusiva concentración sobre la Fuerza y la Forma, la Conciencia-Fuerza parece separar fenoménicamente la Conciencia de la Fuerza, o cuando absorbe a la Conciencia en un ciego sueño perdido en la Forma y en la Fuerza, entonces la Conciencia ha de pugnar para regresar a si misma, mediante una evolución fragmentaria que necesita del error y hace inevitable la falsedad. No obstante, estas cosas tampoco son ilusiones surgidas de una original No-Existencia; son, diríamos, las inevitables verdades de un mundo nacido a partir de la Inconsciencia. Pues la Ignorancia es aún en realidad, un conocimiento en busca de sí detrás de la original máscara de la Inconsciencia; falla y descubre, sus resultados, naturales e incluso

inevitables en su propia línea, son la verdadera consecuencia de la caída —en un sentido, incluso, el correcto trabajo de la recuperación desde la caída—. La Existencia que se hunde dentro de una aparente No-Existencia, la Conciencia dentro de una aparente Inconsciencia, el Deleite de la existencia que se hunde dentro de una extensa insensibilidad cósmica, son el primer resultado de la caída y, en el retorno desde ella mediante una pugnaz experiencia fragmentaria, la interpretación de la Conciencia dentro de los duales términos de verdad y falsedad, conocimiento y error, de la Existencia dentro de los duales términos de vida y muerte, del Deleite de la existencia dentro de los duales términos de dolor y placer, son el proceso necesario de la labor de auto-descubrimiento. Una pura experiencia de Verdad, Conocimiento, Deleite, imperecedera existencia, sería aquí una contradicción de la verdad de las cosas. Sólo podría ser de otro modo si todos los seres fuesen en la evolución sosegadamente sensibles a los elementos psíquicos dentro de ellos y a la Supermente que subyace en las operaciones de la Naturaleza: pero aquí llega la 1ey de la Sobremente de cada Fuerza que estructura sus propias posibilidades. Las posibilidades naturales de un mundo en el que una Inconsciencia original y una división de la conciencia son los principios sobresalientes, sería el emerger de las Fuerzas de la Oscuridad impelidas a mantener la Ignorancia por la que viven, una ignorante lucha por conocer el origen de la falsedad y del error, una ignorante lucha por vivir engendrando la equivocación y el mal, una lucha egoísta por disfrutar, progenitora de fragmentarias dichas, dolores y sufrimientos; éstas son, por lo tanto, las inevitables características primeramente implantadas, aunque no se trate de las únicas posibilidades de nuestra existencia evolutiva. Empero, debido a que la No-Existencia es una Existencia oculta, la Inconsciencia una oculta Conciencia, la insensibilidad un enmascarado y durmiente Ananda, estas realidades secretas deben emerger; las escondidas Sobremente y Supermente deben también, al fin, realizarse en esta organización aparentemente opuesta, desde un oscuro Infinito.

Dos cosas hacen que esa culminación sea más fácil de lo que podría ser de otro modo. La Sobremente en el descenso a la creación material ha originado modificaciones de sí —especialmente la Intuición con sus penetrantes y luminosos destellos de verdad iluminando puntos locales y extensos sectores de nuestra conciencia— que pueden aproximar más a nuestra comprehensión a la verdad oculta de las cosas y, —abriéndonos, primero más ampliamente en el ser interior y luego como un resultado también en el externo yo superficial—, a los mensajes de estos ámbitos superiores de la conciencia; creciendo en ellos, podemos asimismo llegar a ser seres intuitivos y sobrementales, no limitados por el intelecto y la sensación, sino capaces de una comprehensión más universal y de un contacto directo de la verdad en su mismo yo y cuerpo. De hecho, ya llegan a nosotros destellos iluminadores desde estos ámbitos superiores, más esta intervención es en su mayoría fragmentaria, casual o parcial; todavía tenemos que empezar a agrandarnos a su semejanza y organizar en nosotros el mayor accionar de la Verdad de que potencialmente seamos capaces. Pero, en segundo lugar, la Sobremente, la Intuición, incluso la Supermente no sólo deben ser, como hemos visto, principios inherentes y envueltos en la Inconciencia desde la que surgimos en la evolución e inevitablemente destinados a evolucionar, sino que están secretamente presentes, ocultos activamente con destellos del emerger intuitivo en la actividad cósmica de la Mente, la Vida y la Materia. Es cierto que su acción esta oculta e, incluso cuando emergen, está modificada por el medio material, vital y mental en que trabajan, y no son fácilmente reconocibles. La Supermente no puede manifestarse como Poder Creador en el universo desde el principio, pues si así lo hiciera, la Ignorancia y la Inconsciencia serían imposibles o la lenta evolución necesaria cambiaría adentro de un escenario de rápida transformación. A cada paso de la energía material podemos ver el sello de lo inevitable puesto por un creador supramental, en todo el desarrollo de la vida y la mente, el juego de las líneas de la posibilidad y su combinación que es el sello de la intervención de la Sobremente. Así como la Vida y la Mente han sido realizadas en la Materia, de igual modo también, a su vez, estos poderes mayores de la escondida Deidad deben emerger desde la involución y su Luz suprema descender en nosotros desde lo alto.

Una Vida divina en la manifestación es entonces no sólo posible como el alto resultado y rescate de nuestra actual vida en la Ignorancia, sino también, si estas cosas son como las hemos visto, es la consecuencia y consumación inevitables del evolutivo esfuerzo de la naturaleza.

FIN DEL TOMO UNO

Índice
-Tomo I-

Capítulo I: La Aspiración Humana
Capítulo II: Las Dos Negaciones. 1 La Negación Materialista
Capítulo III: Las Dos Negaciones. 2 El rechazo del asceta
Capítulo IV: La Realidad Omnipresente
Capítulo V: El Destino del Individuo
Capítulo VI: El Hombre en el Universo
Capítulo VII: El Ego y las Dualidades
Capítulo VIII: Los Métodos del Conocimiento Vedántico
Capítulo IX: El Puro existente
Capítulo X: La Fuerza Consciente
Capítulo XI: El Deleite de la Existencia: El Problema
Capítulo XII: El Deleite de la Existencia: La Solución
Capítulo XIII: La Divina Maya
Capítulo XIV: La Supermente como Creador
Capítulo XV: La Suprema Verdad-Conciencia
Capítulo XVI: El Triple Estado de la Supermente
Capítulo XVII: El Alma Divina
Capítulo XVIII: Mente y Supermente
Capítulo XIX: Vida
Capítulo XX: Muerte, Deseo e Incapacidad
Capítulo XXI: El Ascenso de la Vida
Capítulo XXII: El Problema de la Vida
Capítulo XXIII: El Doble Alma en el Hombre
Capítulo XXIV: Materia
Capítulo XXV: El Nudo de la Materia
Capítulo XXVI: La Serie Ascendente de la Sustancia
Capítulo XXVII: El Séptulo acorde del Ser
Capítulo XXVIII: La Supermente, la Mente y la Sobremente Maya